LA TORRE OSCURA III
LAS TIERRAS BALDÍAS – Libro I

STEHEN KING



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

STEPHEN KING
LA TORRE OSCURA/3
LIBRO I JAKE: EN UN PUÑADO DE POLVO

ARGUMENTO

Las tierras baldías es el tercer volumen de un largo relato inspirado en el poema narrativo de Robert Browning «Childe Roland a la Torre Oscura llegó», y en cierto modo dependiente de él.

El primer volumen, *El pistolero,* narra cómo Rolando, el último pistolero de un mundo que «se ha movido», persigue y al fin da alcance al hombre de negro, un hechicero llamado Walter que fingía haber sido amigo del padre de Rolando en aquellos tiempos en que aún se mantenía la unidad del Mundo Medio.

Pero atrapar a este hechicero semihumano no es el objetivo final de Rolando sino únicamente un jalón más en el largo camino que conduce a la poderosa y misteriosa Torre Oscura, que se alza en el nexo del tiempo.

¿Quién es Rolando exactamente? ¿Cómo era su mundo antes de moverse? ¿Qué es la Torre y por qué la persigue? Sólo tenemos respuestas fragmentarias.

Rolando es una especie de caballero andante, uno de los encargados de conservar -o acaso redimir- un mundo que él mismo recuerda «lleno de amor y de luz». Sin embargo, ¿hasta qué punto la memoria de Rolando refleja la realidad de aquel mundo? La cuestión es muy susceptible de debate.

Sabemos que a Rolando se le impuso una temprana prueba de hombría cuando descubrió que su madre se había convertido en amante de Marten, un hechicero mucho más importante que Walter; sabemos que el propio Marten propició que Rolando descubriera la infidelidad de su madre para que fracasara en la prueba y fuera «enviado al Oeste», a los yermos; sabemos que Rolando desbarató los planes de Marten al superar la prueba.

Sabemos también que el mundo del pistolero está relacionado con el nuestro de una forma extraña pero fundamental, y que a veces es posible cruzar de un mundo a otro.

En una estación de paso, posada de relevo de una olvidada ruta de diligencias a través del desierto, Rolando encuentra a un muchacho llamado Jake que había muerto en nuestro mundo; un muchacho que, en efecto, había sido empujado bajo las ruedas de un automóvil en marcha desde la acera de una esquina en el centro de Manhattan. Jake Chambers murió bajo la escrutadora mirada del hombre de negro -Waltery despertó en el mundo de Rolando.

Antes de que den alcance al hombre de negro, Jake vuelve a morir..., esta vez porque el pistolero, enfrentado a la segunda elección más angustiosa de su vida, decide sacrificar a este hijo simbólico. Obligado a elegir entre la Torre y el chico, Rolando elige la Torre. Las últimas palabras de Jake al pistolero antes de hundirse en el abismo son: «Váyase, pues. Existen otros mundos aparte de éstos.»

La confrontación final entre Rolando y Walter se produce en un polvoriento gólgota de huesos descompuestos. El hombre de negro le lee el futuro a Rolando con una baraja de cartas de Tarot. Tres cartas muy extrañas -El Prisionero, La Dama de las Sombras y La Muerte («pero no para ti, pistolero»)- se ofrecen particularmente a la atención de Rolando.

El segundo volumen, *La invocación,* empieza a orillas del Mar Occidental, no mucho después de que haya concluido la confrontación de Rolando con Walter. Un pistolero exhausto despierta en mitad de la noche para descubrir que la marea alta ha traído consigo una horda de bestias carnívoras y rastreras, las «langostruosidades». Antes de que pueda huir de su reducido campo de acción, Rolando es gravemente lesionado por esas bestias, que le arrancan los dedos índice y medio de la mano derecha. Además, el pistolero queda emponzoñado por el veneno de las langostruosidades, y cuando reanuda su viaje hacía el norte por la orilla del Mar Occidental es un hombre enfermo..., tal vez moribundo.

Encuentra tres puertas que se alzan aisladas en la playa. Todas ellas se abren -para Rolando y únicamente para él- a nuestro mundo; de hecho a la unidad en que vivía Jake.

Rolando visita Nueva York en tres puntos de nuestro continuo temporal con el propósito de salvar su propia vida y al mismo tiempo atraer a los tres invocados que deben acompañarle en su camino hacia la Torre.

Eddie Dean es *El Prisionero,* un adicto a la heroína que vive en el Nueva York de finales de los años ochenta. Rolando cruza la puerta de la playa que da a su mundo y se introduce en la mente de Eddie en el momento en que éste, que trabaja como camello de cocaína para un hombre llamado Enrico Balazar, está a punto de aterrizar en el aeropuerto Kennedy.

Tras una serie de espeluznantes aventuras, Rolando consigue obtener cierta cantidad de penicilina y transportar a Eddie Dean a su propio mundo.

Eddie, un yonqui que se descubre transportado a un mundo en el que no existe heroína (y si vamos a eso ni pollo frito Popeye), no se alegra demasiado de verse allí.

La segunda puerta conduce a Rolando *a La Dama de las Sombras,* que en realidad son dos mujeres en un solo cuerpo. Esta vez Rolando se encuentra en el Nueva York de principios de los sesenta, cara a cara con Odetta Holmes, una joven activista en favor de los derechos civiles confinada en una silla de ruedas. En el interior de Odetta se oculta Detta Walker, una mujer taimada y rebosante de odio. Cuando esta doble mujer es atraída al mundo de Rolando, las consecuencias para Eddie y el cada vez más enfermo pistolero son explosivas. Odetta cree que todo lo que le sucede es un sueño o una alucinación; Detta, un intelecto mucho más brutalmente directo, se consagra a la tarea de acabar con Rolando y Eddie, a quienes ve como dos diablos blancos torturadores.

Jack Mort, un asesino psicópata que se esconde tras la tercera puerta (Nueva York a mediados de los años setenta), es *La Muerte.* Mort ya ha provocado grandes cambios en la vida de Odetta Holmes/Detta Walker en dos ocasiones, aunque ninguno de ellos lo sabe. Mort, cuyo *modus operandi* consiste en empujar a sus víctimas o arrojarles algo desde lo alto, le ha hecho las dos cosas a Odetta en el curso de su demencial pero muy cautelosa carrera. Cuando Odetta era niña, le dejó caer en la cabeza un ladrillo que sumió a la pequeña en un estado de coma y provocó el nacimiento de Detta Walker, la hermana oculta de Odetta. Años después, en 1959, Mort vuelve a encontrarse con Odetta y la empuja a las vías del metro en la estación de Greenwich Village, delante de un tren en marcha. Odetta sobrevive a este nuevo atentado, pero no indemne: el tren le corta las piernas a la altura de la rodilla.

Sólo la presencia de un joven y heroico médico (y tal vez el desagradable pero indómito espíritu de Detta Walker) consigue salvarle la vida..., o así se diría. A ojos de Rolando, estas interacciones apuntan a un poder superior a la mera coincidencia; él cree que las fuerzas titánicas que rodean la Torre Oscura han empezado a actuar de nuevo.

Rolando descubre que Jack Mort puede hallarse además en el corazón de otro misterio-un misterio que es también una paradoja que amenaza con destruirle la mente-, pues la víctima que Mort está acechando en el momento en que el pistolero se introduce en su vida no es otra que Jake, el muchacho que Rolando conoció en la estación de paso y perdió bajo las montañas. Rolando nunca ha tenido motivos para dudar del relato de Jake sobre su muerte en nuestro mundo ni para indagar quién fue su asesino: Walter, naturalmente. Jake lo vio vestido de sacerdote cuando la muchedumbre se congregaba en torno al lugar donde él yacía agonizante, y Rolando nunca ha puesto en duda su descripción.

Tampoco es que la ponga en duda ahora; Walter estaba allí, claro que estaba, de eso no cabe duda. Pero ¿y si hubiera sido Jack Mort, y no Walter, quien empujó a Jake hacia el Cadillac que acabó con su vida? ¿Es eso posible? Rolando no lo sabe, no está seguro, pero si en verdad sucedió así, ¿dónde está Jake ahora? ¿Muerto? ¿Vivo? ¿Atrapado en algún punto del tiempo?

Y si Jake Chambers sigue sano y salvo en su propio mundo, en el Manhattan de mediados de los años setenta, ¿cómo es que Rolando todavía se acuerda de él?

A pesar de esta desconcertante y acaso peligrosa complicación, la prueba de las puertas -y la invocación de los tres- concluye con éxito para Rolando.

Eddie Dean acepta su lugar en el mundo de Rolando porque se ha enamorado de La Dama de las Sombras. Detta Walker y Odetta Holmes, las otras dos componentes del trío de Rolando, se funden en una sola personalidad que combina rasgos de Detta y de Odetta cuando el pistolero consigue por fin obligar a cada personalidad a que reconozca la existencia de la otra. Este híbrido es capaz de aceptar y devolver el amor que Eddie le profesa. Odetta Susannah Holmes y Detta Susannah Walker se convierten así en una nueva mujer, una tercera mujer: Susannah Dean.

Jack Mort perece bajo las ruedas del mismo metro -el célebre tren A- que quince o dieciséis años antes había segado las piernas de Odetta. No es que se pierda gran cosa con su muerte.

Y por primera vez en años sin cuento, Rolando de Galaad ya no está solo en su búsqueda de la Torre Oscura. Cuthbert y Alain, sus perdidos camaradas de antaño, han sido sustituidos por Eddie v Susannah..., pero algo hay en el pistolero que lo convierte en mala medicina para sus amigos.

Muy mala medicina, en verdad.

Las tierras baldías retoma la historia de estos tres peregrinos sobre la faz del Mundo Medio algunos meses después de la confrontación ante la última puerta de la playa. Han recorrido un buen trecho tierra adentro.

El período de reposo se acerca a su fin, y ha comenzado un período de aprendizaje. Susannah está aprendiendo a disparar... Eddie está aprendiendo a tallar... y el pistolero está aprendiendo qué se experimenta cuando uno pierde la mente, un fragmento tras otro.

(Una última nota:. mis lectores de Nueva York se darán cuenta de que me he tomado ciertas libertades geográficas con la ciudad. Espero que me sean perdonadas.)

A heap of broken images, where the sun beats,
And the dead tree gives no shelter, the cricket no relief,
And the dry stone no sound of water. Only
There is shadow under this red rock,
(Come in under the shadow of this red rock),
And I will show you something different from either
Your shadow in the morning striding behind you
Or your shadow at evening rising to meet you;
I will show you fear in a handful of dust.

T. S. ELIOT
The Waste Land

If there pushed any ragged thistle-stalk
Above his mates, the head was chopped; the bents
Were jealous else. What made those holes and rents
In the dock's harsh swarth leaves, bruised as to balk

All hope of greenness? tis s brute must walk
Pashing their life out, with a brute's intents.

ROBERT BROWNING
Childe Roland to the Dark Tower Came

«What river is it?» enquired Millicent idly.
«It's only a stream. Well, perhaps a little *more than that. It's called the Waste.»*
«Is it really?»
«Yes», said Winifred, «it is».

ROBERT AICKMAN
Hand in Glove

Librodot

Un montón de imágenes rotas, en las que pega el sol,
y el árbol muerto no da refugio, ni el grillo alivio,
ni la piedra seca sonido de agua. Sólo
hay sombra bajo esta roca roja,
(ven a la sombra de esta roca roja),
y te mostraré algo distinto
de tu sombra de la mañana que avanza tras de ti
o de tu sombra del atardecer que se alza a tu encuentro;
te mostraré el miedo en un puñado de polvo.

T. S. ELIOT
La tierra baldía

Si algún rasgado tallo de cardo se elevaba
sobre sus compañeros, le cortaban la cabeza; los gachos
tenían celos si no. ¿Qué hizo esos agujeros y desgarrones
en las ásperas hojas de césped del embarcadero, aplastadas como
para frustrar
toda esperanza de verdor? Es que alguna bestia debe andar
destrozando su vida, con intentos de bestia.

ROBERT BROWNING
Childe Roland en la torre oscura

—¿Qué río es? —inquirió Millicent ociosamente.
—Sólo es un arroyo. Bueno, quizás un poquitín más que eso. Se llama el Waste.
—¿De veras?
—Sí —dijo Winifred—. Así se llama.

ROBERT AICKMAN
La mano enguantada

Librodot

Este tercer volumen del relato está dedicado con agradecimiento a mi hijo
OWEN PHILIP KING:

Khef, ka y ka-tet

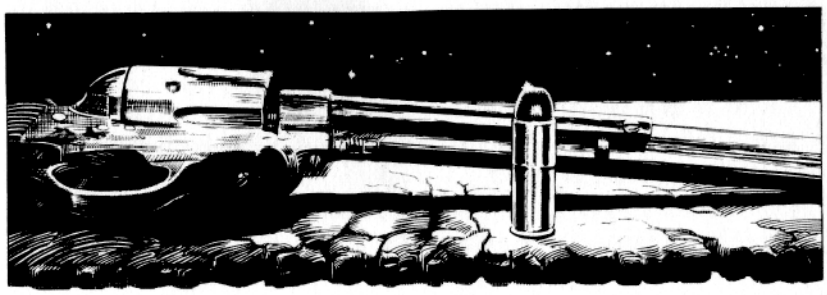
Librodot

LIBRO I JAKE:

MIEDO EN UN PUÑADO DE POLVO

Librodot

I. OSO Y HUESO



1

Era la tercera vez que disparaba con munición real, y la primera vez que lo hacía sacando de la pistolera que Rolando había confeccionado para ella.

Disponían de munición en abundancia; Rolando había traído más de trescientos cartuchos desde el mundo en que Eddie y Susannah Dean habían vivido sus vidas hasta el momento de ser invocados. Pero tener munición en abundancia no significaba que pudieran malgastarla, sino todo lo contrario. Los dioses no veían con buenos ojos a los derrochadores. Rolando había sido educado en esta creencia, primero por su padre y luego por Cort, su mayor maestro, y aún la mantenía. Tal vez aquellos dioses no castigaran de inmediato, pero tarde o temprano habría que cumplir la penitencia... y cuanto más larga la espera, mayor sería la pena.

De todos modos, al principio no habían necesitado munición real. Rolando llevaba más años disparando de los que la mujer morena de la silla de ruedas hubiera podido imaginar. Al principio la corregía observando sencillamente cómo apuntaba y disparaba sin bala contra los blancos que él le preparaba. La mujer aprendía deprisa. Tanto ella como Eddie aprendían deprisa.

Tal como Rolando había sospechado, los dos eran pistoleros natos.

Aquel día, Rolando y Susannah habían llegado a un claro a menos de un par de kilómetros del campamento que desde hacía casi dos meses era su hogar en los bosques. Los días venían transcurriendo con una dulce semejanza. El cuerpo del pistolero se iba curando mientras

Eddie y Susannah aprendían lo que el pistolero tenía que enseñarles:

cómo disparar, cómo cazar, cómo destripar y limpiar lo que habían matado; cómo tensar primero las pieles de sus presas, y cómo secarlas y curtirlas luego; cómo utilizar todo lo que se pudiera utilizar de forma que ninguna parte del animal quedara desaprovechada; cómo encontrar el norte por la Vieja Estrella y el este por la Vieja Madre; cómo escuchar al bosque en que entonces se encontraban, cien kilómetros o más al noreste del Mar Occidental. Aquel día Eddie se había rezagado, y el pistolero no se sentía preocupado por ello. Las lecciones que se recuerdan por más tiempo -Rolando no lo ignoraba- son siempre las que uno aprende por sí mismo.

Pero la que había sido siempre la lección más importante, aún la seguía siendo: cómo disparar y cómo acertar todas las veces a lo que uno disparaba. Cómo matar.

Los linderos del claro estaban formados por abetos oscuros y olorosos que lo rodeaban en un semicírculo irregular. Hacia el sur, el terreno se quebraba bruscamente y caía un centenar de metros en una serie de repisas de esquisto desmenuzado y abruptos acantilados, como la escalera de un gigante. Un arroyo transparente surgía del bosque y cruzaba el claro por su centro, burbujeando primero por un profundo canal excavado en la tierra esponjosa y la piedra quebradiza, derramándose luego por el astilloso suelo de roca que descendía en una suave pendiente hasta el punto en que la tierra se desplomaba.

El agua fluía por los peldaños en una sucesión de cascadas que creaban un sinnúmero de arco iris temblorosos. Más allá se abría un profundo y magnífico valle cubierto de abetos, entre los que algunos olmos antiguos y poderosos se negaban a dejarse expulsar. Estos se erguían verdes y frondosos, árboles que acaso fueran ya viejos cuando la tierra de la que Rolando procedía era aún joven. El pistolero no advirtió ningún indicio de que el valle hubiera ardido jamás, aunque suponía que en un momento u otro debía de haber atraído al rayo. Pero tampoco eran los rayos el único peligro. En alguna época remota había vivido gente en aquel bosque; durante las últimas semanas, Rolando había visto sus restos en más de una ocasión. La mayoría eran objetos primitivos, pero entre ellos se encontraban fragmentos de alfarería que sólo podían haberse cocido al fuego. Y el fuego era un elemento maligno que se deleitaba en escapar de las manos que lo creaban.

Sobre este panorama de libro ilustrado se combaba un intachable cielo azul por el que algunas cornejas volaban en círculos a varios kilómetros de allí, graznando con sus antiguas y herrumbrosas voces. Parecían inquietas, como si amenzara tormenta, pero Rolando había olfateado el aire y no había lluvia en él.

A la izquierda del arroyo se alzaba un peñasco. Rolando había colocado sobre él seis lascas de piedra. Todas estaban profusamente moteadas de mica, y bajo el tibio sol de la tarde relucían como lentes.

-La última oportunidad ¸-avisó el pistolero-. Si la pistolera te resulta incómoda, aunque sea en lo más mínimo, dímelo ahora. No hemos venido aquí a malgastar balas.

La mujer le dirigió una mirada sardónica, y Rolando creyó ver por un instante a Detta Walker en su interior. Como un guiño arrancado por un sol brumoso a una barra de acero.

-¿Qué harías si me resultara incómoda y no te lo dijera, si fallara con esas seis cositas menudas? ¿Me darías un bofetón como solía hacer aquel maestro tuyo?

El pistolero sonrió. Había sonreído más en las últimas cinco semanas que en los cinco años que las habían precedido.

-No puedo hacer eso, y tú lo sabes. Para empezar, éramos niños; niños que aún no habíamos pasado nuestros ritos de la virilidad. Se puede abofetear a un niño para corregirlo, pero...

-En mi mundo, las personas sensibles tampoco ven con buenos ojos que se abofetee a los pequeños -le interrumpió Susannah secamente.

El pistolero se encogió de hombros. Se le hacía difícil imaginar un mundo así -¿acaso el Gran Libro no decía «No seas parco con la vara para que el niño no se malcríe»?-, pero no creía que Susannah estuviera mintiendo.

-Tu mundo no se ha movido. Muchas cosas son distintas allí. ¿Acaso no lo vi con mis propios ojos?

-Supongo que sí.

-En todo caso, Eddie y tú no sois niños. No estaría bien que os tratara como si lo fuerais. Y si hicieran falta pruebas, los dos las habéis pasado.

Aunque no lo dijo, pensaba en lo sucedido en la playa, cuando Susannah había enviado al infierno a tres de aquellas langostruosidades antes de que pudieran mondarles los huesos a Eddie y a él. Vio que ella respondía con una sonrisa y pensó que quizás estuviera recordando el mismo episodio.

-¿Y qué vas a hacer si la cago en todos los tiros?

-Te miraré. Creo que será suficiente.

Ella sopesó estas palabras y al final asintió.

-Podría ser.

Probó de nuevo la canana. Le cruzaba el pecho casi como una sobaquera (una disposición que Rolando concebía como un abrazo de estibador) y parecía bastante sencilla, pero habían hecho falta varias semanas de intentos y errores, y muchos retoques y adaptaciones, para que quedara a la perfección. El cinto y el revólver, que asomaba su gastada empuñadura de sándalo por el borde de la antigua pistolera engrasada, habían pertenecido en otro tiempo al pistolero; la pistolera había colgado sobre su cadera derecha. Rolando había necesitado buena parte de aquellas cinco semanas para llegar a admitir que nunca más volvería a colgar allí. Gracias a las langostruosidades, ahora era estrictamente un pistolero zurdo.

-Bueno, ¿cómo te sienta? -volvió a preguntar.

Esta vez Susannah se rió de él.

-Rolando, esta podrida pistolera es todo lo cómoda que puede llegar a ser. Ahora, ¿quieres que dispare o vamos a quedarnos a escuchar cómo cantan las cornejas allá arriba?

El pistolero sintió hormiguear bajo su piel los deditos agudos de la tensión y supuso que a veces Cort habría sentido lo mismo tras su fachada imperturbable y ceñuda. Quería que fuera buena... Mejor dicho, necesitaba que fuera buena. Pero demostrar abiertamente cuánto lo quería y lo necesitaba podía conducir al desastre.

-Repíteme otra vez la lección, Susannah.

Ella suspiró con fingida exasperación, pero mientras hablaba se le borró la sonrisa, y su rostro oscuro y hermoso se puso solemne. Y de sus labios el pistolero volvió a oír el antiguo catecismo, renovado en su boca. Nunca había esperado oír aquellas palabras a una mujer. Qué naturales sonaban..., pero qué extrañas y peligrosas, también.

-No apunto con la mano; la que apunta con la mano ha olvidado el rostro de su padre.

»Apunto con el ojo.

»No disparo con la mano; la que dispara con la mano ha olvidado el rostro de su padre.

»Disparo con la mente.

»No mato con la pistola... -Se interrumpió y señaló las piedras refulgentes de mica colocadas sobre el peñasco-. De todos modos, no voy a matar nada. Sólo son pedacitos de roca.

Su expresión -un poco altanera, un poco traviesa- daba a entender que esperaba que Rolando se exasperase con ella. Pero Rolando se había encontrado donde ella se encontraba ahora; no había olvidado que los aprendices de pistolero eran díscolos y fogosos, impertinentes y dados a morder precisamente en el momento equivocado..., y había descubierto en su interior una capacidad inesperada. Sabía enseñar. Más aún, le gustaba enseñar, y de vez en cuando se sorprendía preguntándose si a Cort le sucedía lo mismo. Sospechaba que sí.

En aquel momento otras cornejas empezaron a graznar roncamente, ahora desde el bosque situado a sus espaldas. Una parte de la mente de Rolando se dio cuenta de que estos nuevos graznidos eran agitados y no meramente bulliciosos; sonaban como si algo hubiera asustado a los pájaros haciéndoles abandonar lo que estuviesen devorando. Pero tenía cosas más importantes en qué pensar que en lo que hubiera podido asustar a una bandada de cornejas, así que se limitó a registrar el dato y volvió a concentrar su atención en Susannah. Comportarse de otro modo con un aprendiz era como pedir un segundo mordisco, esta vez menos juguetón. ¿Y de quién sería la culpa? ¿De quién, si no del maestro? ¿Acaso no estaba entrenándola para morder? ¿Acaso no se estaban entrenando los dos para morder? ¿No consistía en eso ser un pistolero, una vez eliminadas las severas frases del ritual y apagadas las férreas notas de gracia del catecismo? ¿Acaso no era él (o ella) un halcón humano, entrenado para morder a la voz de mando?

-No -replicó-. No son piedras.

Ella enarcó un poco las cejas y empezó a sonreír de nuevo. Al ver que Rolando no iba a estallar -como a veces hacía cuando ella se mostraba lenta o impertinente-, sus ojos volvieron a adquirir aquel destello burlón de sol sobre acero que él relacionaba con Detta Walker.

-¿Ah, no?

Su tono provocativo era aún amistoso, pero a él le pareció que se volvería malintencionado si se lo permitía. La mujer estaba en tensión, alerta, medio enseñando ya las garras.

-No, no lo son -repitió, devolviéndole la burla. También su sonrisa empezó a regresar, pero era dura y desprovista de humor-. Susannah, ¿te acuerdas de los blancos hijeputas?

La sonrisa de ella empezó a desvanecerse.

-¿Los blancos hijeputas de Oxford Town?

La sonrisa se borró por completo.

-¿Recuerdas lo que los blancos hijeputas os hicieron a ti y a tus amigos?

-Aquélla no era yo -protestó Susannah-. Aquélla era otra mujer. -Sus ojos adquirieron una expresión hosca y apagada. Rolando detestaba aquella expresión, pero al mismo tiempo se sentía encantado con ella. Era la expresión perfecta, la que anunciaba que las astillas estaban ardiendo bien y que los leños más grandes no tardarían en prender.

-Sí que lo eras. Te guste o no, eras Odetta Susannah Holmes, hija de Sarah Walker Holmes. No tú como eres ahora, sino tú como eras. ¿Recuerdas las mangueras contra incendios, Susannah? ¿Y los dientes de oro? ¿Recuerdas cómo los veías mientras utilizaban las mangueras contra ti y tus amigos en Oxford, y cómo los veías brillar cuando se reían?

Todas estas cosas, y muchas otras, se las había contado ella a lo largo de muchas noches mientras se consumía la hoguera del campamento. El pistolero no lo entendía todo, pero aun así la escuchaba con atención. Y recordaba. Después de todo, el dolor era una herramienta. A veces era la mejor herramienta.

-¿Qué te pasa, Rolando? ¿Por qué te empeñas en remover esa basura?

Ahora los ojos hoscos lo contemplaban con un brillo peligroso; le recordaban los ojos de Alain cuando el bonachón de Alain se enfurecía por fin.

-Esas piedras de allá son aquellos hombres -dijo Rolando con voz suave-. Los hombres que te encerraron en una celda y dejaron que te ensuciaras encima. Los hombres de los garrotes y los perros. Los hombres que te llamaban negra de mierda. -Las señaló con el dedo, desplazándolo de izquierda a derecha-. Aquél es el que te pellizcó los pechos y se rió. Aquél es el que dijo que tendría que comprobar que no llevaras nada escondido dentro del culo. Aquél es el que dijo que eras un chimpancé con un vestido de quinientos dólares. Aquél es el que no cesaba de pasar la porra sobre los radios de tu silla de ruedas, hasta que creíste que aquel sonido iba a volverte loca. Aquél es el que llamó «rojillo maricón» a tu amigo Leon. Y el del extremo, Susannah, es Jack Mort.

»Ahí. Esas piedras. Esos hombres.

Ella había empezado a respirar con rapidez, y su pecho se alzaba y caía en veloces sacudidas bajo la canana del pistolero con su pesada carga de balas. Sus ojos *ya* no miraban hacia él; se habían vuelto hacia las lascas de piedra moteadas de mica. A sus espaldas, y a cierta distancia, un árbol se astilló y cayó al suelo. Más cornejas graznaron en el cielo. Absortos en el juego que ya no era un juego, ninguno de los dos se dio cuenta.

-¿Ah, sí? -jadeó ella-. Conque sí, ¿eh?

-Así es. Ahora, di la lección, Susannah, y sé certera.

Esta vez las palabras se desprendieron de sus labios como pequeños fragmentos de hielo. La mano derecha le temblaba ligeramente sobre el brazo de la silla de ruedas, como un motor al ralentí.

-No apunto con la mano; la que apunta con la mano ha olvidado el rostro de su padre.

»Apunto con el ojo.

-Bien.

-No disparo con la mano; la que dispara con la mano ha olvidado el rostro de su padre.

»Disparo con la mente.

-Así ha sido siempre, Susannah.

-No mato con la pistola; la que mata con la pistola ha olvidado el rostro de su padre.

»Mato con el corazón.

-¡Pues entonces MÁTALOS, en nombre de tu padre! -gritó Rolando-. ¡MÁTALOS A TODOS!

Su mano derecha fue una mancha borrosa entre el brazo de la silla y la culata del seis tiros de Rolando. Sacó en un segundo, y su mano izquierda descendió y abanicó el percutor en una serie de pasadas casitan veloces y delicadas como el aleteo de un colibrí. Seis detonaciones secas resonaron a lo ancho del valle, y cinco de los seis trozos de piedra colocados sobre el peñasco desaparecieron de la existencia en un parpadeo.

Durante un instante ninguno de los dos dijo nada -pareció que ni siquiera respiraban- mientras los ecos rebotaban de un lado a otro, apagándose lentamente. Hasta las cornejas callaron, por el momento al menos.

El pistolero rompió el silencio con cuatro palabras átonas, aunque extrañamente enfáticas.

-Ha estado muy bien.

Susannah contempló la pistola que sostenía en la mano como si no la hubiera visto nunca. Un zarcillo de humo surgía del cañón, perfectamente recto en el silencio sin viento. Después, sin apresurarse, la devolvió a la pistolera que colgaba bajo su pecho.

-Bien, pero no perfecto -dijo al fin-. He fallado uno.

-¿De veras? -Rolando se acercó al peñasco y cogió la única piedra que quedaba. La miró de soslayo y se la lanzó.

Ella la atrapó con la mano izquierda; la derecha -observó él con aprobación-, permaneció cerca de la pistola enfundada. Susannah disparaba mejor y con más naturalidad que Eddie, pero había tardado más que él en aprender esta lección en particular. Si hubiera estado con ellos durante el tiroteo en el club nocturno de Balazar, quizá la habría aprendido. Ahora, comprobó Rolando, empezaba por fin a asimilarla. Susannah examinó la piedra y vio una muesca de apenas un milímetro en su parte superior.

-Sólo la has rozado -le explicó Rolando mientras regresaba a su lado-, pero en un tiroteo, a veces es todo lo que hace falta. Si rozas a un tipo, le haces perder la puntería... -Hizo una pausa-. ¿Por qué me miras así?

-No lo sabes, ¿eh? Realmente no lo sabes.

-No. Muchas veces tu mente está cerrada para mí, Susannah.

No habló a la defensiva, y ella meneó la cabeza con exasperación. A él, la veloz danza movediza de la personalidad de Susannah, a veces le ponía nervioso; a ella, la aparente incapacidad de Rolando para decir otra cosa que no fuera exactamente aquello en que estaba pensando, nunca dejaba de producirle el mismo efecto. Era el hombre más literal que jamás hubiera conocido.

-Muy bien -respondió ella-, voy a decirte por qué te miro así, Rolando. Porque lo que me has hecho ha sido una sucia jugarreta. Dijiste que no me abofetearías, que no podrías abofetearme aunque me pusiera borde..., pero, una de dos, o me has mentido o eres muy estúpido, y me consta que no eres ningún estúpido. La gente no siempre abofetea con la mano, como cualquier hombre o mujer de mi raza puede atestiguar. En el lugar de donde vengo tenemos un dicho: «Piedras y bastones pueden romperme los huesos...»

-«... pero las provocaciones nunca me harán daño» -concluyó Rolando.

-Bueno, no lo decimos exactamente así, pero supongo que se acerca bastante. Lo digas como lo digas, es una trola. Lo que acabas de hacerme es un vapuleo con palabras. Tus palabras me han dolido, Rolando. ¿Vas a quedarte ahí parado y decirme que no lo sabías?

Lo contempló con brillante y severa curiosidad desde su silla, y Rolando pensó -no por primera vez- que los blancos hijeputas del país de Susannah debían de haber sido muy valientes o muy lerdos para atreverse a zaherirla, con silla de ruedas o sin ella. Y después de haberse paseado entre ellos, no creía que el valor fuese la respuesta.

-No he pensado en tu dolor, ni me importa -contestó pacientemente-. Te he visto enseñar los dientes y pensé que ibas a morder, así que te metí un palo en la boca. Y ha funcionado, ¿verdad?

La expresión de Susannah reflejó un dolorido desconcierto.

-Pero... ¡Cabrón!

En lugar de responder, él retiró la pistola de su funda, abrió el tambor con los dos dedos que le quedaban en la mano derecha y empezó a recargarlo con la izquierda.

-De todos los déspotas arrogantes...

-Necesitabas morder -le interrumpió él en el mismo tono paciente-. Si no, habrías disparado mal; habrías disparado con la mano y la pistola, y no con el ojo, la mente y el corazón. ¿Ha sido eso una mala jugada? ¿Ha sido arrogante? Yo creo que no. Creo, Susannah, que eras tú la que llevaba arrogancia en su corazón. Creo que eras tú la que pensaba en jugarretas. Pero eso no me preocupa. Todo lo contrario. Un pistolero sin dientes no es un pistolero.

-¡Yo no soy ningún pistolero, maldita sea!

Rolando lo pasó por alto; podía permitírselo. Si ella no era un pistolero, él era un zopenco.

-Si estuviéramos jugando, podría haberme comportado de otro modo, pero esto no es ningún juego. Es...

Se llevó la mano buena a la frente y la dejó allí, con los dedos encorvados justo por encima de la sien izquierda. Las puntas de los dedos, observó ella, temblaban ligeramente.

-¿Qué te pasa, Rolando? -le preguntó con suavidad.

La mano descendió poco a poco. El pistolero devolvió el tambor a su lugar y depositó el revólver en la funda que ella llevaba colgada.

-Nada.

-Sí, te pasa algo. Lo he visto. Y Eddie también lo ha visto. Empezó poco después de que dejáramos la playa. Es algo malo, y va empeorando.

-No me pasa nada malo -repitió.

Extendió las manos y cogió las de él. Su ira se había esfumado, al menos por el momento. Le miró fijamente a los ojos.

-Eddie y yo... Este no es nuestro mundo, Rolando. Aquí moriríamos sin ti. Tenemos tus pistolas y sabemos utilizarlas, tú nos has enseñado a hacerlo bastante bien, pero aun así moriríamos. Nosotros... nosotros dependemos de ti. Así que, cuéntame qué anda mal. Deja que intente ayudarte. Déjanos que intentemos ayudarte.

Rolando nunca había sido un hombre que se comprendiera a sí mismo en profundidad, ni que se interesara por ello; la idea de reflexionar sobre sí mismo, y mucho menos analizarse, le resultaba ajena. Su estilo consistía en actuar; consultar rápidamente sus procesos interiores, del todo misteriosos, y actuar seguidamente. De todos ellos, él era el producto más perfecto, un hombre cuyo núcleo profundamente romántico estaba encerrado en una caja brutalmente sencilla hecha de instinto y pragmatismo. En aquel momento dio una de esas fugaces miradas a su interior y decidió contárselo todo a Susannah. Le pasaba algo malo; oh, sí, no cabía la menor duda. Algo andaba mal en su mente; algo tan sencillo como su naturaleza y tan extraño como la vida fantástica y vagabunda a la que esa naturaleza le había empujado.

Abrió la boca para decir «voy a explicarte lo que anda mal, Susannah, y te lo explicaré en sólo tres palabras. Estoy volviéndome loco». Pero antes de que pudiera empezar, otro árbol se desplomó en el bosque con un gran estrépito rechinante. Éste había caído más cerca, y esta vez no estaban profundamente absortos en una lucha de voluntades disfrazada de lección. Los dos lo oyeron, los dos oyeron el agitado graznar de cornejas que resonó a continuación, y los dos se dieron cuenta de que el árbol había caído cerca de su campamento.

Susannah se había vuelto en la dirección del ruido, pero enseguida sus ojos grandes y consternados se posaron en el rostro del pistolero. -¡Eddie! -exclamó.

Un grito se alzó en la profunda espesura verde de los bosques que se extendían a sus espaldas, un vasto grito de rabia. Cayó otro árbol, y después otro. Empezaron a caer produciendo como una salva de fuego de mortero. «Madera seca -pensó el pistolero-. Arboles muertos.»

-¡Eddie! -Esta vez fue un alarido-. ¡Sea lo que sea, está cerca de Eddie! -Las manos de Susannah volaron hacia las ruedas de su silla y emprendieron la laboriosa tarea de hacerla girar.

-No hay tiempo para eso. -Rolando la cogió por debajo de los brazos y la alzó en vilo. Ya la había cargado antes, cuando el terreno era demasiado irregular para la silla de ruedas los dos hombres la habían cargado, pero, aun así, su asombrosa e implacable velocidad no dejó de sorprenderla. En un instante dado estaba en la silla de ruedas, un artefacto adquirido en la mejor tienda de artículos de ortopedia de Nueva York en el otoño de 1962. En el siguiente se encontraba en precario equilibrio sobre los hombros de Rolando como una animadora, sujetando los lados de su cuello con sus muslos vigorosos, las manos sobre su cabeza, apoyada sobre su espalda. El pistolero empezó a correr con ella a cuestas, pisoteando con sus botas la tierra cubierta de agujas de pino entre los surcos dejados por la silla de ruedas.

-¡Odetta! -gritó, volviendo en este momento de tensión al nombre con que la había conocido por primera vez-. ¡No pierdas la pistola! ¡En el nombre de tu padre!

Se internó a toda velocidad entre los árboles. Encajes de sombras y brillantes cadenas hechas de manchas de sol se deslizaban sobre ellos en movedizos mosaicos mientras Rolando alargaba sus zancadas. Corrían cuesta abajo. Susannah alzó la mano izquierda para protegerse de una rama, doblada por el hombro del pistolero, que iba a azotarla, al mismo tiempo que su mano derecha descendía hasta la culata del antiguo revólver.

«Un kilómetro y medio -pensó-. ¿Cuánto se tarda en recorrer un kilómetro y medio al paso que lleva? No mucho, si consigue no perder pie sobre estas resbaladizas agujas... pero quizá demasiado. Que no le pase nada, Dios mío, que no le pasa nada a mi Eddie.»

Como si fuera una respuesta, oyó que la bestia invisible lanzaba su grito de nuevo. Su enorme voz era como un trueno. Como una maldición.

2

Era la criatura más grande de aquella floresta antaño conocida como los Grandes Bosques Occidentales, y también la más vieja. Muchos de los enormes y antiguos olmos que Rolando había advertido en el valle de abajo eran poco más que vástagos que apenas brotaban del suelo cuando el oso surgió como un ser brutal y errabundo de las vagas extensiones desconocidas del Mundo Exterior.

En otro tiempo, los Antiguos habían habitado en los Bosques Occidentales (suyo eran los restos que Rolando encontraba de vez en cuando desde hacía una semanas) y se había marchado por temor al oso enorme y en apariencia inmortal. Al principio, cuando descubrieron que no estaban solos en el nuevo territorio al que habían llegado, intentaron matarlo, pero aunque sus flechas lo enfurecían, no lograban producirle un verdadero daño. Y al oso no se le escapaba la causa de sus tormentos, a diferencia de los demás animales del bosque, incluso los felinos predadores que criaban y se amadrigaban en los cerros arenosos de poniente. No; el oso sabía muy bien de dónde procedían las flechas. Lo sabía. Y por cada flecha que hallaba su blanco en la carne oculta bajo su holgada piel, él se llevaba tres, cuatro, y a veces hasta media docena de los Antiguos. Niños si podía hacerse con ellos, o mujeres en caso contrario. A sus guerreros los desdeñaba, y éste era el colmo de la humillación.

Finalmente, cuando se les hizo patente la verdadera naturaleza de la bestia, cesaron sus intentos de aniquilarla. Era un diablo en persona, por supuesto, o la sombra de un dios. Le llamaron Mir, que para ellos significaba «el mundo de debajo del mundo». Se erguía a más de veinte metros de estatura, y después de dieciocho siglos o más de reinado indiscutido en los Bosques Occidentales estaba muriendo. Tal vez el instrumento de su muerte hubiera sido en principio un organismo microscópico en algo que había comido o bebido; tal vez fuera la edad, y más probablemente una combinación de ambas cosas. La causa no tenía importancia; el resultado final -una colonia de parásitos que se multiplicaban rápidamente devorando su fabuloso cerebro- sí la tenía. Tras años de cordura calculadora y brutal, Mir se había vuelto loco.

El oso se había dado cuenta de que nuevamente había seres humanos en su bosque; él reinaba en los bosques y, aunque eran vastos, nada importante que ocurriera en ellos escapaba por mucho tiempo a su atención. Había evitado a los recién llegados no porque los temiera, sino porque no tenía nada con ellos, ni ellos con él. Pero los parásitos habían dado comienzo a su tarea, y a medida que se acentuaba la demencia del oso, éste se convenció de que eran otra vez los Antiguos, que aquellos tramperos e incendiarios de bosques habían regresado y no tardarían en reanudar sus estúpidas maldades de siempre. Sólo cuando yacía ya en su última guarida, a unos cincuenta kilómetros de distancia de los recién llegados, más enfermo cada amanecer de lo que lo estuviera el anochecer anterior, llegó a creer que los Antiguos habían dado finalmente con una maldad que era eficaz: veneno.

Esta vez no vino a vengarse de alguna herida insignificante, sino a exterminarlos por completo antes de que su veneno terminara de ejercer su efecto en él..., y mientras viajaba, cesó todo pensamiento. Lo que restaba era rabia al rojo, el zumbido oxidado de la cosa que tenía en lo alto de la cabeza -la cosa giratoria situada entre sus oídos, que en otro tiempo había funcionado en suave silencio- y un sentido del olfato misteriosamente agudizado que le conducía sin error hacia el campamento de los tres peregrinos.

El oso, cuyo auténtico nombre no era Mir sino otro completamente distinto, se abría paso por el bosque como un edificio ambulante, una hirsuta torre de ojos pardorrojizos. Y aquellos ojos refulgían de fiebre v de locura. Su enorme cabeza, engalanada ahora con una guirnalda de ramas y agujas de abeto, se bamboleaba sin cesar de un lado a otro. De cuando en cuando estornudaba con una sorda explosión de sonido -¡ACHÍS!-, y de los agujeros de su goteante nariz surgían nubes de blancos y culebreantes parásitos. Sus zarpas, armadas de unas garras curvas que medían casi un metro de longitud, desgarraban los árboles. Caminaba erguido, dejando profundas huellas en la tierra blanda y negruzca. Hedía a bálsamo fresco y a mierda vieja y agria.

La cosa que llevaba en lo alto de la cabeza chirriaba y zumbaba, zumbaba y chirriaba.

La trayectoria del oso se mantenía casi constante: una línea recta que lo conduciría al campamento de quienes habían osado regresar a su bosque, de quienes habían osado llenar su cabeza con una agonía verde oscuro. Antiguos o Nuevos, todos morirían. Cuando pasaba junto a un árbol muerto, a veces se apartaba de la línea recta lo suficiente para derribarlo. Le complacía el rugido seco y explosivo de su caída; cuando el árbol se desplomaba por fin sobre el suelo del bosque en toda su podrida longitud o quedaba apoyado contra uno de sus compañeros, el oso reanudaba su avance por entre los haces inclinados de sol, enturbiados por las flotantes partículas de serrín.

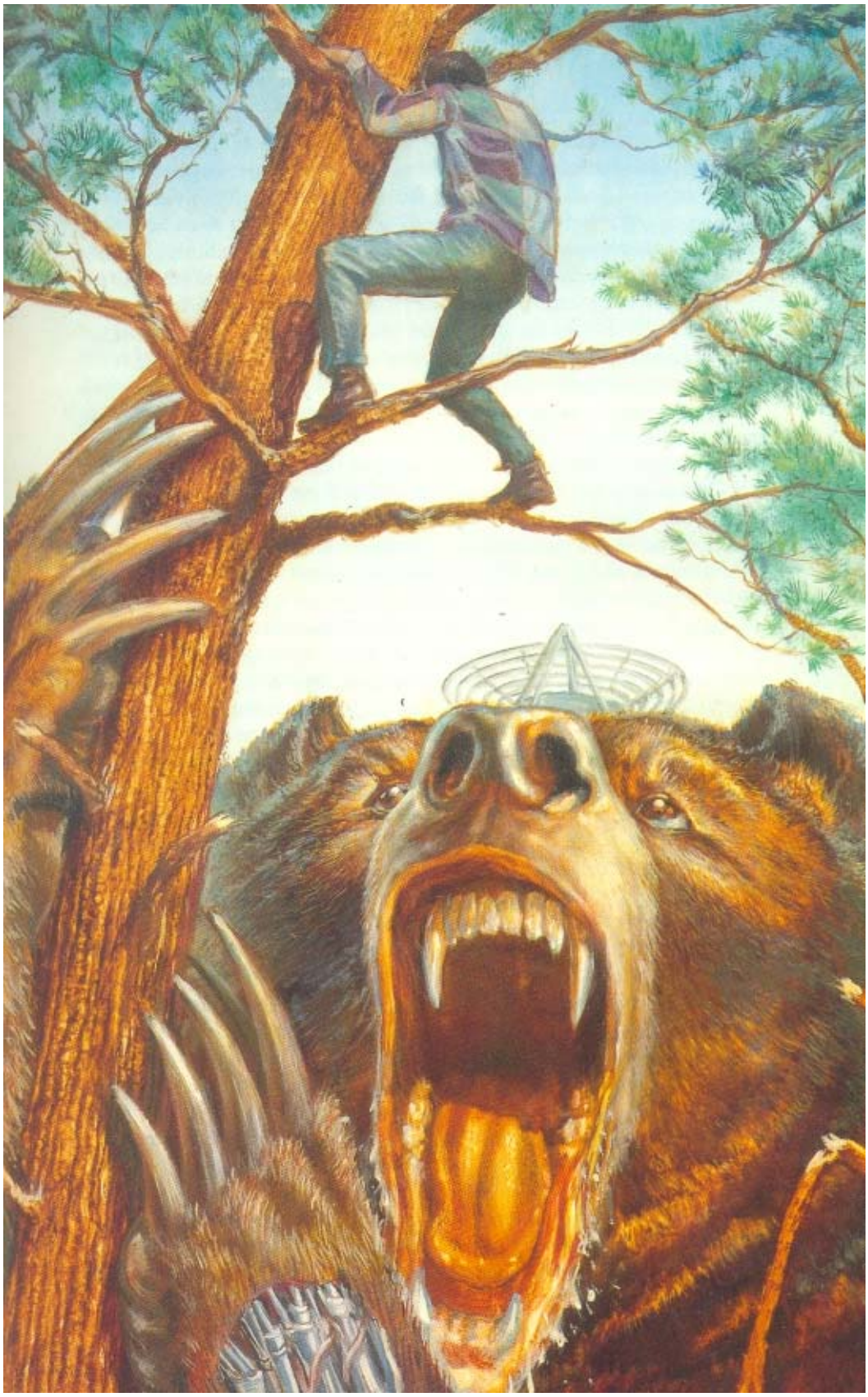
Librodot

3

Dos días antes, Eddie Dean había empezado a tallar de nuevo; la primera vez que tallaba algo desde los doce años. Recordaba que disfrutaba haciéndolo, y que además se le daba bien. Esto último no lo recordaba con certeza, pero al menos había una clara indicación de que era así: Henry, su hermano mayor, no soportaba verlo tallar.

«¡Ay, mira el mariquita! -decía Henry-. ¿Qué estás haciendo hoy, mariquita? ¿Una casa de muñecas? ¿Un orinal para tu pichulina? ¡Ohhh...! ¡Qué boniiito!»

Henry nunca se mostraba franco y le decía a Eddie que no hiciera algo; nunca se le acercaba para decirle a las claras: «¿Te importaría dejar de hacer eso, hermano? Comprende, es que está muy bien, y cuando haces algo que está muy bien me pongo nervioso. Porque, comprende, se supone que soy yo quien hace las cosas muy bien en esta casa. Yo.



Henry Dean. Así que escucha qué voy a hacer, hermano: me voy a meter contigo en ciertas cosas. No te diré "Deja de hacer eso, que me pones nervioso", porque podría dar la impresión de que tengo algún problema en la cabeza, ya sabes. Pero puedo meterme contigo porque eso es parte de lo que hacen los hermanos mayores, ¿verdad? Forma parte de la

imagen. Me meteré contigo y te provocaré y me burlaré de ti hasta que lo dejes de una jodida vez. ¿Comprendes?»

Bueno, no estaba bien, nada bien, pero en casa de los Dean las cosas generalmente marchaban como Henry quería que marcharan. Y hasta hacía muy poco le había parecido correcto; bien no, pero correcto. Había ahí una diferencia pequeña pero crucial, si uno alcanzaba a captarla. Había dos motivos para que pareciera correcto. Uno era un motivo de por encima; el otro un motivo de por debajo.

El motivo de por encima era que Henry tenía que vigilar a Eddie cuando la señora Dean estaba trabajando. Tenía que vigilar constantemente, porque antes había existido una hermana Dean, no sé si me entienden. Si viviera sería cuatro años mayor que Eddie y cuatro menor que Henry, pero ésta era la cosa, ya ven, que no vivía. La había atropellado un automovilista borracho cuando Eddie tenía dos años. Estaba mirando un juego de rayuela sobre la acera cuando ocurrió.

De pequeño, Eddie pensaba a veces en su hermana mientras escuchaba a Mel Allen retransmitiendo los partidos de la Yankee Baseball Network. Alguien aporreaba bien la bola, y Mel mugía: «¡Madre mía, le ha dado de lleno! ¡HASTA LA VISTA!» Bien, pues el borracho le dio de lleno a Gloria Dean, madre mía, hasta la vista. Gloria estaba ahora en la gran cubierta superior del cielo, y no había sido porque tuviera mala suerte ni porque el estado de Nueva York hubiera decidido no retirarle el permiso al muy cabrón tras su tercer accidente con víctimas, ni siquiera porque Dios se hubiese agachado a recoger un cacahuete; había sucedido (como la señora Dean repetía con frecuencia a sus hijos) porque no había nadie que vigilara a Gloria.

La función de Henry consistía en procurar que a Eddie no le pasara nada por el estilo. Era su función y la cumplía, pero no resultaba fácil. En eso estaban de acuerdo Henry y la señora Dean, si no en otra cosa. Los dos recordaban con frecuencia a Eddie lo mucho que Henry se había sacrificado para protegerlo de automovilistas borrachos, asaltantes y drogadictos, y quizás incluso de extraterrestres malignos que podían estar circulando por las inmediaciones de la cubierta superior, extraterrestres que en cualquier momento podían decidirse a descender de sus ovnis en esquíes de propulsión nuclear para secuestrar niñitos como Eddie Dean. O sea que no estaba bien hacer que Henry se pusiera más nervioso de lo que ya estaba a resultas de esta tremenda responsabilidad. Si a Eddie se le ocurría hacer algo que pusiera aún más nervioso a Henry, Eddie debía dejar de hacerlo inmediatamente. Era una forma de compensar a Henry por todo el tiempo que Henry se había pasado vigilando a Eddie. Visto de este modo, es comprensible que fuera muy injusto hacer cualquier cosa mejor que Henry.

Luego estaba el motivo de por debajo. Ese motivo (el mundo de debajo del mundo, podríamos decir) era más poderoso, porque nunca podía declararse: Eddie no podía permitirse ser mejor que Henry en prácticamente nada, porque en general, Henry, no valía para nada..., excepto para vigilar a Eddie, por supuesto.

Henry enseñó a Eddie a jugar al baloncesto en una cancha cercana al edificio de apartamentos en que vivían, en un suburbio de hormigón donde las torres de Manhattan se recortaban sobre el horizonte como un sueño y el subsidio de desempleo era rey. Eddie era ocho años menor que Henry y mucho más pequeño, pero también más rápido. Tenía un instinto natural para el juego; en cuanto pisó el cemento agrietado de la pista con el balón entre las manos, los movimientos idóneos parecieron hervir en sus terminaciones nerviosas. Era más rápido, pero eso no representaba gran cosa. Lo que sí representaba gran cosa era esto; Eddie era mejor que Henry. Si no lo hubiera averiguado por los resultados de los partidos de entrenamiento en que a veces participaban, lo habría sabido por las miradas asesinas de Henry y por los duros golpes que Henry solía darle en el antebrazo mientras regresaban a casa. En teoría estos golpes eran bromitas de Henry -«¡Dos por haberte echado atrás!», gritaba alegremente Henry, y acto seguido ¡zas, zas! en el bíceps de Eddie con un nudillo extendido-, pero no parecían bromas. Parecían advertencias, parecían una manera de decirle: «Más te vale

no hacerme quedar mal y dejarme en ridículo cuando subas a la canasta, hermano; más te vale no olvidar que te estoy vigilando.»

Lo mismo podía decirse de la lectura, el béisbol, el juego de la herradura, las matemáticas, e incluso saltar la cuerda, que era un juego de niñas. Que él era mejor en estas cosas, o que podría serlo, constituía un secreto que debía ser protegido a toda costa. Porque Eddie era el hermano menor. Porque Henry lo vigilaba. Pero la parte más importante del motivo de por debajo era al mismo tiempo la más sencilla: estas cosas debían guardarse en secreto porque Henry era el hermano mayor de Eddie, y Eddie lo adoraba.

4

Dos días atrás, mientras Susannah despellejaba un conejo y Rolando empezaba los preparativos para la cena, Eddie se había internado en el bosque, al sur mismo del campamento. Había visto una protuberancia curiosa que sobresalía de un tocón. Le invadió una sensación extraña -supuso que era lo que la gente llamaba *deja vu- y* se quedó mirando fijamente la protuberancia de la madera, que parecía el tirador deformado de una puerta. Era remotamente consciente de que se le había secado la boca.

Al cabo de varios segundos se dio cuenta de que estaba mirando la protuberancia que brotaba del tocón, pero pensando en el patio trasero del edificio donde Henry y él habían vivido, pensando en el contacto del cemento caliente bajo su culo y los abrumadores olores de la basura del contenedor aparcado en el callejón, a la vuelta de la esquina. En este recuerdo él tenía un trozo de madera en la mano izquierda, y en la derecha un cuchillo de mondar sacado del cajón junto al fregadero. El trozo de madera que sobresalía del tocón había conjurado la memoria de aquel breve período durante el que estuvo perdidamente enamorado de la talla. El recuerdo estaba tan profundamente enterrado que al principio no había sabido qué era.

Lo que más le gustaba de la talla era la parte de ver, que venía antes incluso de empezar. A veces veía un coche o un camión. A veces, un perro o un gato. Recordó que una vez había sido la cara de un ídolo, uno de aquellos inquietantes monolitos de la isla de Pascua que había visto en un ejemplar de *National Geographic,* en la escuela. Ese había resultado bueno. El juego consistía en averiguar qué parte de la cosa se podía sacar de la madera sin romperla. Nunca se podía sacar toda, pero si se iba con muchísimo cuidado, a veces se podía sacar bastante.

En el bulto del tocón había algo. Le pareció que podría sacar bastante de ese algo con ayuda del cuchillo de Rolando, la herramienta más afilada y manejable que había utilizado en su vida.

En el interior de la madera había algo, algo que esperaba con paciencia a que llegara alguien -¡alguien como él!- y lo dejara salir. Que lo liberase.

«¡Ay, mira el mariquita! ¿Qué estás haciendo hoy, mariquita? ¿Una casa de muñecas? ¿Un orinal para tu pichulina? ¿Un tirachinas para jugar a cazar conejos, como los mayores? ¡Ohhh...! ¡Qué boniiito!»

Experimentó un arrebato de vergüenza, una sensación de cosa incorrecta; aquella poderosa sensación de los secretos que deben protegerse a toda costa, y enseguida recordó -una vez más- que Henry

Dean, que en sus últimos años se había convertido en gran sabio y yonqui eminente, estaba muerto. Esta constatación no había perdido aún su capacidad de sorprenderle, y seguía golpeándole de distintas maneras; a veces con pesar, a veces con culpa, a veces con ira. Aquel día, dos días antes de que el gran oso surgiera a paso de carga desde los verdes corredores del bosque, le golpeó del modo más sorprendente. Sintió alivio, y una alegría desbordante.

Era libre.

Eddie tomó prestado el cuchillo de Rolando. Lo utilizó para desprender cuidadosamente la protuberancia de madera, y luego volvió con ella y se sentó debajo de un árbol para examinarla desde todos los ángulos. No miraba la madera; miraba en su interior.

Susannah ya había terminado con el conejo. Echó la carne en la olla suspendida sobre el fuego y tensó la piel entre dos palos, atándola con tiras de cuero que sacó de la bolsa de Rolando. Más tarde, después de la cena, Eddie la rasparía para limpiarla. Susannah se impulsó con los brazos y las manos, deslizándose sin esfuerzo hacia el rincón donde Eddie se había sentado con la espalda recostada en un gran pino. Rolando, junto a la hoguera, desmenuzaba sobre la olla unas hierbas arcanas y sin duda deliciosas.

-¿Qué estás haciendo, Eddie?

Eddie tuvo que reprimir el impulso absurdo de esconder el pedazo de madera detrás de la espalda.

-Nada -respondió-. Se me ha ocurrido que podía..., no sé, que podía tallar algo. -Tras una pausa, añadió-: Pero no se me da muy bien. -Lo dijo de una manera que casi dio la impresión de que pretendía tranquilizarla.

Ella lo contempló intrigada. Por un instante pareció a punto de decir algo, pero al final se encogió de hombros y lo dejó estar. No tenía ni idea de por qué a Eddie parecía avergonzarle el hecho de entretenerse un rato tallando -el padre de Susannah lo hacía a todas horas-, pero supuso que si se trataba de algo que tenía que hablarse, Eddie ya lo traería a colación en su momento.

Eddie sabía que sus sentimientos de culpa eran absurdos e injustificados, pero también sabía que se encontraba más a gusto tallando cuando Rolando y Susannah no estaban en el campamento. Al parecer, costaba eliminar las viejas costumbres. Superar la heroína era un juego de niños en comparación con superar la propia infancia.

Cuando los otros dos salían a cazar, a disparar o a seguir la peculiar forma de escuela de Rolando, Eddie se sentía capaz de dedicarse a su pedazo de madera con sorprendente habilidad y creciente placer. La forma estaba allí adentro, desde luego; en eso no se había equivocado. Era sencilla, y el cuchillo de Rolando la liberaba con una facilidad pasmosa. Eddie juzgó que iba a sacarla casi toda, y eso quería decir que su tirador podía llegar a convertirse en un arma práctica. No gran cosa en comparación con los pistolones de Rolando, quizá, pero aun así sería algo que habría hecho por sí mismo. Algo suyo. Y esta idea le complacía muchísimo.

Cuando las primeras cornejas se elevaron hacia el cielo, graznando despavoridas, no las oyó. Ya estaba pensando, esperanzado, que quizá no tardaría en ver un árbol que llevara un arco encerrado dentro.

5

Eddie oyó acercarse al oso antes que Rolando y Susannah, pero no mucho antes; estaba perdido en ese elevado aturdimiento que acompaña al impulso creativo en sus momentos más dulces y poderosos. Había reprimido estos impulsos durante la mayor parte de su vida, y ahora éste se había posesionado de él por completo. Eddie era un prisionero de buena gana.

Fue arrancado de esta contemplación no por el ruido de los árboles al romperse sino por el trueno rápido de un revólver calibre 45 que sonó hacia el sur. Eddie alzó la vista, sonriente, y se apartó el flequillo de la frente con una mano cubierta de serrín. En aquel momento, sentado al pie de un alto pino en el claro que se había convertido en su hogar, con el rostro salpicado de rayos entrecruzados de la verdosa y dorada luz del bosque, ofrecía un hermoso

aspecto: un joven con una rebelde cabellera oscura que constantemente intentaba derramarse sobre su despejada frente, un joven con una boca enérgica y expresiva y ojos color avellana.

Su mirada se posó por unos instantes en el otro revólver de Rolando, colgado por el cinto de una rama cercana, y Eddie trató de imaginar cuánto tiempo haría desde la última vez que Rolando había ido a alguna parte sin llevar al menos una de sus fabulosas armas suspendida sobre la cadera. Esta pregunta le condujo a otras dos.

¿Qué edad tenía ese hombre que había arrancado a Eddie y Susannah de sus mundos y de sus cuandos? Y, más importante aún, ¿qué andaba mal en él?

Susannah le había prometido plantear la cuestión..., es decir, si disparaba bien y no hacía que a Rolando se le pusieran los pelos de punta. Eddie no creía que Rolando se lo dijera -al menos al principio-, pero ya era hora de hacerle saber que ellos se daban cuenta de que algo andaba mal.

-Habrá agua si Dios quiere -dijo Eddie. Volvió a concentrarse en la talla, con una sonrisita aleteando en los labios. Los dos habían empezado a apropiarse de las frasecitas de Rolando..., y él de las de ellos. Era casi como si fueran mitades de un mismo...

Entonces cayó un árbol muy cerca y Eddie se incorporó al instante, con el tirador a medio tallar en una mano y el cuchillo de Rolando en la otra. Se volvió hacia el ruido, al otro lado del claro, con el corazón palpitante y todos los sentidos alertas. Algo se acercaba. Podía oír con claridad cómo aplastaba los arbustos en su descuidado avance por entre la vegetación, y le maravilló amargamente no haberse dado cuenta antes. En el fondo de su mente, una vocecita le dijo que se lo tenía merecido. Se lo tenía merecido por hacer algo mejor que Henry, por poner nervioso a Henry.

Cayó otro árbol con un crujido como de una chicharra o una tos. Eddie miró hacia un pasillo irregular entre los grandes abetos, y vio elevarse una nube de serrín en el aire inmóvil. El causante de aquella nube soltó un bramido, un sonido feroz que helaba las entrañas.

Fuera lo que fuese, era un enorme hijo de puta.

Soltó el pedazo de madera y lanzó el cuchillo de Rolando hacia un árbol situado a unos cinco metros a su izquierda. El arma dio dos vueltas en el aire y se clavó hasta la mitad de la hoja, que quedó vibrando. Eddie se apoderó de la pistola de Rolando, allí colgada, y la amartilló.

¿Plantar cara o huir?

Pero inmediatamente descubrió que no podía permitirse el lujo de elegir. Además de enorme la cosa era veloz, y resultaba demasiado tarde para huir. Una forma descomunal empezó a revelarse en el pasillo de abetos al norte del claro, una forma que se erguía sobre todos los árboles salvo los más altos. Avanzaba directamente hacia él, y cuando sus ojos se fijaron en Eddie Dean lanzó otro de sus gritos.

-Estoy jodido -masculló Eddie mientras otro árbol se doblaba, detonaba como un mortero y se desplomaba entre una nube de polvo y agujas secas. La cosa reanudó un avance hacia el claro donde él se encontraba, un oso del tamaño de King Kong. Sus pisadas hacían temblar la tierra.

«¿Qué vas a hacer, Eddie? -le preguntó repentinamente Rolando-. ¡Piensa! Es la única ventaja que tienes sobre esa bestia. ¿Qué vas a hacer?»

Eddie no se creía capaz de matarlo. Quizá con un bazuca, pero difícilmente con el calibre 45 del pistolero. Podía echar a correr, pero tenía la impresión de que aquella bestia podía ser bastante veloz si se lo proponía. Calculó que las probabilidades de terminar hecho papilla entre las zarpas del gran oso debían de ser de un cincuenta por ciento.

¿Qué podía hacer? ¿Quedarse donde estaba y liarse a disparar? ¿Salir corriendo como si tuviera el pelo en llamas y el culo empezando a prender?

Se le ocurrió una tercera alternativa: podía trepar.

Se volvió hacia el árbol en el que antes estaba apoyado. Era un pino inmenso y venerable, muy posiblemente el árbol más alto de aquella parte del bosque. La primera rama se extendía paralela al suelo como un abanico verde plumoso, a unos dos metros y medio de

altura. Eddie desamartilló el revólver y se lo embutió bajo la cintura de los pantalones. Saltó hacia la rama, se aferró a ella y empezó a escalar frenéticamente. A sus espaldas, el oso emitió otro bramido mientras entraba en el claro.

El oso le habría dado alcance de todos modos, habría dejado las tripas de Eddie Dean colgadas de las ramas más bajas como alegres guirnaldas si en aquel momento no le hubiera dado otro de sus accesos de estornudos. Pateó los restos cenicientos de la hoguera alzando una nube negra y seguidamente se quedó casi doblado, con las enormes zarpas delanteras sobre los enormes muslos, de tal manera que por unos instantes pareció un viejo enfundado en un abrigo de pieles, un viejo acatarrado. Estornudó una y otra vez -¡ACHÍS! ¡ACHÍS! ¡ACHÍS!- y expulsó por el hocico nubes de parásitos. Entre sus patas fluyó un chorro de orina caliente que hizo sisear las brasas desperdigadas de la hoguera.

Eddie no desperdició estos cruciales instantes de más que le habían sido concedidos. Se encaramó por el tronco como un mono, deteniéndose una sola vez para comprobar que el revólver del pistolero siguiera firmemente sujeto bajo la cintura de los pantalones. Estaba aterrorizado, medio convencido de que iba a morir (¿qué podía esperar si no, ahora que no estaba Henry para vigilarlo?), pero aun así una risa demencial se desencadenó en su cabeza.

La bestia levantó de nuevo la cabeza, haciendo relucir con guiños y destellos de sol la cosa que giraba entre sus oídos, y cargó contra el árbol de Eddie. Alzó una pata hacia lo alto y descargó un zarpazo para hacer caer a Eddie como si fuera una piña. La zarpa destrozó la rama sobre la que se sostenía justo en el momento en que él saltaba hacia la siguiente. La misma zarpa le destrozó también uno de los zapatos, arrancándoselo del pie y lanzándolo a lo lejos en dos pedazos maltrechos.

«Me parece muy bien -pensó Eddie-. Puedes quedarte con los dos si te parece, Hermano Oso. A fin de cuentas, ya estaban muy gastados.»

El oso bramó y arañó el árbol, abriendo profundas heridas en su antigua corteza, heridas que sangraban una savia clara y resinosa. Eddie siguió trepando. Las ramas empezaban a menguar, y cuando se arriesgó a echar una ojeada hacia abajo se encontró mirando directamente los turbios ojos del oso. Bajo su cabeza echada hacia atrás, el claro se había convertido en una diana, con los restos dispersos de la hoguera en su centro.

-Has fallado, peludo hijo de... -comenzó Eddie, y de pronto el oso, con la cabeza aún inclinada para mirar hacia él, soltó un estornudo. Eddie quedó inmediatamente empapado de un moco caliente lleno de gusanitos blancos. Los gusanos se retorcían frenéticamente sobre la camisa, los antebrazos, el cuello y la cara.

Eddie gritó con una mezcla de sorpresa y repugnancia. Empezó a limpiarse los ojos y la boca, perdió el equilibrio y justo en el último instante logró pasar un brazo en torno a la rama más cercana. Se agarró bien y se restregó la piel, eliminando como pudo aquella flema agusanada. El oso rugió y golpeó otra vez el árbol. El pino osciló como un mástil en una tempestad, pero las marcas que dejaron sus garras en la corteza estaba a unos dos metros por debajo de la rama en la que Eddie había plantado los pies.

Los gusanos se morían, advirtió; debían de haber empezado a morir en cuanto abandonaron los pantanos infectos del interior del cuerpo del monstruo. Eso hizo que se sintiera un poco mejor, y empezó a trepar de nuevo. Se detuvo unos cuantos metros más arriba, sin atreverse a seguir subiendo. El tronco del pino, que en la base debía de medir dos metros y medio de diámetro, a aquella altura apenas alcanzaba unos cuarenta centímetros de lado a lado. Eddie había repartido su peso sobre dos ramas, pero las notaba ceder elásticamente bajo su peso. Desde allí podía contemplar a vista de pájaro los bosques y las estribaciones de las colinas del oeste, que se extendían bajo él como una ondulante alfombra. En otras circunstancias, habría sido un panorama maravilloso.

«En la cima del mundo, mamá», pensó Eddie. Bajó otra vez la mirada hacia el rostro del oso, y por un instante todo pensamiento lógico fue expulsado de su mente por el aturdimiento.

En el cráneo del oso crecía algo, y ese algo le recordaba a Eddie una pequeña antena de radar.

El aparato giraba a sacudidas, proyectando reflejos de sol, y desde lo alto podía oírlo chirriar en tono agudo. En sus tiempos, Eddie había tenido unos cuantos coches viejos -de aquellos que se veían en las tiendas de segunda mano con las palabras OCASIÓN PARA HOMBRE HABILIDOSO escritas con jabón sobre el parabrisas- y le pareció que el ruido que emitía aquel artilugio era el de unos rodamientos que van a bloquearse si no son sustituidos cuanto antes.

El oso lanzó un gruñido largo y ronroneante. Entre sus mandíbulas rezumaban cuajarones de espuma amarillenta cargada de gusanos. Si Eddie no había visto jamás el rostro de la demencia total (y él creía que sí, puesto que en más de una ocasión se había enfrentado cara a cara con aquella víbora de categoría internacional que era Detta Walker), ahora lo estaba contemplando..., pero gracias a Dios ese rostro se hallaba a unos diez metros por debajo suyo y, extendidas al máximo, aquellas zarpas asesinas quedaban a un metro y medio de sus pies. Y a diferencia de los árboles en los que el oso había desfogado su frustración mientras avanzaba hacia el claro, éste no estaba muerto.

-Estamos en tablas, cariño -bufó Eddie. Se enjugó el sudor de la frente con una mano pegajosa de resina y la sacudió hacia el rostro del oso.

Entonces la criatura que los Antiguos habían llamado Mir abrazó el árbol con sus enormes patas delanteras y empezó a sacudirlo. Eddie se agarró al tronco y, con los ojos reducidos a hoscas ranuras, trató de mantenerse sujeto mientras el pino oscilaba de un lado a otro como un péndulo.

6

Rolando se detuvo al borde del claro. Susannah, balanceándose sobre sus hombros, contempló el espacio abierto sin dar crédito a sus ojos. La bestia estaba parada al pie del árbol donde se encontraba Eddie. Susannah sólo alcanzaba a ver retazos y fragmentos de su cuerpo por entre la cortina de ramas y agujas verdes, La segunda cartuchera de Rolando yacía junto a uno de los pies del monstruo. Observó que la funda estaba vacía.

-¡Dios mío! -murmuró.

El oso chilló como una mujer enloquecida y empezó a sacudir el árbol. Las ramas se agitaron como azotadas por un huracán. La mirada de Susannah se deslizó hacia lo alto y divisó una forma oscura cerca de la copa. Eddie se aferraba al tronco mientras el árbol se ladeaba e inclinaba. De pronto, una de sus manos resbaló y se agitó frenéticamente en busca de un asidero.

-¿Qué hacemos? -le gritó a Rolando-. ¡Va a tirarlo del árbol! ¿Qué hacemos?

Rolando intentó pensar algo, pero aquella extraña sensación había vuelto de nuevo. Ya siempre estaba con él, pero la tensión parecía acentuarla. Se sentía como dos hombres distintos encerrados en un mismo cráneo. Cada uno tenía sus propios recuerdos, y cuando empezaban a discutir, porque cada uno aseguraba que sus recuerdos eran los auténticos, el pistolero se sentía como si lo desgarrasen en dos. Hizo un esfuerzo desesperado para reconciliar las dos mitades y lo consiguió..., al menos por el momento.

-¡Es uno de los Doce! -exclamó-. ¡Uno de los Guardianes! ¡Seguro que lo es! Pero creía que estaban...

El oso soltó otro de sus bramidos hacia Eddie y empezó a golpear el árbol como un boxeador aturdido. Las ramas crujían y se amontonaban a sus pies.

-¿Qué más? -aulló Susannah-. ¿Cómo es el resto?

Librodot

Rolando cerró los ojos. Dentro de su cabeza, una voz chilló: «¡El chico se llamaba Jake!» Otra voz replicó, también a gritos: «¡No había ningún chico! ¡No había ningún chico, y lo sabes perfectamente!»

«¡Largaos los dos!», ladró el pistolero, y enseguida exclamó en voz alta:

-¡Dispara! ¡Pégale un tiro en el culo, Susannah! ¡Se volverá y cargará! ¡Cuando lo haga, apunta a algo que lleva en la cabeza! Es... -El oso bramó de nuevo. Cesó de golpear el árbol y empezó a sacudirlo otra vez. En la parte superior del tronco sonaron ominosos crujidos y chasquidos. Cuando pudo hacerse oír, Rolando prosiguió-: ¡Creo que parece un sombrero! ¡Un sombrerito de metal! ¡Apunta ahí, Susannah! ¡Y no falles!

De pronto Susannah se sintió llena de terror, de terror y de otra emoción que jamás hubiera esperado conocer: una demoledora soledad.

-¡No! ¡Fallaré! ¡Dispara tú, Rolando! -empezó a desenfundar el revólver para entregárselo.

-¡No puedo!-gritó Rolando-. ¡Estoy en mal ángulo! ¡Tienes que hacerlo tú, Susannah! ¡Esta es la verdadera prueba, y más vale que la superes!

-¡Rolando...!

-¡Pretende arrancar la copa del árbol! -le rugió-. ¿No te das cuenta?

Susannah miró el revólver que tenía en la mano. Miró hacia el otro lado del claro, hacia el oso gigantesco semioculto entre las nubes y chaparrones de agujas verdes. Miró a Eddie, que se balanceaba de un lado a otro como un metrónomo. Seguramente Eddie llevaba la otra pistola de Rolando, pero Susannah no veía la forma de que pudiera utilizarla sin ser derribado de la rama como una ciruela madura. Además, podía no acertar en el punto indicado.

Alzó el revólver. El miedo le atenazaba el estómago.

-Sujétame bien, Rolando -le pidió-. Si te mueves...

-¡No te preocupes por mí!

Disparó dos veces, soltando los tiros como Rolando le había enseñado. Las potentes detonaciones rasgaron el bramido del oso, sacudiendo el árbol como restallidos de látigo. Vio que las dos balas se hundían en el anca izquierda del oso, a menos de cinco centímetros una de otra.

La bestia soltó un alarido de sorpresa, de dolor y de cólera. Una de sus enormes zarpas delanteras surgió de la espesura de ramas y agujas y dio una palmada sobre el lugar herido. La zarpa se elevó goteando rojo y se perdió de nuevo en el ramaje. Susannah se imaginó al animal examinando su palma ensangrentada. A continuación sonó un ruido siseante, precipitado, crepitante, mientras el oso se volvía y se agachaba al mismo tiempo, poniéndose a cuatro patas para correr con más velocidad. Susannah le vio la cara por primera vez, y su corazón flaqueó. Tenía el hocico cubierto de espuma; sus ojos inmensos ardían como lámparas. Su hirsuta cabeza se ladeó hacia la izquierda..., hacia la derecha... y se centró en Rolando, que se sostenía con las piernas separadas y Susannah encaramada sobre los hombros.

El oso empezó a cargar, con un bramido atronador.

7

«Di la lección, Susannah, y sé certera.»

El oso corría hacia ellos con un medio galope estruendoso; era como contemplar una máquina escapada de la fábrica a la que alguien hubiera echado una enorme alfombra apolillada por encima.

«¡Parece un sombrero! ¡Un sombrerito de metal!»

Enseguida lo vio..., pero a ella no le pareció un sombrero. Le pareció una antena de radar, una versión en pequeño de las que había visto en los documentales MovieTone sobre aquella línea DEW que los protegía a todos de un ataque ruso por sorpresa. Era más grande que las piedras contra las que había disparado poco antes, pero también la distancia era mayor. Sol y sombra se deslizaban sobre el metal creando manchas engañosas.

«No apunto con la mano; la que apunta con la mano ha olvidado el rostro de su padre.

»¡No voy a poder!

»No apunto con la mano; la que apunta con la mano ha olvidado el rostro de su padre.

»¡Fallaré! ¡Sé que fallaré!

»No mato con mi pistola; la que mata con su pistola...»

-¡Dispara! -rugió Rolando-. ¡Dispara, Susannah!

Aun antes de apretar el gatillo, vio volar la bala hacia su destino, guiada desde el cañón hasta el blanco por nada más ni nada menos que el feroz deseo de su corazón de que fuese certera. Todo su temor desapareció. Lo que quedó fue una sensación de profunda frialdad, y Susannah tuvo tiempo para pensar: «Esto es lo que él siente, Dios mío. ¿Cómo puede soportarlo?»

-¡Yo mato con el corazón, hijoputa! -exclamó, y el revólver del pistolero rugió en su mano.

8

El objeto plateado giraba sobre una varilla de acero plantada en el cráneo del oso. La bala de Susannah dio en pleno centro, y la antena de radar saltó en un centenar de fragmentos relucientes. El poste en sí quedó repentinamente envuelto en una llamarada de crepitante fuego azul que por unos instantes pareció adherirse a las mejillas del oso.

La bestia se irguió sobre sus patas traseras y lanzó un sibilante aullido de agonía, golpeando torpemente el aire con las zarpas delanteras. Se echó a andar, trazando un amplio círculo bamboleante, y empezó a agitar las patas como si hubiera decidido huir volando. Intentó rugir de nuevo, pero sólo emitió un desconcertante sonido como el de una sirena antiaérea.

-Está muy bien. -Rolando parecía exhausto-. Un buen tiro, limpio y certero.

-¿Le disparo otra vez? -preguntó ella con incertidumbre.

El oso seguía bamboleándose en su círculo loco, pero su cuerpo empezaba a vencerse hacia un lado. Chocó contra un árbol pequeño, rebotó y estuvo a punto de caer, pero se rehizo y siguió avanzando en círculo.

-No hace falta -respondió Rolando. Ella notó que la sujetaba por las caderas y la alzaba en vilo. Al cabo de un instante se hallaba sentada en el suelo, con los muslos recogidos bajo el cuerpo. Eddie estaba bajando del pino, lenta y temblorosamente, pero ella no lo vio. No podía apartar los ojos del oso.

Había visto ballenas en el acuario de Mystic, en Connecticut, y creía que eran mayores que aquel monstruo; mucho mayores, probablemente, pero éste era sin duda el mayor animal terrestre que había visto en su vida. Y era evidente que estaba agonizando. Sus bramidos se habían convertido en un sonido gorgoteante, y aunque tenía los ojos abiertos, parecía ciego. Se movía a trompicones por el campamento, derribando un par de pieles tendidas a secar, aplastando el pequeño refugio que compartía con Eddie, tropezando con los árboles. Susannah se fijó en el poste de acero que se alzaba sobre su cráneo. Estaba envuelto en zarcillos de humo, como si su disparo le hubiese incendiado el cerebro.

Librodot

Eddie llegó a la rama más baja del árbol que le había salvado la vida y, todavía temblando, se sentó a horcajadas en ella.

-¡Madre de Dios! -exclamó-. Lo estoy viendo con mis propios ojos y todavía no lo ere...

El oso giró hacia él. Eddie saltó ágilmente a tierra y se precipitó hacia Susannah y Rolando. El oso no pareció darse cuenta; avanzó como un borracho hacia el pino en el que se había refugiado Eddie, trató de cogerlo, pero falló y se hincó de rodillas. Por primera vez pudieron oír los otros sonidos que salían de su interior, sonidos que a Eddie le hicieron pensar en un enorme motor de camión rascando el cambio de marchas.

El oso sufrió un espasmo y encorvó la espalda. Sus zarpas delanteras se alzaron y desgarraron violentamente su propio rostro. Saltaron chorros de sangre infestada de gusanos. Entonces, cayó desplomado, haciendo temblar la tierra, y se quedó inmóvil. Tras todos sus extraños siglos, el oso al que los Antiguos llamaban Mir -el mundo de debajo del mundo- había muerto.

9

Eddie levantó a Susannah, la sostuvo uniendo sus manos pegajosas tras la espalda de ella y la besó intensamente. Eddie olía a sudor y a resina de pino. Ella le tocó las mejillas y el cuello, y hundió las manos en su cabellera mojada. Sentía el impulso irracional de tocarlo por todo el cuerpo hasta quedar absolutamente convencida de su realidad.

-Casi acaba conmigo -le explicó él-. Era como viajar en una atracción de feria enloquecida. ¡Qué disparo! Jesús, Suze, ¡qué disparo!

-Espero no tener que hacer nunca más una cosa parecida -contestó ella..., pero una vocecita protestó en su interior. Esa voz le sugería que estaba impaciente por volver a hacer una cosa parecida. Y era fría esa voz. Fría.

-¿Qué ha sido...? -comenzó Eddie, volviéndose hacia Rolando; pero Rolando ya no estaba allí. Caminaba lentamente hacia el oso, que yacía en el suelo con las peludas rodillas hacia arriba. De su cuerpo surgía una serie de gorgoteos y jadeos sofocados a medida que sus extrañas vísceras se apagaban poco a poco.

Rolando vio su cuchillo hincado en un árbol cerca del árbol veterano cubierto de cicatrices que le había salvado la vida a Eddie. Lo recogió y limpió la hoja sobre la camisa de suave gamuza que había sustituido a los andrajos que llevaba cuando los tres abandonaron la playa. Se detuvo junto al oso y lo contempló con una expresión de piedad y admiración.

«Hola, desconocido -pensó-. Hola, viejo amigo. Nunca había creído del todo en ti. Creo que Alain sí, y estoy seguro de que Cuthbert sí (Cuthbert creía en todo), pero yo era el escéptico. Creía que sólo eras un cuento para niños..., uno de los vientos que soplaban en la cabeza hueca de mi vieja nodriza hasta escapar finalmente por su boca balbuciente. Pero tú estabas aquí, otro refugiado de los viejos tiempos, como la bomba en la estación de paso y la vieja maquinaria del interior de las montañas. Y los Mutantes Lentos que rendían culto a aquellos restos estropeados ¿son acaso los últimos descendientes del pueblo que antaño habitó en estos bosques hasta huir finalmente de tu cólera? No lo sé, no lo sabré nunca, pero me suena a cierto, Sí. Y entonces llegué yo con mis amigos, mis mortíferos amigos nuevos que tanto empiezan a parecerse a mis mortíferos amigos de antes. Llegamos tejiendo nuestro círculo mágico alrededor de nosotros y de todo lo que tocamos, una hebra venenosa tras otra, y ahora yaces aquí a nuestros pies. El mundo se ha movido de nuevo, y esta vez, viejo amigo, eres tú quien ha quedado descartado.»

El cuerpo del monstruo todavía irradiaba un intenso calor enfermizo. Los parásitos salían en hordas por su boca y su hocico destrozado, pero morían casi al instante, formando pilas de un blanco céreo a ambos lados de la cabeza del oso.

Eddie se aproximó lentamente. Había desplazado a Susannah hacia la cadera, y la cargaba como una madre podría cargar a su hijo.

-¿Qué era, Rolando? ¿Lo sabes?

-Ha dicho que era un Guardián, me parece -respondió Susannah.

-Sí. -Rolando, todavía asombrado, habló con voz pausada-. Creía que no quedaba ninguno, que no podía quedar ninguno..., si es que realmente habían existido fuera de los cuentos de las viejas comadres. -Fuera lo que fuese, el hijoputa estaba loco -observó Eddie. Rolando esbozó una breve sonrisa.

-Si hubieras vivido dos o tres mil años, tú también serías un hijoputa loco.

-Dos o tres mil... ¡Dios mío!

-¿Es un oso de verdad? -preguntó Susannah-. ¿Y qué es eso?

Señalaba hacia lo que parecía ser una placa rectangular de metal fijada a cierta altura sobre una de las gruesas patas posteriores del oso. Estaba casi tapada por las tupidas guedejas, pero el sol de la tarde había arrancado un destello de luz a su superficie de acero inoxidable, haciéndola visible.

Eddie se arrodilló y extendió la mano hacia la placa en un gesto vacilante, muy consciente de los extraños chasquidos ahogados que seguían saliendo del interior del gigante caído. Se volvió hacia Rolando.

-Adelante -dijo el pistolero-. Ya está acabado.

Eddie echó atrás un mechón de cabello y se acercó un poco más. Había palabras inscritas en la placa. Estaban muy corroídas, pero descubrió que con un pequeño esfuerzo era capaz de leerlas.

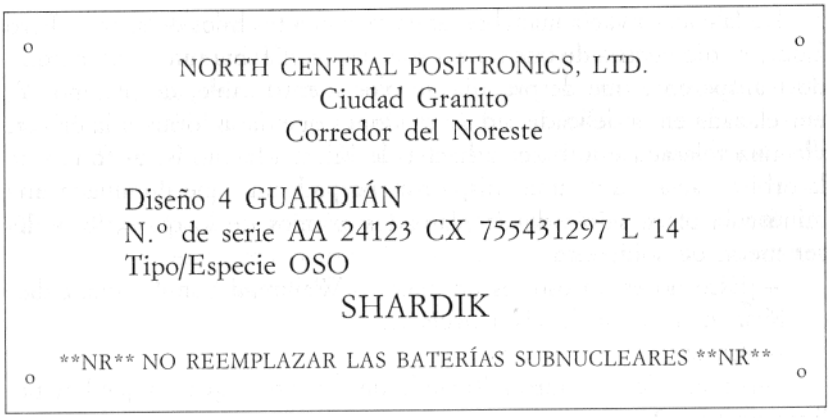
-¡Dios del cielo! ¡Esta cosa es un robot! -exclamó Eddie con voz queda.

-No puede ser un robot-protestó Susannah-. Cuando le he disparado, sangraba.

-Tal vez sí, pero al oso de jardín, en sus variedades más corrientes, no le crece una antena de radar en la cabeza. Y, hasta donde alcanzan mis conocimientos, el oso de jardín, en sus variedades más corrientes, no vive hasta la edad de dos o tres mil... -Se interrumpió bruscamente, con la vista fija en Rolando. Cuando volvió a hablar, había repulsión en su voz-. ¿Qué estás haciendo, Rolando?

Rolando no respondió; no necesitaba responder. Lo que estaba haciendo -arrancar uno de los ojos del oso con ayuda de su cuchillo-era perfectamente evidente. La operación fue rápida, limpia y precisa. Cuando estuvo terminada, el pistolero sostuvo durante unos instantes una supurante bola de gelatina marrón sobre la hoja del cuchillo y en seguida la arrojó al suelo. Unos cuantos gusanos se asomaron por el ciego agujero, intentaron descender reptando por el hocico del oso y murieron.

Librodot



El pistolero se inclinó sobre la cuenca del ojo de Shardik, el gran oso guardián, y escrutó su interior.

-Venid a mirar -les urgió-. Os mostraré una maravilla de los últimos días.

-Bájame, Eddie -dijo Susannah.

Eddie hizo lo que pedía, y ella se desplazó ágilmente sobre manos y muslos en dirección al pistolero, que seguía inclinado ante la ancha y yerta cara del oso. Eddie fue con ellos y atisbó sobre sus hombros. Los tres permanecieron mirando en absorto silencio durante casi un minuto; el único sonido procedía de las cornejas, que aún volaban en círculos y graznaban en el cielo.

De la cuenca vacía manaban unos menguantes hilos de sangre. Pero Eddie se dio cuenta de que no era sólo sangre. Había también un líquido transparente que desprendía un olor identificable, de plátano. Y, entrelazada en la delicada red de tendones que daba forma a la órbita, vio una telaraña que parecía hecha de hilos. Más atrás, al fondo de la órbita vacía, había una chispa roja parpadeante que iluminaba una minúscula placa salpicada de plateados grumos de lo que sólo podía ser metal de soldadura.

-¡Esto no es un oso, es un maldito Walkman Sony! -masculló. Susannah volvió la vista hacia él.

-¿Qué?

-Nada. -Eddie miró a Rolando de soslayo-. ¿Crees que hay peligro en tocar?

Rolando se encogió de hombros.

-Creo que no. Si había algún demonio en esta criatura, ahora se ha ido.

Eddie extendió el meñique, con todos los nervios listos para retirarlo si notaba el menor cosquilleo de electricidad, y tocó la carne cada vez más fría del interior de la órbita, que tenía casi el tamaño de una pelota de béisbol, y luego uno de aquellos hilos. Salvo que no era un hilo; era una finísima hebra de acero. Apartó el dedo y vio parpadear una vez más la minúscula chispa roja antes de apagarse para siempre.

-Shardik -musitó Eddie-. He oído antes ese nombre, pero no sé dónde. ¿Tiene algún significado para ti, Suze?

Ella meneó negativamente la cabeza.

-El caso es... -Eddie soltó una risita de impotencia-. Me suena como si tuviera algo que ver con conejos. ¿No es absurdo?

Rolando se incorporó. Sus rodillas produjeron un ruido seco como un disparo de escopeta.

-Tendremos que levantar el campo -anunció-. Aquí, el terreno está estropeado. El otro claro, adonde vamos a tirar, será...

Dio un par de pasos tambaleantes y de pronto cayó de rodillas, sujetándose la cabeza con las manos.

10

Eddie y Susannah intercambiaron una fugaz mirada de temor, y Eddie saltó inmediatamente al lado de Rolando.

-¿Qué pasa? ¿Qué te ocurre, Rolando?

-Había un chico -dijo el pistolero con un murmullo de voz. Y luego, al instante, añadió-: No había ningún chico.

-¿Rolando? -inquirió Susannah. Le pasó un brazo sobre los hombros y lo sintió temblar-. ¿Qué te pasa, Rolando?

-El chico -respondió Rolando, contemplándola con ojos aturdidos-. Es el chico. Siempre el chico.

-¿Qué chico? -aulló Eddie frenéticamente-. ¿Qué chico? -Vete pues -sentenció Rolando-. Existen otros mundos aparte de éstos. -Y se desmayó.

11

Aquella noche se sentaron los tres en torno a una gran hoguera que Eddie y Susannah habían encendido en el claro que Eddie llamaba «la galería de tiro». Habría sido un mal lugar para acampar en invierno, abierto al valle como estaba, pero ahora resultaba perfecto. Eddie imaginó que allí, en el mundo de Rolando, todavía estaban a finales del verano.

La bóveda negra del firmamento se curvaba sobre ellos, salpicada por lo que parecían ser galaxias enteras. Casi directamente hacia el sur, al otro lado del río de oscuridad que era el valle, Eddie vio alzarse la Vieja Madre sobre el lejano horizonte invisible. Miró de soslayo a Rolando, que estaba sentado junto al fuego con tres pieles sobre los hombros, pese a la cálida noche y el calor de la hoguera. A su lado había un plato de comida intacto, y sus manos sostenían un hueso.

Eddie alzó la vista hacia el cielo y pensó en un relato que les había contado el pistolero uno de aquellos largos días que habían pasado alejándose de la playa, cruzando las colinas y, finalmente, internándose en aquel espeso bosque que les había ofrecido un refugio temporal.

Antes de que empezara el tiempo, les contó Rolando, la Vieja Estrella y la Vieja Madre eran unos jóvenes y apasionados recién casados. Pero un día tuvieron una tremenda pelea. La Vieja Madre (a la que en aquellos remotos tiempos se conocía por su verdadero nombre, que era Lidia) había sorprendido a la Vieja Estrella (cuyo verdadero nombre era Opon) cortejando a una hermosa joven llamada Casiopea. Hubo una auténtica pelea entre los dos, una pelea con tirones de pelo, arañazos en la cara y platos rotos. Uno de los fragmentos de vajilla rota se convirtió en la Tierra; otro, más pequeño, dio origen a la Luna; una brasa del fogón de la cocina se convirtió en el Sol. Al final tuvieron que intervenir los dioses para evitar que Lidia y Opon, en su furor, destruyeran el universo cuando apenas estaba empezado. Casiopea, la desvergonzada que había provocado el problema («Sí, claro, siempre es la mujer», protestó Susannah en este punto), fue desterrada para siempre jamás a una mecedora hecha de estrellas. Pero ni siquiera esto resolvió el problema. Lidia estaba dispuesta a empezar de nuevo, pero Opon era testarudo y arrogante («Sí, la culpa la tiene siempre el hombre», gruñó Eddie en este momento). Así que se separaron, y ahora se contemplan con una mezcla de odio y anhelo sobre las ruinas sembradas de estrellas de su divorcio. Opon y Lidia llevan tres mil millones de años separados, les explicó el pistolero, y se han convertido en la Vieja Estrella y

la Vieja Madre, el Norte y el Sur, todavía deseándose, pero demasiado orgullosos para buscar la reconciliación... y Casiopea sentada a un lado, balanceándose en su mecedora y riéndose de los dos.

Eddie se sobresaltó al notar un contacto suave sobre su brazo, Era Susannah.

-Vamos -le dijo-. Tenemos que hacerle hablar.

Eddie la llevó junto a la hoguera y la depositó cuidadosamente a la derecha de Rolando. Después se sentó a su izquierda. Rolando miró primero a Susannah y luego a Eddie.

-Qué cerca de mí os habéis sentado -observó-. Como amantes..., o como guardianes en una cárcel.

-Es hora de que nos hables. -La voz de Susannah era baja, clara y musical-. Si somos tus compañeros, Rolando (y parece que lo somos, nos guste o no), ya es hora de que empieces a tratarnos como compañeros. Dinos qué te pasa...

-... y qué podemos hacer nosotros -concluyó Eddie. Rolando lanzó un profundo suspiro.

-No sé cómo empezar -respondió-. Hace mucho que no tengo compañeros... ni un relato que narrar.

-Empieza por el oso -le sugirió Eddie.

Susannah se inclinó hacia delante y tocó la quijada que Rolando tenía en las manos. Le daba miedo, pero no obstante la tocó. -Y acaba por esto.

-Sí. -Rolando levantó la quijada hasta la altura de los ojos y la contempló unos instantes antes de dejarla caer de nuevo sobre su regazo-. Tendremos que hablar de esto, ¿verdad? Es el centro de la cosa.

Pero el oso venía primero.

12

-Ésta es la historia que me contaron cuando era pequeño -comenzó Rolando-. Cuando todo era nuevo, los Grandes Antiguos (que no eran dioses sino seres humanos que tenían casi el conocimiento de dioses) crearon doce guardianes para que vigilaran los doce pórticos por los que se entra y sale del mundo. Algunas veces he oído que estos pórticos eran naturales, como las constelaciones que vemos en el cielo o la grieta sin fondo que llamábamos la Tumba del Dragón, por la gran nube de vapor que emitía cada treinta o cuarenta días. Pero otras personas (recuerdo en particular al jefe de cocina del castillo de mi padre, un hombre llamado Hax) decían que no eran naturales, que habían sido creados por los Grandes Antiguos cuando todavía no se habían colgado del cuello la soga del orgullo y desaparecido de la tierra. Hax decía que la creación de los Doce Guardianes había sido el último acto de los Grandes Antiguos, su intento de reparar los grandes daños que se habían infligido unos a otros y a la propia tierra.

-Pórticos -caviló Eddie-. ¿Te refieres a puertas? Ya estamos otra vez en lo mismo. Esas puertas por las que se entra y sale del mundo ¿conducen al mundo del que procedemos Suze y yo? ¿Son como las que encontramos en la playa?

-No lo sé -contestó Rolando-. Por cada cosa que sé, hay otras cien que ignoro. Tendréis que aceptarlo así. El mundo se ha movido, decimos. Cuando lo hizo, se alejó como una gran ola en retirada, dejando sólo ruinas tras de sí, unas ruinas que a veces pueden parecer un mapa.

-Bien, pero ¿tú qué supones? -insistió Eddie, y la vehemencia de su voz indicó al pistolero que Eddie aún no había renunciado a la idea de regresar a su propio mundo (y el de Susannah). No del todo.

-Déjalo en paz, Eddie -intervino Susannah-. Este hombre no hace suposiciones.

-No es cierto; a veces las hace -replicó Rolando, sorprendiéndolos a los dos-. Cuando lo único que queda son suposiciones, a veces las hace. La respuesta es no. Creo que..., supongo que esos pórticos no se parecen mucho a las puertas de la playa. Supongo que no nos conducirían a ningún donde ni a ningún cuando que pudiéramos reconocer. Creo que las puertas de la playa, las que se abrían al mundo del que procedéis, son como el punto de apoyo en el centro de una tabla de balancearse. ¿Conocéis este juego de niños?

-¿Un sube y baja? -inquirió Susannah, inclinando la mano adelante y atrás para ilustrar el movimiento.

-¡Sí! -aprobó Rolando con aire complacido-. Eso mismo. A un lado de este baja y sube...

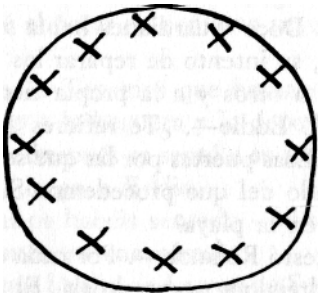
-Sube y baja -le corrigió Eddie con una sonrisita.

-Sí. A un lado, mi *ka.* Al otro, el del hombre de negro: Walter. Las puertas eran el centro, creadas por la tensión entre dos destinos opuestos. Esos otros pórticos son algo mucho más grande que Walter o que yo, o que la pequeña compañía que hemos formado entre los tres.

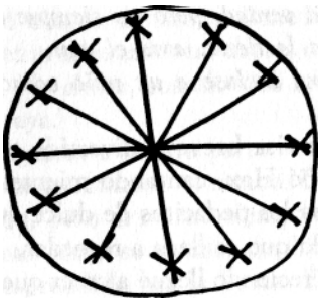
-¿Quieres decir -preguntó Susannah en tono vacilante- que los pórticos donde montan guardia estos Guardianes están fuera del *ka* ¿Más allá del *ka?*

-Quiero decir que así lo creo. -El pistolero exhibió una fugaz sonrisa, una fina hoz bajo la luz de la hoguera-. Que así lo supongo.

Permaneció unos instantes en silencio, y luego cogió una ramita. Barrió la capa de agujas de pino y utilizó la ramita para dibujar en la tierra:



-Aquí está el mundo tal como en mi infancia me dijeron que era. Las X son los pórticos, que se alzan formando una circunferencia en su límite eterno. Si se trazan seis líneas que unan estos pórticos de dos en dos, de esta manera...



Alzó la mirada hacia ellos.

-¿Véis el punto donde se cruzan las líneas en el centro? Eddie sintió que se le ponían los pelos de punta. La boca se le secó de repente.

-¿Es ahí, Rolando? ¿Es ahí donde...?

Rolando asintió. Su cara surcada de arrugas tenía una expresión grave.

-En este nexo se halla el Gran Pórtico, la llamada Decimotercera Puerta, que gobierna no sólo éste sino todos los mundos. -Dio unos golpecitos en el centro del círculo-. Aquí está la Torre Oscura que he buscado durante toda mi vida.

Librodot

13

El pistolero prosiguió:

-Ante cada uno de los pórticos menores, los Grandes Antiguos colocaron un Guardián. En mi niñez habría podido citarlos todos, por las canciones que me enseñaban mi nodriza y Hax el cocinero..., pero mi niñez está muy lejana. Estaba el Oso, claro, y el Pez..., el León..., el Murciélago. Y la Tortuga, ésta era importante.

El pistolero alzó la vista hacia el cielo estrellado, la frente fruncida en profunda concentración.

Una sonrisa asombrosamente alegre iluminó de pronto sus facciones, y empezó a recitar:

¡Mira la TORTUGA de enorme amplitud! Sobre su caparazón sostiene la tierra. Su pensar es lento pero siempre amable; y nos tiene a todos dentro de su mente. Sobre su lomo se pronuncian todos los votos; ve la verdad, pero no siempre ayuda. Ama la tierra, ama el mar, y ama incluso a un niño como yo.

Rolando soltó una risa breve y divertida.

-Eso me lo enseñó Hax, cantando mientras removía la masa de algún pastel y me daba los pedacitos de dulce que se pegaban a la cuchara. Es asombroso lo que se llega a recordar, ¿verdad? De un modo u otro, conforme fui creciendo llegué a creer que en realidad los Guardianes no existían, que eran unos símbolos y no seres materiales. Parece que me equivocaba.

-Antes he dicho que era un robot -apuntó Eddie-, pero tampoco es verdad. Susannah tiene razón: lo único que sangran los robots cuando les pegas un tiro es multigrado Quaker State 1040. Creo que era lo que la gente de mi mundo llama un cíborg, Rolando: una criatura mitad máquina y mitad carne y hueso. Una vez vi una película... Ya te hemos hablado de las películas, ¿no?

Rolando asintió con una leve sonrisa.

-Bien, esta película se llamaba *Robocop,* y el protagonista no se diferenciaba mucho del oso que ha matado Susannah. ¿Cómo has sabido adónde debía apuntar?

-Eso lo recordaba de los viejos cuentos que me contaba Hax -respondió-. Si hubiera dependido de mi nodriza, Eddie, ahora estarías en la barriga del oso. ¿En vuestro mundo es costumbre decir a los niños perplejos que se pongan la gorra de pensar?

-Sí -dijo Susannah-. Suele decirse.

-Aquí también se dice, y la expresión viene de la historia de los Guardianes. Al parecer, cada uno de ellos llevaba un cerebro adicional encima de la cabeza. En un sombrero. -Contempló sus ojos espantosamente turbados y volvió a sonreír-. No se parecía mucho a un sombrero, ¿verdad?

-No -reconoció Eddie-, pero el cuento era lo bastante exacto para salvarnos el pellejo.

-Ahora creo que he estado buscando uno de los Guardianes desde el momento en que empecé mí búsqueda -explicó Rolando-. Cuando encontremos el pórtico que guardaba este Shardik (y para eso imagino que nos bastará seguir su pista hacia atrás), tendremos por fin un rumbo que seguir. Sólo deberemos situarnos con el pórtico a nuestras espaldas y avanzar en línea recta. Y en el centro del círculo... la Torre.

Eddie abrió la boca para decir: «Muy bien, hablemos de la Torre. Hablemos de la Torre de una vez por todas. Qué es, qué representa y, lo más importante de todo, qué será de nosotros cuando lleguemos a ella.» Pero no surgió ningún sonido, e inmediatamente la volvió a cerrar. No era el momento adecuado; no ahora, cuando Rolando sufría un dolor tan evidente. No ahora, cuando sólo la chispa de su hoguera mantenía la noche a raya.

-Así que ahora llegamos a la otra parte -continuó Rolando con voz agitada-. Por fin he encontrado el rumbo. Después de tantos años he encontrado el rumbo, pero al mismo tiempo parece que estoy perdiendo la cordura. Noto cómo se desmorona bajo mis pies, como un empinado terraplén desprendido por la lluvia. Este es mi castigo por dejar que un chico que jamás ha existido cayera hacia la muerte. Y eso también es *ka.*

-¿Qué chico es ése, Rolando? -quiso saber Susannah. Rolando miró a Eddie de soslayo.

-¿Lo conoces tú?

Eddie negó con la cabeza.

-Pero si te he hablado de él... -prosiguió Rolando-. De hecho, estuve delirando sobre él cuando la infección estaba en lo más alto y yo cerca de la muerte. -La voz del pistolero subió de repente media octava, y su imitación de Eddie fue tan buena que Susannah sintió un escalofrío de temor supersticioso-: «¡Si no paras de hablar de ese maldito crío, Rolando, te amordazaré con tu camisa! ¡Estoy harto de oírte hablar de él!» ¿No recuerdas haber dicho eso, Eddie?

Eddie reflexionó cuidadosamente. Rolando había hablado de mil cosas mientras los dos recorrían su tortuoso camino por la playa, desde la puerta rotulada EL PRISIONERO hasta la rotulada LA DAMA DE LAS SOMBRAS, y en sus monólogos febriles había mencionado lo que parecía un millar de nombres: Alain, Cort, Jamie de Curry, Cuthbert (éste más a menudo que cualquiera de los otros), Hax, Martin (o quizá fuese Marten), Walter, Susan, incluso un tipo con el inverosímil nombre de Zoltan. Eddie había llegado a cansarse mucho de oír hablar sobre esa gente que no conocía (ni le interesaba conocer), pero, por supuesto, en aquellos momentos Eddie tenía sus propias preocupaciones, como el mono de la heroína y un reciente transbordo cósmico, por citar sólo dos. Y, en justicia, suponía que Rolando se habría hartado tanto de sus Cuentos Fracturados de Hadas (los de cómo Henry y él habían crecido juntos y juntos se habían vuelto yonquis) como Eddie de los de Rolando. Pero no recordaba haberle dicho nunca que lo amordazaría con su propia camisa si no dejaba de hablar de cierto chico.

-¿No te acuerdas de nada? -le preguntó Rolando-. ¿De nada en absoluto?

¿Recordaba algo? ¿Algún cosquilleo lejano, como la sensación de *déja vu* que había sentido al ver el tirador oculto dentro del trozo de madera que sobresalía del tocón? Eddie intentó rastrear ese cosquilleo, pero ya se había esfumado. Decidió que en realidad no lo había sentido, que sólo había querido sentirlo porque Rolando estaba sufriendo mucho.

-No -respondió-. Lo siento.

-Pero yo. te lo conté. -La voz de Rolando era tranquila, pero bajo ella discurría y palpitaba la urgencia como un hilo escarlata-. El chico se llamaba Jake. Yo lo sacrifiqué, lo maté, para poder dar alcance a Walter y obligarle a hablar. Lo maté bajo las montañas.

Eddie no podía estar más seguro sobre este punto.

-Bueno, quizá fue eso lo que ocurrió, pero no es lo que tú me contaste. Dijiste que te habías internado bajo las montañas tú solo, en una especie de vagoneta infernal. De eso sí que hablaste mucho mientras subíamos por la playa, Rolando. De lo pavoroso que era ir solo.

-Lo recuerdo. Pero también recuerdo haberte hablado del chico, y de cómo cayó al abismo desde las vías. Y lo que me está destrozando la mente es la distancia entre estos dos recuerdos.

-No entiendo nada -dijo Susannah con aire preocupado.

-Pues yo creo -declaró Rolando- que precisamente ahora lo estoy empezando a entender. -Echó más leña al fuego, levantando grandes haces de chispas rojas que se elevaron en espiral hacia el oscuro cielo, y volvió a acomodarse entre los dos-. Voy a contaros una historia que es cierta -anunció-, y luego os contaré una historia que no es cierta... pero que debería serlo.

»Compré una mula en Pricetown, y cuando por fin llegué a Tull, la última población antes del desierto, todavía se conservaba fresca...

14

Así dio comienzo el pistolero al capítulo más reciente de su largo relato. Eddie había oído fragmentos sueltos de la historia, pero escuchó con la más intensa fascinación, lo mismo que Susannah, para quien era completamente nueva. Les habló del bar con la interminable partida de Miradme en la mesa del rincón, del pianista llamado Sheb, de la mujer llamada Allie que tenía una cicatriz en la frente... y de Nort, el mascahierba que había muerto y que el hombre de negro había devuelto luego a una especie de vida tenebrosa. Les habló de Sylvia Pittston, aquel avatar de demencia religiosa, y de la apocalíptica matanza final, en la que él, Rolando el Pistolero, había exterminado hasta el último hombre, mujer y niño de la población.

-¡La puta! -exclamó Eddie en voz baja y temblorosa-. ¡Ahora sé por qué andabas tan escaso de balas, Rolando!

-¡Cállate! -le interrumpió Susannah-. ¡Déjalo que termine!

Rolando reanudó su relato tan impasiblemente como había cruzado el desierto tras pasar por la choza del último Morador, un joven con una enmarañada cabellera color fresa que le llegaba casi hasta la cintura. Les habló de cómo la mula había muerto al fin. Incluso les habló de cómo Zoltan, el ave de compañía del Morador, había devorado los ojos de la mula.

Les habló de los largos días y breves noches del desierto que vinieron a continuación, de cómo siguió los fríos restos de las hogueras de Walter, y de cómo llegó por fin, andando a tumbos y muriéndose de deshidratación, a la estación de paso.

-Estaba vacía. Creo que debía de estar vacía desde los tiempos en que el gran oso que yace allí era todavía una cosa recién hecha. Me quedé una noche y seguí adelante. Así ocurrió..., pero ahora voy a contaros otra historia.

-¿La que no es verdad pero debería serlo? -inquirió Susannah. Rolando asintió.

-En esta historia inventada, en esta fábula, un pistolero llamado Rolando se encontró con un chico llamado Jake en la estación de paso. Este chico era de vuestro mundo, de vuestra ciudad de Nueva York, y de un cuando situado entre el 1987 de Eddie y el 1963 de Odetta Holmes.

Eddie se inclinó hacia delante con una expresión ansiosa.

-¿Hay alguna puerta en esta historia, Rolando? ¿Una puerta marcada EL CHICO, o algo por el estilo?

Rolando meneó la cabeza.

-El portal del chico era la muerte. Iba de camino hacia la escuela cuando un hombre (un hombre que yo creía que era Walter) lo empujó a la calzada, donde fue atropellado por un coche. A ese hombre le oí decir algo así como: «Abran paso, déjenme pasar, soy sacerdote.» Jake le vio la cara sólo un instante, y acto seguido se encontró en mi mundo. -El pistolero hizo una pausa y se quedó mirando el fuego-. Ahora quiero abandonar esta historia del chico que no existió y volver por unos instantes a lo que realmente sucedió. ¿De acuerdo?

Eddie y Susannah intercambiaron una mirada de perplejidad, y a continuación Eddie esbozó con la mano un gesto de «usted primero, querido Alfonso».

-Ya os he dicho que la estación de paso estaba abandonada. Sin embargo, había una bomba que aún funcionaba. Estaba al fondo del establo donde se guardaban los caballos de las diligencias. La encontré por el ruido, pero igualmente la habría encontrado aunque hubiera sido completamente silenciosa. Podía oler el agua, ¿comprendéis? Después de pasar tanto tiempo en el desierto, cuando estás a un paso de morir de sed, realmente puedes olerla. Bebí y caí dormido. Cuando desperté, volví a beber. Quería seguir adelante sin detenerme; el impulso que me movía era como una fiebre. La medicina que me trajiste de tu mundo, la astina, es realmente maravillosa, Eddie, pero hay fiebres que ninguna medicina puede curar, y ésta era una de ellas. Sabía que mi cuerpo necesitaba reposo, pero tuve que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para permanecer allí siquiera una noche. Por la mañana me sentí descansado, así

que llené mis odres y proseguí la marcha. De aquel lugar no me llevé nada más que agua. Este es el punto más importante de lo que realmente sucedió.

Susannah habló con su voz más razonable, afable y propia de Odetta Holmes.

-Muy bien, eso es lo que realmente sucedió. Ahora cuéntanos el resto de lo que no sucedió, Rolando.

El pistolero dejó unos instantes la quijada en su regazo, cerró los puños y se frotó los ojos con ellos en un gesto curiosamente infantil. Acto seguido volvió a recoger la quijada, como para darse valor, y prosiguió:

-Hipnoticé al chico que no existía -explicó-. Lo hice con una de mis balas. Se trata de un truco que conozco desde hace años, y lo aprendí de una fuente muy inverosímil: Marten, el mago de la corte de mi padre. El chico era un buen sujeto. Mientras se hallaba en trance me contó las circunstancias de su muerte, tal como os las he referido. Tras sacarle tanto como juzgué posible sin perturbarlo ni causarle daño alguno, le ordené que cuando volviera a despertar no recordara nada de su muerte.

-¿A quién le gustaría eso? -masculló Eddie.

Rolando asintió.

-Desde luego, ¿a quién? El chico pasó directamente del trance a un sueño natural. Yo también me dormí. Cuando despertamos, le expliqué al chico que estaba decidido a atrapar al hombre de negro. Supo a quién me refería; Walter también se había detenido en la estación de paso. Jake tuvo miedo y se escondió de él. Estoy seguro de que Walter advirtió su presencia, pero convino a sus planes fingir que no se daba cuenta. Dejó al chico tras de sí como cebo de una trampa.

»Le pregunté a Jake si había algo de comer en la estación. Me pareció que debía de haberlo. El chico se veía sano, y el clima del desierto es magnífico para conservar las cosas. El tenía un poco de carne seca, y me dijo que había un sótano. No lo había explorado, porque le daba miedo. -El pistolero los contempló severamente-. Había razón para tener miedo. Encontré comida... y encontré también un Demonio Parlante.

Eddie miró la quijada con ojos muy abiertos. La anaranjada luz de la hoguera danzaba sobre sus antiguas curvas y sus dientes de mal agüero. -¿Un Demonio Parlante? ¿Te refieres a eso?

-No -replicó-. Sí. Las dos cosas. Escuchad y lo entenderéis.

Les habló de los gruñidos inhumanos que había oído salir de la tierra, y de cómo había visto correr arena entre dos de las viejas piedras que componían las paredes del sótano. Les habló de cómo se había acercado al agujero que se estaba formando allí mientras Jake le pedía a gritos que subiera.

Había ordenado al demonio que hablara... y lo había hecho, con la voz de Allie, la mujer de la cicatriz en la frente, la mujer que llevaba el bar de Tull. «Pasa despacio por los Drawers, pistolero. Mientras tú viajas con el chico, el hombre de negro viaja con tu alma en el bolsillo.»

-¿Los Drawers? -preguntó Susannah, sorprendida.

-Sí. -Rolando la examinó con detenimiento-. Este nombre significa algo para ti, ¿verdad?

-Sí... y no.

Susannah habló con gran vacilación. Rolando intuyó que esta vacilación se debía en parte a la simple reluctancia a hablar de cosas que le resultaban dolorosas. No obstante, juzgaba que en su mayor parte procedía del deseo de no confundir cuestiones ya bastante confusas de por sí diciendo más de lo que en realidad sabía. Rolando admiraba eso. La admiraba a ella.

-Di lo que sepas con certeza -le pidió-. Nada más que eso.

-Muy bien. Los Drawers era un lugar que Detta Walker conocía. Un lugar en el que Detta pensaba. Es un término coloquial que aprendió escuchando a los mayores cuando se sentaban en el porche a beber cerveza y hablar de los viejos tiempos. Quiere decir un sitio que está estropeado, o que es inútil, o las dos cosas. Había algo en los Drawers, en la idea de los

Drawers, que atraía a Detta. No me preguntéis qué; puede que en otro tiempo lo supiera, pero ya no. Y no quiero saberlo.

»Detta robó la bandeja de porcelana de mi tía Blue, la que le dieron mis padres como regalo de boda, y se la llevó a los Drawers, a sus Drawers, para romperla. El lugar era una hondonada llena de basura. Un vertedero. Más adelante, a veces ligaba con chicos en los bares de carretera. -Susannah agachó la cabeza durante unos instantes, con los labios muy apretados. Después volvió a alzar la vista y prosiguió-: Chicos blancos. Y cuando la llevaban a sus coches en el aparcamiento, ella los ponía calientes y luego se marchaba corriendo. Aquellos aparcamientos... también eran los Drawers. Se trataba de un juego peligroso, pero ella era lo bastante joven, lo bastante rápida y lo bastante dura para jugarlo a fondo y disfrutar con ello. Más tarde, en Nueva York, iba a robar en las tiendas..., eso ya lo sabéis. Siempre en las tiendas de lujo (Macy's, Gimbel's, Bloomingdale's), a robar baratijas. Y cuando tomaba la decisión de hacer una de estas salidas, se decía: "Hoy iré a los Drawers. Les robaré alguna mierda a los blancos. Les robaré una mierda especial y luego la joderé."

Hizo una pausa, con labios temblorosos, y fijó la vista en el fuego. Cuando por fin se volvió hacia ellos, Rolando y Eddie vieron lágrimas en sus ojos.

-Estoy llorando, pero no os llaméis a engaño. Recuerdo haber hecho todas esas cosas, y recuerdo haberme divertido. Supongo que lloro porque sé que volvería a hacer lo mismo otra vez, si se dieran las circunstancias.

Rolando parecía haber recobrado parte de su antigua serenidad, su desconcertante equilibrio.

-En mí país teníamos un dicho, Susannah: «El ladrón sabio prospera siempre.»

-No veo dónde está la sabiduría en robar un puñado de bisutería -objetó ella incisivamente.

-¿Te atraparon alguna vez?

-No...

El pistolero extendió las manos como diciendo: «Ya lo ves.»

-Entonces, ¿para Detta Walker los Drawers eran lugares malos? -preguntó Eddie-. ¿Es eso? Porque no acabo de verlo claro.

-Malos y buenos al mismo tiempo. Eran lugares poderosos, lugares donde se... se reinventaba a sí misma, podríamos decir..., pero eran también lugares perdidos. Y eso no tiene nada que ver con la cuestión del chico fantasma de Rolando, ¿verdad?

-Quizá sí -señaló Rolando-. En mi mundo también teníamos Drawers, ¿sabéis? También era un término coloquial, y su significado era muy parecido.

-¿Qué significaba para ti y tus amigos? -quiso saber Eddie.

-Eso variaba ligeramente según el lugar y la situación. Podía ser un estercolero. Podía ser un burdel o un sitio al que los hombres iban a jugar o a mascar hierba del diablo. Pero el significado más común que conozco es también el más sencillo.

Se los quedó mirando.

-Los Drawers son lugares de desolación -concluyó-. Los Drawers son... las tierras baldías.

15

Esta vez Susannah echó más leña al fuego. Al sur, la Vieja Madre ardía brillante, sin parpadear.

Susannah había aprendido en la escuela que eso significaba que era un planeta, no una estrella. «¿Venus? -aventuró-. ¿O el sistema solar del que este mundo forma parte es tan diferente como todo lo demás?»

De nuevo volvió a invadirla aquella sensación de irrealidad, de que todo esto forzosamente tenía que ser un sueño.

-Continúa -le invitó-. ¿Qué pasó después de que la voz te previniera sobre los Drawers y el muchacho?

-Hundí la mano en el agujero del que había salido la arena, como me enseñaron a hacer si alguna vez me hallaba en tal situación. Lo que extraje fue una quijada..., pero no ésta. La quijada que saqué de la pared de la estación de paso era mucho mayor; de uno de los Grandes Antiguos, estoy casi seguro.

-¿Qué se hizo de ella? -preguntó Susannah con voz queda.

-Una noche se la di al chico -contestó Rolando. El fuego pintaba sus mejillas con cálidos toques naranja y sombras danzarinas-. Como protección, como una especie de talismán. Más tarde consideré que ya había servido a su propósito y la tiré.

-Entonces, ¿de quién es esta quijada que tienes ahí, Rolando? -quiso saber Eddie.

Rolando la sostuvo en alto, la contempló reflexivamente y la dejó caer de nuevo.

-Más tarde, después de Jake..., después de su muerte..., di alcance al hombre que iba persiguiendo.

-A Walter -apuntó Susannah.

-Sí. Estuvimos parlamentando durante mucho rato. En un momento dado me quedé dormido, y cuando desperté, Walter estaba muerto. Llevaba muerto cien años por lo menos, seguramente más. De él sólo quedaban los huesos, cosa que resultaba bastante apropiada puesto que estábamos en un lugar de huesos.

-Sí, tuvo que ser un parlamento muy largo, desde luego -comentó Eddie secamente.

Susannah frunció ligeramente el ceño al oírlo, pero Rolando se limitó a asentir.

-Largo y largo -respondió, mirando el fuego.

— Despertaste por la mañana y llegaste al Mar Occidental aquella misma tarde -dijo Eddie-. Por la noche, vinieron las langostruosidades, ¿no es eso?

Rolando volvió a asentir.

-Sí. Pero antes de abandonar el lugar donde Walter y yo habíamos hablado... o soñado... o lo que hiciéramos allí..., cogí esto de la calavera de su esqueleto. -Levantó el hueso, y la luz anaranjada volvió a danzar en los dientes.

«La quijada de Walter -pensó Eddie, con un leve escalofrío-. La quijada del hombre de negro. Eddie, recuerda esto, la próxima vez que se te ocurra pensar que Rolando quizá sea un tipo como cualquier otro. Durante todo este tiempo, la ha llevado encima como si fuera... el trofeo de un caníbal. ¡Dios mío!»

-Recuerdo lo que pensé al cogerla -añadió Rolando-. Lo recuerdo muy bien; es el único recuerdo de esa época que no se me ha doblado. Pensé: «Fue mala suerte tirar la que encontré cuando encontré al chico. Esta la sustituirá.» Sólo entonces oí la risa de Walter, una maligna risita entre dientes. Y oí su voz, también.

-¿Qué dijo? -preguntó Susannah.

-«Demasiado tarde, pistolero» -respondió Rolando-. Eso me dijo. «Demasiado tarde. Tu suerte será mala desde ahora hasta el fin de la eternidad; ése es tu *ka.»*

16

-Muy bien -dijo Eddie al fin-. Entiendo la paradoja básica. Tu memoria está dividida...

-Dividida no. Doblada.

-Muy bien. Es casi lo mismo, ¿no? -Eddie cogió un palito y realizó a su vez un dibujo sobre la arena:



Dio unos golpecitos sobre la línea de la izquierda.

-Esta es tu memoria del tiempo anterior a tu llegada a la estación de paso: una sola pista.

-Sí.

Dio unos golpecitos sobre la línea de la derecha.

-Y después de cruzar las montañas y llegar al lugar de huesos..., el lugar donde Walter te esperaba. También una sola pista.

-Sí.

Eddie señaló a continuación la zona central y trazó un círculo a su alrededor.



-He aquí lo que tienes que hacer, Rolando: cerrar esta pista doble. Construye una empalizada mental a su alrededor y olvídate de ella. Porque no significa nada, no cambia nada, está pasada y acabada...

-No es así. -Rolando levantó el hueso-. Si mis recuerdos de Jake son falsos (y sé que lo son), ¿cómo puedo tener esto? Lo cogí en sustitución del que había tirado..., pero el que había tirado provenía del sótano de la estación de paso, y en la pista que sé que es cierta, yo no bajé al sótano. ¡No hablé con el demonio! ¡Seguí la marcha yo solo, con agua de la estación y nada más!

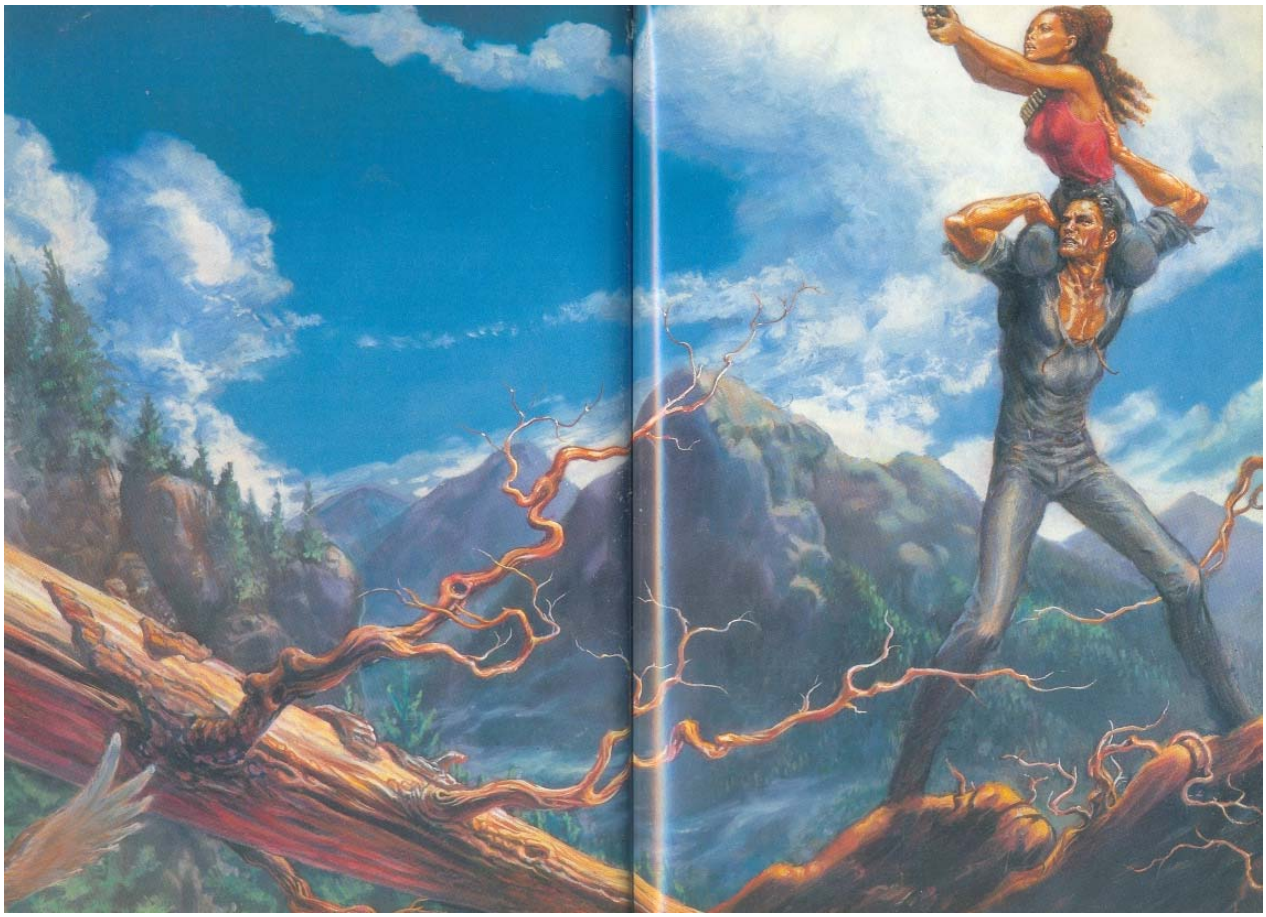
-Escúchame, Rolando -le urgió Eddie-. Si la quijada que tienes en las manos fuese la de la estación de paso, eso tendría un sentido. Pero ¿no es posible que alucinaras toda la historia, la estación de paso, el chico, el Demonio Parlante, y luego te llevaras la quijada de Walter porque...?

-No fue una alucinación -le interrumpió Rolando. Se los quedó mirando con sus ojos de bombardero de un azul descolorido e hizo algo que ninguno de los dos se esperaba..., algo que Eddie habría jurado que ni siquiera el propio Rolando sabía que iba a hacer.

Arrojó la quijada a la hoguera.

17

Por unos instantes yació allí sin más, una reliquia blanca torcida en una media sonrisa espectral. De pronto empezó a emitir un intenso fulgor rojo, bañando el claro en deslumbrante luz escarlata. Eddie y Susannah gritaron de sorpresa y alzaron las manos para protegerse los ojos de aquella forma ardiente. El hueso empezó a cambiar. No a derretirse sino a cambiar. Los dientes que lo jalonaban como lápidas sepulcrales empezaron a unirse en racimos. Se enderezó la suave curvatura del arco superior, y luego la punta se volvió achatada.



18

-¿Por qué lo has hecho? -inquirió al fin Susannah-. En nombre de Dios, ¿por qué? ¿Y qué ha sido eso?

Habían transcurrido quince minutos. La hoguera estaba decayendo; las brasas dispersas habían sido apagadas a pisotones o se habían extinguido por sí solas. Eddie estaba sentado con los brazos alrededor de su esposa; Susannah se había sentado delante suyo, con la espalda apoyada sobre su pecho. Rolando se hallaba un poco más lejos, con las rodillas recogidas contra el pecho, contemplando ceñudamente las rojizas brasas. Eddie tenía la impresión de que ninguno de los dos había visto cómo cambiaba el hueso. Ambos lo habían visto refulgir a gran temperatura, y Rolando lo había visto explotar (¿o acaso implotar?; a Eddie le parecía que esto último casaba mejor con lo que había visto), pero nada más. O así lo suponía; sin embargo, a veces Rolando se atenía a su propio consejo, y cuando decidía jugar sin mostrar las cartas, realmente sabía esconderlas muy bien. Eddie lo había comprobado por su propia y amarga experiencia. Pensó en decirles lo que había visto -o creía haber visto-, pero al fin decidió jugar sus cartas sin enseñarlas, al menos por el momento.

De la quijada en sí no quedaba la menor huella, ni siquiera una astilla.

-Lo hice porque una voz habló en mi mente y me dijo que debía hacerlo -explicó Rolando-. Era la voz de mi padre; de todos mis padres. Cuando uno oye tal voz, no obedecer (y de inmediato) es inconcebible. Así me lo enseñaron. En cuanto a lo que era, no podría decirlo..., al menos ahora. Sólo sé que el hueso ha pronunciado su última palabra. Lo he llevado durante todo este tiempo para oírla.

«O para verla -pensó Eddie, y se repitió-: Recuerda. Recuerda la rosa. Y recuerda la forma de la llave.»

-¡Ha estado a punto de freímos! -Susannah parecía cansada y exasperada al mismo tiempo.

Rolando meneó la cabeza.

-Creo que más bien era algo como esos fuegos artísticos que a veces los barones lanzaban hacia el cielo en sus fiestas de fin de año. Brillantes y sorprendentes, pero no peligrosos.

Eddie tuvo una idea.

-¿Se han ido los recuerdos doblados, Rolando? ¿Se fueron cuando estalló el hueso, o lo que fuese?

Estaba casi convencido de hallarse en lo cierto; en las películas que había visto, esta brusca terapia de choque casi siempre funcionaba. Pero Rolando negó con la cabeza.

Susannah se agitó entre los brazos de Eddie.

-Antes dijiste que estabas empezando a comprender.

-Sí, eso creo -asintió Rolando-. Si tengo razón, temo por Jake.

Dondequiera se halle, cuandoquiera se halle, temo por él.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Eddie.

Rolando se puso en pie, fue hacia su hato de pieles y comenzó a extenderlas.

-Por esta noche ya hemos tenido bastantes historias y emociones. Es hora de dormir. Mañana seguiremos el rastro del oso e intentaremos encontrar el pórtico que vigilaba. Por el camino os contaré lo que sé y lo que creo que ha pasado, lo que creo que aún está pasando.

Dicho esto, se envolvió en una manta vieja y en una piel de venado nueva, se apartó del fuego y no quiso decir más.

Eddie y Susannah se acostaron juntos. Cuando se sintieron seguros de que el pistolero dormía, hicieron el amor. Rolando los oyó mientras yacía despierto, y los oyó hablar en voz baja después del amor. Casi toda su conversación versó sobre él. Rolando permaneció en silencio, contemplando la oscuridad con los ojos abiertos, mucho después de que su charla hubiera cesado y su respiración se hubiese apaciguado hasta ser una única nota suave.

Estaba bien ser joven y enamorado, pensó. Incluso en el cementerio en que este mundo se había convertido.

«Disfrutadlo mientras podáis -pensó-, porque tenemos más muerte por delante. Hemos llegado a un arroyo de sangre. Es algo que habrá de conducirnos a un río de la misma sustancia, sin duda alguna. Y más adelante, a un océano. En este mundo las tumbas bostezan, y ninguno de los muertos descansa en paz.»

Cuando el alba empezaba a apuntar por el este, cerró los ojos. Durmió brevemente, y soñó con Jake.

19

Eddie también soñaba; soñaba que estaba de vuelta en Nueva York, paseando por la Segunda Avenida con un libro en la mano.

En su sueño era primavera. El aire era tibio, la ciudad florecía, y la nostalgia se agitaba en su interior como un músculo con un anzuelo clavado muy a fondo. «Disfruta de este sueño y hazlo durar todo lo que puedas -se dijo-. Saboréalo..., porque nunca estarás más cerca de Nueva York. No puedes volver a casa, Eddie. Esa parte se acabó.»

Miró el libro que llevaba y no le sorprendió en lo más mínimo descubrir que era *No puedes volver a casa otra vez,* de Thomas Wolfe. En la cubierta de color rojo oscuro había

estampadas tres formas: llave, rosa y puerta. Se detuvo un momento, abrió el libro y leyó la primera frase. «El hombre de negro huía a través del desierto, y el pistolero iba en pos de él.»

Eddie lo cerró y siguió andando. Debían de ser las nueve de la mañana, calculó, quizá las nueve y media, y el tráfico de la Segunda Avenida era ligero. Los taxis tocaban la bocina y serpenteaban de carril en carril reflejando el sol de primavera en sus parabrisas y sus carrocerías pintadas de amarillo. En la esquina de la Segunda con la calle Cincuenta y dos, un mendigo le pidió limosna y Eddie le arrojó al regazo el libro de tapas rojas. Observó (igualmente sin sorpresa) que el mendigo era Enrico Balazar. Estaba sentado con las piernas cruzadas enfrente de una tienda de artículos de magia. LA CASA DE LAS CARTAS, rezaba el rótulo del escaparate, y tras el cristal se veía una torre construida con cartas del Tarot. Erguido en lo más alto había un muñeco de King Kong. En la cabeza del gran simio crecía una pequeña antena de radar.

Eddie reanudó su perezoso paseo hacia el centro, con los letreros de las calles flotando ante sus ojos. Supo adónde se dirigía en cuanto vio el lugar: una tiendecita en el cruce de la Segunda con la calle Cuarenta y seis.

«Sí -pensó. Le invadió una sensación de gran alivio-. Este es el lugar. El lugar preciso.» El escaparate estaba repleto de quesos y carnes colgadas. CHARCUTERÍA ARTÍSTICA DE TOM Y GERRY, decía el cartel. ESPECIALIDAD EN BANDEJAS PARA FIESTAS.

Mientras miraba, un conocido apareció por la esquina. Era Jack Andolini, con traje y chaleco color helado de vainilla y un bastón negro en la mano izquierda. Le faltaba media cara, arrancada por las pinzas de las langostruosidades.

«Ya puedes entrar, Eddie -le dijo Jack al pasar-. Al fin y al cabo, existen otros mundos aparte de éstos, y ese maldito tren pasa por todos ellos.»

«No puedo -respondió Eddie-. La puerta está cerrada.» No sabía cómo lo sabía, pero así era; lo sabía sin sombra de duda.

«Tatachán, tatachín, no te preocupes, tienes la llave», dijo Jack sin volver la vista atrás. Eddie bajó la mirada y vio que en efecto tenía una llave, un artefacto de apariencia primitiva con tres muescas como uves invertidas.

«Esa curva en forma de ese al final de la última muesca es el secreto», pensó. Avanzó bajo la marquesina de la Charcutería Artística de Tom y Gerry e insertó la llave en la cerradura. Giraba con facilidad. Abrió la puerta y se metió en un inmenso campo abierto. Miró hacia atrás y vio pasar el tráfico de la Segunda Avenida, y entonces la puerta se cerró de golpe y le hizo caer. Detrás suyo no había nada. Nada en absoluto. Se volvió para inspeccionar el nuevo territorio y la primera impresión le llenó de terror. El campo era de un escarlata oscuro, como si allí se hubiera librado una batalla titánica y la tierra se hubiera empapado de tanta sangre que ya no pudiera absorber más.

Pero entonces se dio cuenta de que no era sangre lo que estaba viendo, sino rosas.

Le invadió de nuevo aquella sensación mezcla de alegría y triunfo, y creyó que el corazón iba a estallarle. Levantó los puños cerrados por encima de la cabeza en un ademán de victoria... y se quedó paralizado así.

El campo se extendía kilómetros y kilómetros, ascendiendo en suave pendiente, y erguida en el horizonte estaba la Torre Oscura. Era una columna de muda piedra que se elevaba hacia el cielo a tal altura que apenas alcanzaba a divisar el extremo. Su base, rodeada de rosas rojas, era titánica, colosal en peso y en tamaño, y sin embargo la Torre se hacía curiosamente elegante a medida que se alzaba y afilaba. La piedra con que estaba construida no era negra, como había imaginado que sería, sino de color hollín. Angostas ventanas como aspilleras la recorrían en una espiral ascendente; bajo las ventanas había una interminable escalera de peldaños de piedra que se remontaban círculo tras círculo. La Torre era un signo de exclamación gris oscuro, plantado en la tierra por encima del campo de rosas rojo sangre. El cielo que se curvaba sobre ella era azul, pero lleno de esponjosas nubes blancas semejantes a barcos de vela. Fluían sobre la parte superior de la Torre y a su alrededor en una corriente interminable.

Librodot

«¡Qué hermosa es! -se maravilló Eddie-. ¡Qué hermosa y extraña!» Pero su sensación de alegría y triunfo se había desvanecido, dejándole un profundo malestar y la impresión de una catástrofe inminente. Miró en torno, y advirtió con repentino horror que se encontraba parado en la sombra de la Torre. No, no sólo parado en ella: enterrado vivo en ella.

Lanzó un grito, pero el grito se perdió en la sonoridad dorada de un tremendo cuerno. Venía de lo alto de la Torre y parecía llenar el mundo. Mientras esta nota de advertencia se mantenía y se extendía sobre el campo en que él estaba, tras las ventanas que circundaban la Torre empezó a acumularse negrura. La negrura se extendió por el cielo en arroyos ondulantes que finalmente se unieron y formaron una creciente mancha de oscuridad. No parecía una nube; parecía un tumor suspendido sobre la tierra. El cielo quedó tapado. Y entonces vio que no era una nube ni un tumor sino una forma; una forma tenebrosa y ciclópea que se precipitaba hacia el lugar donde él se hallaba. Sería inútil huir de aquella bestia que se fundía en el cielo sobre el campo de rosas; le daría alcance, lo atraparía y se lo llevaría. Se lo llevaría al interior de la Torre Oscura, y el mundo de luz ya no volvería a verle nunca más.

Se rasgaban las tinieblas y unos ojos terribles e inhumanos, cada uno de los cuales debía de ser tan grande como el oso Shardik que yacía muerto en el bosque, se clavaron en él. Eran rojos, rojos como las rosas, rojos como la sangre.

La voz muerta de Jack Andolini martilleó en sus oídos: «Mil mundos, Eddie. ¡Diez mil! Y ese tren pasa por todos ellos. Si puedes ponerlo en marcha. Y si realmente puedes ponerlo en marcha, tus problemas no habrán hecho más que empezar, porque desconectar ese aparato es bien jodido.»

La voz de Jack se había vuelto mecánica, como una salmodia. «Es bien jodido de desconectar, Eddie, puedes creerme. Ese cabrón es...»

«¡... *DESCONEXIÓN! ¡LA DESCONEXIÓN SE HABRÁ COMPLETADO EN UNA HORA Y SEIS MINUTOS!»*

En su sueño, Eddie alzó las manos para protegerse los ojos...

20

... y despertó, incorporándose bruscamente junto a los restos apagados de la hoguera. Estaba mirando el mundo por entre sus dedos extendidos. Y la voz todavía seguía retumbando, la voz de un desalmado comandante de Operaciones Especiales aullando por un altavoz.

«¡NO EXISTE NINGÚN PELIGRO! ¡REPETIMOS, NO EXISTE NINGÚN PELIGRO! CINCO BATERÍAS SUBNUCLEARES ESTÁN DESACTIVADAS, DOS BATERÍAS SUBNUCLEARES ESTÁN EN FASE DE DESCONEXIÓN, UNA BATERÍA SUBNUCLEAR ESTÁ FUNCIONANDO AL DOS POR CIENTO DE CAPACIDAD. ¡ESTAS BATERÍAS CARECEN DE VALOR! ¡REPETIMOS, ESTAS BATERÍAS CARECEN DE VALOR! ¡INFORME DE SU SITUACIÓN A NORTH CENTRAL POSITRONICS, LIMITED! ¡LLAME AL 190044! EL NOMBRE EN CÓDIGO DE ESTE APARATO ES "SHARDIK". ¡SE OFRECE RECOMPENSA! ¡REPETIMOS, SE OFRECE RECOMPENSA!»

La voz enmudeció. Eddie vio a Rolando de pie al borde del claro, sosteniendo a Susannah con un brazo. Estaban vueltos hacia la fuente de la voz. Y mientras empezaba de nuevo la advertencia grabada, Eddie logró sacudirse por fin los helados restos de su pesadilla.

Se levantó y anduvo hacia Rolando y Susannah, tratando de imaginar cuántos siglos haría que se había grabado aquel aviso, programado para sonar únicamente en el caso de un colapso total del sistema.

«¡ESTE. APARATO ESTÁ EN FASE. DE DESCONEXIÓN! ¡LA DESCONEXIÓN SE HABRÁ COMPLETADO EN UNA HORA Y CINCO MINUTOS! ¡NO EXISTE NINGÚN PELIGRO! REPETIMOS...»

Eddie tocó el brazo de Susannah, y ella volvió la cabeza. -¿Cuánto hace que dura esto?

-Unos quince minutos. Estabas muerto para el mun... -Dejó la frase en el aire-. ¡Tienes un aspecto horrible, Eddie! ¿Estás enfermo?

-No. Acabo de tener un mal sueño.

Rolando lo observaba de un modo que le hizo sentirse incómodo. -A veces hay verdad en los sueños, Eddie. ¿Cómo ha sido el tuyo? Reflexionó unos instantes y acabó meneando la cabeza. -No me acuerdo.

-Lo dudo, ¿sabes?

Eddie se encogió de hombros y le dedicó una ligera sonrisa. -Pues ya puedes dudar; estás invitado. ¿Y cómo te encuentras tú esta mañana?

-Igual -respondió Rolando. Sus descoloridos ojos azules siguieron escrutando el rostro de Eddie.

-¡Basta ya! -saltó Susannah. Su voz era enérgica, pero Eddie captó un matiz de nerviosismo-. Los dos. Tengo cosas mejores que hacer que vetos dar vueltas el uno al otro pegándoos patadas en las espinillas como un par de criaturas. Y sobre todo esta mañana, con ese oso muerto que trata de callar todo el mundo a gritos.

El pistolero asintió, pero mantuvo la vista fija en Eddie.

-Muy bien, pero... ¿estás seguro de que no quieres decirme nada, Eddie?

En aquel momento Eddie pensó seriamente en contarle lo que había visto en el fuego, lo que había visto en su sueño. Pero decidió que no. Quizá fuera sólo el recuerdo de la rosa en mitad del fuego, y las rosas que cubrían el campo de su sueño con tan fabulosa profusión. Sabía que no podía explicar estas cosas como sus ojos las habían visto y su corazón sentido; sólo conseguiría desmerecerlas. Y, al menos por el momento, quería meditar en estas cosas a solas.

«Pero recuerda -se repitió una vez más..., aunque que la voz que sonó en su mente no se parecía mucho a la suya. Parecía más grave, de más edad; la voz de un desconocido-. Recuerda la rosa... y la forma de la llave.»

-Lo haré -musitó.

-¿Qué harás? -quiso saber Rolando.

-Decirlo -respondió Eddie-. Si surge algo que parezca realmente importante, os lo diré. A los dos. Pero ahora mismo no lo hay. Así que si hemos de llegar a alguna parte, Shane, viejo amigo, será mejor que ensillemos ya.

-¿Shane? ¿Quién es Shane?

-También te lo diré en otro momento. Entre tanto, pongámonos en marcha.

Recogieron la impedimenta que habían traído del anterior campamento y regresaron hacia allí, Susannah de nuevo en su silla de ruedas. Eddie tuvo el presentimiento de que no iba a utilizarla mucho tiempo.

21

Una vez, antes de que Eddie estuviera demasiado interesado en la heroína como para mostrar interés por ninguna otra cosa, había ido hasta Nueva Jersey con un par de amigos para ver a un par de conjuntos de *speedmetal* -Anthrax y Megadeth- que actuaban en el Meadowlands. Creía recordar que el volumen de Anthrax había sido ligeramente superior al del anuncio que surgía una y otra vez del oso caído, pero no estaba del todo seguro. Rolando les hizo parar cuando todavía se hallaban a casi un kilómetro del claro y arrancó seis tiras pequeñas de tela de su vieja camisa. Se las metieron en los oídos y siguieron adelante. Ni siquiera esos tapones consiguieron amortiguar mucho el estridente estallido de sonido.

«¡ESTE APARATO ESTÁ EN FASE DE DESCONEXIÓN!» , vociferaba

el oso cuando entraron en el claro. Yacía como había quedado, al pie del árbol al que Eddie se había encaramado, un coloso caído con las patas separadas y las rodillas en el aire, como una giganta peluda que hubiera muerto en el momento de dar a luz. «¡LA DESCONEXIÓN SE

HABRÁ COMPLETADO EN CUARENTA Y CINCO MINUTOS! ¡NO EXISTE NINGÚN PELIGRO!...»

Sí que existe, pensó Eddie mientras recogía las pieles desparramadas que habían sobrevivido intactas al ataque del oso y a sus agitados estertores. Mucho peligro para mis malditas orejas. Recogió la pistolera de Rolando y se la entregó silenciosamente. El trozo de madera que había estado tallando yacía no muy lejos; se hizo con él y lo guardó en la bolsa del respaldo de la silla de ruedas de Susannah mientras el pistolero se ceñía el ancho cinturón de cuero en torno a la cintura y anudaba la tira de piel sin curtir que sujetaba la pistolera al muslo.

«... EN FASE DE DESCONEXIÓN, UNA BATERÍA SUBNUCLEAR ESTÁ FUNCIONANDO AL UNO POR CIENTO DE CAPACIDAD. ESTAS BATERÍAS...»

Susannah seguía a Eddie, llevando en el regazo una bolsa que ella misma había confeccionado. A medida que Eddie le pasaba las pieles, las iba metiendo en la bolsa. Cuando estuvieron todas recogidas, Rolando tocó a Eddie en el brazo v le entregó un macuto. Su carga consistía principalmente en carne de venado, abundantemente impregnada con la sal de un salegar natural que Rolando había encontrado a unos cinco kilómetros arroyo arriba. El pistolero ya se había echado al hombro un macuto parecido. La bolsa -aprovisionada de nuevo y repleta de toda suerte de objetos dispares- le colgaba al otro lado.

De una rama cercana pendía un extraño arnés de fabricación casera con un asiento en piel de venado cosida. Rolando lo cogió, lo examinó unos instantes, e inmediatamente se lo colocó sobre la espalda y anudó las correas bajo el pecho. Susannah torció el gesto, y Rolando se dio cuenta. No intentó hablar -tan cerca del oso, no habría logrado hacerse oír ni aun gritando a pleno pulmón-, pero se encogió de hombros y extendió las manos en un gesto de comprensión: «Sabes que vamos a necesitarlo.»

Ella le devolvió el encogimiento de hombros. «Lo sé..., pero eso no implica que me guste.»

El pistolero señaló hacia el otro lado del claro. Un par de abetos torcidos y quebrados marcaban el lugar por donde Shardik, otrora conocido como Mir en aquellos territorios, había entrado en el claro.

Eddie se inclinó hacia Susannah, formó un círculo con el índice y el pulgar, y enarcó interrogativamente las cejas. «¿Está bien?»

Susannah asintió, y acto seguido hizo ademán de taparse los oídos. «Está bien, pero vámonos de aquí antes de que me quede sorda.»

Empezaron a cruzar el claro; Eddie empujaba a Susannah, que sostenía el fardo de pieles sobre su regazo. La bolsa del respaldo estaba llena de cosas; el pedazo de madera en el que todavía se ocultaba la mayor parte del tirador sólo era una de ellas.

Detrás, el oso seguía rugiendo su última comunicación al mundo, anunciándoles que la desconexión quedaría completada en cuarenta minutos. A Eddie se le antojó una eternidad. Los abetos rotos se inclinaban el uno hacia el otro, formando una especie de crudo portal, y Eddie pensó: «Aquí es donde empieza realmente la búsqueda de la Torre Oscura de Rolando, al menos para nosotros.»

Recordó de nuevo su sueño -la espiral de ventanas que rezumaban sus opacos gallardetes de oscuridad, gallardetes que se desplegaban sobre el campo de rosas como una mancha- y le recorrió un profundo escalofrío mientras pasaban bajo los árboles inclinados.

22

Pudieron utilizar la silla de ruedas durante más tiempo del que Rolando había imaginado. Los abetos de aquel bosque eran muy viejos, y su profuso ramaje había creado una gruesa alfombra de agujas que no dejaba crecer maleza. Susannah tenía brazos fuertes -más fuertes que los de Eddie, aunque Rolando creía que eso no tardaría en cambiar-y se impulsaba con facilidad sobre el suelo plano y sombreado del bosque. Cuando llegaron ante uno de los árboles que el oso había derribado, Rolando la tomó en brazos y Eddie pasó la silla al otro lado del obstáculo.

A sus espaldas, apenas amortiguado por la distancia, el oso les explicó, con toda la potencia de su voz mecánica, que la capacidad de su última batería subnuclear en funcionamiento era ya prácticamente despreciable.

-¡Ojalá ese maldito arnés te cuelgue vacío de los hombros durante todo el día! -le gritó Susannah al pistolero.

Rolando asintió, pero antes de que hubieran transcurrido quince minutos el terreno empezó a descender y aquella antigua zona del bosque a verse invadida por árboles más jóvenes y pequeños; abedules, alisos y algún que otro arce atrofiado arañaban inflexiblemente el suelo en busca de asidero. La alfombra de agujas se volvió más fina, y las ruedas de la silla empezaron a atascarse en los vigorosos matorrales que crecían entre los árboles. Sus finas ramas raspaban y traqueteaban sobre los radios de acero inoxidable. Eddie arrojó su peso sobre los puños de la silla y de este modo pudieron seguir medio kilómetro más. Finalmente, la pendiente empezó a hacerse más pronunciada y el terreno por el que avanzaban se hizo esponjoso.

-Llegó el momento de subirse a la espalda, señora -anunció Rolando.

-¿Qué os parece si seguimos con la silla un poco más? Puede que la cosa vuelva a mejorar y...

Rolando sacudió la cabeza.

-Si te metes por esa ladera, acabarás de cabeza al suelo. Vamos, Susannah. Arriba.

-Detesto ser una inválida -protestó Susannah, molesta, pero dejó que Eddie la alzara de la silla y, con su ayuda, se instaló firmemente en el arnés que Rolando llevaba a la espalda. Una vez bien sujeta, tocó la culata del revólver de Rolando.

-¿Quieres llevar tú este pequeñín -le preguntó a Eddie. -Tú eres más rápida -respondió éste, negando con la cabeza-. Y lo sabes.

Susannah se ajustó el cinto de mala gana y dispuso la culata de manera que quedara al alcance de su mano derecha.

Librodot

-También sé que os hago ir más despacio, pero si alguna vez llegamos a una buena carretera asfaltada de doble dirección os dejaré clavados en la línea de salida.

-No lo dudo -admitió Rolando... y de pronto ladeó la cabeza. El bosque había quedado en silencio.

-Al fin se ha rendido el hermano Oso -observó Susannah-. Alabado sea Dios.

-Creía que aún le quedaban siete minutos -señaló Eddie. Rolando ajustó las correas del arnés.

-Su reloj debe de haber empezado a retrasarse un poco en los cinco o seis últimos siglos.

-¿De veras crees que era tan viejo, Rolando?

-Sin duda alguna -respondió el pistolero-. Y ahora se ha ido... El último de los Doce Guardianes, por lo que sabemos.

-Sí, y pregúntame si me importa una mierda -replicó Eddie, y Susannah se echó a reír.

-¿Vas cómoda? -le preguntó Rolando.

-No. Empieza a dolerme el culo, pero tú sigue. Y procura no tirarme.

Rolando empezó a descender por la pendiente. Eddie lo siguió, empujando la silla vacía y tratando de impedir que chocara con demasiada fuerza contra las rocas que empezaban a surgir de la tierra como grandes nudillos blancos.

Ahora que el oso había callado por fin, le pareció que el bosque estaba demasiado silencioso; aquella quietud hacía que se sintiera casi como un personaje de una de esas viejas películas de la selva con caníbales y gorilas gigantes.

23

El rastro del oso era fácil de descubrir pero más difícil de seguir. A unos ocho kilómetros del claro, los condujo a una zona cenagosa que no llegaba a ser un pantano. Cuando por fin el terreno empezó a ascender de nuevo y a volverse un poco más firme, los tejanos desteñidos de Rolando estaban empapados hasta las rodillas, y el pistolero respiraba en largos y regulares jadeos. Aun así, su estado era ligeramente mejor que el de Eddie, a quien no le había resultado fácil cargar la silla de ruedas a través del fango y las aguas estancadas.

-Es hora de descansar y de comer algo -decidió Rolando.

-¡Oh, sí, la comida! -bufó Eddie. Ayudó a Susannah a desprenderse del arnés y la depositó sobre el tronco de un árbol caído, surcado diagonalmente por largas huellas de zarpazos. A continuación, medio se sentó, medio se dejó caer junto a ella.

-Has manchado de barro mi silla de ruedas, blanquito -dijo Susannah-. Lo haré constar en mi informe.

-Cuando lleguemos al próximo túnel de lavado, yo mismo te empujaré de extremo a extremo. Incluso enceraré el maldito cacharro, ¿de acuerdo?

Ella sonrió.

-Trato hecho, guapo.

Eddie llevaba uno de los odres de Rolando colgado a la cintura. Le dio unas palmaditas.

-¿Podemos?

-Sí -contestó Rolando-. Pero no bebas mucho ahora; antes de reanudar la marcha beberemos todos un poco más. Así nadie tendrá calambres.

-Rolando, jefe de exploradores de Oz -dijo Eddie, y se rió entre dientes mientras desataba el odre.

-¿Qué es Oz?

-Un lugar imaginario que salía en una película -le explicó Susannah.

-Oz era mucho más que eso. Mi hermano Henry me leía historias de vez en cuando. Alguna noche te contaré una, Rolando.

-Eso estaría bien -aprobó el pistolero con seriedad-. Estoy deseoso de conocer vuestro mundo.

-Pero Oz no es nuestro mundo. Como ha dicho Susannah, era un lugar imaginario...

Rolando repartió pedazos de carne que iban envueltos en unas hojas grandes.

-La manera más rápida de conocer un lugar nuevo es averiguar cuáles son sus sueños. Me gustaría que me hablaras de Oz.

-De acuerdo, te lo prometo. Suze puede contarte la historia de Dorothy, Totó y el Hombre de Lata, y yo te contaré el resto. -Dio un mordisco a su pedazo de carne y entornó los ojos con expresión aprobadora. La carne había adquirido el sabor de las hojas en que iba envuelta, y estaba deliciosa. Eddie engulló su ración como un lobo, mientras su estómago no cesaba de gruñir afanosamente. Ahora que empezaba a recobrar el aliento, se encontraba bien, muy bien. Su cuerpo estaba desarrollando un sólido envoltorio de músculos, y cada una de sus partes se sentía en paz con todas las demás.

«No te preocupes -pensó-. Cuando llegue la noche, todo estará otra vez peleándose. Creo que piensa hacerme marchar hasta que esté a punto de caerme en el sitio.»

Susannah comía más delicadamente, deteniéndose cada dos o tres mordiscos para tomar un sorbo de agua, dando vueltas al pedazo de carne, comiendo de fuera adentro.

-Acaba lo que empezaste anoche -le pidió a Rolando-. Dijiste que creías entender esos recuerdos contradictorios que tienes. Rolando asintió.

-Sí. Creo que los dos recuerdos son ciertos. Uno es un poco más cierto que el otro, pero eso no niega la verdad del segundo.

-No le veo el sentido -señaló Eddie-. O el chico estaba en la estación de paso o no estaba, Rolando.

-Es una paradoja, algo que es y no es al mismo tiempo. Mientras no se resuelva, seguiré dividido. Eso ya es bastante malo de por sí, pero la fisura básica se está ensanchando. Noto cómo se agranda. Es... inexpresable.

-¿Tienes idea de cuál fue la causa? -inquirió Susannah.

-Ya os dije que al chico lo empujaron hacia un coche. Lo empujaron. Ahora bien, ¿a quién conocemos que disfrutara empujando a la gente hacia cosas en marcha?

El rostro de Susannah se iluminó.

-Jack Mort. ¿Quieres decir que fue él quien empujó al chico hacia la calzada?

-Sí.

-Pero si dijiste que lo había hecho el hombre de negro... -objetó Eddie-. Tu camarada Walter. Dijiste que el chico lo vio, un hombre con aspecto de sacerdote. ¿No llegó incluso a decir que lo era? «Abran paso, soy sacerdote», o algo por el estilo.

-Sí, Walter estaba allí. Los dos estaban allí, y los dos empujaron a Jake.

-¡Traigan la Toracina y la camisa de fuerza! -gritó Eddie-. Rolando acaba de volverse loco.

Rolando no le prestó atención; estaba empezando a darse cuenta de que las bromas y payasadas de Eddie eran su manera de reaccionar ante la tensión. Cuthbert no había sido muy distinto..., del mismo modo en que Susannah, por su parte, no era muy distinta de Alain.

-Lo que más me exaspera de todo esto -prosiguió- es que hubiera debido saberlo. Después de todo yo estuve dentro de Jack Mort, y tuve acceso a sus pensamientos, como tuve acceso a los tuyos, Eddie, y a los tuyos, Susannah. Vi a Jake mientras estaba en Mort. Lo vi con los ojos de Mort, y supe que Mort pensaba empujarlo. No sólo eso; impedí que lo hiciera. Sólo tuve que entrar en su cuerpo. Aunque Mort ni se enteró de eso; estaba tan concentrado en lo que se disponía a hacer que creyó que yo era una mosca que se posaba en su cuello. Eddie empezó a comprender.

Librodot

-Si no empujó a Jake hacia el coche, eso quiere decir que Jake no murió. Y si no murió, no llegó a este mundo. Y si no llegó a este mundo, tú no lo encontraste en la estación de paso. ¿No es así?

-Así es. Incluso me pasó por la cabeza la idea de que si Jack Mort pretendía matar al chico, yo debería echarme a un lado y dejar que lo hiciera. Precisamente para no crear esta paradoja que me está desgarrando. Pero no pude. Yo... Yo...

-No podías matar al chico dos veces, ¿verdad? -apuntó Eddie con voz suave-. Siempre que estoy a punto de llegar a la conclusión de que eres tan mecánico como el oso, me sorprendes con algo que parece verdaderamente humano. Maldita sea.

-Basta ya, Eddie -le regañó Susannah.

Eddie echó un vistazo al rostro ligeramente inclinado del pistolero e hizo una mueca.

-Lo siento, Rolando. Mi madre siempre decía que no sabía contener la lengua.

-No importa. En otro tiempo tuve un amigo que también era así. -¿Cuthbert?

Rolando asintió. Después contempló los dos únicos dedos de su mano derecha durante un largo instante, y finalmente cerró el doloroso puño, suspiró y miró de nuevo a sus compañeros. En algún lugar en las profundidades del bosque, una alondra cantó dulcemente.

-Os diré lo que creo. Aunque no hubiera entrado en Jack Mort cuando lo hice, él no habría empujado a Jake ese día. Ese día no. ¿Por qué no? *Ka-tet.* Sencillamente. Por primera vez desde que murió el último de los amigos que emprendieron esta búsqueda conmigo, vuelvo a encontrarme en el centro de *ka-tet.*

-¿Un cuarteto? -preguntó Eddie dubitativa.

El pistolero negó con la cabeza.

-Ka; la palabra que tú interpretas como «destino», Eddie, aunque su verdadero significado es mucho más complejo y difícil de definir, como suele suceder siempre con las palabras de la Alta Lengua. *Y tet,* que se refiere a un grupo de gente con los mismos intereses y objetivos. Nosotros tres somos un *tet,* por ejemplo. *Ka-tet* es el lugar donde muchas vidas son unidas por el destino.

-Como en *El puente de San Luis Rey* -musitó Susannah.

-¿Qué es eso? -quiso saber Rolando.

-Un relato acerca de varias personas que mueren juntas cuando se hunde el puente que están cruzando. Es muy conocido en nuestro mundo.

Rolando hizo un gesto con la cabeza para indicar que comprendía.

-En este caso, *ka-tet* nos unió a Jake, Walter, Jack Mort y a mí.

No era ninguna trampa, que es lo que sospeché en un primer momento cuando supe a quién había elegido Jack Mort como próxima víctima, porque el *ka-tet* no puede ser manipulado ni modificado según la voluntad de nadie. Pero el *ka-tet* puede verse, conocerse y comprenderse. Walter lo vio, y Walter lo sabía. -El pistolero se descargó un puñetazo en el muslo y exclamó con amargura-: ¡Cómo debía de reírse por dentro cuando por fin le di alcance!

-Hablemos de lo que hubiese sucedido si tú no le hubieras estropeado los planes a Jack Mort el día en que iba siguiendo a Jake -dijo Eddie-. Has venido a decir que si tú no hubieras detenido a Mort, algo o alguien lo habría hecho. ¿No es eso?

-Sí, porque no era el día adecuado para que Jake muriera. Estaba cerca del día adecuado, pero no lo era. También lo noté. Quizá Mort, justo antes de empujarlo, se habría dado cuenta de que alguien le estaba mirando, o quizás habría intervenido un perfecto desconocido. 0...

-O un policía -dijo Susannah-. Quizás hubiera visto a un policía en el lugar y en el momento indicados.

-Sí. El motivo exacto -el agente de *ka-tet*- carece de importancia. Sé por propia experiencia que Mort era astuto como un zorro viejo. Si hubiera advertido el menor detalle fuera de lugar, lo habría dejado para otro día.

»Y también sé otra cosa. Cuando salía de caza, iba disfrazado. El día en que lanzó un ladrillo a la cabeza de Odetta Holmes, llevaba una gorra de punto y un suéter viejo que le venía varias tallas grande. Quería parecer un bebedor de vino, porque arrojó el ladrillo desde un edificio en el que tienen su guarida varios borrachos. ¿Os dais cuenta?

Asintieron los dos.

-Años después, el día en que te empujó hacia las ruedas del tren, Susannah, iba vestido como un obrero de la construcción. Llevaba un gran casco amarillo, al que en su mente llamaba un «casco de seguridad», y un bigote postizo. El día en que hubiera empujado a jake hacia los coches, provocándole la muerte, hubiese ido disfrazado de sacerdote.

-Dios mío -dijo Susannah con un susurro de voz-. El hombre que le empujó en Nueva York era Jack. Mort, y el hombre que vio en la estación de paso era Walter, ese tipo que andabas persiguiendo.

-Sí.

-¿Y el chico creyó que se trataba de la misma persona porque los dos vestían una especie de túnica negra parecida?

Rolando asintió.

-Incluso existía cierto parecido físico entre Walter y Jack Mort. No como si fuesen hermanos, no quiero decir eso, pero los dos eran altos, de cabello oscuro y tez muy pálida. Y considerando que la única vez que vio a Jack Mort, Jake estaba muriéndose, y que la única vez que vio a

Walter estaba en un lugar desconocido y casi muerto de miedo, me parece que su error es comprensible y disculpable. Si en esta historia hay un asno, ése soy yo, por no haber comprendido mucho antes la verdad.

-¿Crees que Mort se hubiera dado cuenta de que lo estaban manipulando? -Recordando sus propias experiencias y los enloquecidos pensamientos de cuando Rolando le había invadido la mente, Eddie no veía la manera de que Mort hubiera podido no darse cuenta..., pero Rolando meneaba la cabeza.

-Walter habría sido sumamente sutil. Mort habría creído que la idea de disfrazarse de sacerdote se le había ocurrido a él mismo..., por lo menos eso imagino. No habría reconocido la voz de un intruso (de Walter) susurrando en las profundidades de su mente, diciéndole lo que debía hacer.

-Jack Mort -se maravilló Eddie-. Y todo el tiempo era Jack Mort.

-Sí... con ayuda de Walter. Y así acabé salvándole la vida a Jake, después de todo. Cuando hice saltar a Mort del andén del metro justo delante de un tren, lo cambié todo.

Susannah preguntó:

-Si este Walter podía entrar en nuestro mundo siempre que quería, quizá por su puerta particular, ¿no hubiese podido utilizar a algún otro para que empujara al chico? Si podía sugerir a Mort que se disfrazara de sacerdote, hubiera podido hacer lo mismo con cualquiera... ¿Qué, Eddie? ¿Por qué sacudes la cabeza?

-Porque no creo que Walter quisiera eso. Lo que Walter quería es lo que está pasando ahora..., que Rolando fuera perdiendo el juicio poco a poco. ¿No es cierto?

El pistolero asintió.

-Walter no habría podido hacerlo así ni aunque hubiese querido -añadió Eddie-, porque estaba muerto desde mucho antes de que Rolando encontrara las puertas de la playa. Cuando Rolando cruzó la última y se metió en la cabeza de Jack Mort, ahí se acabaron los tejemanejes del viejo Walt.

Susannah pensó en ello y al final asintió.

Librodot

-Ya entiendo... me parece. Este asunto de viajar por el tiempo resulta bastante confuso, ¿no?

Rolando empezó a recoger sus cosas y a ceñirlas en su lugar. -Hora de ponerse en marcha.

Eddie se levantó y se echó su carga al hombro.

-Al menos puedes consolarte con una cosa -señaló-. O tú o ese asunto del *ka-tet* pudisteis salvar al chico, después de todo.

Rolando estaba anudándose las cuerdas del arnés sobre el pecho. Al oír este comentario alzó la vista, y la llameante claridad de sus ojos hizo recular a Eddie.

-¿Lo salvé? -preguntó ásperamente-. ¿De veras lo salvé? Estoy volviéndome loco por momentos, tratando de vivir con dos versiones de la misma realidad. Al principio esperaba que una u otra comenzara a desvanecerse, pero no es así. De hecho, sucede todo lo contrario: estas dos realidades gritan cada vez más fuerte en mi cabeza, chillándose la una a la otra como facciones opuestas que a no tardar tendrán que ir a la guerra. Así que dime una cosa, Eddie: ¿cómo crees que se siente Jake? ¿Qué crees que se experimenta al saber que en un mundo estás muerto y en otro vivo?

La alondra volvió a cantar, pero ninguno de ellos se dio cuenta. Eddie miró los ojos azul descolorido que ardían en la pálida faz de Rolando y no supo qué contestar.

24

Aquella noche acamparon a unos veinticinco kilómetros al este del oso muerto, durmieron con el sueño de los completamente agotados (incluso Rolando durmió durante toda la noche, aunque sus sueños fueron visiones de pesadilla) y a la mañana siguiente se levantaron al amanecer. Eddie encendió una pequeña hoguera sin decir nada y miró a Susannah de soslayo cuando sonó un tiro de pistola en las cercanías.

-El desayuno -señaló ella.

Rolando regresó al cabo de tres minutos con una piel colgada del hombro. En la piel había el cadáver de un conejo recién destripado. Susannah lo cocinó. Comieron y reanudaron la marcha.

Eddie seguía tratando de imaginar lo que sería tener el recuerdo de la propia muerte. Pero ahí se quedaba corto.

25

Poco después del mediodía llegaron a una zona donde casi todos los árboles habían sido arrancados y los arbustos aplastados; era como si por allí hubiera pasado un ciclón muchos años antes, creando una amplia y desolada avenida de destrucción.

-Estamos cerca del sitio que buscamos -declaró Rolando-. Lo derribó todo a su alrededor para despejar el campo visual. Nuestro amigo el oso no quería sorpresas. Era grande, pero nada complaciente.

-¿Nos habrá dejado alguna sorpresa? -preguntó Eddie.

-Cabe dentro de lo posible. -Rolando sonrió un poco y tocó a Eddie en el hombro-. Pero hay una cosa: serán sorpresas viejas.

Su avance por aquella zona de destrucción fue lento. La mayoría de los árboles caídos eran muy viejos -muchos habían casi regresado a la tierra de la que habían brotado- pero todavía se amontonaban lo suficiente para crear una formidable pista de obstáculos. Ya habría sido bastante duro si los tres estuvieran en buenas condiciones, pero con Susannah sujeta por su arnés a la espalda del pistolero, la marcha se convertía en un ejercicio de resistencia.

Los árboles derribados y los amasijos de matorral servían para enmascarar la pista del oso, y eso también contribuía a retrasarlos. Hasta el mediodía habían ido siguiendo el rastro de zarpazos claramente visible en los troncos. Aquí, por el contrario, junto a su punto de partida, la cólera del oso no había sido tan intensa, y esas oportunas huellas de su paso se desvanecían. Rolando avanzaba lentamente, buscando excrementos entre la maleza y mechones de pelo en los troncos de los árboles a los que el oso había trepado. Necesitaron toda la tarde para cruzar cinco kilómetros de aquella selva destrozada.

Eddie acababa de decidir que iban a perder la luz y que tendrían que acampar en aquel siniestro lugar cuando llegaron a una delgada franja de alisos. Al otro lado oyó el ruidoso balbuceo de un arroyo sobre un lecho de piedras. A sus espaldas, el sol poniente irradiaba haces de ominosa luz roja sobre el revuelto terreno que acababan de cruzar, convirtiendo los árboles caídos en una red de trazos negros entrecruzados como ideogramas chinos.

Rolando dio el alto y depositó a Susannah en el suelo. Luego estiró la espalda, torciéndola hacia ambos lados con las manos sobre las caderas. -¿Nos quedamos aquí? -inquirió Eddie.

Rolando meneó la cabeza.

-Susannah, dale la pistola a Eddie. -Ella obedeció, contemplando al pistolero con expresión inquisitiva-. Vamos, Eddie. El sitio que nos interesa está al otro lado de estos árboles. Le echaremos un vistazo. Y puede que trabajemos un poco, además.

-¿Qué te hace suponer...?

-Aguza el oído.

Eddie escuchó y se dio cuenta de que oía ruido de maquinaria. También se dio cuenta de que llevaba un rato oyéndolo.

-No quiero dejar sola a Susannah.

-No iremos lejos, y tiene una voz fuerte y clara. Además, si hay algún peligro, lo tenemos delante. Estaremos entre el peligro y ella.

Eddie bajó los ojos hacia Susannah.

-Adelante..., pero procurad no tardar. -Susannah se volvió con ojos pensativos hacia el camino por el que habían llegado-. No sé si aquí hay gigantes o no, pero parece que los hay.

-Volveremos antes de que oscurezca -le prometió Rolando, echándose a andar hacia la cortina de alisos. Al cabo de un instante, Eddie lo siguió.

26

Apenas habían recorrido quince metros entre los árboles cuando Eddie se dio cuenta de que estaban siguiendo un sendero, probablemente abierto por el propio oso a lo largo de los años. Los alisos se curvaban sobre ellos formando un túnel. Desde allí los sonidos se oían con mayor claridad, y Eddie empezó a distinguirlos. Uno era un ruido grave y profundo, una

especie de zumbido. Lo notaba en los pies; una leve vibración como si hubiera una gran máquina funcionando bajo tierra. Por encima, más cercanos y más urgentes, había sonidos que se entrecruzaban como brillantes arañazos: chillidos, chirridos, gorjeos.

Rolando acercó la boca al oído de Eddie y le dijo:

-Creo que no hay mucho peligro si nos movemos en silencio.

Avanzaron otros cinco metros y Rolando volvió a detenerse. Desenfundó la pistola y utilizó el cañón para apartar una rama cargada de hojas teñidas por el crepúsculo. Eddie atisbó a través de la pequeña abertura y vio el claro donde el oso había vivido durante tanto tiempo, la base de operaciones desde la que había emprendido sus numerosas expediciones de saqueo y terror.

No había maleza allí; hacía mucho que el terreno, en forma de punta de flecha, había quedado completamente pelado. De la base de una pared de roca, a unos quince metros de altura, brotaba un arroyo que cruzaba el claro. En el mismo lado del arroyo en que se encontraban ellos, situada contra la pared, había una caja metálica de unos tres metros de altura. Su techo era curvo, y a Eddie le recordó una boca de metro. La parte delantera estaba pintada a franjas diagonales en amarillo y negro. La tierra del claro no era negra, como el mantillo del bosque, sino de un extraño gris polvoriento. Estaba sembrada de huesos, y a los pocos instantes advirtió que lo que había tomado por tierra gris también eran huesos, unos huesos tan antiguos que se deshacían en polvo.

Había cosas que se movían en el polvo, las cosas que emitían los ruidos chirriantes y gorjeantes. Cuatro... no, cinco en total. Pequeños artefactos metálicos, el mayor del tamaño de un cachorro de collie. Eddie observó que eran robots, o algo semejante a robots. Sólo en una cosa se parecían entre sí y al oso al que indudablemente servían: encima de cada cabeza, una minúscula antena de radar.

«Más gorras de pensar -se dijo Eddie-. Dios mío, ¿qué clase de mundo es éste?»

El mayor de aquellos artefactos se parecía un poco al tractor Tonka que Eddie había recibido como regalo en su sexto o séptimo cumpleaños; al moverse, sus orugas levantaban pequeñas nubes grises de polvo de huesos. Otro era como una rata de acero inoxidable. Un tercero parecía una serpiente hecha de segmentos de acero articulados, y se desplazaba retorciéndose y ondulando. Estaban dispuestos en círculo al otro lado del arroyo, dando vueltas y más vueltas por un profundo surco que habían abierto en el terreno. Al mirarlos, Eddie recordó las tiras cómicas que había visto en las pilas de ejemplares atrasados del *Saturday Evening Post* que por alguna razón su madre conservaba en la salita del apartamento. En los dibujos de las tiras cómicas, hombres preocupados que fumaban sin cesar dejaban surcos en la alfombra mientras paseaban de un lado a otro esperando a que sus esposas dieran a luz.

Conforme sus ojos fueron acostumbrándose a la sencilla geometría del claro, Eddie vio que aquellos extraños aparatos eran mucho más de cinco. había al menos otros doce que pudiera ver, y seguramente algunos más escondidos tras los óseos restos de las viejas presas del oso. La diferencia estaba en que los otros no se movían. Los miembros del mecánico cortejo del oso habían ido muriendo uno tras otro a lo largo de los años, hasta que ya sólo quedaba aquel grupito de cinco..., y con sus chirridos y gorjeos oxidados no daban la impresión de estar muy sanos. La serpiente, sobre todo, tenía un aspecto vacilante y reumático mientras giraba y giraba en círculos tras la rata mecánica. De vez en cuando, el artefacto que seguía a la serpiente -un bloque de acero que caminaba sobre rechonchas patas metálicas- la alcanzaba y le daba un golpecito, como pidiéndole que hiciera el puto favor de darse prisa.

Eddie trató de imaginar cuál habría sido su función. No de protección, desde luego; el oso estaba diseñado para protegerse a sí mismo, y Eddie sospechaba que si el viejo Shardik se hubiera cruzado con los tres cuando aún estaba en plena forma, los habría masticado y escupido sus huesos en un abrir y cerrar de ojos. Tal vez aquellos robots eran su equipo de

Librodot

mantenimiento, o exploradores, o mensajeros. Supuso que serían peligrosos, pero sólo en defensa propia... o de su dueño. No parecían agresivos.

De hecho, tenían algo de patético. Casi todos sus compañeros habían fallecido, su dueño ya no existía, y Eddie pensó que en algún sentido serían conscientes de ello. No era amenaza lo que proyectaban sino una extraña tristeza inhumana. Viejos y casi inservibles, caminaban, rodaban y culebreaban con ansiedad siguiendo el surco de preocupación que habían trazado en aquel claro olvidado de Dios, y a Eddie casi le pareció que podía captar el confuso curso de sus pensamientos: «¡Ay, dolor! ¡Ay, dolor! ¿Y ahora qué? ¿Cuál es nuestro propósito, ahora que El ha muerto? ¿Quién va a cuidar de nosotros, ahora que El no está? ¡Ay, dolor! ¡Ay, dolor! ¡Ay, dolor!...»

Eddie notó un tirón en la parte posterior de la pierna y estuvo a punto de gritar de susto y de sorpresa. Giró en redondo, al tiempo que amartillaba la pistola de Rolando, y vio a Susannah que lo miraba desde abajo con los ojos muy abiertos. Eddie soltó un largo suspiro y devolvió cuidadosamente el percutor a su posición de reposo. Se arrodilló, posó las manos en los hombros de Susannah, le dio un beso en la mejilla, y a continuación le susurró al oído:

-He estado en un tris de meterte una bala en tu tonta cabeza. ¿Qué haces aquí?

-Quería ver -respondió ella también en susurros, sin mostrarse avergonzada en lo más mínimo. Sus ojos se desviaron hacia Rolando, que se había agachado junto a ella-. Además, me ponía nerviosa estar allí sola.

Había recibido un buen número de rasguños al arrastrarse tras ellos por entre la maleza, pero Rolando tuvo que reconocer que, cuando se lo proponía, podía ser tan sigilosa como una sombra; él no había oído nada. Sacó un trapo del bolsillo de atrás (el último resto de su camisa vieja) y enjugó los hilillos de sangre que le corrían por los brazos. Examinó su trabajo unos instantes y limpió un cortecito que Susannah se había hecho en la frente.

-Pues echa una mirada -dijo al fin. Su voz apenas fue más que un movimiento de labios-. Supongo que te lo has ganado.

Utilizó una mano para abrir entre los arbustos una línea de mira a la altura de Susannah y esperó mientras ella contemplaba el claro fascinada. Finalmente retiró la cabeza, y Rolando dejó que los arbustos se cerraran de nuevo.

-Me dan pena -susurró ella-. ¿No es ridículo?

-De ninguna manera -contestó Rolando-. Yo creo que a su modo son criaturas de una gran tristeza. Eddie acabará con su desdicha. -Eddie empezó a sacudir la cabeza inmediatamente-. Sí, lo harás... a menos que prefieras quedarte aquí en cuclillas toda la noche. Apunta a los sombreros. Esas cositas que giran.

-¿Y si fallo? -susurró Eddie, enfurecido. Rolando se encogió de hombros.

Eddie se incorporó, y de mala gana volvió a amartillar el revólver del pistolero. Examinó por entre los arbustos aquellos servomecanismos que no cesaban de dar vueltas y más vueltas en su inútil órbita solitaria. «Será como matar cachorros», pensó desalentado. Entonces vio que uno de ellos -era la cosa que parecía una caja ambulante-proyectaba desde su centro una pinza de aspecto amenazador y la cerraba por unos instantes sobre la serpiente. La serpiente emitió un ruido chirriante y dio un salto hacia delante. La caja ambulante ocultó la pinza.

«Bueno... puede que no sea exactamente como matar cachorros», decidió Eddie. Miró de nuevo a Rolando. Rolando, con los brazos cruzados sobre el pecho, le devolvió una mirada inexpresiva.

«Eliges unos momentos muy extraños para dar clase, compañero.»

Eddie pensó en Susannah, que había herido al oso en el trasero y luego había hecho añicos su dispositivo sensor cuando la bestia se abalanzaba sobre Rolando y ella, y se sintió un poco avergonzado. Y lo que era más, una parte de él deseaba hacerlo, del mismo modo en que una parte de él había querido enfrentarse con Balazar y su equipo de matones en La Torre Inclinada. Probablemente era un impulso enfermizo, pero eso no menguaba su atracción básica: «Vamos a ver quién sale vivo... Vamos a verlo.»

Librodot

Sí, desde luego era bastante enfermizo.

«Imagínate que sólo es una caseta de tiro al blanco y que quieres ganar un conejito de peluche para tu chica -pensó-. O un oso de peluche.» Enfocó el punto de mira sobre la caja ambulante y entonces Rolando le tocó en el hombro, haciéndole volver la cabeza en un gesto de impaciencia.

-Di la lección, Eddie. Y sé certero.

Eddie siseó furioso entre los dientes, irritado por la interrupción, pero los ojos de Rolando no pestañearon, así que inspiró profundamente e intentó borrarlo todo de su mente: los chillidos y berridos de una maquinaría que llevaba demasiado tiempo funcionando, los dolores y molestias del cuerpo, el saber que Susannah estaba a su lado, apoyada sobre los pulpejos de las manos, observando; el saber además que ella era la que estaba más cerca del suelo y que, si no acertaba a todos los artefactos y alguno decidía tomar represalias, ella sería el blanco más propicio.

-No disparo con la mano; el que dispara con la mano ha olvidado el rostro de su padre.

Eso era un chiste, pensó; si se cruzaba con su padre por la calle, no lo reconocería. Pero notó que las palabras hacían su efecto, despejándole la mente y serenando sus nervios. No sabía si él era de la materia de que están hechos los pistoleros -la idea se le antojaba fabulosamente improbable, aunque sabía que había cumplido muy bien su parte durante el tiroteo en el club de Balazar-, pero sabía que a una parte de él le gustaba la frialdad que le invadía cuando pronunciaba las palabras del arcaico catecismo que el pistolero les había enseñado; la frialdad y aquella manera en que las cosas parecían presentarse con implacable claridad. Había otra parte de él que comprendía que aquello era otra droga letal, no muy distinta de la heroína que había matado a Henry y había estado a punto de matarlo a él, pero eso no afectaba el fino y ajustado placer del momento, que tamborileaba en él como cables tensos vibrando bajo el vendaval.

-No apunto con la mano; el que apunta con la mano ha olvidado el rostro de su padre.

»Apunto con el ojo.

»No mato con la pistola; el que mata con la pistola ha olvidado el rostro de su padre.

A continuación, sin saber que iba a hacerlo, salió de entre los árboles y se dirigió a los robots que seguían dando vueltas al otro lado del claro.

-Mato con el corazón.

Interrumpieron su interminable girar. Uno de ellos emitió un zumbido agudo que parecía una señal de alarma o advertencia. Las antenas de radar, del tamaño de media barra de chocolate Hershey cada una, se volvieron hacia el origen de la voz. Eddíe empezó a disparar.

Los sensores estallaron uno tras otro como pichones de arcilla. La compasión se había borrado del corazón de Eddie; sólo quedaba aquella frialdad, y el saber que no se detendría, que no podría detenerse hasta que hubiese terminado el trabajo.

El trueno llenó el claro iluminado por los últimos resplandores del día y rebotó en la astillada pared de roca del extremo más ancho. La serpiente de acero hizo dos volteretas y cayó convulsionada en el polvo. El mayor de los artefactos -el que había recordado a Eddie el tractor Tonka de su niñez- intentó escapar. Eddie destrozó su antena de radar cuando emprendía una espasmódica fuga del surco. La cosa cayó sobre su cuadrangular hocico, y de las cuencas de acero donde se alojaban sus ojos de vidrio empezaron a brotar delgadas llamas azules.

El único sensor al que no acertó fue el de la rata de acero inoxidable; su disparo rebotó en el lomo de metal y salió desviado con un agudo zumbido de mosquito. La rata abandonó el surco, describió un semicírculo hacia la cosa en forma de caja que seguía a la serpiente y cargó a través del claro con asombrosa velocidad. Al correr producía un airado sonido claqueteante y, conforme acortaba la distancia, Eddie advirtió que tenía la boca provista de largas y agudas puntas. No eran como dientes; eran más bien como agujas de máquina de coser, subiendo y bajando con increíble rapidez. No, caviló, en realidad aquellas cosas no se parecían mucho a cachorros.

-¡Dispara tú, Rolando! -gritó desesperadamente, pero cuando osó echar una fugaz mirada de reojo vio que Rolando seguía de pie con los brazos cruzados, exhibiendo la misma expresión distante y serena. Hubiera podido estar pensando en problemas de ajedrez o antiguas cartas amorosas.

La antena de la rata se desvió de pronto. El artefacto cambió ligeramente de rumbo y avanzó directo hacia Susannah Dean.

«Sólo me queda una bala -pensó Eddie-. Si fallo, le arrancará la cara.»

En vez de disparar, se acercó a la rata y le dio una patada tan fuerte como pudo. Se había cambiado los zapatos por un par de mocasines de piel de venado, y sintió la sacudida del golpe hasta la rodilla. La rata soltó un oxidado chirrido rasposo, dio unos tumbos por tierra y quedó panza arriba. Eddie vio una docena aproximada de rechonchas patas mecánicas agitándose arriba y abajo. Cada una de ellas terminaba en una afilada zarpa de acero. Estas zarpas giraban sobre soportes de cardan no más grandes que una goma de borrar.

De la zona central del robot surgió una varilla de acero que enderezó de nuevo el artefacto. Eddie alzó el revólver de Rolando, reprimiendo el impulso momentáneo de apoyarlo sobre la mano libre. Tal vez fuera así como enseñaban a disparar a los policías de su mundo, pero aquí no se hacía de esta manera. «Cuando olvidéis que existe la pistola, cuando tengáis la sensación de estar disparando con el dedo -les había dicho Rolando-, entonces sabréis que os estáis acercando.»

Eddie apretó el gatillo. La diminuta antena de radar, que había empezado a girar de nuevo en un intento de localizar a los enemigos, desapareció en un destello azul. La rata emitió un ruido ahogado y cayó muerta.

Eddie se volvió con el corazón palpitándole violentamente en el pecho. No recordaba haber estado tan furioso desde que comprendió que Rolando pretendía retenerlos en aquel mundo hasta conquistar o perder definitivamente su maldita Torre..., dicho de otro modo, hasta que todos fueran pasto de los gusanos.

Apuntó la pistola descargada hacia el corazón de Rolando y habló con una voz pastosa que apenas reconoció como propia.

-Si me quedara algún cartucho en el tambor, podrías dejar de preocuparte por tu maldita Torre en este mismo instante.

-¡Basta, Eddie! -gritó Susannah secamente.

Eddie la miró.

-Iba a por ti, Susannah, y quería convertirte en picadillo.

-Pero no me ha alcanzado. Tú la has parado, Eddie. Tú la has parado.

-Pero no gracias a él. -Eddie hizo ademán de enfundar el revólver, pero se dio cuenta contrariado de que no tenía dónde meterlo. Susannah llevaba la pistolera-. El y sus lecciones. El y sus malditas lecciones.

La expresión moderadamente interesada de Rolando cambió de pronto. Sus ojos se fijaron en un punto sobre el hombro izquierdo de Eddie.

-¡A TIERRA! -gritó.

Eddie no hizo preguntas. Toda su furia y su confusión se le borraron de la mente al instante. Se echó al suelo y, mientras lo hacía, vio volar la mano izquierda del pistolero. «Dios mío -pensó-, no puede ser tan rápido. Nadie puede ser tan rápido. Yo no lo hago mal, pero comparado con Susannah parezco lento..., y él hace que Susannah parezca una tortuga tratando de avanzar cuesta arriba sobre una lámina de cristal...»

Algo pasó justo por encima de su cabeza, algo que lanzó un chillido de rabia mecánica y le arrancó un mechón de pelo. El pistolero disparó desde la cadera, tres tiros consecutivos como otros tantos estampidos, y los chillidos cesaron. Un artilugio que a Eddie le pareció un gran murciélago de metal cayó por tierra entre el lugar donde él yacía y el que ocupaba Susannah, arrodillada junto a Rolando. Una de sus alas articuladas, manchada de óxido, golpeó el suelo una vez, débilmente, como enojada por haber perdido la oportunidad, y ya no se movió más.

Librodot

Rolando se acercó a Eddie, caminando con soltura sobre sus viejas botas. Le tendió una mano. Eddie la aceptó y dejó que Rolando le ayudara a incorporarse. Se había quedado sin aliento, y descubrió que no podía hablar. «Seguramente es mejor así... Parece que cada vez que abro la boca meto la pata.»

-¡Eddie! ¿Estás bien? -Susannah venía cruzando el claro hacia él, que permanecía con la cabeza agachada y las manos apoyadas sobre los muslos, intentando respirar.

-Sí. -La palabra le salió como un graznido. Se incorporó con esfuerzo-. Sólo ha sido un corte de pelo.

-Estaba en un árbol -explicó Rolando con calma-. Al principio ni siquiera lo vi. A estas horas la luz es engañosa. -Hizo una pausa y, con la misma calma, añadió-: Susannah no ha corrido ningún peligro, Eddie.

Eddie asintió con la cabeza. Ahora se daba cuenta de que Rolando casi hubiera podido tomarse una hamburguesa y un batido antes de empezar a sacar. Así de rápido era.

-Muy bien. Digamos únicamente que no me gustan tus métodos de enseñanza, ¿de acuerdo? Pero no pienso disculparme, así que si lo estabas esperando ya te lo puedes quitar de la cabeza.

Rolando se agachó, recogió a Susannah y comenzó a limpiarle el polvo con la mano. Lo hizo con una especie de afecto imparcial, como una madre limpiaría a su bebé tras uno de sus necesarios revolcones en el polvo del patio trasero.

-No espero ninguna disculpa, ni es necesaria -contestó-. Susannah y yo tuvimos una conversación parecida a ésta hace dos días. ¿No es así, Susannah?

Ella asintió.

-Rolando es de la opinión que un buen aprendizaje exige patadas en el culo.

Eddie paseó la mirada sobre los restos destrozados y empezó a sacudirse lentamente el polvo de huesos de los pantalones y la camisa.

-¿Y si te dijera que no quiero ser un pistolero, Rolando, viejo camarada?

-Diría que lo que tú quieras no tiene mucha importancia. -Rolando estaba contemplando el quiosco metálico que se alzaba contra la pared de roca, y parecía haber perdido todo interés por la conversación. Eddie ya lo había observado antes. Cuando la conversación versaba sobre cuestiones de debería ser, podría ser o tendría que ser, Rolando casi siempre perdía el interés.

-¿Ka? -preguntó Eddie, con un resto de su anterior amargura.

— Exactamente. *Ka.* -Rolando se dirigió hacia el quiosco y pasó una mano sobre las rayas negras y amarillas pintadas sobre el metal-. Hemos encontrado uno de los doce pórticos que circundan el borde del mundo..., uno de los seis senderos que conducen a la Torre Oscura.

»Y eso también es *ka.*

27

Eddie fue a buscar la silla de ruedas de Susannah. Nadie tuvo que pedírselo; deseaba estar un rato a solas para recobrar su dominio. Ahora que el tiroteo había terminado, todos los músculos de su cuerpo parecían haber adquirido su propio temblorcillo palpitante. No quería que ninguno de los dos lo viera en tal estado, no porque pudieran malinterpretarlo como miedo, sino porque uno de ellos, o los dos, podría reconocerlo por lo que era: una sobrecarga de excitación. Le había gustado. Le había gustado, pese al murciélago que estuvo a punto de arrancarle el cuero cabelludo.

«Eso es mentira, colega. Y tú lo sabes.»

El problema era que no lo sabía. Se había visto cara a cara con algo que Susannah había descubierto por sí misma después de disparar contra el oso; podía decir que no quería ser un pistolero, que no quería seguir vagando por aquel mundo enloquecido donde no parecía haber más seres humanos que ellos tres, que lo que anhelaba por encima de todo era encontrarse en la esquina de Broadway con la calle Cuarenta y dos, haciendo chascar los dedos, engullendo un sándwich con chile y escuchando a Creedence Clearwater Revival en los auriculares de su Walkman mientras veía pasar las chicas, esas chicas neoyorquinas totalmente sexis, con su mohín de «vete a la porra» en los labios y sus largas piernas bajo unas faldas cortas. Podía hablar de todo eso hasta que se le pusiera la cara azul, pero su corazón sabía otras cosas. Sabía que había disfrutando haciendo saltar en pedazos toda aquella chatarra electrónica, al menos mientras duraba el juego y la pistola de Rolando era su tempestad de rayos y truenos particular y portátil. Había disfrutado pegándole una patada a la rata robot, a pesar de que se había hecho daño en el pie y a pesar de que estaba cagado de miedo. En cierto modo, esta parte -la parte de tener miedo- incluso parecía aumentar su satisfacción.

Todo eso ya era bastante malo de por sí, pero su corazón sabía algo aún peor: que si en aquel mismo instante se abriese ante él una puerta que le condujera de regreso a Nueva York, podía ser que no la cruzara, al menos antes de haber visto la Torre Oscura con sus propios ojos. Empezaba a creer que la enfermedad de Rolando era contagiosa.

Mientras luchaba con la silla de Susannah por entre la maraña de árboles, maldiciendo las ramas que le azotaban el rostro y trataban de arrancarle los ojos, Eddie se sintió capaz de admitir por lo menos algunas de estas cosas; esto le enfrió un poco la sangre. «Quiero comprobar si es como la vi en mi sueño -pensó-. Ver una cosa así... Eso sí que sería fantástico.»

Y otra voz habló en su interior: «Apuesto a que sus amigos de antes -los que llevaban nombres como sacados de la Tabla Redonda en la corte del Rey Arturo-, apuesto a que ellos también pensaban lo mismo, Eddie. Y todos están muertos. Todos, Eddie; hasta el último.»

Reconoció esa voz, le gustara o no. Pertenecía a Henry, y eso la convertía en una voz muy difícil de ignorar.

28

Rolando, sosteniendo a Susannah sobre su cadera derecha, estaba parado ante la caja metálica que parecía una boca de metro cerrada hasta la mañana. Eddie dejó la silla de ruedas en el linde del claro y se dirigió hacia ellos. A medida que se acercaba, el zumbido constante y la vibración del suelo iban en aumento. Se dio cuenta de que la maquinaria que producía ese ruido se hallaba dentro de la caja o debajo de ella. Le pareció que la oía no tanto con los oídos como en lo más profundo de su cabeza y en los recovecos de sus entrañas.

-Así que éste es uno de los doce pórticos. ¿Adónde conduce, Rolando? ¿A Disneylandia?

Rolando meneó la cabeza.

-No sé adónde conduce. Quizás a ninguna parte..., o a todas partes. Hay muchas cosas que ignoro en mi mundo. Sin duda ya os habéis dado cuenta. Y hay cosas que sabía que ahora han cambiado.

-¿Porque el mundo se ha movido?

-Sí. -Rolando lo miró de soslayo-. No se trata de una figura retórica. El mundo realmente se mueve, y cada vez va más deprisa. Al mismo tiempo las cosas se desgastan..., se estropean... -Dio un puntapié al cadáver mecánico de la caja ambulante para ilustrar su argumento.

Eddie recordó el burdo esbozo de los pórticos que Rolando había dibujado en la tierra.

-¿Y esto es el borde del mundo? -preguntó, casi con timidez-. Lo digo porque no parece muy distinto de cualquier otro lugar. -Se rió brevemente-. Si hay un abismo, yo no lo veo.

Rolando sacudió la cabeza.

-No es esa clase de borde. Es el lugar donde nace uno de los Haces. O por lo menos así me lo enseñaron.

-¿Haces? -preguntó Susannah-. ¿Qué Haces?

-Los Grandes Antiguos no formaron el mundo sino que lo reformaron. Algunos narradores dicen que los Haces lo salvaron; otros afirman que son las semillas de la destrucción del mundo. Los Grandes Antiguos crearon los Haces. Son una especie de líneas..., líneas que unen... y sostienen.

-¿Te refieres al magnetismo? -inquirió Susannah con cautela.

Al pistolero se le iluminó todo el rostro, transformando sus ásperos surcos y planos en algo nuevo y sorprendente, y por un instante Eddie supo qué cara pondría Rolando sí alguna vez llegaba a su Torre.

-¡Sí! No es sólo magnetismo, aunque también interviene..., y la gravedad..., y la correcta alineación de espacio, tamaño y dimensión. Los Haces son las fuerzas que mantienen unidas todas estas cosas.

-Bienvenido a la física en un manicomio -comentó Eddie en voz baja.

Susannah no le prestó atención.

-¿Y la Torre Oscura? ¿Es una especie de generador? ¿Una central de energía para los Haces?

-No lo sé.

-Pero sabes que éste es el punto A -intervino Eddie-. Si avanzáramos lo suficiente en línea recta llegaríamos a otro pórtico (llamémoslo punto C) en el borde opuesto del mundo. Pero antes de llegar, pasaríamos por el punto B. El punto central. La Torre Oscura.

El pistolero asintió.

-¿A qué distancia está? ¿Lo sabes?

-No. Pero sé que está muy lejos, y que la distancia crece cada día que pasa.

Eddie se había agachado para examinar la caja ambulante. Al oír esto, se incorporó y miró a Rolando fijamente.

-No puede ser. -Lo dijo como un hombre que tratara de explicarle a un niño pequeño que en realidad no hay ningún coco en su armario, que no puede haberlo porque en realidad el coco no existe-. Los mundos no crecen, Rolando.

-¿Ah, no? Cuando yo era un muchacho, había mapas. Recuerdo uno en particular. Se titulaba Los Grandes Reinos de la Tierra Occidental. Mostraba mi país, que era conocido por el nombre de Galaad. Mostraba las Baronías de Downland, que fueron destruidas por los tumultos y la guerra civil un año después de que yo ganara mis pistolas, y las colinas, y el desierto, y las montañas, y el Mar Occidental. Había una larga distancia de Galaad al Mar Occidental, dos mil kilómetros o más, pero he tardado más de veinte años en recorrer esta distancia.

-¡No es posible! -exclamó apresuradamente Susannah, temerosa-. Aunque hubieras hecho todo el camino andando, no podrías haber tardado veinte años.

-Bueno, hay que tener en cuenta las paradas para escribir postales y beber cerveza -apuntó Eddie, pero ninguno de los dos le hizo caso.

-No iba andando, puesto que recorrí la mayor parte del camino a lomos de caballo -explicó Rolando-. De vez en cuando me vi... retenido, podríamos dec[ir]. Pero he pasado casi todo este tiempo moviéndome. Alejándome de John Farson, que encabezó la revuelta que derribó el mundo en que me había criado y que quería ver mi cabeza empalada en su patio... Creo que no le faltaban motivos, porque mis compatriotas y yo habíamos causado la muerte de un gran número de sus seguidores... y porque le robé algo que tenía en muy gran estima.

-¿Qué era, Rolando?

Rolando meneó la cabeza.

-Eso queda para otro día..., o quizá para nunca. Por ahora, no penséis en eso sino en otra cosa: he recorrido muchos miles de kilómetros. Porque el mundo está creciendo.

-Eso es imposible -insistió Eddie, pero aun así estaba seriamente trastornado-. Habría terremotos, inundaciones, maremotos, qué sé yo...

-¡Mira! -estalló Rolando, furioso-. ¡Mira a tu alrededor! ¿Qué ves? Un mundo que se va parando como la peonza de un chiquillo al mismo tiempo que coge velocidad y se mueve de una manera nueva que ninguno de nosotros comprende. ¡Mira tus piezas, Eddie! ¡Mira tus piezas, en el nombre de tu padre! -Dio un par de zancadas hacia el arroyo, recogió la serpiente de acero, la examinó brevemente y se la arrojó a Eddíe, que la atrapó con la mano izquierda. Al cogerla, la serpiente se rompió en dos-. ¿Lo ves? Está agotada. Todo lo que hemos encontrado aquí está agotado. Si no hubiésemos venido, igualmente habrían muerto dentro de poco. Lo mismo que el oso.

-El oso tenía una especie de enfermedad -señaló Susannah. El pistolero asintió.

-Parásitos que le atacaban las partes naturales del cuerpo. Pero ¿por qué no le habían atacado antes?

Susannah no respondió.

Eddie estaba examinando la serpiente. A diferencia del oso, era un producto completamente artificial, una cosa hecha de metal, circuitos y metros (o quizá kilómetros) de alambre fino como un hilo. Sin embargo, se veían motas de óxido, no sólo en la superficie de la media serpiente que aún tenía en la mano sino también en sus entrañas. Y había una mancha de humedad por donde se había fugado aceite o infiltrado agua. Esta humedad había corroído algunos de los alambres, y en varias placas de circuitos, grandes como la uña del pulgar, crecía una sustancia verduzca que parecía moho.

Eddie dio la vuelta a la serpiente. Una placa de acero indicaba que la había fabricado North Central Positronics, Ltd. Llevaba un número de serie, pero ningún nombre. «Seguramente no era lo bastante importante para merecer un nombre -pensó-. No es más que un sofisticado juguete mecánico diseñado para dar una lavativa al Hermano Oso de vez en cuando, o algo igualmente repulsivo.»

Tiró la serpiente y se limpió las manos en los pantalones.

Rolando había recogido el artefacto en forma de tractor. Tiró de una de las orugas. Se desprendió fácilmente, derramando una nube de orín entre sus botas. La echó a un lado.

-Todo lo que hay en el mundo se está deteniendo o haciéndose pedazos -dijo llanamente-. Al mismo tiempo, las fuerzas que unifican al mundo y le dan su coherencia, en tiempo y en tamaño así como en espacio, se están debilitando. En nuestra infancia ya lo sabíamos, pero no teníamos ni idea de cómo iban a ser los tiempos del final. ¿Cómo podíamos tenerla? Y no obstante, ahora estoy viviendo esos tiempos, y no creo que afecten únicamente a mi mundo. Afectan al vuestro, Eddie v Susannah; podrían afectar a millones de mundos. Los Haces se descomponen. No sé si ésa es la causa o tan sólo otro síntoma, pero sé que es así. ¡Venid! ¡Acercaos! ¡Escuchad!

Mientras Eddie se aproximaba a la caja metálica con franjas diagonales en negro y amarillo, le vino un poderoso y desagradable recuerdo. Por primera vez desde hacía años se sorprendió pensando en un ruinoso edificio de estilo victoriano que se alzaba en Dutch Hill, a un par de kilómetros del barrio en que Henry y él habían crecido. Esta ruina, que los chavales del barrio llamaban «la Mansión», ocupaba un solar abandonado y cubierto de maleza en la calle Rhinehold. Eddie suponía que prácticamente todos los chicos del barrio habían oído cuentos de miedo acerca de la Mansión. La casa, agazapada bajo sus empinados tejados, parecía fulminar a los transeúntes con la mirada desde las sombras que proyectaban sus aleros. Las ventanas estaban rotas, naturalmente -los chicos pueden apedrear un lugar sin necesidad de acercarse demasiado-, pero nadie había pintarrajeado sus paredes ni convertido el lugar en refugio de parejas o de drogadictos. Lo más extraño de todo era el hecho de que siguiera existiendo: nadie le había pegado fuego para cobrar un seguro o sencillamente para verla arder. Los chicos decían que era una casa encantada, claro, y un día en que Eddie se

detuvo en la acera para contemplarla, al lado de Henry (habían realizado la peregrinación con el propósito deliberado de ver aquel objeto de fabulosos rumores, aunque Henry le había dicho a su madre que sólo iban a Dahlberg's con unos amigos a por unos Hoodsie Rockets), tuvo la sensación de que realmente podía estar encantada. ¿Acaso no había notado una fuerza poderosa y hostil que emanaba de aquellas lóbregas ventanas victorianas, ventanas que parecían observarlo con la mirada fija de un lunático peligroso? ¿No había notado un viento sutil que le agitaba el vello de los brazos y de la nuca? ¿No había tenido la clara intuición de que, si entraba en aquel lugar, la puerta se cerraría de golpe a su espalda y las paredes empezarían a acercarse, pulverizando huesos de ratones muertos, y deseando pulverizar los suyos del mismo modo?

La casa encantada.

En aquellos momentos, mientras se acercaba a la caja metálica, experimentó la misma sensación de misterio y peligro. Se le puso la piel de gallina en brazos y piernas, y el vello de la nuca se erizó como una cresta. Se sintió recorrido por aquel mismo viento sutil, aunque las hojas de los árboles que bordeaban el claro estaban perfectamente inmóviles.

Pese a todo, siguió avanzando hacía la puerta (pues de eso se trataba, naturalmente, de otra puerta, aunque ésta estaba cerrada y siempre lo estaría para los seres como él) sin detenerse hasta que hubo apoyado la oreja en ella.

Era como si media hora antes se hubiera comido un ácido de los más potentes y ahora estuviera empezando a hacerle efecto. Colores extraños fluyeron por la oscuridad de detrás de sus ojos. Le pareció oír voces que le susurraban desde largos corredores como gargantas de piedra, corredores iluminados por candentes antorchas eléctricas. En otro tiempo, aquellos estandartes de la era moderna lo habían bañado todo con su resplandeciente fulgor, pero ahora sólo eran mortecinos núcleos de luz azul. Percibió vaciedad, abandono, desolación, muerte.

La maquinaria seguía retumbando, pero ¿no se advertía un timbre áspero en el sonido? ¿No había bajo el zumbido una especie de palpitación desesperada, como la arritmia de un corazón enfermo? ¿No había la sensación de que la maquinaria que producía aquel ruido, aunque mucho más compleja incluso que la que había dentro del oso, estaba de alguna manera desacompasándose respecto a sí misma?

-Todo es silencio en las salas de los muertos -se oyó susurrar Eddie con voz desmayada-. Todo es olvido en las salas de piedra de los muertos. Contemplad las escaleras que se alzan en las tinieblas; contemplad las salas de la ruina. Estas son las salas de los muertos, donde hilan las arañas y los grandes circuitos enmudecen uno a uno.

Rolando lo apartó de un tirón, y Eddie se volvió hacia él con ojos aturdidos.

-Ya es bastante -dijo Rolando.

-No sé qué pusieron ahí, pero no está funcionando muy bien, ¿verdad? -se oyó preguntar Eddie. Su voz temblorosa parecía llegar de muy lejos. Aún podía sentir el poder que irradiaba de la caja. Le llamaba.

-No. En estos tiempos, nada de lo que hay en mi mundo funciona muy bien.

-Bueno, muchachos, si habéis pensado pasar aquí la noche, tendréis que prescindir del placer de mi compañía -dijo Susannah. Su rostro era una mancha blanquecina en las cenicientas postrimerías del crepúsculo-. Yo me voy al otro lado. No me gusta la sensación que me produce esta cosa.

-Todos acamparemos al otro lado -respondió Rolando-. Vámonos.

-Muy buena idea -aprobó Eddie. Al alejarse de la caja, el ruido de la maquinaria se fue amortiguando. Eddie notó que su influencia sobre él se debilitaba, aunque todavía seguía llamándole, invitándole a explorar los corredores en penumbra, las escaleras verticales, las salas en ruinas donde las arañas hilaban y los cuadros de mando se apagaban uno a uno.

29

En el sueño de aquella noche, Eddie volvió a recorrer la Segunda avenida hacia la Charcutería Artística de Tom y Gerry, en el cruce de la Segunda con la calle Cuarenta y seis. Pasó ante una tienda de discos, en cuyos altavoces tronaban los Rolling Stones:

I see a red door and I want to paint it black,
No colours anymore, I want them to turn black,
I see the girls walk by dressed in their summer clothes,
I have to turn my head until my darkness goes...[1]

Siguió adelante, pasando ante una tienda llamada Tus Reflejos, entre la calle Cuarenta y nueve y la Cuarenta y ocho. Se vio en uno de los espejos que colgaban en el escaparate. Pensó que hacía años que no tenía tan buen aspecto; el pelo un poco largo, pero aparte de eso, bronceado y en forma. En cambio la ropa..., no veas, tío. Mierda de ejecutivo de los pies a la cabeza. Chaqueta cruzada azul marino, camisa blanca, corbata granate, pantalones de vestir grises... En su vida había tenido un traje de yuppie como aquél.

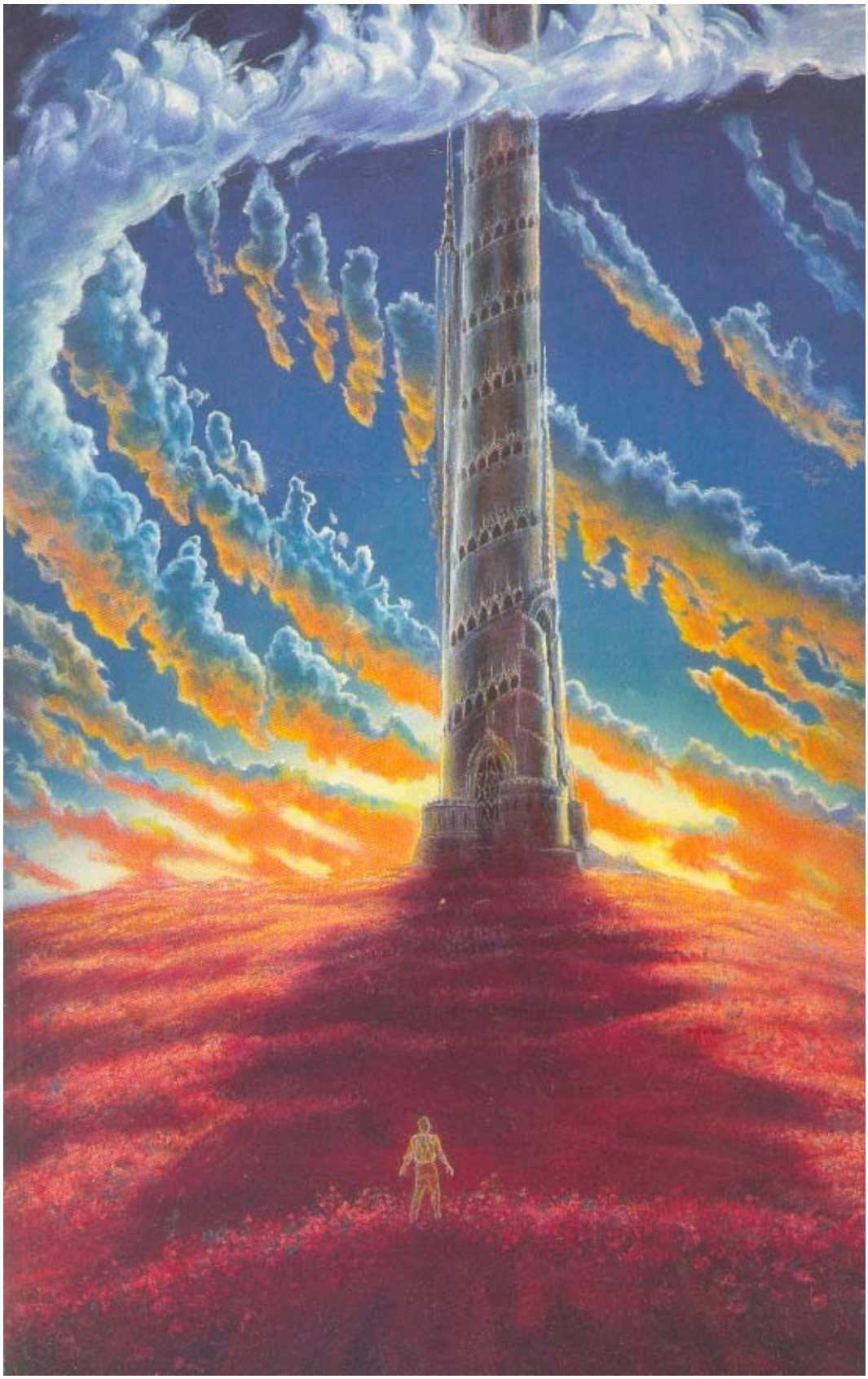
Alguien le dio una sacudida.

Eddie trató de hundirse más profundamente en el sueño. No quería despertar aún. Antes tenía que llegar a la charcutería y utilizar la llave para abrir la puerta y llegar al campo de rosas. Quería verlo todo otra vez: el interminable lecho de rosas, el abovedado cielo azul por el que navegaban los grandes barcosnube, la Torre Oscura. Le atemorizaba la oscuridad que vivía dentro de aquella pilastra ultraterrena, esperando devorar a cualquiera que se acercara demasiado, pero aun así quería verla de nuevo. Necesitaba verla.

La mano, empero, no cesaba de sacudirlo. El sueño empezó a desdibujarse y el olor de los tubos de escape de la Segunda avenida se convirtió en olor a humo de leña, cada vez más tenue porque la hoguera estaba casi apagada.

Era Susannah. Parecía asustada. Eddie se incorporó y la rodeó con un brazo. Habían acampado tras el bosquecillo de alisos, lo bastante cerca para seguir oyendo el borboteo del arroyo que cruzaba el claro cubierto de huesos. Rolando yacía dormido al otro lado de las relucientes ascuas que había dejado la hoguera. Su sueño no era tranquilo.

[1] «Veo una puerta roja y la quiero pintar de negro, / ya no más colores, quiero que se con[v]iertan en negro, / veo a las chicas pasar vestidas con ropa de verano, / he de volver la cara hasta que desparezca mi oscuridad...» (N. *del T.)*



Librodot

Había desechado la única manta y yacía con las rodillas encogidas casi hasta el pecho. Sin las botas, sus pies parecían blancos, estrechos e indefensos. El pulgar del pie derecho había desaparecido, víctima del monstruo langosta que también le había arrancado parte de la mano derecha.

En su sueño repetía como un gemido la misma frase farfullada. Tras unas cuantas repeticiones, Eddie advirtió que era la misma frase que había pronunciado antes de caer desplomado en el claro en que Susannah había matado el oso: «Vete, pues. Existen otros mundos aparte de éstos.» El pistolero permaneció unos instantes en silencio y luego gritó el nombre del chico:

-¡Jake! ¿Dónde estás, Jake?

La desolación y el desespero de su voz llenaron de horror a Eddie. Deslizó los brazos alrededor de Susannah y la estrechó contra sí. La notó temblar, aunque la noche era cálida.

-¿Dónde estás, Jake? -gritaba a la noche-. ¡Regresa! -¡Dios mío! ¡Ya está otra vez así! ¿Qué podemos hacer, Suze? -No lo sé. Sólo sé que no podía seguir escuchándolo yo sola. Suena como si estuviera muy lejos. Muy lejos de todo.

-Vete, pues -masculló el pistolero, rodando sobre un costado y encogiendo las rodillas de nuevo-. Existen otros mundos aparte de éstos.

Quedó unos instantes en silencio. De pronto se agitó su pecho y soltó el nombre del chico en un largo alarido que helaba la sangre. En el bosque, un pájaro de buen tamaño alzó el vuelo con un seco aleteo rumbo a otra parte del mundo no tan emocionante.

-¿Se te ocurre alguna idea? -preguntó Susannah. Tenía los ojos muy abiertos y cargados de lágrimas-. ¿Crees que debemos despertarlo?

-No lo sé. -Eddie miró el revólver del pistolero, el que llevaba sobre la cadera izquierda. Rolando lo había dejado dentro de su funda, sobre un rectángulo de piel pulcramente doblada, bien al alcance de la mano-. Me parece que no me atrevo -añadió al fin.

-Lo está volviendo loco. -dijo ella. Eddie asintió-. ¿Qué hacemos, Eddie? ¿Qué hacemos?

Eddie no lo sabía. Un antibiótico había eliminado la infección provocada por el mordisco del monstruo langosta; ahora Rolando ardía víctima de otra infección, pero Eddie no creía que existiera en el mundo ningún antibiótico que fuera capaz de curarla.

-No lo sé. Acuéstate a mi lado, Suze.

Eddie echó una manta por encima de los dos, y al cabo de un rato el temblor de Susannah se fue sosegando.

-Si se vuelve loco puede hacernos daño -observó ella.

-Como si no lo supiera. -Ya se le había ocurrido esta desagradable idea, proyectada en términos del oso: sus ojos enrojecidos y llenos de odio (¿y no había también desconcierto, acechando en lo más hondo de aquellas profundidades rojizas?) y sus zarpas mortíferas. Eddie posó la vista en el revólver, tan cerca de la mano útil del pistolero, y volvió a recordar con qué rapidez se había movido Rolando cuando vio volar hacia ellos el murciélago mecánico. Con tal rapidez que su mano se había perdido de vista. Si el pistolero se volvía loco, y si ellos dos se convertían en foco de esa locura, no tendrían la menor oportunidad. Ni la más mínima.

Hundió el rostro en el cálido hueco del cuello de Susannah y cerró los ojos.

No mucho después, Rolando cesó de farfullar. Eddie levantó la cabeza y lo miró. El pistolero parecía dormir tranquilamente de nuevo. Eddie miró a Susannah y vio que ella también se había dormido. Se tendió a su lado, besó con ternura la curva de su pecho y volvió a cerrar los ojos.

«Tú no, compañero; tú vas a pasarte mucho, mucho tiempo despierto.»

Pero llevaban dos días en marcha y Eddie estaba cansado hasta los huesos. Empezó a deslizarse... a hundirse...

«De vuelta al sueño -pensó mientras se dormía-. Quiero volver a la Segunda avenida..., a la charcutería de Tom y Gerry. Eso es lo que quiero.»

Librodot

Aquella noche, sin embargo, el sueño ya no volvió.

30

Tomaron un desayuno rápido cuando amanecía, recogieron la cosas, distribuyeron de nuevo el equipaje y regresaron al claro en forma de cuña. A la clara luz de la mañana no parecía tan siniestro, pero a los tres les costó un verdadero esfuerzo mantenerse alejados de la caja metálica con las franjas de advertencia negras y amarillas. Rolando no daba muestras de guardar algún recuerdo de las pesadillas que lo habían atormentado durante la noche. Había realizado las tareas matutinas como lo hacía siempre, en un silencio reflexivo e imperturbable.

-¿Cómo piensas mantener la dirección recta desde aquí? -le preguntó Susannah al pistolero.

-Si las leyendas son ciertas, no creo que eso ofrezca ningún problema. ¿Recuerdas que me hablaste del magnetismo?

Ella asintió.

El pistolero hurgó en el interior de su bolsa y finalmente sacó un pequeño cuadrado de viejo y flexible cuero en el que había ensartada una larga aguja plateada.

-¡Una brújula! -exclamó Eddie-. ¡Estás hecho un auténtico explorador!

Rolando negó con la cabeza.

-No es una brújula. Sé cómo son, por supuesto, pero hace años que no he visto ninguna. Me oriento por el sol y las estrellas, e incluso en estos tiempos me sirven bastante bien.

-¿Incluso en estos tiempos? -repitió Susannah, con una sombra de inquietud.

El asintió.

-Las direcciones del mundo también van a la deriva.

-¡Dios! -clamó Eddie. Trató de imaginarse un mundo en el que el verdadero norte se deslizaba insidiosamente hacia el este o el oeste, y renunció casi al instante. Le hacía sentir un leve mareo, como el que había sentido siempre al mirar desde lo alto de un gran edificio.

-Sólo es una aguja, pero es de acero y servirá a nuestro propósito tan bien como una brújula. El Haz marca ahora nuestro rumbo, y la aguja lo demostrará. -Registró otra vez la bolsa y extrajo un tazón de barro de rudimentaria factura. Una grieta lo recorría de arriba abajo. Rolando había remendado con resina de pino el cacharro, encontrado cerca del antiguo campamento. Se dirigió a la corriente, hundió el tazón en ella y regresó hacia la silla de ruedas de Susannah. Depositó cuidadosamente el tazón lleno sobre el brazo de la silla y, cuando se aquietó la superficie, dejó caer la aguja en su interior. La aguja se hundió hasta el fondo y reposó allí.

-¡Vaya! -comentó Eddie-. ¡Magnífico! Caería maravillado a tus pies, Rolando, pero no quiero arrugar la raya del pantalón.

-Aún no he terminado. Aguanta bien el tazón, Susannah.

Ella lo hizo así, y Rolando empujó lentamente la silla de ruedas por el claro. Cuando llegó a unos cuatro metros de la puerta, hizo girar la silla para que Susannah quedara de espaldas a ella.

-¡Eddie! -exclamó-. ¡Mira esto!

Eddie se inclinó sobre el tazón de barro, apenas consciente de que ya empezaba a filtrarse el agua a través del remiendo improvisado por Rolando. La aguja se elevaba lentamente hacia la superficie. Cuando llegó a ella, quedó flotando tan serenamente como si se tratara de un corcho.

-¡Mierda sagrada! ¡Una aguja flotante! Ahora sí que lo he visto todo.

-Sostén el tazón, Susannah.

Ella lo sostuvo en su lugar mientras Rolando empujaba la silla hacia otro punto del claro, en ángulo recto con la caja. La aguja perdió su orientación, cabeceó al azar unos instantes y volvió a hundirse hasta el fondo del tazón. Cuando Rolando llevó la silla al sitio de antes, la aguja se elevó de nuevo y señaló el rumbo.

-Si tuviésemos limaduras de hierro y una hoja de papel -explicó el pistolero-, podríamos esparcir las limaduras sobre el papel y ver cómo formaban una línea que indicaría el mismo rumbo.

-¿Seguirá sucediendo lo mismo cuando nos alejemos del pórtico? -preguntó Eddie.

Rolando asintió.

-Y no sólo eso. De hecho, incluso podemos ver el Haz.

Susannah volvió la cabeza para mirar por encima de su hombro. Al hacerlo, su codo desplazó ligeramente el tazón. La aguja osciló errabunda mientras el agua se agitaba... y luego se orientó tenazmente en la misma dirección.

-Así no -dijo Rolando-. Mirad hacia abajo. Eddie, a tus pies; Susannah, a tu regazo. -Hicieron lo que les pedía-. Cuando os diga que levantéis la vista, mirad al frente, en la dirección que señala la aguja. No miréis nada en particular; dejad que vuestro ojo vea lo que vea. Y ahora, ¡mirad!

Miraron. En el primer momento Eddie no vio más que los bosques. Intentó relajar los ojos... y de pronto lo percibió, tal como había percibido la forma del tirador dentro del trozo de madera, y comprendió por qué Rolando les había indicado que no mirasen nada en particular. El efecto del Haz se dejaba sentir a lo largo de todo su recorrido, pero era sutil. Las agujas de los pinos y abetos apuntaban en esa dirección. Los arbustos crecían ligeramente inclinados, y la inclinación era en el sentido del Haz. No todos los árboles que el oso había derribado para despejar el campo visual habían caído a lo largo de ese sendero camuflado -que se dirigía hacia el sudeste, si Eddie no se equivocaba-, pero sí la mayoría, como si la fuerza que emanaba de la caja los hubiera empujado en esa dirección cuando se tambaleaban. La evidencia más clara estaba en la disposición de las sombras sobre el terreno. Con el sol elevándose por el este, todas apuntaban al oeste, naturalmente, pero cuando Eddie miró hacia el sudeste distinguió una configuración en forma de espiguilla que sólo existía a lo largo de la línea que había indicado la aguja del tazón.

-No sé si veo algo -dijo Susannah, vacilante-, pero...

-¡Mira las sombras! ¡Las sombras, Suze!

Eddie le vio abrir los ojos con asombro al darse cuenta de todo.

-¡Dios mío! ¡Está ahí! ¡Ahí delante! ¡Es como cuando alguien tiene una raya natural en el cabello!

Ahora que Eddie lo había visto, no podía dejar de verlo; un borroso corredor a través de la selva desordenada que rodeaba el claro, una vía en línea recta que era el camino del Haz. De repente comprendió lo colosal que debía de ser la fuerza que fluía a su alrededor (y probablemente a través suyo, como los rayos X), y tuvo que reprimir el impulso de echarse a un lado, a la derecha o a la izquierda.

-Oye, Rolando, esto no me volverá estéril, ¿verdad?

Rolando se encogió de hombros y esbozó una leve sonrisa.

-Es como el lecho de un río seco -se maravilló Susannah-. Tan cubierto de maleza que a duras penas puede verse..., pero está ahí. La configuración de las sombras no cambiará mientras nos mantengamos en la trayectoria del Haz, ¿verdad?

-Así es -respondió Rolando-. Cambiarán de dirección según el sol vaya recorriendo el cielo, por supuesto, pero siempre podremos ver el rumbo del Haz. Debéis recordar que viene fluyendo por este mismo camino desde hace miles de años, quizá decenas de miles. ¡Mirad al cielo!

Al hacerlo vieron que las nubes, unos tenues cirros, también adquirían la configuración en espiga a lo largo del Haz..., y que las nubes situadas dentro de su pasillo de energía se

Librodot

movían más deprisa que las otras. Eran empujadas hacía el sudeste. Empujadas hacia la Torre Oscura.

-¿Lo véis? Incluso las nubes deben obedecer.

Una pequeña bandada de pájaros volaba hacia ellos. Cuando llegaron al camino del Haz, todos fueron desviados por un instante hacia el sudeste. Aunque Eddie lo vio con toda claridad, apenas pudo dar crédito a sus ojos. Cuando los pájaros dejaron atrás el angosto pasillo de influencia del Haz, retomaron su anterior rumbo.

-Bien -comentó Eddie-, supongo que deberíamos ponernos en marcha. Un viaje de mil kilómetros empieza con un solo paso, y toda esa mierda.

-Espera un momento. -Susannah estaba mirando a Rolando-. No se trata de mil kilómetros, ¿verdad? ¿De qué distancia estamos hablando, Rolando? ¿Diez mil kilómetros? ¿Veinte mil?

-No sabría decirlo. Muy lejos.

-Bueno, ¿y cómo diablos vamos a poder llegar, conmigo en esta maldita silla de' ruedas? Tendremos suerte si avanzamos cinco kilómetros al día por esos Drawers, y tú lo sabes.

-El camino está abierto -respondió Rolando con paciencia-, y por ahora eso es suficiente. Puede llegar un momento, Susannah Dean, en que viajemos más deprisa de lo que a tí te gustaría.

-¿Ah, sí? -Lo miró con expresión agresiva, y los dos hombres vieron de nuevo a Detta Walker bailando una peligrosa jiga en sus ojos-. ¿Tienes reservado un coche de carreras? ¡Si lo tienes, sería estupendo disponer de una puta carretera por donde circular!

-El terreno y nuestra forma de viajar por él irán cambiando. Siempre es así.

Susannah sacudió la mano hacia el pistolero. «¡Venga, hombre!», decía el ademán.

-Me recuerdas a mi mamaíta cuando decía que Dios proveerá. -¿Y no lo ha hecho? -preguntó Rolando con gravedad. Ella lo contempló unos instantes con mudo asombro y luego echó la cabeza atrás y lanzó una carcajada hacia el cielo.

-Bueno, supongo que depende de cómo se mire. Lo único que puedo decir es que si esto es proveer, Rolando, no me gustaría saber qué sucedería si decidiera dejarnos pasar hambre.

-Vamos, no perdamos más tiempo -insistió Eddie-. Quiero irme de aquí. No me gusta este sitio. -Y era verdad, pero no toda la verdad. También experimentaba un profundo anhelo de poner los píes en aquella senda disimulada, aquella carretera oculta. Cada paso le llevaba un paso más cerca del campo de rosas y de la Torre que lo dominaba. Comprendió, no sin cierto asombro, que estaba decidido a ver aquella Torre... o a morir en el intento.

«Enhorabuena, Rolando -pensó-. Lo has conseguido. Soy un converso. Que alguien cante un aleluya.»

-Todavía queda una cosa antes de irnos. -Rolando se agachó y desató el cordón de piel que le ceñía el muslo izquierdo. A continuación empezó a desabrochar lentamente la hebilla de la cartuchera.

-¿A qué viene esto? -quiso saber Eddie.

Rolando desenfundó el revólver y se lo tendió.

-Ya sabes por qué lo hago -respondió con toda calma.

-¡Vuélvetela a abrochar, hombre! -Eddie sintió alborotarse en su interior un terrible revoltijo de emociones contrapuestas; aun con los puños apretados, sentía que le temblaban los dedos-. ¿Qué crees que estás haciendo?

-Estoy perdiendo el juicio paso a paso. Hasta que la herida de mi interior cicatrice, si es que lo hace alguna vez, no soy apto para llevar esto. Y tú lo sabes.

-Cógelo, Eddie -dijo Susannah con voz queda.

-¡Si no lo hubieras llevado anoche, cuando aquel maldito murciélago se lanzó contra mí, esta mañana sólo tendría media cabeza!

Librodot

La única respuesta del pistolero fue seguir ofreciéndole la pistola que le quedaba. Su postura indicaba que estaba dispuesto a permanecer así todo el día, si era necesario llegar a ese extremo.

-¡Muy bien! -estalló Eddie-. ¡De acuerdo, maldita sea!

Cogió la cartuchera que Rolando le tendía y se la ajustó a su cintura con una serie de gestos bruscos. Suponía que debería sentirse aliviado -¿no había contemplado aquella misma pistola en mitad de la noche, tan cerca de la mano de Rolando, y pensado en lo que podía ocurrir si Rolando realmente perdía el juicio?, ¿no lo habían pensado los dos, Susannah y él?-, pero no experimentaba ningún alivio. Sólo temor, culpabilidad, y una extraña y dolorosa tristeza demasiado profunda para las lágrimas.

Se le veía tan extraño sin las pistolas...

Tan impropio.

-Bueno, ahora que los aprendices incompetentes tienen las pistolas y el maestro está desarmado, ¿nos vamos ya, por favor? Si algo grande nos ataca desde la espesura, Rolando, siempre puedes lanzarle el cuchillo.

-Ah, claro -murmuró el pistolero-. Casi lo había olvidado. -Sacó el cuchillo de la bolsa y se lo ofreció a Eddie, con el mango por delante. -¡Esto es absurdo!

-La vida es absurda.

-Sí, escríbelo en una postal y mándasela al *Reader's Digest.* -Eddie embutió el cuchillo bajo el cinturón y se volvió hacia Rolando con aire desafiante-. Y ahora, ¿podemos irnos ya?

-Todavía queda otra cosa -respondió Rolando.

-¡Por todos los...!

La sonrisa tocó de nuevo los labios de Rolando.

-Sólo era una broma -explicó.

Eddie se quedó boquiabierto. A su lado, Susannah empezó a reír de nuevo. El sonido, musical como una campana, se alzó en la quietud de la mañana.

31

Necesitaron casi toda la mañana para salir de la zona de destrucción con la que el oso se había protegido, pero la marcha era un poco más fácil a lo largo del Haz, y cuando hubieron dejado atrás las trampas y la enmarañada maleza, volvió a imponerse el bosque y pudieron avanzar más deprisa. El riachuelo que brotaba de la pared del claro corría rumoroso a la derecha del grupo. Se le habían unido varios arroyos más pequeños, y ahora su sonido era más grave. Había más animales -los oían moverse por el bosque, haciendo su ronda cotidiana-y en dos ocasiones vieron pequeños grupos de ciervos. Uno de ellos, un macho con la erguida e inquisitiva cabeza coronada por una noble cornamenta, parecía pesar al menos ciento cincuenta kilos. El riachuelo se apartó de su rumbo cuando empezaron a ascender. Y cuando la tarde empezaba a inclinarse hacia el anochecer, Eddie vio una cosa.

-¿Podemos pararnos aquí? ¿Descansamos un momento?

-¿Qué ocurre? -preguntó Susannah.

-Sí -dijo Rolando-. Podemos parar.

De repente Eddie volvió a sentir la presencia de Henry, como un peso que se apoyara en sus hombros. «Oh, mira al mariquita. ¿Has visto algo en el árbol, mariquita? ¿Te gustaría tallar algo, mariquita? Sí, ¿eh? ¡Ohhhh, qué bonito!»

-No es imprescindible que nos paremos. Quiero decir, no es nada importante. Sólo he...

-... visto algo. -Rolando concluyó la frase por él-. Sea lo que sea, cierra de una vez tu bocaza y ve a buscarlo.

-En realidad no es nada. -Eddie notó que le subía sangre caliente a la cara e intentó apartar la vista del fresno que había atraído su atención.

-Es algo que necesitas, y eso es muy diferente que nada. Sí tú lo necesitas, Eddie, nosotros lo necesitamos. Lo que no necesitamos es un hombre incapaz de desprenderse del lastre inútil de sus recuerdos.

La sangre caliente empezó a hervir. Eddie permaneció un instante más con el rostro encendido inclinado hacia sus mocasines, abrumado por la sensación de que Rolando había contemplado directamente el interior de su confuso corazón con sus ojos azul descolorido.

-¿Eddie? -preguntó Susannah con curiosidad-. ¿De qué se trata, cariño?

Su voz le dio el valor que necesitaba. Echó a andar hacia el erguido y grácil fresno, sacándose el cuchillo del cinturón.

-Quizá de nada -musitó, y acto seguido se obligó a añadir-: Quizá de mucho. Si no la cago, puede que de muchísimo.

-El fresno es un árbol noble, y lleno de poder -observó Rolando a su espalda, pero Eddie apenas le oyó. Las mofas e intimidaciones de Henry habían desaparecido, y su vergüenza había desaparecido con ellas. Sólo pensaba en la rama que había atraído su atención. En el punto en que se separaba del árbol era más gruesa y formaba un ligero bulto. Era ese bulto de extraña forma lo que Eddie quería.

Le parecía que llevaba encerrada en su interior la forma de la llave, la llave que había visto fugazmente en la hoguera antes de que los restos ardientes de la quijada se transformaran de nuevo y apareciese la rosa. Tres uves invertidas, la central más ancha y más pronunciada que las otras dos. Y la pequeña curva en ese al final. Este era el secreto.

Recordó una frase del sueño: «Tatachán, tatachín, no te preocupes, tienes la llave.»

«Puede ser -pensó-. Pero esta vez tengo que sacarlo todo. Me parece que esta vez no será suficiente un noventa por ciento.»

Separó la rama del árbol y le cortó el extremo delgado con gran precaución. Le quedó un grueso pedazo de fresno como de veinte centímetros de longitud. Lo sentía pesado y vital en la mano, completamente vivo y dispuesto a entregar su forma secreta... a quien fuese lo bastante hábil para sacársela, nada más.

¿Era él ese hombre? ¿Importaba algo que lo fuera?

Eddie Dean creía que la respuesta a ambas preguntas era sí.

La mano hábil del pistolero, la izquierda, se cerró sobre la mano derecha de Eddie.

-Pienso que conoces un secreto.

-Podría ser.

-¿Puedes contárnoslo?

Sacudió la cabeza.

-Me parece que es mejor que no lo haga. Aún no.

Rolando reflexionó sobre ello unos instantes y finalmente hizo un gesto de asentimiento.

-Muy bien. Te haré una pregunta más, y luego abandonaremos el tema. ¿Has visto acaso una pista hacia el corazón de mi... mí problema?

Eddie pensó: «Y eso es lo más que se acercará a demostrar la desesperación que está comiéndolo vivo.»

-No lo sé. Ahora mismo no estoy seguro. Pero tengo esa esperanza. Te aseguro que la tengo.

Rolando volvió a asentir y soltó la mano de Eddie.

-Te doy las gracias. Todavía nos quedan dos buenas horas de luz; ¿por qué no las aprovechamos?

-Por mí, de acuerdo.

Siguieron adelante. Rolando empujaba a Susannah y Eddie abría la marcha, sosteniendo el pedazo de madera que tenía la llave enterrada en su interior. Parecía palpitar con su propia calidez, secreta y poderosa.

Librodot

32

Por la noche, después de cenar, Eddie cogió el cuchillo del pistolero y empezó a tallar. El cuchillo estaba sorprendentemente afilado, v no parecía embotarse nunca. Eddie trabajó lenta y cuidadosamente a la luz de la hoguera, haciendo girar el trozo de fresno entre las manos, observando las volutas de madera que se alzaban ante sus largos y seguros tajos. Susannah estaba echada, con las manos unidas en la nuca, y contemplaba las estrellas que se desplazaban lentamente por el oscuro firmamento. Al borde del campamento, Rolando permanecía de pie fuera del círculo de resplandor de la hoguera y escuchaba las voces de la locura que se encrespaban de nuevo en su mente confusa y dolorida.

«Había un chico.»

«No había ningún chico.»

«Lo había.»

«No lo había.»

«Lo había...»

Cerró los ojos, se cubrió la frente dolorida con una fría mano y se preguntó cuánto tardaría en romperse como la cuerda de un arco demasiado tenso.

«¡Oh, Jake! -pensó-. ¿Dónde estás? ¿Dónde estás?»

Y por encima de los tres, la Vieja Estrella y la Vieja Madre se elevaban hacía sus puestos asignados y se miraban fijamente sobre las estrelladas ruinas de su antiguo matrimonio destrozado.

II. LLAVE



Y ROSA

Librodot

1

Tres semanas luchó valerosamente John «Jake» Chambers contra la locura que crecía en su interior. Durante ese tiempo se sintió como el último ocupante de un transatlántico a punto de zozobrar, accionando las bombas para salvar la vida, intentando mantener el buque a flote hasta que amainara el temporal, se despejara el cielo y pudiera llegar ayuda..., ayuda de alguna parte. Ayuda de cualquier parte. El 29 de mayo de 1977, cuatro días antes de que empezaran las vacaciones de verano, afrontó finalmente el hecho de que no iba a llegar ninguna ayuda. Había llegado el momento de rendirse, de dejar que la tormenta lo arrastrara.

La gota que hizo desbordar el vaso fue su redacción final en Composición Inglesa.

John Chambers, al que los tres o cuatro chicos que casi eran amigos suyos llamaban Jake (si su padre hubiese conocido este pequeño «hechoide» sin duda habría puesto el grito en el cielo), estaba terminando su primer curso en la Piper School. Aunque tenía once años y estaba en sexto grado era pequeño para su edad, y la gente que lo veía por primera vez a menudo suponía que era mucho más joven. De hecho, en más de una ocasión lo habían tomado por una chica, hasta hacía cosa de un año, cuando armó tal alboroto para que le cortaran el pelo que su madre acabó por consentir. Naturalmente, con su padre no había tenido ningún problema por el corte de pelo. Su padre se limitó a sonreír con su dura sonrisa de acero inoxidable y a decir: «El niño quiere parecer un marine, Laurie. Bien por él.»

Para su padre nunca era Jake, y muy pocas veces John. Para su padre, por lo general, sólo era «el niño».

La Piper School, le había explicado su padre el verano anterior (era el verano del Bicentenario: todo banderas y adornos en los balcones, y el puerto de Nueva York lleno de veleros de altura), era, dicho sencillamente, «la mejor escuela del país para un chico de tu edad». El hecho de que Jake hubiera sido aceptado en ella no tenía nada que ver con el dinero, le explicó con insistencia Elmer Chambers. Se mostraba rabiosamente orgulloso de ello, aunque Jake, que sólo tenía diez años, sospechaba que tal vez no fuese cierto, que podía ser una patraña que su padre había convertido en verdad para poder mencionarla como quien no quiere la cosa en la conversación a la hora de la comida o de los cócteles: «¿Mi hijo? Va a Piper. La mejor escuela del país para un chico de su edad. Allí el dinero no sirve de nada, ya sabe; para Piper, lo que cuenta es la inteligencia.»

Jake era plenamente consciente de que en el fiero horno de la mente de Elmer Chambers, el carbón en bruto de sus deseos y opiniones a menudo se transmutaba en los duros diamantes que él denominaba hechos... o, en circunstancias más informales, «hechoides». Su expresión favorita, pronunciada con frecuencia y reverencia, era «el hecho es», y no perdía ocasión de utilizarla.

«El hecho es que para ingresar en la Piper School el dinero no sirve de nada», le había dicho su padre durante aquel verano del Bicentenario, el verano de cielos azules y banderas y veleros de altura en el puerto, un verano que en la memoria de Jake parecía dorado porque aún no había empezado a perder la cabeza y sólo debía preocuparse de si sería o no capaz de dar la talla en la Piper School, que daba la impresión de ser una especie de nido para genios recién salidos del cascarón. «Para ingresar en un sitio como Piper, lo único que sirve es lo que tienes aquí dentro.» Elmer Chambers extendió el brazo sobre el escritorio y dio unos golpecitos en la frente de su hijo con un dedo duro y manchado de nicotina. «¿Entiendes, niño?»

Jake había asentido con la cabeza. No era necesario decir nada, porque su padre trataba a todo el mundo -incluso a su esposa- como trataba a sus subordinados en la cadena de televisión donde era director de programación y maestro reconocido de La Caza. Bastaba con escuchar, asentir en los momentos adecuados, y al cabo de un rato te dejaba marchar.

«Bien -dijo su padre, encendiendo uno de los ochenta cigarrillos Camel que se fumaba todos los días-. Veo que nos entendemos. Tendrás que esforzarte a base de bien, pero puedes hacerlo. Si no pudieras, nunca nos habrían enviado esto.» Cogió la carta de aceptación de la Piper School y la blandió en el aire. Hubo una especie de triunfo salvaje en el gesto, como si la carta fuese un animal que él hubiera matado en la selva, un animal que acto seguido despellejaría y se comería. «O sea que a trabajar de valiente. Saca buenas notas. Haz que tu madre y yo podamos estar orgullosos de ti. Si terminas el curso con una nota media de sobresaliente en todas las materias, te espera un viaje a Disney World. Vale la pena matarse por eso, ¿verdad, niño?»

Jake había sacado buenas notas, sobresaliente en todo (es decir, hasta hacía tres semanas). Cabía suponer que su padre y su madre se sentían orgullosos de él, aunque los veía tan poco que era difícil saberlo. Por lo general, cuando regresaba de la escuela no había nadie en casa excepto Greta Shaw -la gobernanta-, así que acabó enseñándole a ella las buenas notas. Después de eso, emigraban a un oscuro rincón de su cuarto. A veces Jake las miraba y se preguntaba si tenían algún significado. Quería que lo tuvieran, pero albergaba serias dudas.

Jake tenía la impresión de que no iría a Disney World aquel verano, con buenas notas o sin ellas.

El manicomio le parecía una posibilidad mucho más inmediata.

Al cruzar la doble puerta de la Piper School a las 8.45 de la mañana del 29 de mayo, se le presentó una terrible visión. Vio a su padre en su oficina del número 70 de Rockefeller Plaza, inclinado sobre su escritorio con un Camel colgado de la boca, hablando a uno de sus subordinados mientras el humo azulado le coronaba la cabeza. Toda Nueva York se extendía bajo los pies de su padre, con su bullicio y fragor amortiguados por dos hojas de cristal Thermopane.

«El hecho es que para ingresar en el Sanatorio Sunnyvale el dinero no sirve de nada -le explicaba su padre al subordinado en un tono de hosca satisfacción. Extendió una mano y le dio unos golpecitos en la frente-. La única manera de ingresar en un sitio así es que se descomponga algo importante aquí, en el ático. Es lo que le ha pasado al niño. Pero está trabajando de valiente. Me han dicho que no hay nadie allí que fabrique unos cestos como los suyos. Y cuando le dejen salir, si es que algún día le dejan, le espera un viaje. Un viaje a...»

-... la estación de paso -musitó Jake, y se tocó la frente con una mano que quería temblar. Otra vez volvían las voces. Las voces que chillaban, se contradecían y lo volvían loco.

«Estás muerto, Jake. Te atropelló un coche y estás muerto.»

«¡No seas estúpido! Mira, ¿ves ese cartel? Ahí dice: RECORDAD LA EXCURSIÓN DE LA PRIMERA CLASE. ¿Crees que en la otra vida hay excursiones de clase?»

«Eso no lo sé. Pero sé que te atropelló un coche.»

«¡No!»

«Sí. Sucedió el 7 de mayo a las 8.25 de la mañana. Moriste menos de un minuto después.»

«¡No! ¡No! ¡No!»

-¿John?

Volvió la cabeza, sobresaltado. El señor Bissette, su profesor de francés, se había detenido a su lado y lo contemplaba con cierta preocupación. Más allá, el resto del cuerpo estudiantil acudía a la Sala Común para la reunión matinal. Había muy poco desorden, y nada de gritos. Posiblemente aquellos otros alumnos, al igual que Jake, habían sido informados por sus padres de lo afortunados que eran por estudiar en Piper, donde no se tenía en cuenta el dinero (aunque la matrícula costaba 22.000 dólares por año) sino el talento. Posiblemente a muchos de ellos le habían prometido viajes en verano si sus notas eran buenas. Posiblemente los padres de los afortunados ganadores de esos viajes incluso irían con ellos, en algunos casos. Posiblemente...

-¿Te encuentras bien, John? -preguntó el señor Bissette.

-Sí, claro -respondió Jake-. Muy bien. Esta mañana se me han pegado las sábanas. Me parece que aún no estoy del todo despierto.

La expresión del señor Bissette se suavizó.

-Bueno, eso puede pasarnos a todos -observó, sonriente. «A mi padre, no. Al maestro de La Caza nunca se le pegan las sábanas.»

-¿Estás preparado para el examen final de francés? -prosiguió el señor Bissette-. *Voulezvous vous éxaminer avec moi ce midi?*

-Creo que sí -contestó Jake. A decir verdad, no sabía si estaba preparado o no. Ni siquiera podía recordar si había estudiado para el examen final de francés o no. En aquellos días nada parecía importar demasiado, excepto las voces que oía en su cabeza.

-Quiero que sepas lo mucho que me ha gustado tenerte este año conmigo, John. Hubiera querido decírselo también a tu familia, pero no vinieron a la Noche de los Padres...

-Están muy ocupados -dijo Jake.

El señor Bissette asintió.

-Bien, me ha gustado tenerte en clase. Sólo quería decírtelo..., y que espero volver a verte el año que viene en Francés II.

-Gracias -respondió Jake, y se preguntó qué diría el señor Bissette si añadiera: «Pero no creo que el año que viene pueda estudiar Francés II, a no ser que me envíen un curso por correspondencia a mi apartado postal en el Sanatorio Sunnyvale.»

Joanne Franks, la secretaria de la escuela, apareció en el umbral de la Sala Común con su campanilla plateada. En la Piper School no . había timbres, sólo campanillas accionadas a mano. Jake suponía que, para los padres, éste era uno de sus encantos. Recuerdos de los cuentos de su infancia y todo eso. El, por su parte, lo detestaba. El sonido de aquella campanilla parecía clavársele en la cabeza...

«No voy a poder resistir mucho más -pensó, desesperado-. Lo siento, pero estoy perdiendo la razón. No cabe duda, estoy perdiendo la razón.»

El señor Bissette había visto a la señora Franks. Empezó a dirigirse hacia ella, pero se volvió de nuevo hacia Jake.

-¿De veras va todo bien, John? Hace unas semanas que te veo como ausente. Preocupado. ¿Hay algo que te inquiete?

Jake quedó casi vencido por la amabilidad con que le hablaba el señor Bissette, pero enseguida se figuró qué cara pondría si le contestaba: «Sí, hay algo que me inquieta. Un pequeño hechoide de lo más desagradable. Me morí, ¿sabe?, y me fui a otro mundo. Y allí volví a morir. Dirá usted que estas cosas no pueden suceder, y por supuesto tiene toda la razón, y una parte de mi mente sabe que la tiene, pero la mayor parte de mi mente sabe que está usted equivocado. Realmente sucedió. Realmente me morí.»

Si decía una cosa así, el señor Bissette telefonearía inmediatamente a Elmer Chambers, y Jake tenía la impresión de que el Sanatorio Sunnyvale sería como una cura de reposo después de oír todo lo que su padre tendría que decir sobre el tema de los niños que empezaban a tener ideas raras justo antes de los exámenes finales. Niños que hacían cosas que no podían comentarse a la hora de la comida o de los cócteles. Niños que no estaban a la altura.

Jake se obligó a sonreír.

-Estoy un poco preocupado por los exámenes, eso es todo. El señor Bissette le guiñó un ojo.

-Lo harás muy bien.

La señora Franks empezó a agitar la campanilla que llamaba a la reunión. Cada uno de sus tañidos se clavaba en los oídos de Jake y parecía estallar en su cerebro como un pequeño cohete.

-Vamos -le urgió el señor Bissette-. Llegaremos tarde. No podemos llegar tarde el primer día de la semana de exámenes, ¿verdad?

Librodot

Pasaron junto a la señora Franks y su estrepitosa campanilla. El señor Bissette se dirigió hacia la fila de asientos llamada el Coro de la Facultad. En la Piper School había muchos nombres tan encantadores como éste. El auditorio era la Sala Común, la hora de la comida era la Pausa, los alumnos y alumnas de séptimo y octavo grados eran los (o las) Superiores y, naturalmente, las sillas plegables situadas junto al piano (que la señora Franks no tardaría en aporrear tan implacablemente como agitaba su campanilla de plata) eran el Coro de la Facultad. Todo parte de la tradición, suponía Jake. Si un padre sabía que su hijo a mediodía hacía una Pausa en la Sala Común en vez de limitarse a engullir un bocadillo de atún en la cafetería, podía estar tranquilo, con la seguridad de que en el apartado de educación todo andaba a pedir de boca.

Jake ocupó un asiento al fondo de la sala y dejó que los anuncios de la mañana resbalaran sobre él. El terror corría incesante en su cabeza, haciéndole sentir como una rata prisionera en una rueda sin fin. Y cuando intentaba mirar hacia el futuro, esperando divisar tiempos mejores y más luminosos, sólo veía oscuridad.

La nave era su cordura, y estaba yéndose a pique.

El señor Harley, el director, se acercó al podio y les dirigió una breve alocución sobre la importancia de los exámenes finales y de cómo las calificaciones que obtuvieran constituirían otro paso adelante en la Gran Carretera de la Vida. Les dijo que la escuela confiaba en ellos, que él personalmente confiaba en ellos, y que sus padres confiaban en ellos. No les dijo que todo el mundo libre confiaba en ellos, pero insinuó claramente que bien podría ser así. Concluyó anunciándoles que durante toda la semana de los exámenes finales quedarían suprimidos los toques de campanilla (la primera y la única noticia buena que jake había recibido esa mañana).

La señora Franks, que ya había tomado asiento ante el piano, pulsó un acorde invocatorio. El cuerpo estudiantil, setenta chicos y cincuenta chicas, ataviados todos de una forma pulcra y sobria que revelaba el buen gusto y la estabilidad financiera de sus padres, se levantó como un solo hombre y empezó a cantar el himno de la escuela. Jake fue pronunciando las palabras mientras pensaba en el lugar en que había despertado después de morir. Al principio se había creído en el infierno..., y cuando llegó el encapuchado de la túnica negra estuvo seguro de ello.

Luego, claro, había llegado el otro hombre. Un hombre al que Jake casi había llegado a querer.

«Pero me dejó caer. Me mató.»

Notó que le brotaban gotitas de sudor pegajoso en la nuca y entre los omóplatos.

Saludamos los muros de Piper,
y elevamos con orgullo su pendón.
¡Salve a ti, nuestra alma máter!
¡Piper, cumplir o morir!

«Dios mío, qué mierda de himno», pensó Jake, y de pronto se le ocurrió que a su padre le encantaría.

2

La primera clase era de Composición Inglesa, la única en que no había examen final. Su tarea había consistido en escribir en casa una Redacción Final. Tenía que ser un texto mecanografiado de una longitud de entre mil quinientas y cuatro mil palabras. El tema que les

había señalado la señorita Avery era «Mi comprensión de la verdad». La Redacción Final representaría el veinticinco por ciento de la nota final del semestre.

Jake entró y ocupó su asiento en la tercera fila. Sólo había once alumnos en total. Jake recordaba el Día de Orientación, en septiembre pasado, cuando el señor Harley les hizo saber que Piper tenía una proporción de profesores por alumno superior a la de cualquier otra escuela privada de calidad en el Este del país. Para recalcar bien este punto, golpeó varias veces el atril situado al frente de la Sala Común. Jake no quedó excesivamente impresionado, pero transmitió la información a su padre. Supuso que a él sí le impresionaría, y no se equivocaba.

Abrió la cartera y extrajo cuidadosamente la carpeta azul que contenía su Redacción Final. La dejó sobre el pupitre con la intención de dedicarle una última mirada, pero su atención se fijó en la puerta que había en el lado izquierdo del aula. Sabía que conducía al guardarropa, y aquel día estaba cerrada porque en Nueva York la temperatura superaba los veinte grados y nadie llevaba un abrigo que hubiera que guardar. Dentro de aquel cuarto sólo había un gran número de colgadores de latón alineados sobre la pared, y en el suelo una larga alfombrilla de goma para las botas. En el rincón del fondo se apilaban unas cuantas cajas de suministros escolares: tiza, cuadernos y cosas por el estilo.

Nada del otro mundo.

Aun así, Jake se levantó del asiento, dejando la carpeta sin abrir sobre el pupitre, y se dirigió hacia la puerta. Podía oír el murmullo apagado de sus compañeros y el rumor de hojas mientras repasaban sus redacciones en busca de un calificativo mal empleado o una frase confusa, pero estos sonidos se le antojaban remotos.

Era la puerta lo que atraía su atención.

Desde hacía cosa de unos diez días, a medida que las voces de su cabeza se volvían más y más imperiosas, Jake había empezado a sentirse cada vez más fascinado por las puertas, por toda clase de puertas. La última semana habría abierto unas quinientas veces la que comunicaba su dormitorio con el pasillo, y un millar la que comunicaba el dormitorio con el cuarto de baño. Cada vez que lo hacía se le formaba en el pecho una tensa bola de esperanza y expectación, como si la respuesta a todos sus problemas se hallara tras una puerta u otra y él estuviera destinado a encontrarla finalmente. Pero cada vez que lo intentaba, sólo encontraba el pasillo, o el cuarto de baño, o la acera, o lo que fuese.

El jueves anterior, al llegar a casa desde la escuela, se había arrojado sobre la cama y se había quedado dormido; al parecer, el sueño era el único refugio que le quedaba. Sólo que al despertar, cuarenta y cinco minutos más tarde, se había encontrado de pie junto a la estantería. Había dibujado el contorno de una puerta sobre la pared. Afortunadamente lo había hecho a lápiz, de modo que pudo borrar las marcas casi por completo.

Ahora, al acercarse a la puerta del guardarropa, volvió a experimentar aquel deslumbrante estallido de esperanza, la certidumbre de que la puerta no se abriría a un cuartito penumbroso que sólo contenía los persistentes olores del invierno -franela, goma y pieles mojadas-sino a algún otro mundo en el que podría sentirse otra vez entero. Una luz cálida y deslumbrante caería sobre el suelo del aula en un triángulo cada vez mayor, y vería pájaros volando en círculo por un cielo azul descolorido del color de

(sus ojos)

unos tejanos gastados. El viento del desierto le agitaría los cabellos y le secaría el sudor nervioso de la frente.

Cruzaría aquella puerta y quedaría curado.

Jake hizo girar la manija y abrió la puerta. Dentro sólo había oscuridad y una hilera de relucientes colgadores de latón. En el rincón, junto a los montones de cajas de cuadernos, yacía olvidado un guante de lana.

Se le vino el alma a los pies. De pronto sintió ganas de arrastrarse hacia el interior de ese cuarto oscuro, con sus amargos olores de invierno y polvo de tiza. Podía apartar el guante y sentarse en el rincón, bajo los colgadores. Podía sentarse en la alfombrilla de goma donde se

Librodot

suponía que había que dejar las botas en invierno. Podía sentarse allí, meterse el pulgar en la boca, apretar las rodillas contra el pecho, cerrar los ojos y... y...

Y, sencillamente, rendirse.

Esta idea -el alivio que le proporcionó esta idea- era increíblemente atractiva. Sería el fin del terror, la confusión y el desquiciamiento. En cierto modo esto era lo peor; la persistente sensación de que su vida entera se había convertido en un laberinto de espejos como los que había visto en las ferias.

No obstante, había acero profundo en Jake Chambers, como había acero profundo en Eddie y Susannah. Y en aquel momento el resplandor de su obstinado faro azul destelló en las tinieblas. No habría rendición. Quizá lo que se había estropeado en su interior acabara finalmente arrancándole la cordura, pero en tanto eso no sucediera, él no cesaría de oponer resistencia. Nunca se rendiría.

«¡Nunca! -pensó ferozmente-. ¡Nunca! Nun...»

-Cuando hayas terminado el inventario de lo que contiene el guardarropa, John, quizá tengas la amabilidad de regresar con nosotros -dijo la señorita Avery con su voz seca y cultivada.

Hubo un breve estallido de risitas mientras Jake apartaba la mirada del guardarropa. La señorita Avery estaba de pie tras su escritorio, con los largos dedos ligeramente apoyados sobre el secante, observándolo con su rostro sereno e inteligente. Aquel día vestía su traje azul, y llevaba el cabello recogido en su moño habitual. Nathaniel Hawthorne miraba por encima de su hombro, contemplando ceñudo a Jake desde su lugar en la pared.

-Lo siento -musitó Jake, y cerró la puerta. Al instante se vio embargado por el poderoso impulso de abrirla de nuevo para asegurarse, para comprobar si esta vez aparecía aquel otro mundo, con su cálido sol y su paisaje desértico.

Sin embargo, regresó a su asiento. Petra Jesserling lo miró con ojos alegres y danzarines.

-La próxima vez, llévame allí dentro contigo -le susurró-. Entonces sí que tendrás algo que mirar.

Jake sonrió distraídamente y se acomodó en su silla.

-Gracias, John -dijo la señorita Avery con su voz perpetuamente tranquila-. Ahora, antes de que me entreguéis vuestras redacciones (que estoy segura serán todas muy correctas, muy pulcras, muy específicas), me gustaría repartir la lista de lecturas recomendadas por el Departamento de Inglés para las vacaciones de verano. Tengo unas palabras que decir acerca de varios de estos excelentes libros...

Mientras hablaba, entregó a David Surrey un montoncito de hojas ciclostiladas. David empezó a repartirlas, y Jake abrió la carpeta para echar una última ojeada a lo que había escrito sobre el tema de «Mi comprensión de la verdad». Lo hizo con auténtico interés, puesto que no lograba recordar haber escrito su Redacción Final más de lo que recordaba haber estudiado para el examen de francés.

Contempló la página del título con desconcierto y creciente inquietud. Las palabras «MI COMPRENSIÓN DE LA VERDAD, por John Chambers», aparecían limpiamente mecanografiadas y centradas en el papel, y eso estaba bien, pero por algún motivo había pegado dos fotografías bajo ellas. Una era de una puerta -le parecía que podía ser la del número 10 de la calle Downing, en Londres- y la otra de un tren Amtrak. Eran fotos en color, sin duda recortadas de alguna revista.

«¿Por qué he hecho esto? ¿Y cuándo 10 he hecho?»

Volvió la página y se quedó mirando fijamente el comienzo de su

Redacción Final, incapaz de creer ni comprender lo que estaba viendo. Luego, a medida que la comprensión empezó a filtrarse gota a gota a través de la confusión, experimentó una creciente sensación de horror. Al fin había sucedido; al fin había perdido una parte de la mente lo bastante considerable como para que los demás se dieran cuenta.

Librodot

3

Mi comprensión de la verdad por Jake Chambers

«Yo te mostraré el miedo en un puñado de polvo.»
T. S. «Butch» Eliot

«Mi primer pensamiento fue que mentía en cada palabra.» Robert «Sundance» Browning

El pistolero es la verdad.
Rolando es la verdad.
El Prisionero es la verdad.
La Dama de las Sombras es la verdad.
El Prisionero y la Dama están casados. Esa es la verdad. La estación de paso es la verdad.
El Demonio Parlante es la verdad,
Penetramos bajo las montañas, y ésa es la verdad.
Había monstruos bajo la montaña. Esa es la verdad.
Uno de ellos tenía entre las piernas la manguera de un surtidor de gasolina Amoco y hacía ver que era su pene. Esa es la verdad. Rolando me dejó morir. Esa es la verdad.
Todavía lo quiero.
Esa es la verdad.

-... por eso es tan importante que leáis todos *El señor de las moscas* -decía la señorita Avery con su clara pero en cierto modo pálida voz-. Y cuando lo hagáis, debéis plantearos ciertas preguntas. A menudo una buena novela es como una serie de adivinanzas dentro de adivinanzas, y en este caso se trata de una novela muy buena, una de las mejores que se hayan escrito en la segunda mitad del siglo XX.

Así pues, preguntaos en primer lugar cuál puede ser el significado simbólico de la concha de molusco. En segundo lugar...

Lejos. Muy, muy lejos. Jake pasó a la segunda página de su Redacción Final con mano temblorosa, dejando una mancha oscura de sudor en la primera.

¿Cuándo una puerta no es una puerta? Cuando es una jarra, y ésa es la verdad.[2]
Blaine es la verdad.
Blaine es la verdad.
¿Qué cosa tiene cuatro ruedas y vuela? Un camión de basura, y ésa es la verdad.[3]
Blaine es la verdad.
Hay que vigilar constantemente a Blaine, Blaine es un engorro, y ésa es la verdad.
Estoy bastante seguro de que Blaine es peligroso, y ésa es la verdad. ¿Qué cosa es blanca, negra y roja como un tomate? Una cebra ruborizada, y ésa es la verdad.
Blaine es la verdad.
Quiero volver, y ésa es la verdad.
Tengo que volver, y ésa es la verdad.
Acabaré loco si no vuelvo, y ésa es la verdad.

[2] Juego de palabras. *A jar* significa «una jarra», pero *ajar,* dicho de una puerta, significa «abierta de par en par». *(N. del T.)*
[3] Un nuevo juego de palabras basado en la ambiguedad de *flies,* que significa al mismo tiempo «vuela» y «moscas». *(N. del T.)*

No puedo volver a casa hasta que encuentre una piedra, una rosa, una puerta, y ésa es la verdad.

Chuchú, y ésa es la verdad.

Chuchú. Chuchú.

Chuchú. Chuchú. Chuchú.

Chuchú. Chuchú. Chuchú. Chuchú.

Tengo miedo. Esa es la verdad.

Chuchú.

Jake alzó lentamente la vista. El corazón le palpitaba tan deprisa que vio danzar ante sus ojos una luz brillante como la imagen que deja el destello de un flash en la retina, una luz que se encendía y se apagaba a cada latido titánico de su corazón.

Vio a la señorita Avery entregando esta Redacción Final a su madre y a su padre. El señor Bissette, con expresión grave, estaba junto a ella. Oyó que la señorita Avery decía, con su clara y pálida voz: «Su hijo está enfermo de consideración. Si necesitan alguna prueba, vean esta Redacción Final.»

«Hace cosa de tres semanas que John no parece el mismo -añadía el señor Bissette-. A ratos parece asustado, y constantemente confuso... como ausente, no sé si ustedes me comprenden. *Je pense que John est fou... comprenez-vous?*

La señorita Avery de nuevo: «¿Guardan ustedes en casa algún medicamento con efectos sobre la mente al que Jake pudiera tener acceso?»

Jake no sabía nada de medicamentos con efectos sobre la mente, pero sí sabía que su padre guardaba varios gramos de cocaína en el cajón inferior del escritorio de su estudio. Sin duda su padre creería que se la había estado tomando.

-Ahora, permitidme unas palabras sobre *Trampa 22* -decía la señorita Avery a la clase-. Se trata de un libro muy difícil para alumnos de sexto y séptimo grados, pero aun así lo encontraréis sumamente interesante si abrís vuestras mentes a su encanto especial. Podéis considerar esta novela, si os parece, como una comedia surrealista.

«No necesito leer nada de eso -pensó Jake-. Lo estoy viviendo, y no es ninguna comedia.»

Pasó la última página de su Redacción Final. No contenía ninguna palabra. En vez de escribir, había pegado otra foto en el papel. Era una fotografía de la Torre Inclinada de Pisa. Había utilizado un lápiz pastel para pintarla toda de negro. Las oscuras y cerosas líneas se enlazaban y curvaban en espirales lunáticas.

No recordaba haber hecho nada de eso.

Absolutamente nada de eso.

Oyó a su padre responder al señor Bissette: «*Fou.* Sí, decididamente *fou.* Un niño capaz de echar por la borda su oportunidad en una escuela como Piper por fuerza tiene que estar *fou,* ¿no creen? Bien... yo puedo solucionarlo. Solucionar cosas es mi trabajo. Y Sunnyvale es la respuesta. Necesita pasarse algún tiempo en Sunnyvale haciendo cestos y reorganizándose la cabeza por dentro. No se preocupen por nuestro hijo, señores; puede correr..., pero no se puede esconder.»

¿Realmente lo encerrarían en un manicomio si empezaba a parecer que su ascensor ya no llegaba hasta el último piso? Jake creía que la respuesta a esta pregunta era un gran «¿Qué te juegas?» Su padre no iba a tolerar de ningún modo un lunático en la casa. Quizás el lugar al que lo mandaran no se llamase Sunnyvale, pero habría rejas en las ventanas y jóvenes con bata blanca y zapatos con suela de goma patrullando por los pasillos. Estos jóvenes tendrían una musculatura robusta y ojos vigilantes, y acceso a jeringuillas hipodérmicas llenas de sueño artificial.

«Le dirán a todo el mundo que me he ido -pensó Jake. Las voces que discutían en su cabeza habían quedado momentáneamente acalladas por una creciente marea de pánico-. Dirán que he ido a pasar una temporada con mis tíos en Modesto..., o que me he ido a Suecia en un intercambio de estudiantes..., o que estoy reparando satélites en el espacio exterior. A

mi madre no le gustará... llorará... pero lo aceptará. Tiene sus ligues, y además, siempre acaba aceptando lo que él decide. Ella... ellos... yo...»

Notó que se le agolpaba un chillido en la garganta y apretó fuertemente los labios para contenerlo. Bajó de nuevo la vista hacia los frenéticos garabatos que emborronaban la fotografía de la Torre Inclinada y pensó: «Tengo que irme de aquí. Tengo que irme ahora mismo.»

Levantó la mano.

-¿Sí, John? ¿Qué quieres? -La señorita Avery lo contemplaba con aquella expresión levemente exasperada que reservaba para los alumnos que la interrumpían en mitad de su explicación.

-Me gustaría salir un momento, si usted permite -dijo Jake.

Este era otro ejemplo del habla de Piper. Los alumnos de Piper no tenían nunca que «hacer pipí», «aliviar la vejiga» o, Dios no lo quiera, «descargar el vientre». Se suponía implícitamente que los alumnos de Piper eran demasiado perfectos para crear subproductos de desecho en sus elegantes y sigilosos deslizamientos por la vida. De vez en cuando, alguien pedía permiso para «salir un momento», y eso era todo.

La señorita Avery suspiró.

-¿Es indispensable, John?

-Sí, señorita.

-Muy bien. Vuelve lo antes posible.

-Sí, señorita Avery.

Al levantarse cerró la carpeta, la recogió y, de mala gana, volvió a dejarla donde estaba. No podía ser. La señorita Avery querría saber por qué se llevaba la Redacción Final al retrete. Hubiera debido retirar las malditas hojas de la carpeta y metérselas en el bolsillo antes de pedir permiso para salir. Pero ya era demasiado tarde.

Jake cruzó el aula hacia la puerta, dejando la carpeta sobre el pupitre y la cartera con los libros en el suelo, junto al mismo.

-Espero que todo vaya bien, Chambers -susurró David Surrey, y se cubrió la boca para disimular una risita.

-Aquieta tus labios incansables, David -dijo la señorita Avery, ya abiertamente exasperada, y toda la clase se rió.

Jake llegó ante la puerta que daba al pasillo y, al coger la manija, la sensación de esperanza y certeza se alzó de nuevo en él: «Esta vez si, ahora estoy seguro. Abriré la puerta y veré brillar el sol del desierto. Notaré ese viento seco en la cara. La cruzaré y ya no volveré a ver este aula nunca más.»

Abrió la puerta. Al otro lado sólo estaba el pasillo, pero aun así en una cosa tenía razón: no volvió a ver nunca más el aula de la señorita Avery.

4

Anduvo lentamente por el oscuro corredor revestido con paneles de madera, sudando ligeramente. Pasó ante puertas de aulas que se hubiera sentido obligado a abrir de no ser por las ventanillas de vidrio transparente de que estaban provistas. Miró la clase de Francés II del señor Bissette y la clase de Introducción a la Geometría del señor Knopf. En las dos aulas los alumnos estaban sentados con el lápiz en la mano y la cabeza agachada sobre el cuaderno abierto. Miró la clase de Artes Orales del señor Harley, y vio a Stan Dorfman -uno de esos conocidos que no era del todo un amigo-, que daba comienzo a su Discurso Final. Stan

Librodot

parecía mortalmente atemorizado, pero Jake hubiera podido decirle que no tenía ni la menor idea de lo que era el miedo, el auténtico miedo.

«Me morí.»

«No es cierto.»

«Sí lo es.»

«No me morí.»

«Sí.»

«No.»

Llegó ante una puerta con el letrero de CHICAS. La abrió, esperando ver un luminoso cielo de desierto y una bruma azulada de montañas en el horizonte. En vez de eso vio a Belinda Stevens de pie frente a uno de los lavabos, mirándose en el espejo mientras se arrancaba un granito de la frente.

-¡Dios mío! ¿Qué haces aquí? -preguntó la muchacha.

-Lo siento. Me he equivocado de puerta. Creía que era el desierto.

-¿Qué?

Pero Jake ya había soltado la puerta, dejando que se cerrase automáticamente sobre su resorte neumático. Pasó ante el surtidor de agua potable y abrió la puerta de CHICOS. Esta era la buena, lo sabía, estaba seguro, ésta era la puerta que le permitiría regresar...

Tres urinarios impolutos resplandecían bajo las luces fluorescentes. Un grifo goteaba con solemnidad sobre una pileta. Eso era todo. Jake dejó que la puerta se cerrara. Siguió avanzando por el pasillo.

Sus tacones resonaban con firmes chasquidos sobre las baldosas. Al pasar ante la oficina, dirigió una rápida mirada a su interior y sólo vio a la señora Franks hablando por teléfono, haciendo girar a uno y otro lado su silla giratoria y jugueteando con un mechón de sus cabellos. La campanilla plateada reposaba a su lado sobre el escritorio. Jake esperó a que uno de sus giros la situara de espaldas a la puerta y cruzó apresuradamente. Al cabo de treinta segundos salía al brillante resplandor de una mañana de finales de mayo.

«Estoy haciendo novillos -pensó. Ni siquiera su confusión le impidió asombrarse de este acontecimiento inesperado-. Dentro de cinco minutos o así, cuando vea que no vuelvo de los aseos, la señorita Avery enviará a alguien a buscarme... y entonces se enterarán. Todos sabrán que me he fugado de la escuela, que estoy haciendo novillos.»

Pensó en la carpeta que había dejado sobre el pupitre.

«Lo leerán y creerán que me he vuelto loco. *Fou.* Por supuesto que lo creerán. Porque es verdad.»

Entonces le habló otra voz. Le pareció que era la voz del hombre con ojos azul descolorido, el hombre que llevaba aquellos dos pistolones colgando muy bajos sobre las caderas. La voz era fría... pero no desprovista de consuelo.

«No, Jake -le decía Rolando-. No estás loco. Estás perdido y asustado, pero no loco, y no necesitas temer ni a tu sombra de la mañana, que avanza tras de ti, ni a tu sombra del atardecer, que se alza a tu encuentro. Necesitas encontrar el camino de vuelta a casa, eso es todo.»

-Pero ¿adónde voy? -susurró Jake. Se encontraba en la acera de la calle Cincuenta y seis entre Park y Madison, viendo pasar el tráfico a toda velocidad. Un autobús pasó ante él con un ronquido, esparciendo un fino reguero de acre humo azulado de gasoil-. ¿Adónde voy? ¿Dónde está la jodida puerta?

Pero la voz del pistolero había enmudecido.

Jake se volvió hacia la izquierda, en dirección al río East, y echó a andar a la ventura. No tenía ni idea de adónde se dirigía, ni la más remota idea. Únicamente le cabía esperar que sus pies lo condujeran al lugar adecuado..., tal como le habían conducido al lugar inadecuado no hacía mucho tiempo.

5

Había sucedido tres semanas atrás.

No se podía decir «todo empezó tres semanas atrás», porque eso daría la impresión de que había existido una especie de progresión gradual, y no era verdad. Había existido una progresión en las voces, en la violencia con que cada una de ellas insistía en su particular versión de la realidad, pero todo lo demás había sucedido de sopetón.

Salió de casa a las ocho de la mañana para dirigirse a la escuela; cuando hacía buen tiempo siempre iba caminando, y aquel mes de mayo el tiempo era absolutamente perfecto. Su padre había salido antes para ir a La Cadena, su madre aún permanecía en la cama y la señora Greta Shaw estaba en la cocina, tomando café y leyendo el *New York Post.*

-Adiós, Greta -le dijo-. Me voy a la escuela.

Ella alzó una mano para despedirlo sin levantar la vista del periódico.

-Que tengas un buen día, Johnny.

Todo como de costumbre. Un día cualquiera en la vida.

Y así había seguido durante los mil quinientos segundos siguientes. A partir de ahí, todo había cambiado para siempre.

Caminaba despreocupadamente, la cartera en una mano y la bolsa del almuerzo en la otra, mirando los escaparates. A setecientos veinte segundos del final de su vida tal como siempre la había conocido, se detuvo para contemplar el escaparate de Brendio's, donde maniquíes ataviados con abrigos de pieles y trajes de estilo eduardiano posaban en rígida actitud de conversación. Sólo pensaba en que aquella tarde, a la salida de la escuela, iría a jugar a bolos. Su promedio era de 158, magnífico para un niño de sólo once años. Su ambición consistía en llegar a jugar como profesional (y si su padre hubiese conocido este otro hechoide, también habría puesto el grito en el cielo).

Más cerca, cada vez más cerca del instante en que su cordura iba a quedar repentinamente eclipsada.

Cruzó la calle Treinta y nueve, y faltaban cuatrocientos segundos. Tuvo que esperar ante un semáforo en rojo en la Cuarenta y uno, y faltaban doscientos setenta. Se entretuvo mirando una tienda de chucherías en el cruce de la Quinta avenida y la calle Cuarenta y dos, y faltaban ciento noventa. Y entonces, cuando a su vida ordinaria apenas le quedaba poco más de tres minutos, Jake Chambers entró bajo el paraguas invisible de esa fuerza que Rolando denominaba *ka-tet.*

Empezó a embargarle una extraña e inquietante sensación. Al principio creyó que era la sensación de estar siendo observado, pero enseguida se dio cuenta de que no se trataba de eso en absoluto..., o no precisamente de eso. Sintió que ya había estado allí antes, que estaba reviviendo un sueño casi olvidado. Esperó a que esta sensación se desvaneciera, pero no sucedió así; se hizo más intensa, y empezó a mezclarse con otra sensación que de mala gana identificó como terror.

Algo más adelante, en la esquina más cercana -la de la Quinta avenida con la calle Cuarenta y tres-, un negro tocado con un sombrero de panamá estaba instalando un carretón de *pretzels y* refrescos.

«Es el que grita: ¨¡Oh, Dios mío, está muerto!¨», pensó Jake.

Por la esquina más apartada se aproximaba una señora gorda cargada con una bolsa de Bloomingdale's.

«Dejará caer la bolsa. Dejará caer la bolsa y se llevará las manos a la cara y empezará a chillar. La bolsa se romperá. Dentro de la bolsa hay una muñeca. Está envuelta en una toalla roja. Esto lo veré desde la calzada. Estaré tendido en mitad de la calle, y lo veré mientras la sangre me empapa los pantalones y forma un charco a mi alrededor.»

Librodot

Detrás de la gorda había un hombre alto vestido con un traje de estambre gris. El hombre llevaba un maletín.

«Es el que vomita encima de sus propios zapatos. Es el que suelta el maletín y vomita encima de sus zapatos. ¿Qué me está pasando?»

Mientras tanto, sus pies no dejaban de conducirlo ágilmente hacia la intersección, donde la gente cruzaba en una corriente rápida y constante. A sus espaldas, cada vez más cerca, había un sacerdote asesino. Lo sabía, como sabía que dentro de unos instantes las manos del sacerdote se extenderían para empujar..., pero no podía volver la cabeza. Era como estar atrapado en una pesadilla en la que las cosas debían forzosamente seguir su curso.

Ya sólo faltaban cincuenta y tres segundos. Por delante suyo, el vendedor de *pretzels* estaba abriendo una ventanilla para servir en un lado del carretón.

«Va a sacar una botella de YooHoo -pensó Jake-. No una lata, sino una botella. La agitará y se la beberá de un trago.»

El vendedor de *pretzels* sacó una botella de YooHoo, la agitó vigorosamente y la destapó.

Faltaban cuarenta segundos.

«Ahora cambiará el semáforo.»

Se apagó la luz blanca de PASEN. La luz roja de NO PASEN empezó a lanzar rápidos destellos intermitentes. En algún lugar, a menos de media manzana de distancia, un gran Cadillac azul rodaba hacia el cruce de la Quinta con la calle Cuarenta y tres. Esto Jake lo sabía, como sabía que el conductor era un hombre obeso que llevaba un sombrero azul casi exactamente del mismo tono que el automóvil.

«¡Voy a morir!»

Quiso gritarlo a voz en cuello para que lo oyera la gente que pasaba por su lado sin prestarle atención, pero tenía las mandíbulas encajadas.

Sus pies lo arrastraban serenamente hacia la intersección. La señal de NO PASEN cesó de destellar y lanzó su advertencia en rojo constante. El vendedor de *pretzels* arrojó la botella de YooHoo vacía a la papelera de la esquina. La señora gorda se detuvo en la esquina, al otro lado de la calle, sosteniendo la bolsa de la compra. El hombre del traje de estambre estaba justo detrás de ella. Ya sólo faltaban dieciocho segundos.

«Ahora tiene que pasar el camión de juguetes», pensó Jake.

Más abajo, un camión con la imagen de un títere risueño y las palabras TOOKER'S JUGUETERÍA AL POR MAYOR pintadas en los costados llegó a la intersección, bamboleándose sobre los baches. A sus espaldas, Jake lo sabía, el hombre de la túnica negra empezaba a moverse con rapidez, salvando la distancia, extendiendo sus largas manos. Y sin embargo, aun sabiéndolo, no podía volver la cabeza, como no se puede volver la cabeza en los sueños cuando algo espantoso se te acerca.

«¡Corre! ¡Y si no puedes correr, siéntate en el suelo y cógete a una señal de tráfico! ¡No dejes que suceda!»

Pero no podía hacer nada para impedir que ocurriera. Ante él, al borde de la acera, había una joven de falda blanca y blusa negra. A la izquierda de la mujer había un muchacho chicano con un radiocasete enorme. Una canción disco de Donna Summer estaba a punto de terminar. La siguiente, Jake lo sabía, iba a ser *Dr. Love,* de Kiss.

«Van a separarse.»

En el mismo instante en que le vino este pensamiento, la mujer dio un paso a la derecha. El chicano se apartó un paso a la izquierda, dejando un hueco entre ambos. Los traidores pies de Jake lo condujeron al hueco. Sólo nueve segundos.

Calle abajo, el resplandeciente sol de mayo le arrancó destellos al adorno de radiador de un Cadillac. Era, Jake lo sabía, un modelo De Ville de 1976. .Seis segundos. El Cadillac aceleraba. El semáforo estaba a punto de cambiar, y el hombre que conducía el De Ville, el hombre obeso del sombrero azul con una airosa pluma en el ala, pretendía atravesar el cruce

antes de que lo hiciera. Tres segundos. Detrás de Jake, el hombre de negro se lanzó hacia delante. En el radiocasete del joven terminó *Love to Love You, Baby y* empezó *Dr. Love.*

Dos.

El Cadillac cambió de carril para situarse en el más cercano a la acera de Jake y avanzó hacia el cruce con un rugido de su motor asesino.

Uno.

Se le cortó la respiración.

Cero.

-¡Ah! -gritó Jake cuando las manos se posaron con firmeza sobre su espalda para empujarlo, para empujarlo a la calzada, para empujarlo fuera de esta vida...

Salvo que no le tocó ninguna mano.

Aun así se abalanzó hacia delante, agitando los brazos en el aire, la boca dibujando una oscura O de consternación. El muchacho chicano del radiocasete sujetó a Jake por el codo y tiró de él hacia atrás.

-Con cuidado, héroe -le advirtió-. Te van a hacer picadillo.

El Cadillac pasó volando ante él. Jake alcanzó a vislumbrar al hombre obeso del sombrero azul mirando por el parabrisas, y al instante lo perdió de vista.

Entonces fue cuando ocurrió. Entonces fue cuando se partió por la mitad y se convirtió en dos muchachos. Uno moría tirado en la calle. El otro estaba parado en la esquina y contemplaba con atónito y estupefacto desconcierto cómo el NO PASEN se transformaba de nuevo en PASEN y la gente que lo rodeaba empezaba a cruzar la calle como si nada hubiera ocurrido..., y realmente nada había ocurrido.

«¡Estoy vivo!», se regocijó la mitad de su mente, lanzando alaridos de alivio.

«¡Muerto! -gritó la otra mitad-. ¡Muerto en la calle! Están viniendo todos hacia mí y el hombre de negro que me ha empujado dice: "Soy sacerdote; déjenme pasar."»

Oleadas de vértigo se precipitaron a través de él y convirtieron sus pensamientos en hinchada seda de paracaídas. Vio venir a la señora gorda y, cuando pasó junto a él, le echó una mirada a la bolsa. Vio los brillantes ojos azules de una muñeca que atisbaban sobre el borde de una toalla roja, como sabía que vería. La señora pasó de largo y desapareció. El vendedor de *pretzels* no gritaba «¡Dios mío, lo han matado!»; seguía preparándose para la jornada mientras silbaba la canción de Donna Summer que poco antes había sonado en el radiocasete del chicano.

Jake se giró en redondo, buscando ansiosamente al sacerdote que no era un sacerdote. No estaba.

Jake lanzó un gemido.

«¡Corta el rollo! ¿Se puede saber qué te pasa?»

No lo sabía. Sólo sabía que en aquel preciso instante tendría que estar tendido en la calzada, disponiéndose a morir mientras la señora gorda chillaba, el tipo del traje de estambre gris vomitaba y el hombre de negro se abría paso entre el gentío.

Y en una parte de su mente, eso era lo que parecía estar sucediendo.

La sensación de desmayo empezó a dejarse sentir de nuevo. Jake soltó de pronto la bolsa del almuerzo y se abofeteó la cara tan fuerte como pudo. Una mujer que iba a trabajar lo miró de una manera extraña. Jake no le prestó atención. Dejó el almuerzo caído en la acera y se zambulló hacia el cruce, sin prestar tampoco atención a la luz roja de NO PASEN que otra vez volvía a encenderse tartamudeante. Ahora ya no importaba. La muerte se había aproximado... y había pasado de largo sin dedicarle una segunda mirada. No habría debido suceder así, y en el nivel más profundo de su existencia Jake era consciente de ello, pero así había sido.

Quizás ahora viviría eternamente.

La idea le dio ganas de ponerse a gritar de nuevo.

Librodot

6

Cuando llegó a la escuela, la cabeza ya se le había aclarado un poco y su mente había empezado a trabajar en el intento de convencerlo de que no andaba mal, en absoluto, de veras. Quizá sí que había ocurrido algo un poco extraño, una especie de destello psíquico, un vislumbre fugaz de algún futuro posible, pero ¿y qué? No había para tanto, ¿verdad? La cosa tenía incluso su aspecto atractivo, era el tipo de historia que siempre estaban publicando esas revistas de supermercado que a Greta Shaw le gustaba leer cuando tenía la seguridad de que la madre de Jake no andaba por las inmediaciones, revistas como el *National Enquirer e Inside View.* Excepto, claro está, que en esas revistas el destello psíquico siempre era una especie de ataque nuclear táctico: una mujer que soñaba con un accidente de aviación y cambiaba de vuelo, o un tipo que soñaba que tenían prisionero a su hermano en una fábrica de galletitas chinas de la suerte y resultaba ser verdad. Cuando el destello psíquico consistía en saber que iban a tocar una canción de Kiss por la radio, que una señora gorda llevaba en su bolsa de Bloomingdale's una muñeca envuelta en una toalla roja y que un vendedor de *pretxels* iba a beberse una botella de YooHoo y no una lata, ¿qué importancia podía tener?

«Olvídalo -se aconsejó-. Ya se ha acabado.»

Una gran idea, sólo que la tercera clase no había acabado sino que apenas estaba empezando. Estaba en introducción al álgebra, viendo al señor Knopf resolver ecuaciones sencillas en la pizarra, cuando advirtió con creciente horror que en su mente surgía a la luz un juego de recuerdos completamente nuevo. Era como ver flotar lentamente objetos extraños hacia la superficie de un lago cenagoso.

«Estoy en un sitio que no conozco -pensó-. Quiero decir que lo conoceré, o que lo habría conocido sí el Cadillac me hubiese atropellado. Es la estación de paso, pero la parte de mí que está allí todavía no lo sabe. Esa parte sólo sabe que está en algún lugar del desierto y que no hay nadie. He estado llorando, porque tengo miedo. Tengo miedo de que esto sea el infierno.»

Hacia las tres, cuando llegó a la bolera, sabía que ya había encontrado la bomba de agua en las cuadras y había bebido un poco. El agua estaba muy fría y tenía un intenso sabor a minerales. No tardaría en entrar en el edificio, donde encontraría una pequeña reserva de carne seca en una habitación que antaño había sido una cocina. Lo sabía con tan plena y absoluta certidumbre como había sabido que el vendedor de *pretxels* elegiría una botella de YooHoo y que la muñeca que asomaba de la bolsa de Bloomingdale's tenía los ojos azules.

Era como ser capaz de recordar hacia delante en el tiempo.

Sólo derribó dos grupos; el primero de 96 puntos, el segundo de 87. Cuando depositó su hoja en el mostrador, Timmy la examinó y meneó la cabeza.

-Hoy tienes un mal día, campeón -comentó.

-Si tú supieras... -respondió Jake.

Timmy lo miró con mayor atención.

-¿Te encuentras bien? Estás muy pálido.

-Me parece que me está rondando la gripe. -No tuvo la impresión de estar diciendo una mentira. Seguro como el infierno que estaba rondándole algo.

-Vete a casa y acuéstate -le recomendó Timmy-. Y bebe mucho líquido transparente: ginebra, vodka, cosas así.

Jake sonrió cumplidamente.

-Quizá lo haga.

Regresó a casa andando poco a poco. Toda Nueva York se extendía a su alrededor. Nueva York en su aspecto más seductor: una crepuscular serenata callejera con un músico en cada esquina, todos los árboles en flor y todo el mundo con aspecto de buen humor. Jake veía todo esto, pero veía también lo que había detrás: se vio a sí mismo acurrucado en un rincón

Librodot

oscuro de la cocina mientras el hombre de negro bebía directamente de la bomba como un perro sonriente, se vio sollozar de alivio cuando aquel hombre -si lo era- reanudó su camino sin descubrirlo, se vio caer profundamente dormido mientras se ponía el sol y empezaban a refulgir las estrellas como astillas de hielo en el áspero firmamento morado del desierto.

Abrió el apartamento dúplex con su llave y se dirigió a la cocina en busca de algo que comer. No tenía hambre, pero era una costumbre. Avanzaba hacia el frigorífico cuando posó casualmente la mirada en la puerta de la despensa y se detuvo en seco. Comprendió de repente que la estación de paso -y todo el resto de aquel otro mundo desconocido al que ahora pertenecía- estaba detrás de esa puerta. Sólo tenía que cruzarla y se reuniría con el jake que ya existía allí. Terminaría la extraña doblez de su mente; las voces, que discutían sin cesar la cuestión de si estaba muerto o no desde las 8.25 de esa mañana, quedarían en silencio.

Jake empujó la puerta de la despensa con las dos manos, esbozando ya una jubilosa sonrisa de alivio..., y quedó paralizado por el chillido de la señora Shaw, que estaba encaramada sobre un taburete al fondo de la despensa. El bote de tomate en conserva que acababa de coger se le escapó de la mano y cayó al suelo. La señora Shaw se tambaleó en el taburete, y Jake tuvo que apresurarse para sostenerla antes de que siguiera el camino del tomate en conserva.

-¡Moisés en la zarza ardiente! -boqueó, llevándose apresuradamente una mano a la pechera de la bata-. ¡Me has dado un susto de muerte, Johnny!

-Lo siento -respondió él. Y era verdad que lo sentía, pero también sufría una amarga decepción. Después de todo, sólo era la puerta de la despensa. Había estado tan seguro...

-Además, ¿que haces merodeando por aquí a estas horas? ¡Hoy es tu día de bolos! No te esperaba hasta dentro de una hora, por lo menos. Ni siquiera te he preparado nada de comer, así que no me lo pidas.

-Está bien. Tampoco tengo mucho apetito. -Se agachó y recogió el bote que ella había dejado caer.

-Pues nadie lo diría, de la manera que has entrado aquí -rezongó la señora Shaw.

-Me pareció oír un ratón o algo así. Supongo que sería usted.

-Supongo que sí. -Bajó del taburete y cogió el bote de tomate de manos de jake-. Me parece que te está rondando una gripe o algo, Johnny. -Le puso la mano en la frente-. No tienes fiebre, pero eso a veces no quiere decir nada.

-Creo que es sólo cansancio -dijo jake, y pensó: «Ojalá sólo fuera eso»-. Voy a coger un refresco y me quedaré un rato mirando la tele. La señora Shaw soltó un gruñido.

-¿Tienes algún trabajo de la escuela para enseñarme? Si tienes alguno, enséñamelo enseguida porque llevo la cena atrasada.

-Hoy no tengo nada -respondió. Salió de la despensa, cogió una botella de soda y pasó a la sala de estar. Conectó «The Hollywood Squares» y se puso a mirar el programa distraídamente mientras las voces discutían y seguían saliendo a la superficie nuevos recuerdos de aquel mundo polvoriento.

7

Su padre y su madre no se percataron de que le pasara nada extraño -su padre no llegó a casa hasta las nueve y media- y eso a Jake le pareció bien. Se acostó a las diez y permaneció tendido a oscuras, escuchando la ciudad que se extendía al otro lado de la ventana: frenos, bocinazos, lamentos de las sirenas.

«Te moriste.»

«No es verdad. Estoy aquí, a salvo en mi propia cama.» «Eso no importa. Te moriste, y tú lo sabes.»

Lo peor de todo era que sabía las dos cosas.

«No sé cuál de las voces dice la verdad, pero sé que no puedo seguir soportándolo. Así que dejadlo estar, las dos. Parad de discutir y dejadme en paz. ¿De acuerdo? Por favor.»

Pero las voces no querían. Por lo visto, no podían. Y a jake se le ocurrió que debía levantarse de la cama -en aquel mismo instante-y abrir la puerta del baño. El otro mundo estaría allí. La estación de paso estaría allí y el resto de él también estaría allí, acurrucado en el establo bajo una vieja manta, intentando dormir y preguntándose qué diablos le había ocurrido.

«Yo puedo decírselo -pensó Jake, entusiasmado. Echó a un lado el cobertor, sabiendo de súbito que aquella puerta que había junto a la estantería ya no conducía al cuarto de baño sino a un mundo que olía a calor, a salvia y a miedo en un puñado de polvo, un mundo que ahora yacía bajo el ala oscura de la noche-. Puedo decírselo, pero no hará falta... porque estaré EN él... ¡SERÉ él!»

Cruzó el penumbroso dormitorio a la carrera, casi riendo de alivio, y abrió la puerta de un empujón. Y...

Y era su cuarto de baño. Únicamente su cuarto de baño, con el póster de Marvin Gaye enmarcado en la pared y la silueta de la persiana tendida sobre las baldosas del suelo en una sucesión de franjas de luz y sombra.

Se quedó un buen rato parado en la puerta, intentando tragarse la decepción. Pero no se iba. Y era amarga.

Amarga.

8

Las tres semanas transcurridas entre entonces y ahora se extendían en la memoria de Jake como un territorio hosco y desolado, un erial de pesadilla en el que no había conocido paz, ni descanso, ni una tregua en su dolor. Había contemplado, como un prisionero desvalido que contempla el saqueo de la ciudad donde antes gobernaba, el desmoronamiento de su mente bajo la siempre creciente presión de los recuerdos y las voces fantasmas. Había abrigado la esperanza de que los recuerdos se detuvieran cuando llegaran al punto en que el hombre llamado Rolando le había dejado caer en el abismo subterráneo, pero no fue así. Lo que hicieron fue reciclarse y empezar a presentarse otra vez desde el principio, como una cinta dispuesta de manera que se repita y siga repitiéndose hasta que se rompa o venga alguien y la pare.

La percepción que tenía de su vida más o menos real como un muchacho que habitaba en Nueva York fue haciéndose más fragmentaria a medida que el terrible cisma se volvía cada vez más hondo. Recordaba haber ido a la escuela, al cine el fin de semana, y a comer con sus padres el domingo de la semana anterior (¿o hacía ya dos semanas?), pero todas estas cosas las recordaba como un hombre que ha padecido malaria puede recordar las fases más profundas y oscuras de su enfermedad: las personas se convertían en sombras, las voces resonaban y se fundían unas con otras, y hasta un acto tan sencillo como comerse un sándwich o sacar una Coca-Cola de la máquina del gimnasio se convertía en una lucha. Jake cruzó esos días a empujones, en una fuga de voces aullantes y recuerdos dobles. Su obsesión por la puertas -por toda clase de puertas- fue en aumento; su esperanza de que el mundo del pistolero pudiera hallarse tras una de ellas nunca llegó a morir del todo. Pero tampoco era de extrañar puesto que no le quedaba otra esperanza.

Sin embargo aquel día el juego había terminado. En realidad nunca había tenido la menor posibilidad de ganar. Se rindió. hizo novillos. Jake anduvo a ciegas hacia el este por el

entramado de calles, la cabeza gacha, sin tener ni idea de adónde iba ni de lo que haría cuando llegara.

9

Hacia las nueve empezó a emerger de su desdichado aturdimiento y a fijarse un poco en lo que le rodeaba. Estaba en la esquina de la avenida Lexington con la calle Cincuenta y cuatro, sin acordarse en absoluto de cómo había llegado hasta allí. Advirtió por primera vez que la mañana era hermosísima. El 7 de mayo, el día en que había empezado esta locura, hizo buen día, pero éste era diez veces mejor; un día, tal vez, en que la primavera mira en torno y ve al verano cerca de ella, fuerte y apuesto y con una sonrisa presumida en su rostro atezado. El sol relucía vivamente en los muros de cristal de los edificios del centro; la sombra de cada peatón era nítida y negra. Arriba, el cielo era de un azul transparente e inmaculado, punteado aquí y allí por rollizas nubes de buen tiempo.

Calle abajo, dos hombres de negocios vestidos con sendos trajes caros y bien cortados se habían detenido junto a la valla de unas obras. Estaban riéndose y se pasaban algo del uno al otro. Jake se dirigió hacia ellos, con curiosidad, y al acercarse vio que los dos hombres de negocios estaban jugando a tres en *raya* sobre el tablero de la valla, utilizando un lujoso rotulador Mark Cross para trazar las cuadrículas y marcar las X y las O. A Jake le pareció una pasada. Cuando llegó a su altura, uno de los hombres dibujó una O en la esquina superior derecha de la cuadrícula, y a continuación trazó una diagonal de extremo a extremo.

-¡Ya me has vuelto a ganar! -exclamó su amigo. Luego, el mismo individuo, que parecía un importante ejecutivo, un abogado o un corredor de bolsa de altos vuelos, cogió el rotulador Mark Cross y dibujó otra cuadrícula.

El primer hombre de negocios, el ganador, desvió la mirada hacia la izquierda y vio a Jake. Le sonrió.

-Un día espléndido, ¿eh, chaval?

-¡Ya lo creo! -asintió jake, regocijándose al descubrir que lo decía completamente en serio.

-Demasiado bonito para pasarlo en la escuela, ¿eh?

Esta vez jake incluso se rió. La Piper School, donde había Pausas en lugar de almuerzo y donde a veces se salía un momento pero nunca se iba a cagar, de pronto se le antojó un lugar muy remoto e insignificante.

-Usted lo ha dicho.

-¿Quieres echar una partidita? Billy nunca pudo ganarme cuando estábamos en quinto grado, y ahora sigue sin poder hacerlo.

-Deja al chico en paz -intervino el segundo hombre de negocios, con el Mark Cross en la mano-. Esta vez te liquido.

Le guiñó un ojo a Jake, y Jake se sorprendió a sí mismo al devolverle el guiño. Siguió andando, dejando a los hombres con su juego. Iba en aumento la sensación de que iba a ocurrir algo completamente maravilloso -de que quizás ya había empezado a ocurrir-, y le parecía que sus pies ya no tocaban la acera.

En la intersección se encendió la luz de PASEN y Jake empezó a cruzar la avenida Lexington. Se detuvo en mitad de la calle tan bruscamente que un mensajero estuvo a punto de atropellarlo con su bicicleta de diez velocidades. Era un hermoso día de primavera; concedido. Pero no era éste el motivo de que se sintiera tan bien, tan repentinamente consciente de todo lo que pasaba a su alrededor, tan seguro de que iba a ocurrir algo grande.

Las voces habían callado.

No habían callado para siempre -eso lo sabía de algún modo-, pero de momento habían callado. ¿Por qué?

De pronto Jake se imaginó a dos hombres discutiendo en una habitación. Están sentados ante una mesa, frente a frente, atacándose con creciente encono. Al poco rato empiezan a inclinarse el uno hacia el otro, adelantando belicosamente la cara, bañándose mutuamente con un fino rocío de colérica saliva. No tardarán en llegar a las manos. Pero antes de que eso suceda, oyen un ruido sordo y regular -el batir de un bombo- y luego un airoso floreo de instrumentos de viento. Los dos hombres paran de discutir y se miran intrigados.

«¿Qué es eso?», pregunta uno.

«No sé -contesta el otro-. Parece un desfile.»

Se precipitan a la ventana, y en efecto es un desfile. Una banda uniformada avanza marcando el paso, con destellos de sol en las cornetas, guapas majorettes que hacen girar sus bastones y agitan sus piernas largas y bronceadas, automóviles descubiertos repletos de flores y cargados de celebridades que saludan a la gente.

Los dos hombres se quedan mirando por la ventana, olvidada su querella. Sin duda volverán a reanudarla, pero por ahora están juntos como grandes amigos, codo con codo, viendo pasar el desfile...

10

Sonó un bocinazo que arrancó a Jake de esta historia, tan vívida como un sueño poderoso. Se dio cuenta de que seguía parado en mitad de la avenida, y el semáforo había cambiado. Volvió frenéticamente la cabeza, esperando ver el Cadillac azul lanzado hacia él, pero el tipo que había tocado la bocina estaba sentado al volante de un Mustang descapotable de color amarillo y le dirigía una sonrisa. Era como si aquel día todos los habitantes de Nueva York hubieran aspirado una bocanada de gas de la felicidad.

Jake saludó al hombre con un ademán y echó a correr hacia la acera de enfrente. El tipo del Mustang hizo girar el índice sobre la sien para indicar que Jake estaba chiflado, le devolvió el saludo y se puso en marcha.

Por unos instantes Jake se quedó parado en la esquina, con el rostro alzado hacia el sol de mayo, sonriendo, gozando del día. Suponía que los presos condenados a morir en la silla eléctrica debían de sentirse así cuando les anunciaban un aplazamiento de la pena.

Las voces seguían calladas.

La cuestión era: ¿cuál era el desfile que había distraído temporalmente su atención? ¿Era simplemente la belleza excepcional de aquella mañana de primavera?

Jake no creía que fuera sólo eso. No lo creía porque aquella sensación de saber se arrastraba de nuevo sobre él y se infiltraba en él, aquella sensación se había apoderado de él tres semanas antes, cuando se acercaba al cruce de la Quinta y la Cuarenta y seis. Pero el 7 de mayo la sensación era de catástrofe inminente. Hoy era una sensación radiante, una impresión de bondad y expectación. Era como si... como si...

«Blanco.» Esta fue la palabra que le vino a la cabeza y resonó en su mente con clara e indiscutible propiedad.

-¡Es el Blanco! -exclamó en voz alta-. ¡La venida del Blanco!

Echó a andar por la calle Cincuenta y cuatro, y cuando llegó a la esquina de la Segunda y la Cincuenta y cuatro entró una vez más bajo el paraguas del *ka-tet.*

11

Giró a la derecha, se detuvo, dio media vuelta y volvió sobre sus pasos hasta la esquina. Ahora tenía que bajar por la Segunda avenida, sí, eso era indiscutiblemente correcto, pero no estaba en la acera adecuada. Cuando cambió el semáforo, se apresuró a cruzar la calle y giró de nuevo a la derecha. Aquella impresión, aquella sensación de

(«Blancura»)

armonía era cada vez más fuerte. Se sintió medio loco de alegría

y alivio. Todo se arreglaría. Esta vez no había ningún error. Estaba seguro de que pronto empezaría a ver gente a la que reconocería, como había reconocido a la señora gorda y al vendedor de *pretzels,* y que harían cosas que él recordaría por anticipado.

En vez de eso, llegó a la librería.

12

EL RESTAURANTE DE LA MENTE, rezaba el rótulo pintado en el escaparate. Jake se acercó a la puerta, donde había una pizarra colgada semejante a las que se veían en las paredes de restaurantes y casas de comidas.

MENÚ DEL DÍA

¡De Florida! John D. Mac-Donald a la parrilla En tela, 3 por 2,50 dólares En rústica, 9 por 5,00 dólares

¡De Mississippi! William Faulkner salteado En tela al precio marcado
En rústica ediciones antiguas a 75 centavos

¡De California! Raymond Chandler hervido En tela al precio marcado En rústica, 7 por 5,00 dólares

ALIMENTE SU NECESIDAD DE LEER

Jake entró, a sabiendas de que por primera vez en tres semanas había abierto una puerta sin tener la loca esperanza de encontrar un mundo distinto al otro lado. Una campanilla tintineó sobre su cabeza. Le asaltó el olor suave y picante de los libros viejos, y en cierto modo ese olor fue como llegar a casa.

La analogía con un restaurante se mantenía en el interior. Aunque las paredes estaban recubiertas con estantes llenos de libros, una especie de mostrador partía en dos el local. Del lado de Jake había unas cuantas mesitas con sillas Malt Shoppe de respaldo metálico. Cada una de las mesas estaba preparada con los platos del día: novelas de Travis McGee, por John D. Mac-Donald; novelas de Philip Marlowe, por Raymond Chandler; novelas de Snopes, por William Faulkner. En la mesa de Faulkner, un letrero pequeño anunciaba: «Tenemos disponibles algunas primeras ediciones; sírvase preguntar.» Otro letrero, éste en el mostrador, decía sencillamente: ¡LEA! Era justamente lo que estaban haciendo un par de clientes.

Tomaban café y leían, sentados ante el mostrador. Jake pensó que ésta era sin lugar a dudas la mejor librería que había visto.

La cuestión era: ¿por qué estaba allí? ¿Era por azar o tenía algo que ver con aquella suave e insistente sensación de estar siguiendo una pista -una especie de haz de fuerzas- que habían dejado para que él la encontrara?

Miró de soslayo los libros expuestos sobre una mesita a su izquierda y supo la respuesta.

13

Eran libros infantiles. En la mesa no había mucho sitio, de modo que sólo eran una docena, más o menos: *Alicia en el País de las Maravillas, El hobbit, Tom Sawyer,* cosas así. A Jake le llamó la atención un libro de cuentos obviamente dirigido a niños muy pequeños. En la portada, de un verde brillante, se veía una locomotora antropomorfa resoplando cuesta arriba. Su guardarraíles (que era de un rosa vivo) exhibía una alegre sonrisa, y el faro delantero era un ojo jovial que parecía invitar a Jake a pasar al interior y leer toda la historia. *Charlie el Chu-Chú,* proclamaba el título, relato e ilustraciones por Beryl Evans. La mente de Jake regresó de un salto a su Redacción Final, con la foto del tren Amtrak en la primera página y las palabras *chu-chú* escritas una y otra vez en el interior.

Se apoderó del libro y lo sujetó con fuerza, como si pudiera echarse a volar si aflojaba su presa. Y al contemplar la portada, Jake descubrió que no se fiaba de la sonrisa de Charlie el Chu-Chú. «Pareces contento, pero creo que ésa es sólo la máscara que te pones -pensó-. No creo que estés nada contento. Y tampoco creo que realmente te llames Charlie.»

Eran pensamientos locos, indudablemente locos, pero no daban la sensación de ser locos. Daban la sensación de ser atinados. Daban la sensación de ser ciertos.

Justo al lado del lugar donde había estado *Charlie el Chu-Chú, vio* un maltratado volumen en rústica. La cubierta estaba rasgada y alguien la había arreglado con cinta adhesiva, ahora amarillenta por el paso del tiempo. La ilustración de la portada representaba a un chico y una chica con expresión intrigada y un bosque de signos de interrogación sobre sus cabezas. El libro se titulaba: *¡Adivina, adivinanza! Enigmas y acertijos para todas las edades.* No se hacía constar el nombre del autor.

Jake se guardó *Charlie el Chu-Chú* debajo del brazo y cogió el libro de adivinanzas. Lo abrió al azar y leyó esto:

«¿Cuándo una puerta no es una puerta?»

-Cuando es una jarra -farfulló Jake. Notó que le brotaban gotas de sudor en la frente, los brazos, por todo el cuerpo-. ¡Cuando es una jarra!

-¿Has encontrado alguna cosa, hijo? -inquirió una voz comedida.

Jake se volvió y vio a un tipo grueso enfundado en una camisa blanca de cuello abierto que lo miraba desde el otro extremo del mostrador. Tenía las manos metidas en los bolsillos de unos viejos pantalones de gabardina. Unas gafas para leer de cerca reposaban sobre la brillante cúpula de su calva.

-Sí -respondió Jake febrilmente-. Estos dos. ¿Están en venta?

-Todo lo que ves aquí está en venta -dijo el gordo-. Hasta el edificio estaría en venta si fuera mío. Pero por desgracia sólo lo tengo alquilado.

Extendió la mano hacia los libros, y Jake tuvo un momento de vacilación. Luego, de mala gana, se los entregó. Una parte de él temía que el tipo gordo huyera con ellos, y si lo

hacía -si daba la menor señal de intentarlo-, Jake pensaba lanzarse hacia sus pies, derribarlo, arrancarle los libros de las manos y salir zumbando. Necesitaba aquellos libros.

-Muy bien. Vamos a ver qué tenemos aquí -dijo el gordo-. A propósito, me llamo Torre. Calvin Torre. -Le ofreció la mano. Jake abrió mucho los ojos y retrocedió un paso sin darse cuenta.

-¿Cómo?

El gordo lo contempló con cierto interés.

-Calvin Torre. ¿Cuál de estas palabras es soez en tu idioma, Oh Vagabundo Hibóreo?

-¿Qué?

-Quiero decir que parece que alguien te haya dado un buen susto, muchacho.

-Ah. Lo siento. -Estrechó la mano grande y suave del señor Torre, deseando que cambiara de tema. La verdad era que el nombre le había dado un escalofrío, pero no sabía por qué-. Yo me llamo Jake Chambers.

Calvin Torre le sacudió la mano.

-Buen nombre, colega. Suena como el del héroe solitario de una novela del Oeste; el tipo que se presenta en Black Fork, Arizona, limpia la ciudad y sigue su camino. Algo de Wayne D. Overholser, quizá. Salvo que tú no pareces un solitario, Jake. Pareces alguien que ha llegado a la conclusión de que hace un día demasiado hermoso para pasarlo en la escuela.

-Oh, no. Terminamos el viernes pasado.

Torre sonrió.

-Sí, claro. Naturalmente. Y ahora te has encaprichado de estos dos libros, ¿eh? Es curioso, las cosas de que se encapricha la gente. Tú mismo, por ejemplo: te había tomado por un seguidor de Robert Howard en busca de una de aquellas bonitas ediciones antiguas de Donald M. Grant, las que llevaban ilustraciones de Roy Krenkel. Espadas ensangrentadas, músculos poderosos y Conan el Bárbaro abriéndose paso a mandobles por entre las hordas estigias.

-Eso suena muy bien, de verdad. Estos libros son para..., ah, para mi hermano pequeño. La semana que viene va a ser su cumpleaños.

Calvin Torre utilizó el pulgar para bajarse las gafas hasta el puente de la nariz y examinó a Jake con más detenimiento.

-¿En serio? A mí me pareces un hijo único. Un hijo único si he visto a alguno en mi vida, disfrutando de una escapada mientras la señorita Mayo envuelta en su vestido verde tiembla en los límites de la nemorosa cañada de junio.

-¿Cómo ha dicho?

-Da lo mismo. La primavera siempre me pone de un humor a lo William Cowper. La gente es rara pero interesante, Tex. ¿Estoy en lo cierto?

-Supongo que sí -respondió Jake con cautela. Aún no había decidido si aquel curioso hombretón le gustaba o no.

Uno de los lectores del mostrador giró sobre su taburete. Tenía una taza de café en una mano y un manoseado ejemplar de *La peste* en la otra.

— Deja de meterte con el chico y véndele esos libros, Cal -le urgió-. Si te das prisa, podemos terminar la partida de ajedrez antes de que se acabe el mundo.

-La prisa es la antítesis de mi naturaleza -replicó Cal, pero abrió *Charlie el Chu-Chú y* consultó el precio escrito a lápiz en la guarda-. Un libro bastante corriente, pero este ejemplar se encuentra en un estado desusadamente bueno. Los niños suelen hacer trizas los libros que les gustan. Debería pedir doce dólares por él...

— Maldito ladrón -gruñó el hombre que leía *La peste,* y el otro lector se echó a reír. Calvin Torre no les hizo ningún caso.

-... pero no soy capaz de cobrarte esa suma en un día como hoy. Siete pavos y es tuyo. Más impuestos, naturalmente. El libro de adivinanzas puedes llevártelo gratis. Considéralo mi regalo para un muchacho lo bastante listo como para ensillar y largarse hacia los territorios en el último auténtico día de primavera.

Librodot

Jake sacó la cartera y la abrió con nerviosismo, temeroso de haber salido de casa con sólo tres o cuatro dólares. Pero estaba de suerte. Llevaba un billete de cinco dólares y tres de uno. Le tendió el dinero a Torre, que plegó los billetes y se los guardó despreocupadamente en un bolsillo antes de sacar el cambio del otro.

No corras tanto, Jake. Ahora que estás aquí, acercáte al mostrador y sírvete una taza de café. Tus ojos contemplarán con asombro cómo hago añicos la fosilizada defensa Kiev de Aaron Deepneau.

-Eso querrías tú -señaló el hombre que leía *La peste;* Aaron Deepneau, seguramente.

-Me gustaría, pero no puedo. Yo... Tengo que ir a un sitio.

-Muy bien. Siempre que no sea a la escuela.

Jake esbozó una sonrisa.

-No, a la escuela no. Por ahí acecha la locura.

Torre se rió con ganas y volvió a subirse las gafas a lo alto del cráneo.

-¡No está mal! ¡No está *nada* mal! Quizá la joven generación no acabe yéndose al infierno. ¿Tú que opinas, Aaron?

-Seguro que van de cabeza al infierno -respondió Aaron-. Este chico sólo es la excepción que confirma la regla. A lo mejor.

-No le hagas caso a este viejo cínico -le aconsejó Calvin Torre-. Sigue tu camino, oh Vagabundo Hibóreo. Ojalá volviera a tener diez u once años, con un día como éste por delante de mí.

-Gracias por los libros -dijo Jake.

-No se merecen. Para eso estamos aquí. Vuelve algún día.

-Me gustaría.

-Bien, ya sabes dónde estamos.

«Sí -pensó Jake-. Y ojalá supiera dónde estoy yo.»

14

Se detuvo justo ante la puerta de la tienda y abrió de nuevo el libro de adivinanzas, esta vez por la primera página, donde había una breve introducción sin firma.

«Las adivinanzas son seguramente el más antiguo de todos los juegos que aún se siguen practicando en nuestros días -comenzaba-. Los dioses y diosas de la mitología griega se desafiaban con adivinanzas, y en la antigua Roma se las utilizaba como instrumentos de enseñanza. La Biblia contiene algunas buenas adivinanzas. Una de las más conocidas es la que propuso Sansón el día en que se casó con Dalila:

De lo que comía se hizo carne,
y de lo fuerte se hizo dulzura.

»Sansón planteó esta adivinanza a diversos jóvenes que asistían a su boda, en la seguridad de que no lograrían dar con la solución. Pero los jóvenes se llevaron aparte a Dalila, y ella les reveló la respuesta. Sansón montó en cólera e hizo que los jóvenes fueran condenados a muerte por tramposos. Como puede verse, en tiempos antiguos las adivinanzas se tomaban mucho más en serio que en la actualidad.

»A propósito: la respuesta a la adivinanza de Sansón, como a todas las demás, puede hallarse al final del libro en la sección de soluciones. Sólo le pedimos que dé una oportunidad justa a cada enigma antes de consultar la respuesta.»

Jake buscó el final del libro, aunque ya sospechaba lo que encontraría. Detrás de la página en que figuraba la palabra SOLUCIONES, no había más que unos pocos fragmentos rasgados y la contraportada. Alguien había arrancado todas las soluciones.

Permaneció unos instantes inmóvil, pensando. Luego, siguiendo un impulso que no daba en absoluto la sensación de ser un impulso, volvió a entrar en el Restaurante de la Mente.

Calvin Torre alzó la mirada del tablero de ajedrez.

-¿Has cambiado de opinión respecto a esa taza de café, oh Vagabundo Hibóreo?

-No. Quería preguntarle si conoce la respuesta a una adivinanza. -Dispara -le invitó Torre, y adelantó un peón.

-La propuso Sansón. El forzudo de la Biblia, ¿sabe? Dice así...

-De lo que comía se hizo carne -intervino Aaron Deepneau, haciendo girar otra vez el taburete para mirar a Jake-, y de lo fuerte se hizo dulzura. ¿Te refieres a ésta?

-Sí, es ésa -respondió Jake-. ¿Cómo lo ha sabido?

-Bueno, ya llevo algún tiempo en circulación. Escucha esto. -Echó la cabeza hacia atrás y empezó a cantar con voz potente y melodiosa:

Sansón y un león se trabaron en combate
y Sansón se montó en el lomo del león.
Sabéis que los leones matan hombres con sus garras,
pero Sansón le aferró las mandíbulas con sus manos
y cabalgó aquel león hasta que la bestia cayó muerta,
y las abejas hicieron miel en la cabeza del león.

Aaron hizo un guiño y se echó a reír al ver la expresión sorprendida de Jake.

-¿Responde eso a tu pregunta, amigo?

Jake estaba boquiabierto.

-¡Caramba, qué canción más bonita! ¿Dónde la ha aprendido?

-Oh, Aaron se las sabe todas -intervino Torre-. Ya rondaba por la calle Bleecker mucho antes de que Bob Dylan supiera sacarle algo más que un simple sol a su Hohner. Al menos, eso dice él.

-Es un viejo canto espiritual -le explicó Aaron a Jake, y se volvió hacia Torre-. A propósito, gordito, estás en jaque.

-No por mucho tiempo -replicó Torre, y desplazó un alfil. Aaron se lo comió sin pérdida de tiempo. Torre masculló algo entre dientes. A Jake le sonó sospechosamente parecido a «hijoputa».

-O sea que la respuesta es un león -dijo Jake.

Aaron sacudió la cabeza.

-Eso sólo es la mitad de la respuesta. La adivinanza de Sansón es doble, amigo mío. La otra mitad de la respuesta es la miel. ¿Lo captas?

-Sí, creo que sí.

-Muy bien. Ahora prueba con ésta. -Aaron cerró los ojos durante unos instantes y recitó:

¿Qué puede correr pero nunca anda,
tiene boca pero nunca habla,
tiene lecho pero nunca duerme,
tiene cabecera pero no cabeza?

-Sabelotodo -gruñó Torre, dirigiéndose a Aaron.

Jake reflexionó un rato y al fin meneó la cabeza. Habría podido seguir pensándoselo -este asunto de las adivinanzas le parecía fascinante y encantador-, pero tenía la intensa

sensación de que debía seguir su camino, que aquella mañana tenía otros asuntos que atender en la Segunda avenida.

-Me rindo.

-No, de ninguna manera -protestó Aaron-. Eso es lo que se hace con las adivinanzas modernas. Pero una auténtica adivinanza no es sólo un juego, chico; es un enigma. Sigue dándole vueltas en la cabeza. Si no puedes resolverla, que te sirva de excusa para venir otro día. Y sí necesitas más excusas, mi amigo el gordito prepara un café bastante bueno.

-De acuerdo -dijo Jake-. Gracias. Así lo haré.

Pero cuando se iba le invadió una total certidumbre: nunca más volvería a entrar en el Restaurante de la Mente.

15

Jake bajó a paso lento por la Segunda avenida, sosteniendo sus recientes adquisiciones en la mano izquierda. Al principio intentaba pensar en la adivinanza -¿qué es lo que tiene lecho pero nunca duerme?-pero poco a poco la cuestión fue expulsada de su mente por una creciente sensación. Le parecía tener los sentidos más agudos que nunca en su vida; veía millones de chispas coruscantes en la acera, olía un millar de aromas mezclados en cada bocanada de aire que aspiraba y creía oír otros sonidos, sonidos secretos, en cada uno de los sonidos que oía. Se preguntó si sería eso lo que experimentaban los perros justo antes de una tempestad o un terremoto, y se sintió casi seguro de que sí lo era. Sin embargo seguía creciendo la sensación de que el acontecimiento inminente no era malo, sino bueno, y que equilibraría la cosa terrible que le había ocurrido tres semanas antes.

Y entonces, al acercarse al lugar donde iba a fijarse el rumbo, el conocimiento anticipado volvió a caer de nuevo sobre él.

«Un vagabundo va a pedirme dinero y le daré el cambio que me ha dado el señor Torre. Y hay una tienda de discos. Tienen la puerta abierta para que corra el aire, y cuando pase por delante oiré una canción de los Stones. Y me veré reflejado en un montón de espejos.»

En la Segunda avenida la circulación aún era fluida. Los taxis hacían sonar las bocinas y serpenteaban entre los camiones y los coches más lentos. El sol de primavera centelleaba en sus parabrisas y sus vistosas carrocerías amarillas. Mientras esperaba a que cambiara un semáforo, Jake vio al vagabundo al otro lado del cruce de la Segunda con la Cincuenta y dos. Estaba sentado con la espalda apoyada contra la pared de ladrillo de un pequeño restaurante, y cuando Jake se acercó más vio que el restaurante se llamaba Chew Chew Mama.

«Chu-Chú -pensó Jake-. Y es la verdad.»

-¿Tienes algo suelto? -le interpeló el vagabundo con voz cansada, y Jake le echó el cambio de la librería sobre el regazo sin volver siquiera la cabeza. En aquel momento empezó a oír a los Rolling Stones, justo como estaba previsto:

I see a red door and I want to paint it black,
No colours anymore, I want them to turn black...

Al pasar ante la tienda advirtió -también sin sorpresa- que se llamaba Discos Torre de Poder.

Por lo visto aquel día las torres se vendían baratas.

Jake siguió andando, dejando atrás las señales de tráfico que parecían flotar en una bruma de ensueño. Entre la Cuarenta y nueve y la Cuarenta y ocho, pasó ante una tienda llamada Tus Reflejos. Volvió la cabeza y divisó una docena de Jakes en los espejos, como ya sabía que iba a suceder; una docena de chicos demasiado pequeños para su edad, una docena de chicos vestidos con elegante ropa escolar: americana azul marino, camisa blanca, corbata granate, pantalones grises. La Piper School no tenía un uniforme oficial, pero aquello era lo que más se acercaba al no oficial.

Ahora Piper le parecía algo muy antiguo y remoto.

De súbito Jake supo adónde se dirigía. Este conocimiento brotó en su mente como dulce y refrescante agua de un manantial subterráneo.

«Es una charcutería -pensó-. O al menos lo parece. En realidad es otra cosa: un portal a otro mundo. El mundo. Su mundo. El mundo adecuado.»

Se echó a correr, mirando ante sí con anhelo. El semáforo de la Cuarenta y siete estaba en rojo, pero saltó del bordillo sin hacerle caso y aceleró ágilmente entre las anchas líneas blancas del paso de peatones sin dirigir más que una mirada superficial a la izquierda. Una furgoneta de una empresa de fontanería frenó en seco con un chirrido de neumáticos mientras Jake pasaba como un rayo ante ella.

-¡Oye! ¿Qué te has creído? -le gritó el conductor, pero Jake no le prestó atención.

Sólo una manzana más.

Se lanzó a toda velocidad. La corbata aleteaba sobre su hombro izquierdo; el cabello se la había apartado de la frente; los mocasines de la escuela martilleaban la acera. No hacía más caso de las miradas que le dirigían los transeúntes -algunas divertidas, otras sencillamente curiosas- que del que le había hecho al grito indignado del conductor de la furgoneta.

«Allí. Allí en la esquina. Al lado de la papelería.»

Se le cruzó un transportista de la UPS vestido con un mono marrón oscuro que empujaba un carretón cargado de paquetes. Jake lo salvó limpiamente como si estuviera practicando un salto de longitud, con los brazos hacia arriba. Los faldones de la camisa se le salieron de la cintura y le asomaron por debajo de la americana azul. Al caer estuvo a punto de chocar con, un cochecito de niño empujado por una joven puertorriqueña.

Jake esquivó el cochecito como un jugador de fútbol norteamericano que ha detectado un hueco en la línea del equipo contrario y corre hacia la gloria.

-¿Dónde está el incendio, guapo? -le preguntó la joven, pero Jake tampoco le hizo caso. Pasó ante la papelería, con su escaparate lleno de plumas, agendas y calculadoras.

«¡La puerta! -pensaba, embargado por el éxtasis-. ¡Voy a verla! ¿Y me detendré ahí? ¡De ninguna manera, José! La cruzaré de cabeza, y si está cerrada la echaré abajo con...»

Entonces se dio cuenta de que estaba en la esquina de la Segunda y la Cuarenta y seis y, después de todo, se detuvo; de hecho, derrapó sobre los tacones de sus mocasines hasta quedar parado. Permaneció inmóvil en mitad de la acera, con los puños apretados, jadeando ruidosamente, y el cabello caído de nuevo sobre la frente en mechones sudorosos.

-No -exclamó, con una especie de gemido-. ¡No!

Pero su casi histérica negativa no afectó a lo que veía, que era absolutamente nada. No había nada que ver, excepto una corta valla de tablones que encerraba un solar cubierto de hierbajos y desechos.

El edificio que antes se alzaba allí había sido derribado.

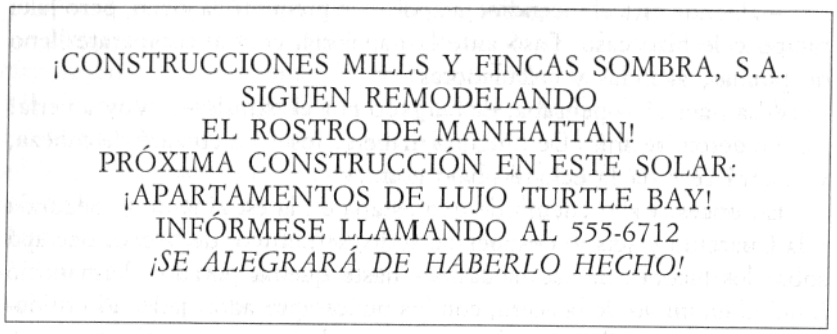
16

Jake permaneció ante la valla sin moverse durante casi dos minutos, contemplando el solar con ojos apagados. Una comisura de su boca se contraía espasmódicamente. Sintió que

su esperanza, su certeza absoluta, se desvanecía poco a poco. La sensación que la reemplazaba era la desesperación más profunda y amarga que jamás había conocido.

«Otra falsa alarma -pensó, cuando la conmoción hubo disminuido lo suficiente como para permitirle pensar de nuevo-. Otra falsa alarma, otro callejón sin salida, otro pozo seco. Ahora volverán a empezar las voces, y creo que entonces me pondré a gritar. Y me parecerá bien, porque estoy harto de resistir todo esto. Estoy harto de volverme loco. Si lo que pasa es que me estoy volviendo loco, sólo quiero darme prisa y acabar loco de una vez para que me lleven al hospital y me den algo que me deje K.O. Me rindo. Hasta aquí hemos llegado. No puedo más.»

Pero las voces no regresaron, al menos aún no. Y cuando Jake empezó a pensar en lo que veía, se dio cuenta de que el solar no estaba completamente vacío. En mitad del terreno herboso y sembrado de basura se alzaba un cartel.



¿Próxima construcción? Quizá..., pero Jake tenía sus dudas. El cartel parecía a punto de desprenderse, y las letras estaban descoloridas. Al menos un artista de la pintada, BANGO SKANK según su firma, había dejado su marca en brillante pintura azul sobre el dibujo de los Apartamentos de Lujo Turtle Bay. Jake se preguntó si el proyecto se había aplazado o si flotaba vientre arriba. Recordó que hacía menos de dos semanas había oído a su padre hablar por teléfono con su asesor financiero para ordenarle a voz en grito que se abstuviera de seguir invirtiendo en edificios de apartamentos. «¡Me importan un bledo las ventajas fiscales! -le había indicado casi en un alarido (según la experiencia de Jake, éste era el tono de voz que utilizaba normalmente su padre para discutir asuntos de negocios; quizá la cocaína que guardaba en el cajón del escritorio tuviera algo que ver con ello)-. ¡Si han de regalar un puñetero televisor para que vayas a echar un vistazo a unos planos, es que algo anda mal!»

La valla que rodeaba el solar le llegaba a Jake a la altura de la barbilla y estaba empapelada de anuncios: Olivia Newton-John en el Radio City, un conjunto llamado G. Gordon Liddy y los Grots en un club del East Village, una película titulada *La guerra de los zombis* que se había estrenado y había desaparecido de la cartelera a principios de aquella primavera. Había varios avisos de PROHIBIDO EL PASO clavados a intervalos, pero casi todos habían sido cubiertos por anunciantes emprendedores. Un poco más lejos, alguien había hecho otra pintada con spray sobre la valla, esta vez en lo que sin duda había sido antes un rojo vivo, que al desteñirse había quedado en el rosa crepuscular de las rosas de finales del verano. Jake susurró las palabras en voz baja, fascinado y con los ojos muy abiertos:

«¡Mira la TORTUGA de enorme amplitud!
Sobre su caparazón sostiene la tierra.
Si quieres correr y jugar,
ven hoy mismo por el HAZ.»

Jake suponía que el origen de este extraño poemita (ya que no su sentido) estaba bastante claro. Después de todo, aquella parte de la zona Este de Manhattan recibía el nombre de Turtle Bay. Pero eso no explicaba la carne de gallina que le subía por el centro de la

Librodot

espalda en una ancha franja, ni la clara sensación de que acababa de encontrar otra señal indicadora en una fabulosa carretera oculta.

Jake se desabrochó la camisa y guardó bajo ella los dos libros que acababa de comprar. Luego miró en derredor, comprobó que nadie se fijaba en él y se cogió a la valla con las dos manos. Se izó, pasó una pierna por encima de la valla y se dejó caer al otro lado. El pie izquierdo fue a dar sobre una pila irregular de ladrillos, que se desmoronó bajo su peso. Se le torció el tobillo, y un dolor lancinante le subió por la pierna. Cayó con un golpe sordo y soltó un grito mezcla de dolor y de sorpresa cuando otros ladrillos se le clavaron en el pecho como rudos y poderosos puños.

Se quedó allí tendido, sin más, esperando a recobrar el aliento. No creía estar malherido, pero se había torcido un tobillo y seguramente se le hincharía. Para cuando llegara a casa no podría andar sin cojear. Pero tendría que aguantarse; lo que estaba claro era que no le quedaba dinero para un taxi.

«¿De veras tienes la intención de volver a casa? Te comerán vivo.»

Bueno, quizá sí se lo comerían o quizá no. Hasta donde alcanzaba a ver, no tenía mucha elección en el asunto. Y eso era para más tarde. De momento iba a explorar aquel solar que lo había atraído de un modo tan inexorable como un imán atrae las limaduras de hierro. Se dio cuenta de que aún percibía a su alrededor aquella sensación de poder, y más intensa que nunca. No creía que aquel lugar fuera un simple solar vacío. Allí estaba pasando algo, algo grande. Lo sentía zumbar en el aire, como voltios sueltos escapando de la mayor central de energía del mundo.

Al levantarse vio que en realidad había estado de suerte. Cerca de él había un horrible montón de cristales rotos. Si hubiera caído ahí, habría podido hacerse daño de veras.

«Esto era el escaparate -pensó Jake-. Cuando la charcutería aún estaba aquí, uno podía pararse en la acera y mirar todos los fiambres y los quesos. Los tenían colgados de cordeles.» No sabía cómo lo sabía, pero lo sabía sin la más mínima duda.

Dirigió una mirada pensativa a su alrededor y luego se internó un

poco más en el solar. Cerca del centro, tirado en el suelo y medio tapado por una profusión de maleza primaveral, había otro cartel. Jake se arrodilló al lado, lo levantó y lo limpió de tierra. Las letras estaban descoloridas, pero aún eran legibles:

CHARCUTERÍA ARTÍSTICA DE TOM Y GERRY ESPECIALIDAD EN BANDEJAS PARA FIESTAS

Y debajo, pintada al spray con aquel mismo rojo desvaído a rosa, aparecía esta enigmática frase: NOS CONTIENE A TODOS EN SU MENTE. «Este es el lugar -se dijo Jake-. Oh, sí.»

Soltó el cartel, se incorporó y siguió internándose en el solar, moviéndose despacio, mirándolo todo. A medida que avanzaba fue creciendo la sensación de poder. Todo lo que veía -los matojos, los cristales rotos, las pilas de ladrillos- parecía erguirse con una especie de fuerza exclamativa. Hasta las bolsas de patatas fritas parecían hermosas, y el sol había convertido una botella de cerveza vacía en un cilindro de fuego marrón.

Jake era muy consciente de su respiración y de la luz del sol que caía sobre todas las cosas como un peso de oro. Comprendió de pronto que se hallaba al borde de un gran misterio, y un estremecimiento -medio de terror, medio de maravilla- le recorrió todo el cuerpo.

«Está todo aquí. Todo. Aún está todo aquí.»

Las hierbas le rozaban los pantalones; había bardanas que se le adherían a los calcetines. La brisa depositó ante él un envoltorio de Ring-Ding que reflejó un rayo de sol, y por un instante el envoltorio se llenó de un hermoso y terrible resplandor interno.

-Aún está todo aquí -repitió en voz alta, sin darse cuenta de que la cara se le llenaba de su propio resplandor interno-. Todo.

Librodot

Oía un sonido; de hecho, venía oyéndolo desde que entró en el solar. Era un maravilloso zumbido agudo, increíblemente solitario e increíblemente bello. Hubiera podido ser el sonido de un gran viento en una llanura desierta, excepto que estaba vivo. Era, pensó, el sonido de un millar de voces que cantaran un grandioso acorde abierto. Bajó la mirada y descubrió que había caras en la maraña de hierbas, en los matorrales, en los montones de ladrillos. Caras.

-¿Qué sois? -susurró Jake-. ¿Quiénes sois?

No hubo respuesta, pero por debajo del coro le pareció oír ruido de cascos sobre la tierra polvorienta, *y* tiroteos, *y* ángeles entonando hosannas desde las sombras. Las caras de los escombros parecían volverse a su paso. Parecían observar su avance, pero no albergaban intención maligna ninguna. Jake podía ver la calle Cuarenta y seis y una esquina del edificio de las Naciones Unidas al otro lado de la Primera avenida, pero los edificios no importaban. Nueva York no importaba. Se había vuelto tan incolora como un vidrio de ventana.

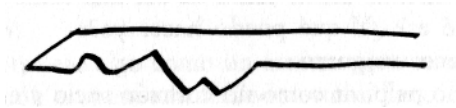
El zumbido aumentó. Ya no era un millar de voces sino un millón, un torrente de voces que se alzaba desde el pozo más profundo del universo. Jake captó nombres en aquella voz de grupo, pero no habría sabido decir qué nombres eran ésos. Uno hubiera podido ser Marten. Otro hubiera podido ser Cuthbert. Y otro hubiera podido ser Rolando, Rolando de Galaad.

Había nombres; había un rumor de conversación que hubiera podido ser diez mil historias entretejidas; pero por encima de todo estaba aquel zumbido creciente y cautivador, una vibración que quería llenarle la cabeza de brillante luz blanca. Jake descubrió con una alegría tan abrumadora que amenazaba hacerle estallar que la voz era de Sí; la voz de Blanco; la voz de Siempre. Era un excelso coro de afirmación, y cantaba en el solar vacío. Cantaba para él.

Entonces, tirada entre unas raquíticas matas de bardana, Jake vio la llave... y más allá, la rosa.

17

Las piernas le traicionaron y cayó de rodillas. Era vagamente consciente de que estaba llorando, y aún más vagamente consciente de que se había mojado un poco los pantalones. Avanzó arrodillado y extendió la mano hacia la llave que yacía entre el amasijo de bardanas. La llave tenía una forma sencilla que le parecía haber visto en sueños:



Pensó: «La curva pequeña en forma de ese que hay en el extremo. Ese es el secreto.»

Cuando cerró la mano en torno a la llave, las voces se alzaron en un armónico grito de triunfo. La exclamación de Jake se perdió en la voz de aquel coro. Vio que la llave emitía un destello blanco entre sus dedos y sintió que le subía por el brazo una tremenda descarga de energía.

Fue como si hubiera cogido un cable de alta tensión, pero no hubo dolor.

Abrió *Charlie el Chu-Chú* y metió la llave dentro. Después, sus ojos volvieron a fijarse en la rosa y se dio cuenta de que ésta era la auténtica llave: la clave de todo. Se arrastró de rodillas hacia ella, su cara una llameante corona de luz, sus ojos dos ardientes pozos de fuego azul.

La rosa crecía entre un matojo de extraña hierba morada.

Librodot

A medida que Jake se acercaba a este matojo de hierba extraña, la rosa empezó a abrirse ante sus ojos para revelar un oscuro horno escarlata, pétalo sobre secreto pétalo, y cada uno ardiendo con su propia furia secreta. Jake no había visto en toda su vida algo tan intensa y absolutamente vivo.

Y en aquel momento, mientras alargaba una mano mugrienta hacia esta maravilla, las voces empezaron a cantar su propio nombre... y un miedo letal se infiltró insidiosamente hacia el centro de su corazón. Era tan frío como el hielo y tan pesado como una losa.

Algo estaba mal. Podía percibir cierta discordia pulsátil, como un feo y profundo arañazo en una invaluable obra de arte o una fiebre mortífera que arde bajo la piel helada de la frente de un enfermo.

Era algo como un gusano. Un gusano invasor. Y una forma. Una sombra que acecha detrás mismo de la próxima revuelta del camino.

Entonces el corazón de la rosa se abrió para él, dejando al descubierto un fulgor de luz amarilla, y todo pensamiento fue barrido por una oleada de pasmo maravillado. Jake pensó por un instante que lo que estaba viendo sólo era polen, investido del resplandor sobrenatural que vivía en el corazón de todos los objetos en aquel solar desierto; lo pensó aunque nunca había oído decir que hubiera polen en las rosas. Se inclinó un poco más y vio que el círculo concentrado de amarillo llameante no era polen, ni mucho menos. Era un sol: una vasta forja que ardía en el centro de aquella rosa que crecía entre la hierba morada.

Volvió a sentir miedo, sólo que ahora se había convertido en un terror sin paliativos. «Está bien -pensó-. Todo lo que hay aquí está bien, pero podría ir mal; de hecho, creo que ya ha empezado a ir mal. Se me está permitiendo sentir tanto de ese mal como yo puedo soportar..., pero ¿qué es? ¿Y qué puedo hacer yo?»

Era algo como un gusano.

Podía sentirlo palpitar como un corazón sucio y enfermo que guerreaba contra la belleza serena de la rosa, que gritaba crudas obscenidades contra el coro de voces que tanto le había consolado e inspirado.

Se inclinó más hacia la rosa y vio que su centro no era un sol, sino muchos... tal vez todos los soles, contenidos en un feroz pero frágil envoltorio.

«Pero está mal. Todo está en peligro.»

Sabía que tocar aquel refulgente microcosmos significaría sin duda la muerte, pero fue incapaz de contenerse y extendió la mano. No había curiosidad ni terror en el gesto; sólo una enorme e inexpresable necesidad de proteger la rosa.

18

Cuando volvió en sí, al principio sólo se dio cuenta de que había transcurrido mucho tiempo y que la cabeza le dolía de un modo espantoso.

«¿Qué ha pasado? ¿Me han asaltado?»

Se dio la vuelta y se sentó en el suelo. Otro estallido de dolor le cruzó la cabeza. Se llevó una mano a la sien izquierda y la retiró con los dedos pegajosos de sangre. Bajó la mirada y vio un ladrillo que asomaba entre la hierba. Su esquina roma era demasiado roja.

«Si hubiera sido puntiagudo, probablemente ahora estaría muerto o en coma.»

Se miró la muñeca y le sorprendió comprobar que aún llevaba puesto el reloj. Era un Seiko, no exageradamente caro, pero en aquella ciudad uno no podía sestear en un solar vacío sin perder sus pertenencias. Caro o no, alguien se habría sentido más que satisfecho de llevárselo. Por lo visto, esta vez había estado de suerte.

Eran las cuatro y cuarto de la tarde. Había permanecido allí tendido, muerto para el mundo, al menos durante seis horas. Su padre ya debía tener a toda la policía buscándolo,

pero eso no parecía tener mucha importancia. A Jake le parecía que había dejado la Piper School hacía unos mil años.

Jake recorrió la mitad de la distancia hacia la valla que separaba el solar de la acera de la Segunda avenida, y de pronto se detuvo. ¿Qué le había pasado, exactamente?

Poco a poco fueron volviendo los recuerdos. Había saltado la valla. Había perdido pie y se había torcido el tobillo. Se agachó, se lo tocó e hizo una mueca de dolor. Sí, todo eso había ocurrido, estaba claro. Y luego, ¿qué?

Algo mágico.

Buscó a tientas ese algo como un anciano que se moviera a tientas por una habitación en penumbra. Todo estaba lleno de su propia luz. Todo; hasta los envoltorios vacíos y las botellas de cerveza desechadas. Había voces. Las voces cantaban y contaban miles de relatos que se confundían unos con otros.

-Y había caras -musitó. Este recuerdo le hizo mirar en torno con aprensión. No vio ninguna cara. Los montones de ladrillos sólo eran montones de ladrillos, y los matojos de hierba sólo eran matojos de hierba. No había caras, pero...

«... pero las había. No te lo has imaginado.»

Estaba seguro de eso. No podía capturar la esencia del recuerdo, su calidad de belleza y trascendencia, pero le parecía perfectamente real. Era sólo que sus recuerdos de aquellos momentos, antes de que perdiera la conciencia, parecían fotografías tomadas el mejor día de tu vida. Puedes recordar cómo fue aquel día -al menos de un modo aproximado-, pero las fotos carecen de brillo y casi no tienen poder.

Jake paseó la mirada por el terreno desolado, que ya empezaba a llenarse con las sombras violáceas del atardecer, y pensó: «Quiero que vuelvas. Dios, quiero que vuelvas a ser como antes.»

Entonces vio la rosa, que crecía en su matojo de hierba morada, muy cerca del lugar donde Jake había caído. El corazón le dio un brinco. Jake retrocedió hacia ella torpemente, ajeno a las punzadas de dolor que el tobillo emitía a cada paso. Se hincó de rodillas ante ella como un fiel ante el altar y se inclinó hacia delante con los ojos muy abiertos.

Sólo es una rosa. Después de todo no es más que una rosa. Y la hierba...

Vio que la hierba no era morada. Sí, había salpicaduras moradas en las hojas, pero bajo ellas su color era un verde perfectamente normal. Miró un poco más allá y vio salpicaduras azules en otro grupo de hierbas. A su derecha, unas matas dispersas de bardana exhibían vestigios de rojo y amarillo. Y detrás de ellas había unos cuantos botes de pintura abandonados. Glidden Spred Satin, rezaban las etiquetas.

«Conque sólo era eso. Simples manchas de pintura. Pero con la confusión que tenías en la cabeza, creíste que veías...»

Tonterías.

Sabía muy bien lo que había visto antes y lo que estaba viendo ahora.

-Camuflaje -susurró-. Todo estaba bien aquí. Todo. Y todavía lo está.

Ahora que se le despejaba la cabeza, volvía a percibir de nuevo la energía armónica y constante contenida en aquel lugar. El coro seguía allí, y su voz seguía siendo igual de melodiosa, aunque ahora tenue y lejana. Contempló un montón de ladrillos y trozos de yeso rotos y vio una cara apenas discernible que se ocultaba entre ellos. Era la cara de una mujer con una cicatriz en la frente.

-¿Allie? -murmuró Jake-. ¿No te llamas Allie?

No hubo respuesta. La cara desapareció. Volvía a estar mirando un simple montón de yeso y ladrillos sin gracia.

Contempló de nuevo la rosa. Vio que no era del rojo oscuro que vive en el corazón de un horno ardiente sino de un rosado polvoriento y moteado. Era muy hermosa, pero no perfecta. Algunos pétalos se habían curvado hacia atrás, y sus bordes estaban parduscos y muertos. No era el tipo de flor cultivada que había visto en las floristerías; supuso que debía tratarse de una rosa silvestre.

-Eres muy hermosa -dijo, y una vez más extendió la mano para tocarla.

Aunque no soplaba la menor brisa, la rosa se inclinó hacia él. Durante un instante las yemas de sus dedos apenas rozaron la flor, suave, aterciopelada y maravillosamente viva, y a su alrededor la voz del coro pareció hacerse más potente.

-¿Estás enferma, rosa?

No hubo respuesta, naturalmente. Cuando sus dedos se apartaron de la corola rosada de la flor, ésta regresó a su posición inicial, irguiéndose entre las hierbas manchadas de pintura con todo su esplendor silencioso y olvidado.

«¿Florecen las rosas en esta época del año? -se preguntó Jake-. ¿Florecen las silvestres? Además, ¿por qué habría de crecer una rosa silvestre en un solar desocupado? Y, si hay una, ¿cómo es que no hay más?»

Permaneció un rato más de rodillas, hasta que se dio cuenta de que podía seguir mirando la rosa durante el resto de la tarde (o quizá durante el resto de su vida) sin que eso lo acercara en lo más mínimo a la solución de su misterio. Por un momento lo había visto con absoluta claridad, como había visto todo lo demás en aquel rincón olvidado de la ciudad, cubierto de basuras; lo había visto con la máscara quitada y el camuflaje descartado. Quería volver a verlo así, pero no bastaba quererlo para que se cumpliera.

Era hora de regresar a casa.

Vio los dos libros que había comprado en El Restaurante de la Mente tirados en el suelo. Cuando los recogió, un objeto plateado y brillante resbaló de entre las páginas de *Charlie el Chu-Chú* y cayó sobre un mezquino matojo de hierbas. Jake se agachó, cargando el peso sobre el tobillo bueno, y lo recogió. Al hacerlo, el coro suspiró y se elevó, y luego volvió a su zumbido casi inaudible.

-Así que esta parte también era real... -musitó. Deslizó la yema del pulgar sobre las protuberancias romas de la llave y por sus burdas muescas en forma de V, y la hizo patinar sobre la suave curva en S en que terminaba la tercera muesca. Luego se guardó la llave en el bolsillo derecho de los pantalones y empezó a cojear hacia la valla.

Había llegado ante ella y se disponía a encaramarse cuando de pronto una idea terrible se apoderó de su mente.

«¡La rosa! ¿Y si viene alguien y la arranca?»

Se le escapó un fugaz gemido de horror. Volvió la cabeza, y sus ojos la localizaron al cabo de un instante, aunque ya estaba cubierta por la sombra de un edificio cercano: una minúscula figura rosada en la oscuridad, vulnerable, bella y solitaria.

«¡No puedo abandonarla! ¡Tengo que protegerla!»

Pero una voz habló en su mente, una voz que era sin duda la del hombre al que había conocido en la estación de paso en aquella otra vida extraña: «Nadie la arrancará, ni tampoco la aplastará ningún vándalo bajo su pie, porque sus ojos apagados no pueden resistir la visión de su belleza. No es éste el peligro. De tales cosas puede protegerse sola.»

Jake se sintió invadido por una profunda sensación de alivio.

«¿Puedo volver aquí a mirarla? -le preguntó a la voz fantasma-. Cuando esté deprimido, o si vuelven las voces y empiezan a discutir otra vez. ¿Puedo volver a mirarla y alcanzar algo de paz?»

La voz no respondió, y tras escuchar en vano unos instantes, Jake llegó a la conclusión de que se había ido. Se embutió *Charlie el Chu-Chú y ¡Adivina, adivinanza!* bajo la cintura de los pantalones -que estaban sucios de tierra y cubiertos de semillas de bardana adheridas a la tela- y cogió el borde superior de la valla con las dos manos. Se izó, pasó las piernas al otro lado y se dejó caer a la acera de la Segunda avenida, cuidando de aterrizar sobre su pie bueno.

La circulación en la Segunda avenida -tanto de vehículos como de peatones- era mucho más intensa, pues la gente ya empezaba a regresar a su casa. Algunos transeúntes se volvieron para mirar al chico de la americana rasgada y la camisa por fuera de los pantalones que saltaba desmañadamente la valla, pero no muchos. Los neoyorquinos están acostumbrados a ver gente que hace cosas raras.

Permaneció unos instantes parado en la acera, experimentando una sensación de pérdida, y de pronto descubrió otra cosa: las voces que discutían aún seguían ausentes. Eso, al menos, ya era algo.

Miró de soslayo los tablones de la cerca y el poema pintado con spray pareció saltar hacia él, tal vez porque la pintura era del mismo color que la rosa.

-¡Mira la TORTUGA de enorme amplitud! -recitó Jake en voz baja-. Sobre su caparazón sostiene la tierra. -Se estremeció-. ¡Vaya día, muchacho!

Se dio la vuelta y empezó a cojear lentamente hacia su casa.

19

El portero debió de avisar por el intercomunicador en cuanto Jake entró en el vestíbulo, porque su padre estaba esperándolo ante la puerta del ascensor cuando éste se detuvo en el quinto piso. Elmer Chambers llevaba unos tejanos descoloridos y unas botas de vaquero que añadían cinco centímetros a su metro setenta y ocho de estatura. Su cabello negro cortado a cepillo se le erizaba sobre el cráneo; desde que Jake alcanzaba a recordar, su padre siempre había tenido el aspecto de alguien que acaba de recibir un sobresalto tremendo y eléctrico. En cuanto Jake salió del ascensor, Chambers lo cogió del brazo.

-¡Mírate! -Los ojos de su padre lo recorrieron de arriba abajo, fijándose en la suciedad que cubría las manos y la cara de Jake, la sangre seca en la sien y la mejilla, la americana rasgada y las semillas de bardana que se aferraban a la corbata como una aguja extravagante-. ¡Pasa adentro! ¿Dónde coño has estado? ¡Tu madre está a punto de volverse loca!

Sin darle oportunidad de responder, lo arrastró al interior del apartamento. Jake vio a Greta Shaw parada bajo el arco del pasillo que comunicaba el comedor y la cocina. La mujer le dirigió una mirada de cautelosa simpatía que se desvaneció antes de que los ojos «del señor» pudieran posarse casualmente en ella.

La madre de Jake estaba sentada en su mecedora. Cuando lo vio entrar se puso en pie, pero no de un salto; tampoco se apresuró a cruzar la habitación para cubrirlo de besos e invectivas. Mientras se le acercaba, Jake le examinó los ojos y calculó que se habría tomado al menos tres váliums desde el mediodía. Quizá cuatro. Tanto su padre como su madre creían firmemente en la capacidad de la química para mejorar la calidad de la vida.

¡Estás sangrando! ¿Dónde has estado? -Formuló esta pregunta con su cultivada voz de Vassar, como si estuviera saludando a un conocido que acabara de sufrir un pequeño accidente de tráfico.

-Fuera -respondió él.

Su padre lo sacudió con aspereza. Jake no se lo esperaba, y trastabilló y tuvo que apoyarse en el tobillo lesionado. El dolor se encendió de nuevo, llenándolo de furia repentina. Jake no creía que su padre estuviera enojado porque había desaparecido de la escuela, dejando únicamente su redacción loca tras de sí; su padre estaba enojado porque Jake había tenido la temeridad de trastocar sus preciosos planes para el día.

Hasta aquel momento de su vida, Jake sólo había sido consciente de albergar tres sentimientos hacia su padre: perplejidad, miedo y una especie de amor débil y confuso. Ahora descubrió un cuarto y un quinto. Uno era cólera; el otro, desagrado. Y mezclada con estos desagradables sentimientos estaba la sensación de añoranza de su hogar. Era lo más grande que había dentro de él en aquel preciso instante, y se enroscaba en torno a todo lo demás como una nube de humo. Contempló las mejillas enrojecidas de su padre y su aullante corte de pelo y deseó hallarse de nuevo en el solar vacío, mirando la rosa y escuchando el coro.

«Este no es mi lugar -pensó-. Ya no. Tengo un trabajo que hacer. ¡Si al menos supiera qué es!»

-Suéltame -le ordenó.

-¿Qué has dicho? -Los ojos azules de su padre se abrieron como platos. Esta noche los tenía inyectados en sangre. Jake supuso que habría estado acudiendo con frecuencia a su reserva de polvos mágicos, y seguramente eso quería decir que era un mal momento para enfrentarse con él, pero Jake se dio cuenta de que aun así estaba dispuesto a hacerlo. No se dejaría zarandear como un ratón entre las fauces de un gato sádico. Esa noche no. Quizá nunca más. De pronto comprendió que buena parte de su cólera provenía de un hecho muy sencillo: no podía hablar con ellos de lo que había ocurrido, de lo que todavía estaba ocurriendo. Le habían cerrado todas las puertas.

«Pero tengo una llave -pensó, y palpó su figura a través de la tela de los pantalones. Y le vino a la memoria el resto de aquel extraño poema: Si quieres correr y jugar, ven hoy mismo por el HAZ.»

-He dicho que me sueltes -repitió-. Tengo un esguince en el tobillo y me estás haciendo daño.

-Haré que te duela algo más que el tobillo si no...

Jake se sintió inundado de una fuerza repentina. Aferró la mano que lo tenía cogido por el brazo, justo debajo del hombro, y la apartó con violencia. Su padre se quedó boquiabierto.

-No trabajo para ti -prosiguió Jake-. Soy tu hijo, ¿te acuerdas? Si lo has olvidado, mira la foto que tienes sobre el escritorio.

El labio superior de su padre se curvó hacia arriba y dejó al descubierto su perfecta dentadura en una mueca en la que entraban dos partes de sorpresa y una de ira.

-No me hables en ese tono. ¿Dónde diablos ha quedado tu respeto?

-No lo sé. A lo mejor lo he perdido por el camino.

-Te has pasado todo el puñetero día ausente sin permiso y aún tienes el atrevimiento...

-¡Basta! ¡Los dos! ¡Basta ya! -gritó la madre de Jake. Parecía hallarse al borde del llanto, a pesar de los sedantes que circulaban por su organismo.

El padre de Jake volvió a levantar la mano para cogerlo del brazo pero cambió de idea. Quizá la sorprendente fuerza con que su hijo se había desasido un momento antes tuviera algo que ver con ello. O quizá fue sólo la expresión de sus ojos.

-Quiero saber dónde has estado.

-Fuera. Ya te lo he dicho. Y no voy a decirte nada más.

-¡Y una mierda! ¡Ha llamado el jefe de estudios, tu profesor de francés ha venido personalmente, y los dos tenían *beaucoup* de preguntas que hacerte! ¡Yo también las tengo, y quiero respuestas!

-Llevas la ropa sucia -observó su madre, y añadió con timidez-: ¿Te han atracado, Johnny? ¿Has hecho novillos y te han atracado?

-Claro que no le han atracado -bufó Elmer Chambers-. Todavía lleva el reloj, ¿no?

-Pero tiene sangre en la cabeza.

-No es nada, mamá. Me he dado un golpe.

-Pero...

-Me voy a la cama. Estoy muy, muy cansado. Si queréis que hablemos por la mañana, muy bien. Quizás entonces estemos todos más calmados. Pero por ahora no tengo nada que decir.

Su padre dio un paso hacia él y extendió la mano.

-¡No, Elmer! -aulló la madre de Jake.

Chambers no le hizo caso. Cogió a Jake por la chaqueta.

-No creas que vas a dejarme plantado... -comenzó a decir, y entonces Jake giró en redondo, arrancándole la chaqueta de la mano. La costura de la manga derecha, ya en mal estado, cedió con un brusco ruidito ronroneante.

Librodot

Su padre le vio los ojos llameantes y se hizo a un lado. La cólera de su expresión quedó mitigada por algo que se asemejaba al terror. Las llamas no eran metafóricas; los ojos de Jake parecían realmente encendidos. Su madre emitió un débil gritito, se cubrió la boca con una mano, dio dos grandes y tambaleantes pasos hacia atrás y se desplomó en la mecedora.

-Déjame... en... paz -dijo Jake.

-¿Qué te ha pasado? -le preguntó su padre, ahora con voz casi quejumbrosa-. ¿Qué diablos te ha pasado? Te largas de la escuela el primer día de exámenes sin decir una palabra a nadie, llegas cubierto de mierda de la cabeza a los pies... y te portas como si estuvieras loco.

Bien, ahí estaba: «te portas como si estuvieras loco». Lo que tanto había temido oír desde que empezaron las voces, tres semanas atrás. La Pavorosa Acusación. Pero ahora que por fin se materializaba, Jake descubrió que en realidad no le asustaba mucho, tal vez porque finalmente había conseguido zanjar la cuestión en su propia mente. Sí, le había pasado algo. Todavía estaba pasando. Pero no; no se había vuelto loco. Aún no, por lo menos.

-Hablaremos por la mañana -repitió. Cruzó el comedor, y esta vez su padre no trató de impedírselo. Casi había llegado al pasillo cuando lo detuvo la voz angustiada de su madre.

-Johnny... ¿Te encuentras bien?

¿Y qué había de contestar? ¿Sí? ¿No? ¿Las dos cosas a la vez? ¿Ninguna de las dos? Pero las voces habían callado, y eso ya era algo. En realidad ya era mucho.

-Mejor -dijo al fin. Se fue a su habitación y cerró la puerta a sus espaldas. El sonido de la puerta al quedar firmemente encajada entre él y el resto del redondo mundo le produjo una enorme sensación de alivio.

20

Permaneció un rato junto a la puerta, escuchando. La voz de su madre era sólo un murmullo, y la de su padre un poco más fuerte. Su madre dijo algo sobre la sangre y el médico.

Su padre dijo que el chico estaba bien, el único problema que tenía era la lengua, y él se encargaría de arreglarlo.

Su madre dijo algo sobre calmarse.

Su padre dijo que estaba muy calmado.

Su madre dijo...

El dijo, ella dijo, bla, bla, bla. Jake aún los quería -estaba bastante seguro de ello, en todo caso-, pero habían sucedido cosas, y esas cosas a su vez hacían necesario que ocurrieran otras cosas.

¿Por qué? Porque a la rosa le pasaba algo malo. Y quizá porque quería correr y jugar... y verle otra vez los ojos, tan azules como el cielo sobre la estación de paso.

Jake se dirigió lentamente a su escritorio al tiempo que se quitaba la americana. Estaba en muy mal estado: una manga casi completamente desprendida, el forro colgando como una vela desinflada. La dejó sobre el respaldo de la silla, se sentó y depositó los libros sobre el escritorio. Llevaba una semana y media durmiendo muy mal, pero tenía la impresión de que esa noche iba a dormir bien. No recordaba haber estado nunca tan cansado. Cuando despertara por la mañana, quizá sabría qué hacer.

Sonó un suave golpe en la puerta, y Jake se volvió hacia ella con prevención.

-John, soy la señora Shaw. ¿Puedo entrar un momento?

Jake sonrió. La señora Shaw; naturalmente. Sus padres la habían reclutado como mediadora. O quizá sería más adecuado decir como intérprete.

Librodot

«Vaya usted a verlo -le habría dicho su madre-. A usted le contará lo que le pasa. Soy su madre, y este hombre de los ojos inyectados en sangre y la nariz moqueante es su padre. Usted sólo es una empleada, pero él le dirá lo que no nos diría a nosotros. Porque usted lo ve más que cualquiera de los dos, y quizás habla su lenguaje.»

«Traerá una bandeja», pensó Jake, y cuando abrió la puerta estaba sonriendo.

En efecto, la señora Shaw traía una bandeja con dos sándwiches, una porción de tarta de manzana y un vaso de leche con cacao. Contempló a Jake con una expresión de ligera inquietud, como si creyera que podía abalanzarse sobre ella y pegarle un mordisco. Jake asomó la cabeza, pero no vio ni rastro de sus padres. Se los imaginó sentados en la sala, escuchando con nerviosismo.

-He pensado que a lo mejor te apetecía comer algo -dijo la señora Shaw.

-Sí, gracias. -Estaba realmente hambriento; no había comido nada desde el desayuno. Se apartó a un lado, y la señora Shaw entró en la habitación (dirigiéndole otra mirada aprensiva al pasar) y dejó la bandeja sobre el escritorio.

-Oh, mira esto -exclamó, y cogió *Charlie el Chu-Chú-. Yo* tuve este libro cuando era pequeña. ¿Lo has comprado hoy, Johnny?

-Sí. ¿Le han pedido mis padres que averigüe qué he estado haciendo?

Ella asintió con un gesto. Sin fingimiento, sin comedia. Era sólo un trabajo, como sacar la basura. «Puedes contármelo si quieres -decía su cara-, o quedarte callado. Me gustas, Johnny, pero en realidad a mí me da lo mismo una cosa que otra. Yo sólo trabajo aquí, y hace más de una hora que hubiera tenido que irme.»

El muchacho no se ofendió por lo que veía en su cara; al contrario, aún se quedó más tranquilo. La señora Shaw era otra conocida que no llegaba a ser una amiga, pero Jake pensó que quizás estaba más cerca de ser una amiga que cualquiera de sus compañeros de escuela, y mucho más cerca que su padre o su madre. Por lo menos, la señora Shaw era sincera. Uno sabía a qué carta quedarse. Todo entraba en la factura a fin de mes, y siempre les quitaba la costra socarrada a los sándwiches.

Jake cogió uno y le dio un buen mordisco. Mortadela y queso, su favorito. Este era otro punto a favor de la señora Shaw: conocía sus preferencias. Su madre aún conservaba la idea de que le gustaban las mazorcas de maíz y detestaba las coles de Bruselas.

-Dígales que estoy bien, por favor -le rogó-. Y dígale a mi padre que lamento haber sido grosero con él.

No lo lamentaba, pero lo único que en realidad quería su padre era esta disculpa. Cuando la señora Shaw se la transmitiera, se relajaría y empezaría a repetirse la vieja mentira: había cumplido su deber paternal y todo iba bien, todo iba bien y todas las cosas del mundo iban bien.

-He estado estudiando mucho para preparar los exámenes -prosiguió, masticando mientras hablaba-, y supongo que esta mañana se me ha venido todo encima. Me quedé como paralizado. Pensé que tenía que salir, o me asfixiaría. -Se tocó la costra de sangre seca que tenía en la frente-. En cuanto a esto, por favor dígale a mi madre que no es nada, de verdad. No me han atracado ni nada; fue un accidente idiota. Había un tipo de la UPS con un carretón y me di de narices con él. No es una herida importante. No veo doble ni nada, y hasta el dolor de cabeza se me ha pasado ya.

La mujer asintió.

-Ya imagino lo que ha sucedido: una escuela tan exigente como ésa... Te has descentrado un poco. No hay por qué avergonzarse, Johnny. Pero es verdad que desde hace un par de semanas no pareces tú mismo.

-Creo que ahora ya ha pasado. Quizá tenga que rehacer la redacción final de lengua inglesa, pero...

-¡Oh! -exclamó la señora Shaw. Una expresión de desconcierto le cruzó por la cara, y dejó *Charlie el Chu-Chú* sobre la mesa-. ¡Casi me olvido! Tu profesor de francés te ha traído una cosa. Voy a buscarla.

Librodot

Salió de la habitación. Jake esperaba no haber preocupado demasiado al señor Bissette, que era un tipo bastante correcto, pero imaginó que de no ser así no habría venido a su casa. Jake tenía la idea de que las visitas personales por parte de los profesores de la Piper School eran más bien infrecuentes. Trató de imaginar qué le había traído el señor Bissette. Lo único que se le ocurrió fue una invitación para hablar con el señor Hotchkiss, el psiquiatra de la escuela. Aquella misma mañana, eso le habría asustado mucho, pero ya no.

Lo único que ahora le importaba era la rosa.

Atacó el segundo sándwich. La señora Shaw había dejado la puerta abierta, y la oyó hablar con sus padres. A juzgar por el tono de la conversación, los dos parecían más calmados. Jake se bebió la leche y cogió el plato de la tarta de manzana. La señora Shaw regresó a los pocos minutos. Llevaba una carpeta azul que le resultaba muy conocida.

Jake descubrió que no todo su miedo se había desvanecido. Todo el mundo se habría enterado ya, alumnos y profesores por igual, y era demasiado tarde para hacer nada al respecto, pero eso no quería decir que le gustara que todos hablaran de él, que estuvieran enterados de que se le habían fundido los plomos.

En la parte delantera de la carpeta había prendido un sobre pequeño. Jake lo desprendió y alzó la mirada hacia la señora Shaw mientras lo abría.

-¿Cómo están mis padres? -se interesó.

Ella se permitió una fugaz sonrisa.

-Tu padre me ha pedido que te pregunte por qué no le dijiste que tenías la fiebre de los exámenes. Dice que a él también le pasó un par de veces cuando era un muchacho.

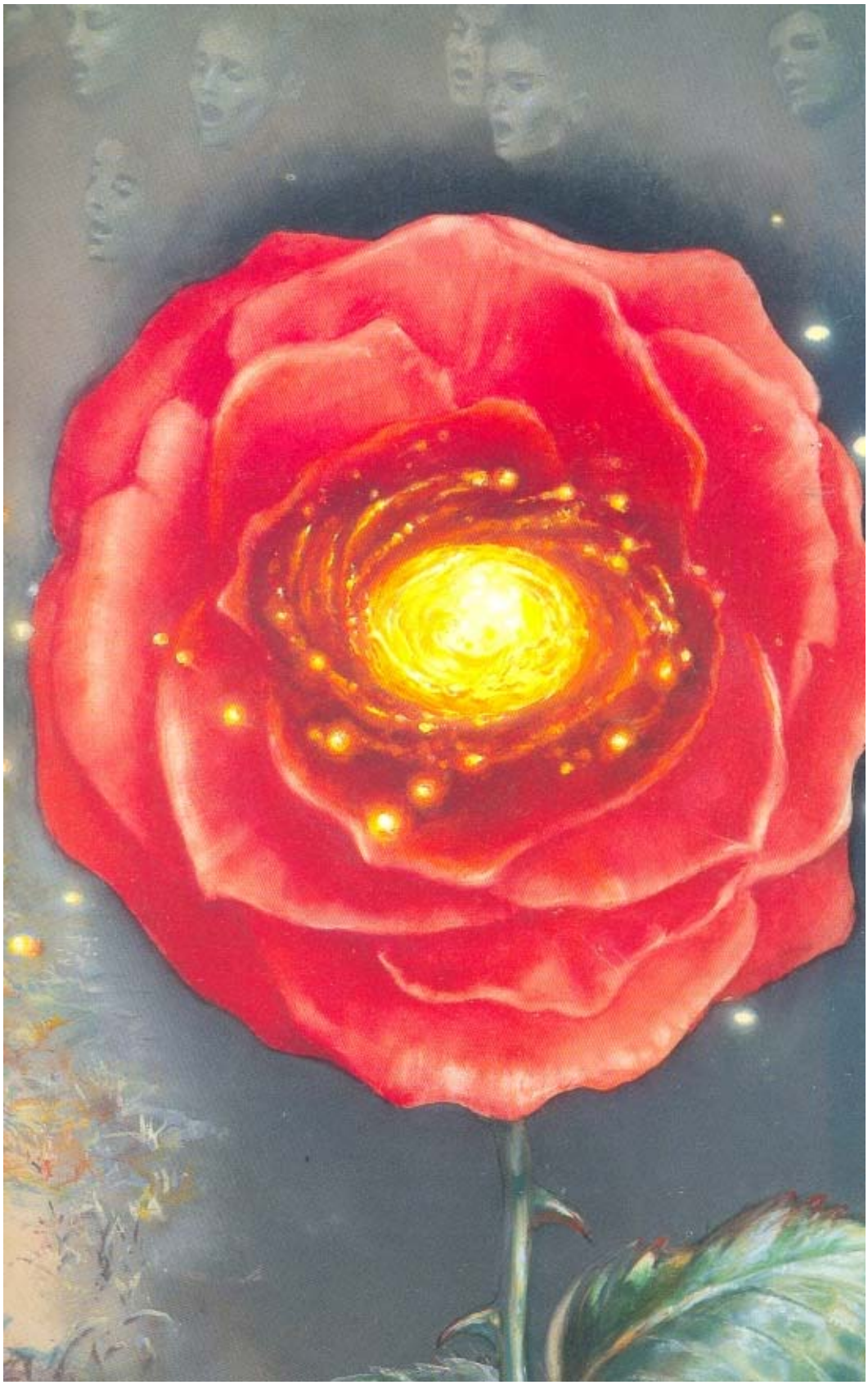
Esto le dejó sorprendido; su padre nunca había sido propenso a entregarse a esas reminiscencias que empiezan: «Cuando yo tenía tu edad...» Intentó imaginarse a su padre como un chico sometido a la tensión de los exámenes y descubrió que no le era del todo posible. Lo máximo que conseguía era la desagradable imagen de un enano belicoso enfundado en un suéter de Piper, un enano con botas vaqueras hechas a medida, un enano de cortos cabellos negros enhiestos sobre la frente.

La nota era del señor Bissette.

Librodot



Librodot



Librodot

Querido John:

Bonnie Avery me ha dicho que te has ido temprano. Está muy preocupada por ti, y yo también, aunque los dos ya habíamos visto cosas parecidas, sobre todo durante la semana de los exámenes. Por favor, ven a verme mañana a primera hora, ¿de acuerdo? Todos los problemas tienen solución. Si te sientes demasiado presionado por los exámenes -y te repito que eso es algo que ocurre constantemente-podemos acordar un aplazamiento. Nuestra mayor preocupación es tu bienestar. Llámame esta noche, si quieres; mi número es el 5557661. Estaré levantado hasta medianoche.

Recuerda que todos te apreciamos mucho y estamos de tu parte.

A votre santé,

H. Bissette

A Jake le entraron ganas de llorar. La nota expresaba preocupación, y eso era maravilloso, pero había también otras cosas, cosas no expresadas, que eran aún más maravillosas: afecto, interés y un intento (por desencaminado que estuviera) de comprender y consolar.

El señor Bissette había dibujado una flechita al pie de la nota. Jake volvió la hoja y leyó:

A propósito, Bonnie me ha pedido que te hiciera llegar esto. ¡Felicidades!

¿Felicidades? ¿Qué diablos quería decir eso?

Abrió la carpeta azul. La profesora había añadido una hoja de papel ante la primera página de su redacción final. El membrete rezaba DEL DESPACHO DE BONITA AVERY, y Jake leyó con creciente estupefacción la angulosa caligrafía de pluma estilográfica.

John:

Estoy segura de que Harvey expresará la preocupación que sentimos todos -es algo que se le da muy bien-, así que me limitaré a comentar tu redacción final, que he leído y calificado en mi hora libre. Es asombrosamente original y superior a cualquier trabajo de curso que haya leído desde hace años. Tu empleo de la repetición incrementativa («...y ésa es la verdad») es muy inspirado, pero, naturalmente, la repetición incrementativa no deja de ser sólo un truco. El auténtico valor de la composición reside en su calidad simbólica, expuesta en primer lugar mediante las imágenes del tren y la puerta en la página del título, y espléndidamente desarrollada en el interior. Esto llega a su conclusión lógica con la reproducción de la «torre negra», que interpreto como tu declaración de que las ambiciones convencionales no sólo son falsas sino también peligrosas.

No pretendo entender todo el simbolismo (por ejemplo, «la Dama de las Sombras», «el pistolero»), pero parece evidente que tú mismo eres «el Prisionero» (de la escuela, la sociedad, etc.) y que el sistema educativo es «el Demonio Parlante». Es posible que tanto «Rolando» como «el pistolero» representen a una misma figura investida de autoridad. ¿Tu padre, quizá? Esta posibilidad me intrigó tanto que busqué su nombre en tu expediente. He visto que se llama Elmer, pero también que su segunda inicial es una R.

Todo esto lo encuentro sumamente interesante. ¿O acaso ese nombre es un símbolo doble, derivado al mismo tiempo de tu padre y del poema de Robert Browning «Childe Roland a la Torre Oscura llegó»? No se me ocurriría hacer esta pregunta a la mayoría de mis alumnos, pero, naturalmente, ya sé cuán omnívora es tu afición a la lectura.

Librodot

Sea como fuere, he quedado muy impresionada. Los alumnos más jóvenes a menudo se sienten atraídos por este estilo denominado «monólogo interior», pero pocas veces son capaces de controlarlo. Tú has logrado combinar de un modo extraordinario la ciencia ficción con el lenguaje simbólico.

¡Bravo!

Ven a verme en cuanto estés «de vuelta» otra vez. Quiero hablar contigo sobre la posible publicación de este trabajo en la primera edición de la revista literaria estudiantil del próximo curso.

B. Avery

P.S. Si hoy te has ido de la escuela porque de repente te han entrado dudas acerca de mi capacidad para comprender una redacción final de tan inesperada riqueza, espero haberlas disipado.

Jake retiró la hoja y dejó al descubierto la primera de su redacción, tan asombrosamente original y simbólica. Escrita en la tinta roja del bolígrafo de calificar de la señorita Avery y encerrada dentro de un círculo del mismo color aparecía la nota A + . Debajo, la profesora había escrito ¡¡¡UN TRABAJO EXCELENTE!!!

Jake empezó a reír.

El día entero -aquel largo, amenazador, confuso, eufórico, terrorífico y misterioso día- se condensó en una serie de poderosas y rugientes carcajadas. Se hundió en el asiento, con la cabeza echada hacia atrás, las manos en los costados y ríos de lágrimas por las mejillas. Se rió hasta quedar ronco. Cuando estaba a punto de detenerse, su mirada se posaba en algún detalle de la bienintencionada crítica de la señorita Avery y le entraba otra vez la locura. Su padre se asomó sin que él lo viera, lo contempló con ojos perplejos y recelosos y volvió a retirarse, meneando la cabeza.

Finalmente se dio cuenta de que la señora Shaw seguía sentada en la cama, mirándolo con una expresión de amistoso desapego teñida de leve curiosidad. Jake intentó hablar, pero la risa lo arrastró de nuevo antes de que pudiera hacerlo.

«Tengo que parar -se dijo-. Tengo que parar o me moriré de risa. Me dará un ataque al corazón o una apoplejía o algo...»

Entonces pensó: «Me gustaría saber qué significado le ha visto al "chu-chú, chu-chú"», y otra vez se echó a reír como un descosido.

Por fin los espasmos fueron reduciéndose a breves risitas. Se enjugó los ojos con la manga y se disculpó:

-Lo siento, señora Shaw, pero es que..., bueno..., me han calificado la redacción final con una A + . Se ve que era muy... muy rica... y muy sim... sim...

Pero no pudo terminar. Otra vez se dobló de risa y tuvo que sujetarse el convulso vientre con las manos.

La señora Shaw se levantó y sonrió.

-Estupendo, John. Me alegro de que todo haya acabado tan bien, y estoy segura de que tus padres también se alegrarán. Se ha hecho tardísimo; voy a pedir al conserje que me llame un taxi. Buenas noches, y duerme bien.

-Buenas noches, señora Shaw -respondió Jake, controlándose con esfuerzo-. Y gracias.

En cuanto ella se hubo ido, empezó a reírse de nuevo.

21

En el curso de la media hora siguiente recibió sendas visitas de sus padres. Era verdad que se habían calmado, y la nota de A + en su redacción final aún contribuyó a calmarlos más. Jake los recibió con el libro de francés abierto sobre el escritorio, pero en realidad no lo había mirado ni tenía intención de hacerlo. Sólo esperaba a que se retiraran sus padres para poder examinar los dos libros que había comprado aquel mismo día. Tenía la sensación de que los auténticos exámenes finales todavía le aguardaban justo detrás del horizonte, y anhelaba desesperadamente pasarlos.

Su padre acudió al cuarto de Jake hacia las nueve y cuarto, unos veinte minutos después de terminada la breve e incoherente visita de su madre. Elmer Chambers sostenía un cigarrillo en una mano y un vaso de whisky escocés en la otra. Parecía no sólo más calmado, sino casi ido. Jake se preguntó fugazmente y con indiferencia se habría estado echando mano a la reserva de váliums de su madre.

-¿Estás bien, chico?

-Sí. -Volvía a ser el muchachito pulcro y atento que siempre mantenía un perfecto dominio de sí mismo. Los ojos que volvió hacia su padre no eran llameantes, sino opacos.

-Quería decirte que siento lo de antes. -Su padre no era hombre acostumbrado a ofrecer disculpas, y no lo hacía bien. Jake descubrió que le tenía un poco de lástima.

-No tiene importancia.

-Ha sido un día difícil -prosiguió su padre, e hizo un ademán con el vaso vacío-. ¿Por qué no lo olvidamos todo? -Habló como si se le acabara de ocurrir esta grandiosa y lógica idea.

-Yo ya lo he olvidado.

-Bien. -Había alivio en su voz-. Ahora conviene que duermas un poco, ¿no? Mañana tendrás que dar algunas explicaciones y pasar algunos exámenes.

–Supongo que sí -asintió Jake-. ¿Cómo está mamá?

–-Bien. Bien. Me voy al estudio. Tengo un montón de papeleo por resolver esta noche.

-¿Papá?

Su padre volvió la cabeza hacia él con aire cauteloso.

-¿Cuál es tu segundo nombre?

La expresión de su padre le dijo a Jake que había visto la nota de la redacción final pero no se había molestado en leer la composición en sí ni el comentario de la señorita Avery.

-No tengo segundo nombre -respondió-. Sólo una inicial, como Harry S. Truman. Salvo que la mía es una R. ¿Por qué lo preguntas?

-Simple curiosidad -dijo Jake.

Consiguió mantener la compostura hasta que su padre salió del cuarto, pero en cuanto hubo cerrado la puerta, Jake se echó sobre la cama y hundió la cara en la almohada para sofocar otro acceso de risa frenética.

22

Cuando estuvo seguro de que el ataque había pasado (aunque todavía le subía por la garganta alguna que otra risita incontenible) y de que su padre estaba bien encerrado en el estudio con sus cigarrillos, su whisky escocés, sus papeles y su frasquito de polvos blancos, Jake regresó al escritorio, encendió la lámpara de mesa y abrió *Charlie el Chu-Chú.* Un breve vistazo a la página de créditos le permitió saber que el libro se había publicado por primera

vez en 1952; su ejemplar correspondía a la cuarta edición. Luego miró la contraportada, pero no encontró ninguna información sobre Beryl Evans, la autora.

Jake volvió al principio, contempló la imagen de un hombre de cabello rubio que sonreía desde la cabina de una locomotora de vapor, estudió la sonrisa orgullosa del hombre y empezó a leer.

Bob Brooks era un maquinista de la Compañía Ferroviaria del Mundo Medio que cubría la línea de St. Louis a Topeka. El maquinista Bob era el mejor empleado que la Compañía Ferroviaria del Mundo Medio había tenido jamás, y Charlie era su mejor tren.

Charlie era una locomotora de vapor 402 Big Boy, y el maquinista Bob era la única persona a la que se le había permitido sentarse ante sus mandos y hacer sonar el silbato. Todos conocían el UUUUUU del silbato de Charlie, y cada vez que lo oían resonar sobre las vastas llanuras de Kansas decían: «¡Ahí van Charlie y al maquinista Bob, el equipo más rápido que hay entre St. Louis y Topeka!»

Los niños y las niñas salían corriendo al patio para ver pasar a Charlie y al maquinista Bob. El maquinista Bob sonreía y les saludaba con la mano, y ellos sonreían y le devolvían el saludo.

El maquinista Bob tenía un secreto especial. Era el único que sabía que Charlie el Chu-Chú estaba vivo de verdad, de verdad. Un día, mientras corrían por la línea de St. Louis a Topeka, el maquinista Bob oyó que alguien cantaba con voz muy queda y suave.

-¿Quién está aquí conmigo en la cabina? -preguntó el maquinista Bob con severidad.

-Tendrías que ir a ver a un psiquiatra, maquinista Bob -musitó Jake, y volvió la página. En la siguiente aparecía un dibujo de Bob agachado para mirar bajo la caldera automática de Charlie el Chu-Chú. Jake se preguntó quién conducía el tren y se aseguraba de que no hubiera vacas en las vías (por no hablar de niños y niñas) mientras Bob buscaba polizones, y llegó a la conclusión de que Beryl Evans no sabía mucho de trenes.

-No te preocupes -respondió una vocecita ronca-. Sólo soy yo.

-¿Y quién es «yo»? -insistió el maquinista Bob. Habló con su voz más ronca y severa, porque aún creía que alguien le estaba tomando el pelo.

-Charlie -dijo la vocecita ronca.

-¡Ésta si que es buena! -se burló el maquinista Bob-. ¡Los trenes no hablan! Puede que no sepa mucho, pero eso sí que lo sé. Si eres Charlie, supongo que podrás hacer sonar tu propio silbato.

-Pues claro -le aseguró la vocecita ronca, y en el mismo instante el silbato emitió su poderoso sonido, que voló sobre las llanuras de Missouri: ¡UUUUUU!

-¡Cielos! -exclamó el maquinista Bob-. ¡Realmente eres tú!

-Ya te lo había dicho -contestó Charlie el Chu-Chú.

-¿Cómo es que nunca me había dado cuenta de que estabas vivo? -preguntó el maquinista Bob-. ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

Entonces Charlie le cantó esta canción al maquinista Bob, con su vocecita ronca:

No me hagas preguntas tontas,
no quiero entrar en juegos tontos.
Sólo soy un simple tren chu-chú
y siempre lo seré.

Sólo quiero correr y correr
bajo el brillante cielo azul
y ser un tren chu-chú feliz
hasta el día que me muera.

-¿Querrás hablar conmigo mientras corramos por la vía? -le preguntó el maquinista Bob-. Me gustaría mucho.

-A mí también -dijo Charlie-. Te quiero, maquinista Bob.

-Yo también te quiero, Charlie -dijo el maquinista Bob, y entonces, para demostrar lo feliz que era, también él hizo sonar el silbato.

¡UUUUUU! Charlie jamás había silbado tan fuerte y tan bien, y todos los que lo oyeron salieron a ver.

La ilustración que acompañaba este párrafo era parecida a la de la portada. En todas las anteriores (eran dibujos toscos que a Jake le recordaban las ilustraciones del libro de cuentos que prefería cuando era pequeño, *Mike Mulligan y su pala mecánica),* la locomotora era sólo una locomotora; alegre, sin duda atractiva para los niños de los años cincuenta que constituían el público al que iba destinado aquel libro, pero nada más que una máquina. En cambio, en este grabado tenía rasgos claramente humanos, y eso le produjo a Jake un profundo escalofrío, pese a la sonrisa de Charlie y a la exagerada afabilidad del relato.

Jake no se fiaba de aquella sonrisa.

Recogió su redacción final y la recorrió rápidamente con la vista. «Blaine podría ser peligroso -leyó-. No sé si ésa es la verdad o no.»

Cerró la carpeta, tamborileó pensativamente con los dedos durante unos instantes y enseguida regresó *a Charlie el Chu-Chú.*

El maquinista Bob y Charlie pasaron muchos días felices los dos juntos y hablaron de muchas cosas. El maquinista Bob vivía solo, y Charlie era el primer amigo verdadero que había tenido desde que su esposa murió en Nueva York, mucho tiempo antes.

Luego, un día, cuando Charlie y el maquinista Bob llegaron a la estación de clasificación que la compañía tenía en St. Louis, encontraron una máquina diésel nuevecita en el hangar de Charlie. ¡Y vaya máquina diésel! ¡Cinco mil caballos de vapor! ¡Enganches de acero inoxidable! ¡Motores de tracción hechos en la Fábrica de Motores de Utica, en Utica, Nueva York! Y por si fuera poco, detrás del generador había tres ventiladores para refrigerar el radiador de color amarillo canario.

-¿Qué es esto? -preguntó el maquinista Bob con voz preocupada, pero Charlie se limitó a cantar de nuevo, con la voz más ronca que nunca:

No me hagas preguntas tontas,
no quiero entrar en juegos tontos.
Sólo soy un simple tren chuchú
y siempre lo seré.

Sólo quiero correr y correr
bajo el brillante cielo azul
y ser un tren chuchú feliz
hasta el día que me muera.

Se les acercó el señor Briggs, el director de la estación.

-Es una espléndida locomotora diésel -reconoció el maquinista Bob-, pero tendrá que retirarla del hangar de Charlie, señor Briggs. Necesita una lubricación general esta misma tarde.

-Charlie ya no volverá a necesitar que lo lubriquen, maquinista Bob -le contestó el señor Briggs con tristeza-. Esta máquina ha venido a sustituirlo: una locomotora diésel Burlington Zephyr, completamente nuevecita. En su tiempo, Charlie fue la mejor locomotora del mundo, pero ahora se ha hecho vieja y tiene fugas en la caldera. Me temo que le ha llegado la hora de jubilarse.

Librodot

-¡Tonterías! -El maquinista Bob estaba furioso-. ¡Charlie aún está lleno de vigor y energía! ¡Enviaré un telegrama a las oficinas centrales de la Compañía Ferroviaria del Mundo Medio! ¡Yo mismo telegrafiaré al presidente, el señor Raymond Martin! Lo conozco personalmente, porque una vez me impuso la Medalla al Mérito en el Trabajo, y luego Charlie y yo nos llevamos a su hijita a dar una vuelta. Le dejé tirar del silbato, y Charlie sopló más fuerte que nunca para que estuviera contenta.

-Lo siento, Bob dijo el señor Briggs-, pero fue el propio señor Martin quien encargó la nueva locomotora diésel.

Y era verdad. Así que Charlie el Chu-Chú fue desviado a una vía muerta en el rincón más remoto de la estación de St. Louis para que se oxidara entre las hierbas. En lugar del silbato de Charlie, en la línea de St. Louis a Topeka se oía ahora el ¡HONNNK! ¡HONNNK! de la Burlington Zephyr.

Una familia de ratones se había instalado en el asiento que con tanto orgullo ocupaba antes el maquinista Bob, y en la chimenea anidaba una familia de golondrinas. Charlie estaba solo y muy triste. Añoraba los rieles de acero, el brillante cielo azul y los grandes espacios abiertos. A veces, bien entrada la noche, pensaba en todas estas cosas y derramaba oscuras lágrimas aceitosas. Las lágrimas oxidaron su excelente faro Stratham, pero a Charlie le daba igual porque ahora el faro Stratham era viejo y estaba siempre apagado.

El señor Martin, el presidente de la Compañía Ferroviaria del Mundo Medio, escribió al maquinista Bob para ofrecerle el asiento del conductor de la nueva Burlington Zephyr. «Es una magnífica locomotora, Bob -le decía el señor Martin en su carta-, llena a rebosar de vigor y energía, y tendría que conducirla usted. De todos los maquinistas que trabajan para la compañía, usted es el mejor. Y mi hija Susannah no ha olvidado que le dejó hacer sonar el silbato de la vieja Charlie.»

Pero el maquinista Bob dijo que si no podía conducir a Charlie, sus días de ferroviario habían terminado. «No sería capaz de entender a esa nueva locomotora diésel tan buena -respondió-, ni ella podría entenderme a mí.»

De modo que le encomendaron la tarea de limpiar los motores en los talleres de la estación de St. Louis, y el maquinista Bob se convirtió en el limpiador Bob. A veces, los otros maquinistas que conducían las flamantes locomotoras diésel se reían de él. «¡Mirad a ese viejo tonto! -se burlaban-. ¡No comprende que el mundo se ha movido hacia delante!»

A veces, bien entrada la noche, el maquinista Bob iba al rincón más remoto de la estación, donde Charlie el Chu-Chú languidecía en las vías oxidadas del apartadero que se había convertido en su hogar. Le crecían hierbajos entre las ruedas, y su faro estaba oscuro y oxidado. El maquinista Bob siempre le hablaba, pero Charlie respondía cada vez menos. Muchas veces no decía absolutamente nada.

Una noche al maquinista Bob se le ocurrió una idea espantosa. -¿Estás muriéndote, Charlie? -le preguntó, y Charlie respondió con la voz más ronca que nunca:

No me hagas preguntas tontas,
no quiero entrar en juegos tontos.
Sólo soy un simple tren chu-chú
y siempre lo seré.

Ahora que no puedo correr y correr
bajo el brillante cielo azul,
supongo que me quedaré aquí
parado hasta que por fin me muera.

Jake contempló durante mucho rato la imagen que ilustraba este giro de los acontecimientos, no del todo inesperado. Tal vez sí que se podía calificar de tosco, pero aun así era un dibujo excelente. Charlie parecía viejo, abatido y olvidado. El maquinista Bob daba

la impresión de haber perdido a su único amigo, como en verdad era el caso, según el relato. Al llegar a este punto, a Jake le resultó fácil imaginarse a los niños de todo el país llorando a lágrima viva, y se le ocurrió pensar que había muchísimos cuentos infantiles con esta clase de situaciones, situaciones que hacían llover ácido sobre las emociones de uno. Hansel y Gretel abandonados en el bosque, la mamá de Bambi asesinada por un cazador, y muchísimos ejemplos más. Era fácil impresionar a los niños pequeños, era fácil hacerlos llorar, y al parecer eso despertaba una vena extrañamente sádica en muchos narradores, entre los que al parecer se contaba Beryl Evans.

Pero Jake descubrió que a él no le entristecía el destierro de Charlie a las soledades herbosas de los límites exteriores del depósito de locomotoras de la Compañía Ferroviaria del Mundo Medio. Todo lo contrario. «Bueno -pensó-. Ese es el lugar que le corresponde, porque es peligroso. Que se quede ahí hasta que se pudra; no me fío ni un pelo de esa lagrimita que le asoma. Dicen que los cocodrilos también lloran.»

Leyó rápidamente el resto del cuento. Tenía un final feliz, por supuesto, aunque no cabía ninguna duda de que era aquel momento de desesperación en la vía muerta lo que los niños recordaban por más tiempo, mucho después de que el final feliz se les hubiera borrado de la mente.

El señor Martin, el presidente de la Compañía Ferroviaria del Mundo Medio, acudía a St. Louis para supervisar los trabajos y tenía intención de regresar aquella misma tarde a Topeka en la Burlington Zephyr para asistir al primer recital de piano que daba su hija. Pero la Zephyr se negaba a arrancar. Por lo visto, alguien había echado agua en el depósito de combustible. «¿Fuiste tú quien le echó agua en el depósito, maquinista Bob? -se preguntó Jake-. ¡Seguro que fuiste tú, viejo zorro!»

¡Todos los demás trenes estaban de servicio! ¿Qué se podía hacer?

Alguien tiró de la manga del señor Martin. Era Bob el limpiador, sólo que su apariencia no era la de un limpiador de motores. Se había quitado el traje de faena manchado de grasa y se había puesto un mono limpio. Y en la cabeza llevaba su antigua gorra de maquinista.

-Charlie está ahí mismo, en ese apartadero -le anunció-. Charlie le llevará a Topeka, señor Martin. Charlie llegará a tiempo para el concierto de piano de su hija.

-¿Esa antigualla? -bufó el señor Briggs-. ¡A la puesta del sol, Charlie aún estaría a cien kilómetros de Topeka!

-Charlie puede hacerlo -insistió el maquinista Bob-. Le he estado limpiando el motor y la caldera en mis ratos libres, ¿sabe?

-Haremos la prueba -decidió el señor Martin-. Sentiría mucho perderme el primer recital de Susannah!

Charlie estaba listo para partir; el maquinista Bob le había llenado el ténder de carbón, y el horno estaba tan caliente que tenía las paredes al rojo. Bob ayudó al señor Martin a subir a la cabina e hizo salir a Charlie en marcha atrás de aquel apartadero olvidado y polvoriento hasta dejarlo en la vía principal por primera vez desde hacía años. Una vez allí, mientras engranaba la Primera Adelante, tiró del cordón y Charlie lanzó su valeroso grito de siempre: ¡UUUUUU!

En todo St. Louis los niños oyeron ese grito y salieron corriendo al patio para ver pasar a la vieja y oxidada locomotora. «¡Mirad! -gritaban-. ¡Es Charlie! ¡Charlie el Chu-Chú ha vuelto! ¡Hurra!» Todos les saludaron con la mano, y mientras Charlie salía echando vapor de la ciudad, cogiendo velocidad, hizo sonar él mismo su propio silbato como en los viejos tiempos: ¡UUUUUUU!

¡Tracatractracatrac!, hacían las ruedas de Charlie.

¡Chufchuf!, hacía el humo de la chimenea de Charlie.

¡Brumpbrump!, hacía el transportador que iba echando carbón al horno.

¡Que hablen de vigor! ¡Que hablen de energía! ¡Córcholis, cáspita y recáspita! ¡Charlie jamás había corrido tan deprisa! ¡El paisaje pasaba zumbando como una mancha borrosa! ¡Adelantaban a los automóviles de la Nacional 41 como si estuvieran parados!

-¡Yuujuuu! -gritó el señor Martin, agitando el sombrero en el aire-. ¡Menuda locomotora, Bob! ¡No sé por qué la retiramos! ¿Cómo te las arreglas para mantener cargado el transportador de carbón a esta velocidad?

El maquinista Bob se limitó a sonreír, porque sabía que Charlie se alimentaba a sí mismo. Y por debajo del tracatractracatrac, del chufchuf y del brumpbrump, oía a Charlie cantar su vieja canción con su voz queda y ronca:

No me hagas preguntas tontas,
no quiero entrar en juegos tontos.
Sólo soy un simple tren chuchú
y siempre lo seré.

Sólo quiero correr y correr
bajo el brillante cielo azul,
y ser un tren chuchú feliz
hasta el día que me muera.

Charlie llevó al señor Martin al recital de piano de su hija con tiempo de sobra (naturalmente) y Susannah tuvo una alegría enorme al ver de nuevo a su viejo amigo Charlie (naturalmente) y volvieron todos juntos a St. Louis, y Susannah no paró de hacer sonar el silbato en todo el camino. El señor Martin les consiguió un contrato a Charlie y al maquinista Bob para que pasearan a los niños por el Parque de Atracciones del Mundo Medio que acababan de inaugurar en California, y allí podréis encontrarlos todavía hoy, paseando a niños risueños por ese mundo de luces, música y diversión buena v sana. El maquinista Bob tiene el cabello blanco, y Charlie ya no habla tanto como antes, pero aún les queda mucho vigor y energía a los dos, y de vez en cuando los niños oyen cantar a Charlie su vieja canción con su vocecita ronca de siempre.

FIN

-No me hagas preguntas tontas, no quiero entrar en juegos tontos -musitó Jake contemplando la última ilustración. En ella se veía a Charlie el Chu-Chú arrastrando dos vagones de pasajeros adornados con banderolas y llenos de alegres chiquillos que iban de las montañas rusas a la noria. El maquinista Bob estaba sentado en la cabina, tirando del cordón del silbato, y parecía tan feliz como un cerdo en la mierda. Jake se imaginó que la sonrisa del maquinista Bob pretendía reflejar una felicidad suprema, pero a él se le antojaba más bien la mueca de un lunático. De hecho, tanto Charlie como el maquinista Bob tenían aspecto de lunáticos... y cuanto más se fijaba Jake en los niños, más le parecía que sus caras expresaban un verdadero terror. «Que nos dejen bajar de este tren -parecían decir aquellas caras-. Por favor, que nos dejen bajar vivos de este tren.»

«Y ser un tren chuchú feliz hasta el día que me muera.»

Jake cerró el libro y lo contempló reflexivamente. Después, volvió a abrirlo y empezó a pasar las páginas, encerrando en un círculo ciertas palabras y frases que parecían reclamar su atención.

«La Compañía Ferroviaria del Mundo Medio... El maquinista Bob... Una vocecita ronca... UUUUUU... El primer amigo verdadero que había tenido desde que su esposa murió en Nueva York, mucho tiempo antes... El señor Martin... El mundo se ha movido... Susannah...»

Dejó la pluma a un lado. ¿Por qué estas palabras y frases reclamaban su atención? La que se refería a Nueva York parecía bastante clara, pero ¿y las demás? Y, para el caso, ¿por qué ese libro? De lo que no cabía ninguna duda era de que había existido el propósito de que lo comprara. Si no hubiera llevado dinero encima, Jake estaba seguro de que igualmente habría agarrado el libro y habría huido de la tienda a la carrera. Pero ¿por qué? Tenía la sensación de ser como la aguja de una brújula: la aguja no sabe nada del norte magnético; sólo sabe que debe apuntar en cierta dirección, le guste o no.

Lo único que Jake sabía con certeza era que estaba muy, muy cansado, y que si no se acostaba enseguida iba a quedarse dormido ante el escritorio. Se quitó la camisa y, mientras lo hacía, volvió a contemplar la portada de *Charlie el Chu-Chú.*

Aquella sonrisa... No se fiaba de aquella sonrisa.

Ni un pelo.

23

El sueño no llegó tan pronto como esperaba. Las voces empezaron a discutir de nuevo si estaba vivo o muerto, y no le dejaban dormir. Finalmente se incorporó en la cama con los ojos cerrados y los puños apretados contra las sienes.

«¡Basta! -les gritó-. ¡Dejadlo ya! ¡Habéis estado calladas todo el día! ¡Callad de nuevo!»

«Callaría si él fuera capaz de reconocer que estoy muerto», dijo una de las voces en tono hosco.

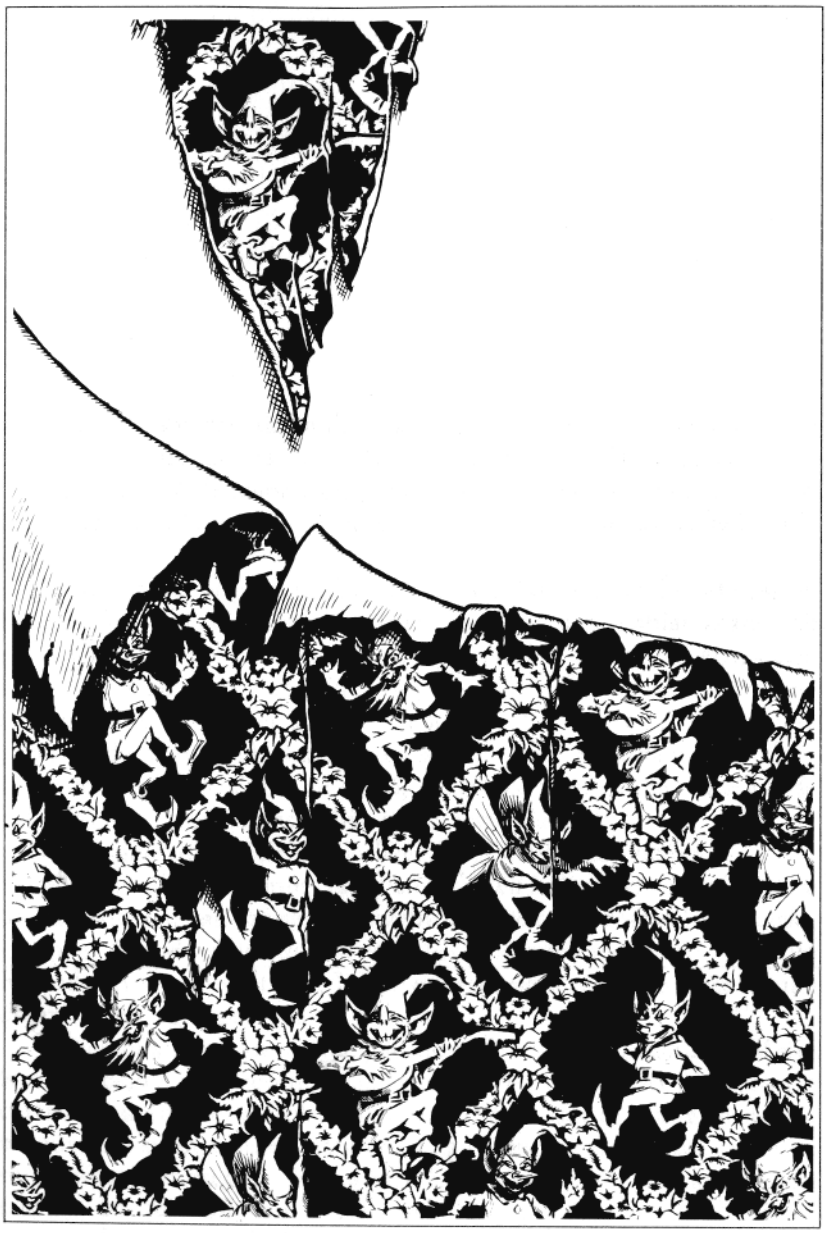
«Callaría si él fuera capaz de echar una puñetera mirada alrededor y reconocer que es evidente que estoy vivo», replicó al instante la otra.

Jake estaba a punto de lanzar un alarido. Era imposible contenerlo; lo sentía subir por la garganta como una bocanada de vómito. Abrió los ojos, vio los pantalones doblados sobre la silla del escritorio, y de pronto tuvo una idea. Saltó de la cama, se acercó a la silla y metió la mano en el bolsillo derecho de los pantalones.

La llave de plata seguía allí, y en el mismo instante en que cerró los dedos sobre ella cesaron las voces.

«Díselo -pensó, sin tener la menor idea de a quién iba dirigido el pensamiento-. Dile que coja la llave. La llave hace callar las voces.» Volvió a la cama y se quedó dormido con la llave en la mano tres minutos después de que su cabeza tocara la almohada.

III. PUERTA



Y DEMONIO

Librodot

1

Eddie estaba casi dormido cuando una voz le habló claramente al oído: «Dile que coja la llave. La llave hace callar las voces.»

Se incorporó de golpe y dirigió una mirada frenética a su alrededor. Susannah dormía profundamente junto a él; esa voz no había sido la de ella.

Ni de nadie, al parecer. Llevaban ya ocho días caminando por el bosque, siguiendo el camino del Haz, y aquella tarde habían acampado en la angosta hendidura de un valle recóndito. Cerca de ellos, a su izquierda, rugía un torrente impetuoso que discurría en la misma dirección que ellos: hacia el sudeste. A la derecha, una empinada ladera cubierta de abetos. No había intrusos allí; sólo Susannah dormida y Rolando despierto. Eddie se sentó, acurrucado bajo la manta al borde del torrente y con la vista fija en la oscuridad.

«Dile que coja la llave. La llave hace callar las voces.»

Sólo vaciló un instante. Lo que estaba en la balanza era la cordura de Rolando y la balanza se desplazaba cada vez más hacia el lado malo, y lo peor de todo el asunto era esto: nadie lo sabía mejor que el propio Rolando. A aquellas alturas, Eddie estaba dispuesto a aferrarse a cualquier brizna de esperanza.

Su almohada era un rectángulo de piel de venado doblada. Metió la mano bajo ella y sacó un bulto envuelto en un pedazo de cuero sin curtir. Se aproximó a Rolando, y le turbó constatar que el pistolero no advirtió su presencia hasta que llegó a menos de cuatro pasos de su espalda desprotegida. Había habido un tiempo -y de ello no hacía tanto- en que Rolando hubiera sabido que Eddie estaba despierto antes incluso de que Eddie se incorporase. Habría percibido el cambio en su respiración.

«Estaba más alerta allá en la playa, cuando estaba medio muerto por los mordiscos de aquellos monstruos langosta», pensó Eddie sombríamente.

Rolando volvió por fin la cabeza y lo miró de soslayo. Tenía los ojos brillantes por el dolor y el cansancio, pero Eddie advirtió que estas cosas sólo le prestaban un fulgor superficial. Por debajo, percibió una creciente confusión que casi con toda certeza se convertiría en demencia si seguía desarrollándose sin trabas. La compasión hizo que se le encogiera el corazón.

-¿No puedes dormir? -le preguntó Rolando. Su voz era lenta, casi drogada.

-Estaba casi dormido, y de pronto me he despertado -dijo Eddie-. Escucha...

-Creo que estoy preparándome a morir. -Rolando se volvió hacia Eddie. El brillante fulgor abandonó sus ojos, y ahora mirarlos era como contemplar dos profundos y oscuros pozos que no parecían tener fondo. Eddie se estremeció, más por aquella mirada vacía que por lo que Rolando acababa de decir-. ¿Y sabes qué espero hallar en el claro donde termina el camino?

-Rolando...

-Silencio -respondió Rolando a su propia pregunta, y exhaló un polvoriento suspiro-. Sólo silencio. Eso será suficiente. El fin de... esto.

Se apretó las sienes con los puños cerrados, y Eddie pensó: «He visto hacer lo mismo a otra persona, y no hace mucho. Pero ¿quién? ¿Dónde?»

Era absurdo, desde luego; no había visto a nadie más que a Rolando y a Susannah desde hacía cerca de dos meses. Pero, aun así, tenía la sensación de que era cierto.

-He estado haciendo una cosa, Rolando -dijo Eddie. Rolando asintió con la cabeza. La sombra de una sonrisa le rozó los labios.

-Ya sé. ¿De qué se trata? ¿Por fin estás dispuesto a decirlo? -Creo que podría ser parte de este asunto del *ka-tet.*

La expresión ausente desapareció de los ojos de Rolando. Contempló a Eddie con aire pensativo, pero no dijo nada.

-Mira. -Eddie empezó a desenvolver el pedazo de cuero.

«¡No servirá de nada! -bramó de pronto la voz de Henry. Era tan intensa que Eddie hasta se encogió un poco y todo-. ¡Sólo es un estúpido madero tallado! ¡Le echará un vistazo y se echará a reír! ¡Se reirá de ti! "¡Ay, mira esto!", dirá. ¨¿El mariquita ha tallado una figura?"»

-Cierra el pico -masculló Eddie.

El pistolero enarcó las cejas.

-No te lo digo a ti. Rolando, sin sorprenderse, esbozó un gesto de asentimiento.

-Tu hermano acude a ti con frecuencia, ¿verdad, Eddie?

Por un instante Eddie se lo quedó mirando sin responder, la talla todavía oculta en el recuadro de cuero. Luego sonrió. No fue una sonrisa muy agradable.

-No con tanta frecuencia como antes, Rolando. Gracias a Dios por los pequeños favores.

-Sí -admitió Rolando-. Demasiadas voces son un peso gravoso para el corazón de un hombre... ¿Qué es, Eddie? Enséñamelo, por favor.

Eddie le mostró el trozo de fresno. La llave, casi completa, surgía de él como la cabeza de una mujer de la proa de un velero... o la empuñadura de una espada de un pedazo de roca. Eddie no sabía hasta qué punto había conseguido reproducir la forma de la llave que había visto en el fuego (ni lo sabría nunca, pensó, a menos que encontrase la cerradura adecuada en que probarla), pero creía que se había aproximado bastante. De una cosa estaba seguro: era la mejor talla que jamás hubiera hecho. Con mucho.

-¡Por los Dioses, Eddie, qué hermosa es! -exclamó Rolando. La apatía había desaparecido de su voz; habló en un tono de reverencia sorprendida que Eddie no le había oído nunca-. ¿Está terminada? Todavía no, ¿verdad?

-No, no del todo. -Deslizó el pulgar sobre la tercera muesca, y luego sobre la curvatura de la última-. Aún hay que pulir un poco más esta muesca, y la curva del final no es como debe ser. No sé cómo lo sé, pero es así.

-Ese es tu secreto. -No fue una pregunta.

-Sí. Ojalá supiera qué significa.

Rolando miró en torno. Eddie siguió su mirada y vio a Susannah. Le procuró cierto alivio que Rolando la hubiera oído antes que él.

-¿Qué estáis haciendo a estas horas? ¿Pegando la hebra? -Susannah vio la llave de madera que Eddie tenía en la mano y asintió-. Ya me preguntaba cuándo te decidirías a enseñárnosla. Es buena, de veras. No sé para qué sirve, pero es extraordinariamente buena.

-¿No tienes ni la menor idea de qué puerta podría abrir? -le preguntó Rolando a Eddie-. ¿Eso no fue parte de tu *khef?*

-No. Pero podría servir para algo, aunque no esté terminada. -Le ofreció la llave a Rolando-. Quiero que la guardes tú.

Rolando no hizo ademán de cogerla. Contempló a Eddie con fijeza.

-¿Por qué?

-Porque..., bueno..., porque creo que alguien me ha dicho que te la dé.

-¿Quién?

«Tu chico -pensó Eddie de repente, y nada más pensarlo se dio cuenta de que era la verdad-. Fue tu maldito chico.»

Pero no quiso decirlo. No quería mencionar para nada el nombre del muchacho, por miedo a que Rolando se desquiciara de nuevo. -No lo sé. Pero creo que deberías hacer la prueba.

Rolando alargó poco a poco la mano hacia la llave. Al tocarla con los dedos pareció que un centelleo trémulo la recorría de extremo a extremo, pero desapareció tan deprisa que Eddie no tuvo la certeza de haberlo visto.

La mano de Rolando se cerró sobre la llave que surgía de la rama. Al principio pareció que su rostro no reflejaba nada, pero enseguida frunció la frente y ladeó la cabeza en actitud de escucha.

-¿Qué pasa? -quiso saber Susannah-. ¿Oyes...?

-¡Shhhh! -En el rostro de Rolando, la perplejidad iba dando paso a un pasmo maravillado. Miró de Eddie a Susannah y otra vez a Eddie. Sus ojos empezaban a llenarse de una gran emoción, como una jarra se llena de agua cuando se la sumerge en un manantial.

-¿Rolando? -le interpeló Eddie, desasosegado-. ¿Estás bien?

Rolando susurró algo. Eddie no alcanzó a oír lo que decía.

Susannah estaba asustada. Se volvió frenéticamente hacia Eddie y lo miró como preguntándole «¿Qué le has hecho?»

Eddie le cogió una mano entre las suyas.

-Creo que va bien.

Rolando aferraba el trozo de madera con tanta fuerza que Eddie temió que fuera a quebrarlo, pero la madera era resistente y Eddie había tallado grueso. Al pistolero se le hizo un nudo en la garganta; la nuez subía y bajaba en su lucha por hablar. Y de súbito le gritó al cielo con voz limpia y potente:

-¡HAN CALLADO! ¡LAS VOCES HAN CALLADO!

Volvió la cara hacia ellos y Eddie vio algo que no esperaba ver en su vida, ni aunque esa vida durara más de mil años. Rolando de Galaad lloraba.

2

Aquella noche el pistolero durmió profundamente y sin sueños por primera vez en meses. Y durmió con la llave, aún no del todo terminada firmemente sujeta en la mano.

3

En otro mundo, pero bajo la sombra del mismo *ka-tet,* Jake Chambers tenía el sueño más vívido de su vida.

Iba andando por entre los restos enmarañados de un antiguo bosque; una zona muerta, de árboles caídos y molestos matorrales medio raquíticos que le mordían los tobillos e intentaban robarle las zapatillas. Llegó a una estrecha franja de arbolado más joven (alisos, conjeturó, o acaso hayas; era un chico de ciudad y lo único que sabía seguro sobre los árboles era que algunos tenían hojas y otros agujas) y encontró una senda que la cruzaba. Echó a andar por ella, avanzando un poco más deprisa. Más adelante había una especie de claro.

Se detuvo una vez antes de llegar a él, cuando divisó una especie de mojón de piedra a su derecha. Dejó la senda para examinarlo de cerca. Tenía letras grabadas, pero tan erosionadas que no se las podía distinguir. Finalmente cerró los ojos (era la primera vez que los cerraba en un sueño) y las fue siguiendo una a una con las yemas de los dedos, como un ciego que leyera en Braille. Las letras se fueron formando en la oscuridad de detrás de sus párpados hasta componer una frase que se destacaba en contornos de luz azul:

VIAJERO, AQUÍ EMPIEZA EL MUNDO MEDIO

Dormido en su cama, Jake encogió las rodillas contra el pecho. La mano que sujetaba la llave estaba debajo de la almohada, y sus dedos la apretaron con más fuerza.

«El Mundo Medio -pensó-, naturalmente. St. Louis y Topeka y Oz y la Exposición Mundial y Charlie el Chu-Chú.»

Abrió los ojos del sueño y siguió adelante. El claro que se abría tras los árboles estaba pavimentado con viejo asfalto agrietado. En su centro habían pintado una descolorida circunferencia amarilla. Jake se dio cuenta de que era un campo de baloncesto incluso antes de ver al muchacho que jugaba en el extremo más lejano, junto a la línea de personal, haciendo canastas con una vieja y polvorienta pelota Wilson que una y otra vez cruzaba limpiamente el aro sin red. El aro estaba fijado en algo que parecía un quiosco del metro cerrado para la noche. La puerta estaba pintada en franjas diagonales que alternaban el amarillo y el negro. Desde el otro lado -o quizá por debajo de ella- le llegó a Jake el ronroneo continuado de una poderosa maquinaria. Era un sonido en cierto modo inquietante. Asustaba.

«No pises los robots -le advirtió el chico de la pelota sin mirar hacia él-. Me parece que están todos muertos, pero yo en tu lugar no me arriesgaría.»

Jake miró en derredor y vio unos cuantos aparatos mecánicos esparcidos por el suelo. Uno parecía una rata o un ratón; otro, un murciélago. Una serpiente mecánica yacía casi a sus pies en dos pedazos oxidados.

«¿Eres yo?», preguntó Jake, y dio un paso hacia el chico de la pelota, pero ya antes de que se volviera se dio cuenta de que no era así. El chico era más corpulento que Jake, y debía de tener al menos trece años. También su cabello era más oscuro y, cuando miró a Jake, éste pudo ver que el desconocido tenía los ojos de color avellana. Los suyos eran azules.

«¿A ti qué te parece?», replicó el desconocido, lanzándole un pase con rebote.

«No, claro que no -contestó Jake en tono de disculpa-. Pero es que me he pasado las últimas tres semanas o así partido en dos.» Se agachó y lanzó desde la mitad de la pista. El balón describió un arco muy alto y cayó en silencio a través del aro. Jake quedó encantado..., pero descubrió que también temía lo que pudiera decirle aquel muchacho desconocido.

«Ya lo sé -asintió el muchacho-. Ha sido un mal trago, ¿verdad? -Llevaba unos descoloridos pantalones cortos de cuadros y una camiseta amarilla con la leyenda NUNCA HAY UN MOMENTO ABURRIDO EN EL MUNDO MEDIO. Se había atado un pañuelo verde a la frente para que no le cayera el pelo sobre los ojos-. Y aún han de empeorar las cosas antes de que empiecen a mejorar.»

«¿Qué sitio es éste? -preguntó Jake-. ¿Quién eres?» «Es el Pórtico del Oso..., pero también es Brooklyn.»

Esto no parecía tener ningún sentido, pero en cierto modo lo tenía.

Jake se dijo que las cosas siempre eran así en los sueños, pero lo cierto era que aquello no daba la sensación de ser un sueño.

«En cuanto a mí, yo no soy muy importante -dijo el muchacho. Lanzó la pelota hacia atrás por encima del hombro. El balón se elevó y cayó a través del aro sin rozarlo. Se supone que he de guiarte, nada más. Te llevaré adonde tienes que ir y te enseñaré lo que tienes que ver, pero tendrás que ir con cuidado porque no te conoceré. Y a Henry le ponen nervioso los desconocidos. Puede hacer maldades cuando está nervioso, y es más grande que tú.»

«¿Quién es Henry?», preguntó Jake.

«Da igual. Tú procura que no se fije en ti. Lo único que has de hacer es estar por ahí... y seguirnos. Luego, cuando nos vayamos...»

El muchacho miró a Jake. En sus ojos había piedad y miedo a la vez. Jake advirtió de pronto que el chico empezaba a difuminarse: podía ver las barras negras y amarillas de la caja a través de la camiseta que llevaba puesta.

«¿Cómo te encontraré?» Jake se sintió aterrorizado de pronto ante la posibilidad de que el muchacho se desvaneciera por completo antes de que pudiera decirle todo lo que necesitaba saber.

«Es fácil -dijo el muchacho. Su voz había adquirido una extraña resonancia... Coge el metro a Co-Op City. Allí me encontrarás.»

«¡No, no te encontraré! -protestó Jake-. ¡Co-Op City es enorme! ¡Deben vivir al menos cien mil personas allí!»

El muchacho apenas era ya un contorno lechoso. Sólo sus ojos avellana seguían completamente presentes, como la sonrisa del gato de Cheshire en Alicia. Y contemplaban a Jake con compasión e inquietud.

«Es fácil -repitió-. Encontraste la llave y la rosa, ¿no? Me encontrarás de la misma manera. Esta tarde, Jake. Supongo que hacia las tres. Tendrás que apresurarte e ir con cuidado. -El muchacho espectral, con una pelota de baloncesto junto a un pie transparente, hizo una pausa-. Ahora tengo que irme..., pero me ha gustado conocerte. Pareces un buen chico, v no me extraña que te quiera. Pero hay peligro. Ten cuidado... y apresúrate.»

«¡Espera! -gritó Jake, y se echó a correr por la pista de baloncesto hacia el muchacho que se esfumaba. Tropezó con un robot que parecía un tractor de juguete. Trastabilló y cayó de rodillas, y se le rasgaron los pantalones. Hizo caso omiso de la ligera quemadura del dolor-. ¡Espera! ¡Tienes que decirme de qué va todo esto! ¡Tienes que decirme por qué me están pasando todas estas cosas!»

«Es por el Haz -replicó el muchacho, que ya sólo era unos ojos flotantes- y por la Torre. Al final, todas las cosas, incluso los Haces, sirven a la Torre Oscura. ¿Te creías distinto?»

Jake agitó los brazos y volvió a ponerse en pie.

«¿Lo encontraré? ¿Encontraré al pistolero?»

«No lo sé -respondió el muchacho. Su voz parecía llegar desde un millón de kilómetros-. Sólo sé que debes intentarlo. Ahí no te queda otra elección.»

El muchacho desapareció por completo. La pista de baloncesto rodeada de bosque estaba vacía. Lo único que se oía era el leve runrún de la maquinaria, y a Jake no le gustaba nada. Daba la impresión de que algo andaba mal con ese sonido, y pensó que lo que le pasaba a la maquinaria era lo que estaba afectando a la rosa, o viceversa. De alguna manera estaba todo relacionado.

Cogió la pelota vieja y gastada y la lanzó hacia el aro. La pelota lo cruzó limpiamente... y desapareció.

«Un río -dijo como un suspiro el muchacho desconocido. Era como un hálito de brisa. Venía de ninguna parte y de todas partes a la vez-. La respuesta es un río.»

4

Jake despertó con la primera claridad lechosa del alba y miró el techo de su habitación. Pensaba en aquel tipo al que había conocido en el Restaurante de la Mente, Aaron Deepneau, que ya andaba por la calle Bleecker cuando Bob Dylan sólo sabía tocar un sol en su armónica Hohner. Aaron Deepneau le había propuesto una adivinanza.

¿Qué puede correr pero nunca anda,
tiene boca pero nunca habla,
tiene lecho pero nunca duerme,
tiene cabecera pero no cabeza?

Ya conocía la respuesta. Un río corre; un río tiene boca; un río tiene lecho; un río tiene cabecera. El muchacho le había dado la respuesta. El muchacho del sueño.

Y de repente pensó en otra cosa que le había dicho Aaron Deepneau: «Eso sólo es la mitad de la respuesta. La adivinanza de Sansón es doble, amigo mío.»

Jake miró el reloj de la mesita de noche y comprobó que eran las seis y veinte. Hora de empezar a moverse si quería marcharse de allí antes de que despertaran sus padres. Aquel día tampoco habría escuela para él. Jake pensó que, por lo que a él se refería, quizá la escuela había quedado cancelada para siempre.

Echó a un lado la ropa de cama, posó los pies en el suelo y vio que tenía rasguños en las rodillas. Rasguños recientes. El día anterior se había magullado el lado izquierdo al caer sobre los ladrillos y se había golpeado la cabeza cuando cayó ante la rosa, pero no se había hecho nada en las rodillas.

-Esto me ha pasado en el sueño -susurró Jake, y descubrió que no le extrañaba lo más mínimo. Empezó a vestirse a toda prisa.

5

Al fondo del armario, bajo un montón desordenado de viejas zapatillas sin cordones y tebeos de *Spiderman,* encontró la mochila que llevaba a la escuela primaria. En Piper nadie se dejaría coger con una mochila ni muerto -qué vulgaridad, Dios mío-. Al verla, Jake sintió una poderosa oleada de nostalgia de aquellos tiempos en que la vida parecía tan sencilla.

Metió en su interior una camisa limpia, unos tejanos, ropa interior y calcetines limpios, y luego añadió *¡Adivina, adivinanza! y Charlie el Chu-Chú.* Antes de registrar el armario para buscar su vieja mochila dejó la llave sobre el escritorio, y las voces regresaron al instante, pero lejanas y apagadas. Además, Jake tenía la certeza de que podía hacerlas callar del todo volviendo a coger la llave, y eso le daba una gran tranquilidad.

«Muy bien -pensó mientras examinaba la mochila. Aun contando con los libros, quedaba mucho sitio-. ¿Qué más?»

Por un instante creyó que no necesitaba nada más... pero de pronto se le ocurrió.

6

El estudio de su padre, presidido por un enorme escritorio de teca, olía a cigarrillos y a ambición.

Al otro lado del cuarto, dispuestos contra una pared cubierta de libros, había tres monitores de televisión Mitsubishi. Cada uno de ellos estaba sintonizado con una de las cadenas rivales, y por la noche, cuando su padre estaba allí, cada uno desgranaba una sucesión de imágenes en las horas de mayor audiencia con el sonido enmudecido.

Las cortinas estaban corridas y Jake tuvo que encender la lámpara del escritorio para poder ver. El mero hecho de estar allí le ponía nervioso. Si su padre se despertaba y acudía al estudio (lo cual era posible; por tarde que se acostara y por mucho que hubiera bebido, Elmer Chambers tenía el sueño ligero y se despertaba temprano), sin duda se enfadaría. Como mínimo, le dificultaría mucho una retirada limpia. Cuanto antes saliera de allí, mejor se sentiría.

El escritorio estaba cerrado, pero su padre nunca había intentado ocultar dónde guardaba la llave. Jake deslizó los dedos bajo el secafirmas y se hizo con ella. Abrió el tercer cajón, metió la mano por detrás de las carpetas suspendidas y tocó metal frío.

El crujido de una tabla en el salón lo dejó paralizado. Pasaron varios segundos. En vista de que el crujido no se repetía, Jake sacó el arma que guardaba su padre para la «defensa del hogar»: una automática Ruger calibre 44. Su padre se la había enseñado con orgullo el día que la compró -de eso debía hacer dos años- y se había mostrado completamente sordo a las temerosas súplicas de su esposa para que la escondiera antes de que alguien se hiciera daño.

Jake pulsó el botón lateral para liberar el cargador, y éste le saltó hacia la mano con un ¡clac! metálico que sonó muy fuerte en el silencio de la vivienda. Dirigió otra mirada fugaz hacia la puerta y volvió a examinar el cargador. Estaba lleno de balas. Empezó a encajarlo de nuevo en su lugar, pero cambió de idea y volvió a sacarlo. Guardar una pistola cargada en un cajón cerrado con llave era una cosa; pasearla por Nueva York era otra muy distinta.

Hundió la automática hasta el fondo de la mochila y volvió a tentar en el cajón. Esta vez sacó una caja medio llena de balas. Recordó que su padre solía practicar en la galería de tiro de la policía, en la Primera avenida, hasta que perdió el interés.

La tabla crujió de nuevo. Jake estaba impaciente por marcharse de allí.

Sacó una de las camisas de la mochila, la extendió sobre el escritorio de su padre y la usó para envolver el cargador y la caja de proyectiles del 44. Luego metió el bulto en la mochila y abrochó las hebillas de la tapa. Estaba a punto de irse cuando su mirada se posó en el montoncito de papel de carta que había junto a la bandeja de entradas y salidas. Las gafas Ray-Ban reflectantes que a su padre le gustaba llevar estaban plegadas sobre la pila de papel. Jake cogió una hoja y, tras un instante de reflexión, también las gafas de sol. Se las guardó en el bolsillo del pecho, tomó una fina pluma de oro de su soporte y escribió «Queridos papá y mamá» debajo del membrete.

Se detuvo y contempló con el ceño fruncido lo que había escrito. ¿Qué venía luego? ¿Qué tenía que decirles, exactamente? ¿Que los quería? Era cierto, pero no bastaba: había muchas otras verdades desagradables clavadas en esa verdad central como agujas de acero en un ovillo de lana. ¿Que los echaría de menos? No supo decidir si era cierto o no, y eso le pareció bastante malo. ¿Que esperaba que ellos lo echaran de menos?

De pronto se dio cuenta de cuál era el problema. Si sólo estuviera pensando en pasar el día fuera, sabría escribirles algo. Pero estaba casi seguro de que no iba a ser sólo aquel día, ni aquella semana, ni aquel mes ni aquel verano. Tenía la impresión de que esta vez, cuando saliera del apartamento, sería para siempre.

Casi se disponía a arrugar la hoja de papel, pero cambió de idea. Escribió: «Cuidaos, por favor. Os quiero, J.» Era bastante flojo, pero al menos era algo.

«Muy bien. Y ahora, ¿quieres dejar de tentar la suerte y largarte de una vez?»

Lo hizo.

En el piso reinaba un silencio casi de muerte. Cruzó la sala de puntillas, sin oír más que la respiración de sus padres: los ronquiditos suaves de su madre, la respiración más nasal de su padre, que finalizaba cada inspiración con un leve silbido agudo. El frigorífico se puso en marcha justo cuando el muchacho llegaba al recibidor, y Jake se quedó muy quieto, con el corazón palpitando aceleradamente. Alcanzó la puerta. La abrió con suavidad, salió y la cerró tan sigilosamente como pudo.

Cuando el picaporte se cerró a sus espaldas con un leve chasquido fue como si se le desprendiera una gran piedra del corazón, y una poderosa sensación expectante se apoderó de él. No sabía qué le reservaba el futuro, y tenía motivos para creer que sería peligroso, pero Jake era un chico de once años, demasiado pequeño para resistirse al deleite exótico que lo había embargado de pronto. Una carretera se abría ante él, una carretera oculta que se internaba profundamente en una tierra desconocida. Había secretos que quizá podían revelársele si era inteligente... y afortunado. Había abandonado su hogar a la larga luz del alba, y lo que se extendía ante él era una gran aventura.

«Si me alzo, si puedo ser certero, veré la rosa -pensó mientras pulsaba el botón del ascensor-. Lo sé... Y también lo veré a él.»

Esta idea lo llenó de un anhelo tan grande que rozaba el éxtasis.

Librodot

Tres minutos después cruzó por debajo del toldo que daba sombra al portal del edificio en el que había vivido toda su vida. Se detuvo un instante y giró a la izquierda. Esta decisión no le pareció fruto del azar, y no lo era. Se dirigía hacia el sudeste, siguiendo el camino del Haz, reanudando su interrumpida búsqueda de la Torre Oscura.

7

Dos días después de que Eddie le diera a Rolando la llave aún sin terminar, los tres viajeros -acalorados, sudorosos, cansados y descompuestos- se abrieron paso a través de una tenaz espesura de arbolillos y matorrales, y descubrieron lo que a primera vista les pareció un par de senderos borrosos que discurrían paralelos bajo las ramas entrelazadas de los viejos árboles apiñados a ambos lados. Tras observarlos durante unos instantes, Eddie llegó a la conclusión de que no eran dos senderos, sino los restos de una carretera que llevaba abandonada mucho tiempo. En el caballón central crecían arbustos y árboles raquíticos como un desordenado penacho. Las muescas herbosas eran roderas, lo suficientemente anchas para dar cabida a la silla de ruedas d[e] Susannah.

-¡Aleluya! -exclamó-. ¡Esto hay que celebrarlo con un trago!

Rolando desató el odre que llevaba a la cintura. Se lo ofreció primero a Susannah, que viajaba en el arnés sujeto a su espalda. La llave de Eddie, que ahora colgaba de una tira de cuero en torno al cuello de Rolando, oscilaba bajo su camisa a cada movimiento. Susannah tomó un sorbo y le pasó el odre a Eddie. Este empezó a desplegar la silla después de beber. Eddie había llegado a odiar aquel armatoste pesado y engorroso; era como un ancla de hierro que constantemente los demoraba. Aparte de un par de radios rotos, seguía en magnífico estado. Eddie tenía días en los que pensaba que el maldito cacharro iba a durar más que cualquiera de ellos. Sin embargo, en aquellos momentos podía resultar útil... al menos durante algún tiempo.

Eddie ayudó a Susannah a liberarse del arnés y la dejó sobre la silla. Susannah se llevó las manos a los riñones, se estiró e hizo una mueca de placer. Tanto Eddie como Rolando oyeron el crujidito que le hizo la espalda al estirarse.

Más adelante, un animal grande que parecía un cruce entre un tejón y un mapache surgió del bosque a paso lento. Los contempló con sus grandes ojos rodeados por círculos dorados, contrajo el afilado y bigotudo morro como diciendo «¡Bah!», terminó de cruzar pausadamente la carretera y volvió a perderse de vista. A Eddie le llamó la atención la cola, larga y muy enroscada, que parecía un muelle de colchón forrado de piel.

-¿Qué animal era ése, Rolando?

-Un bilibrambo.

-¿Se puede comer?

Rolando meneó la cabeza.

-Es muy duro. Y agrio. Preferiría comer perro.

-¿Has comido perro alguna vez, Rolando? -le interrogó Susannah.

Rolando asintió con un gesto, pero sin dar mayores explicaciones. A Eddie le vino a la memoria una frase de una vieja película de Paul Newman: «Así es, señora; los he comido y he vivido como uno de ellos.»

Había pájaros cantando alegremente en los árboles. Una brisa suave sopló sobre la carretera. Eddie y Susannah alzaron el rostro hacia ella, agradecidos, y luego se miraron y sonrieron. Una vez más, Eddie se sintió inundado de gratitud hacia la mujer; asustaba tener a alguien a quien amar, pero también era muy bueno.

Librodot

-¿Quién construyó esta carretera? -quiso saber Eddie. -Gente que se marchó hace mucho tiempo -respondió Rolando.

-¿Los mismos que hicieron las tazas y los platos que encontramos antes? -preguntó Susannah.

-No; otra gente. Imagino que ésta era una carretera para diligencias, y si aún se conserva después de tantos años de abandono, debió de ser grande, desde luego..., quizá la Gran Carretera. Si excaváramos, me imagino que encontraríamos grava bajo la superficie, y tal vez también el sistema de drenaje. Ya que nos hemos parado aquí, aprovechemos para comer algo.

-¡Comida! -gritó Eddie-. ¡Que la traigan! ¡Pollo a la florentina! ¡Gambas polinesias! ¡Filete de ternera ligeramente salteado con champiñones y...!

Susannah le dio un codazo.

-Corta ya, blanquito.

-No es culpa mía si tengo una gran imaginación -replicó Eddie con jovialidad.

Rolando se descolgó el zurrón que llevaba al hombro, se agachó y empezó a preparar un frugal almuerzo a base de pedazos de carne acecinada envueltos en unas hojas de color aceitunado. Eddie y Susannah habían descubierto que el sabor de aquellas hojas recordaba un poco a la espinaca, aunque era más fuerte.

Eddie empujó la silla de ruedas hacia Rolando, que le tendió a Susannah tres de aquellos envoltorios que Eddie denominaba «burritos de pistolero». Susannah empezó a comer.

Luego Eddie se acercó. El pistolero le ofreció otros tres trozos de carne seca... y otra cosa además: el pedazo de fresno del que crecía la llave. Rolando lo había desprendido de la tira de cuero, que ahora le colgaba suelta del cuello.

-Oye, eso lo necesitas tú, ¿no? -protestó Eddie.

-Cuando me quito la llave regresan las voces, pero muy lejanas -le explicó Rolando-. Puedo manejarlas. De hecho, las oigo incluso cuando la llevo, como gente hablando en voz baja al otro lado de la colina. Creo que eso se debe a que la llave aún no está terminada. Desde que me la diste, no has vuelto a tocarla.

-Bueno..., la llevabas tú y no quería...

Rolando no dijo nada, pero sus ojos de un azul descolorido se posaron en Eddie con su paciente mirada de maestro.

-Está bien -concluyó Eddie-. Tengo miedo de cagarla. ¿Estás satisfecho?

-Según tu hermano, la cagabas en todo... ¿No es verdad? -intervino Susannah.

-Susannah Dean, doctora en psicología. Te equivocaste de profesión, querida.

El sarcasmo no ofendió a Susannah. Levantó el odre con el codo, como un montañés bebiendo de la garrafa, y tomó un buen sorbo.

-Pero es verdad, ¿no?

Eddie se percató de que tampoco había terminado la honda -todavía no, al menos-, y se encogió de hombros.

-Tienes que acabarla -señaló tranquilamente Rolando-. Creo que se acerca el momento en que tendrás que utilizarla.

Eddie fue a responder, pero cerró la boca. Dicho así, sin más, sonaba muy fácil, pero ninguno de ellos captaba la cuestión esencial. La cuestión esencial era ésta: una precisión del setenta por ciento, del ochenta o incluso del noventa y ocho y medio por ciento no sería suficiente. Esta vez no. Y si estropeaba la llave, no podía limitarse a tirarla en cualquier parte sin darle más importancia. Para empezar, no había vuelto a ver otro fresno desde el día en que cortó aquel trozo de madera en particular. Pero lo que más le jodía era que se trataba de una cuestión de todo o nada. Si fallaba, aunque sólo fuera un poquito, la llave no giraría cuando tuviese que girar. Y aquella voluta del final lo ponía cada vez más nervioso. Parecía fácil, pero si las curvas no eran exactamente las correctas...

«Pero tal como está ahora no va a funcionar; eso al menos lo sabes.»

Suspiró y contempló la llave. Sí, eso lo sabía. Tendría que hacer el intento. Su miedo al fracaso lo volvería aún más difícil de lo que quizás ya era de por sí, pero tendría que tragarse el miedo e intentarlo de todos modos. E incluso podía conseguirlo. Dios sabía lo mucho que había conseguido en las últimas semanas, desde que Rolando se introdujo en su mente cuando viajaba en un avión de la compañía Delta con rumbo al aeropuerto internacional Kennedy. Que todavía siguiera vivo y cuerdo ya era una hazaña en sí.

Eddie le devolvió la llave a Rolando.

-Llévala tú de momento -dijo-. Esta noche, cuando acampemos, me pondré a trabajar.

-¿Prometido?

-Sí.

Rolando accedió, cogió la llave y empezó a anudar de nuevo los extremos de la tira de cuero. Iba despacio, pero Eddie no dejó de advertir con cuánta destreza se movían los dos dedos que le quedaban en la mano derecha. Aquél era un hombre adaptable.

-Va a pasar algo, ¿no? -preguntó de repente Susannah. Eddie volvió la mirada hacia ella.

-¿Por qué lo dices?

-Duermo contigo, Eddie, y sé que ahora sueñas todas las noches. A veces incluso hablas. No me parece que sean pesadillas, exactamente, pero está bastante claro que en tu cabeza pasa algo.

-Sí. Algo. Pero no sé qué.

-Los sueños son poderosos -observó Rolando-. ¿No recuerdas en absoluto nada de lo que sueñas?

Eddie vaciló.

-Un poco, pero es confuso. Vuelvo a ser niño, eso lo sé. Después de terminar las clases. Henry y yo estamos jugando en la vieja pista de baloncesto de la avenida Markey, donde ahora está el edificio del Tribunal de Menores. Quiero que Henry me lleve a ver un sitio en Dutch Hill. Una casa vieja. Para los chicos era la Mansión, y todos decían que estaba encantada. Y hasta puede que fuese verdad. Era un sitio siniestro, desde luego. Muy, muy siniestro. -Eddie meneó la cabeza, sumido en sus recuerdos-. La primera vez en muchos años que volví a pensar en la Mansión fue cuando llegamos al claro del oso y acerqué la cabeza a aquella especie de caja. No sé..., quizá por eso tengo este sueño.

-Pero tú no crees que sea por eso -apuntó Susannah.

-No. Creo que lo que está pasando es mucho más complicado que el hecho de recordar cosas.

-¿Estuviste alguna vez en ese sitio con tu hermano? -preguntó Rolando.

-Sí. Lo convencí.

-¿Y pasó algo?

-No. Pero daba miedo. Nos quedamos un rato ante la casa, mirándola, y Henry se burló un poco, diciendo que me obligaría a entrar y coger un recuerdo, cosas así, pero yo sabía que no hablaba en serio. Estaba tan asustado como yo.

-¿Y nada más? -se extrañó Susannah-. ¿Sólo sueñas que vas a ese sitio, a la Mansión?

-Hay un poco más. Viene alguien..., alguien que se queda remoloneando cerca de nosotros dos. En el sueño lo veo, pero sólo un poco, como si lo mirara por el rabillo del ojo, ¿entiendes? Y también sé que hemos de fingir que no nos conocemos.

-Y esa persona, ¿también estaba allí cuando fuiste con tu hermano? -inquirió Rolando, y miró a Eddie con fijeza-. ¿O sólo es un personaje del sueño?

-Eso pasó hace mucho tiempo. No creo que tuviera más de trece años. ¿Cómo quieres que me acuerde con certeza de una cosa así? Rolando no dijo nada.

-De acuerdo -dijo Eddie al fin-. Sí. Creo que aquel día estaba allí. Un chico que llevaba una bolsa de gimnasia o una mochila, no recuerdo bien. Y unas gafas de sol que le venían demasiado grandes. Unas gafas de ésas con cristales de espejo.

-¿Quién era? -le acució Rolando.

Eddie permaneció un buen rato en silencio. Aún tenía en la mano el último de sus «burritos a lo Rolando», pero había perdido el apetito.

-Creo que es el chico que conociste en la estación de paso -dijo al fin-. Creo que tu viejo amigo Jake andaba por allí, observándonos a Henry y a mí la tarde que fuimos a Dutch Hill. Creo que nos seguía. Porque oye las voces, Rolando, igual que tú. Y porque comparte mis sueños y yo comparto los suyos. Creo que lo que yo recuerdo es lo que está ocurriendo ahora en el cuando de Jake. El chico intenta volver aquí. Y si la llave no está hecha cuando dé el paso, o si está mal hecha, es probable que muera.

-Tal vez tenga su propia llave -aventuró Rolando-. ¿Crees que es posible?

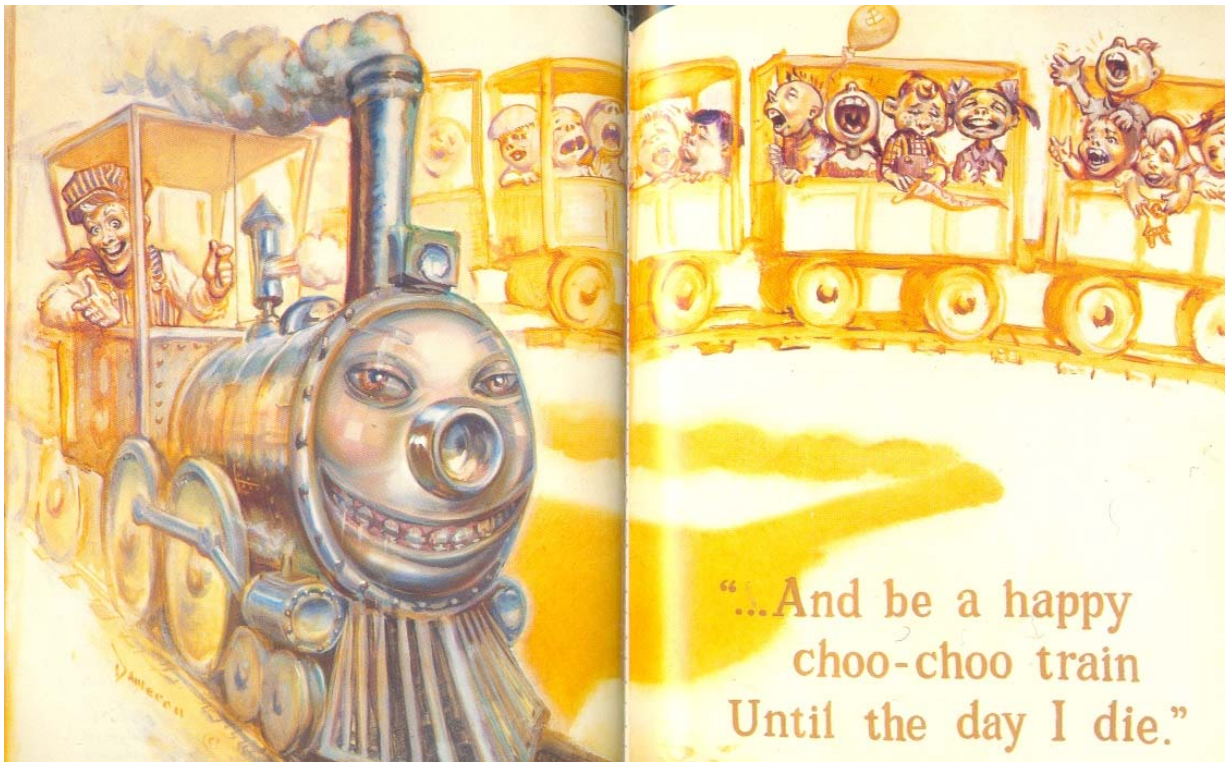
-Sí, creo que sí -admitió Eddie-, pero no es suficiente. -Suspiró y se metió el último burrito en el bolsillo para otro momento. «Y no creo que lo sepa.»

8

Reanudaron la marcha. Rolando y Eddie empujaban por turnos la silla de ruedas de Susannah por la rodera que habían elegido, la de la izquierda. La silla se bamboleaba *y* se ladeaba, *y* cada tanto Eddie y Rolando tenían que levantarla en vilo sobre las piedras que como dientes viejos asomaban de la tierra aquí y allá. Sin embargo, aun así avanzaban más deprisa y con más facilidad que una semana antes. El terreno era cada vez más alto. Eddie volvió la cabeza para contemplar el bosque que descendía hacia el horizonte en una serie de suaves peldaños, y a lo lejos, hacia el noroeste, alcanzó a divisar una cinta de agua que se derramaba sobre una pared de roca fracturada. Era, advirtió con asombro, el lugar que habían llamado «la galería de tiro». Ahora quedaba casi perdido a sus espaldas bajo la bruma de aquella ensoñadora tarde estival.

-¡Para el carro, muchacho! -le gritó Susannah con brusquedad.

Eddie miró de nuevo al frente con el tiempo justo para frenar antes de embestir a Rolando. El pistolero se había detenido y estaba escrutando la maraña de matorrales que bordeaba la carretera por la izquierda.



-Si sigues así, voy a retirarte el permiso de conducir -añadió Susannah ácidamente. Eddie no le prestó atención. Estaba siguiendo la mirada de Rolando.

-¿Qué es? -preguntó.

-Sólo hay una manera de averiguarlo. -Se volvió, alzó a Susannah de la silla y se la acomodó en la cadera-. Vamos a echar un vistazo.

-Déjame en tierra, grandullón. Puedo ir yo sola. Y mejor que vosotros, por si os interesa saberlo.

Mientras Rolando la depositaba con delicadeza sobre la herbosa rodera, Eddie siguió mirando el bosque. La luz de la tarde creaba un juego de sombras yuxtapuestas, pero de todos modos creyó ver lo que le había llamado la atención a Rolando. Era una piedra alta y gris, casi completamente oculta bajo un manto de enredaderas y plantas trepadoras.

Susannah se internó entre la vegetación, tan sinuosa como una anguila. Rolando y Eddie la siguieron.

-Es un mojón, ¿verdad? -Susannah se sostuvo sobre los brazos para estudiar el monolito rectangular. En otro tiempo se había erguido vertical, pero ahora se inclinaba hacia la izquierda, como un borracho, como una antigua lápida sepulcral.

-Sí. Dame el cuchillo, Eddie.

Eddie se lo entregó y se puso en cuclillas junto a Susannah mientras el pistolero arrancaba las enredaderas. Cuando empezaron a caer, vio unas erosionadas letras grabadas en la piedra y supo qué iba a leer antes de que Rolando hubiera desbrozado ni la mitad de la inscripción:

VIAJERO, AQUÍ EMPIEZA EL MUNDO MEDIO

9

-¿Qué significa eso? -preguntó Susannah al fin con voz de asombro; sus ojos medían sin cesar el fragmento de roca gris.

-Significa que nos aproximamos al fin de esta primera etapa. -Rolando tenía una expresión solemne y pensativa cuando le devolvió el cuchillo a Eddie-. Creo que a partir de aquí seguiremos esta antigua carretera de diligencias, o mejor dicho, que la carretera seguirá nuestro rumbo. Ha tomado el camino del Haz. No tardaremos en salir de los bosques. Preveo un gran cambio.

-¿Qué es el Mundo Medio? -quiso saber Eddie.

-Uno de los grandes reinos que dominaban la tierra en tiempos que vinieron antes que éstos. Un reino de esperanza, conocimientos y luz; todo lo que intentábamos conservar en mi país hasta que la oscuridad se impuso también allí. Algún día, si tenemos tiempo, os contaré los antiguos relatos, o al menos los que yo sé. Juntos componen un enorme tapiz, hermoso pero muy triste.

»Según los antiguos relatos, en otro tiempo hubo una gran ciudad al borde del Mundo Medio, quizá tan grande como vuestra ciudad de Nueva York. Ahora estará en ruinas, si es que aún queda algo, pero puede haber gente..., o monstruos..., o las dos cosas. Tendremos que estar en guardia.

Extendió la mano de los dos dedos y tocó la inscripción.

-El Mundo Medio -musitó con voz meditabunda-. Quién se iba a figurar... -La frase quedó en el aire.

-Bueno, no hay manera de remediarlo, ¿verdad? -preguntó Eddie. El pistolero sacudió la cabeza.

-No la hay.

-Ka -dijo Susannah de súbito, y ambos la miraron.

10

Aún quedaban dos horas de luz, así que siguieron adelante. La carretera se extendía hacia el sudeste, por el camino del Haz, y otras dos carreteras invadidas de hierba, más pequeñas, se unían a la que ellos iban siguiendo. A lo largo de la segunda quedaban los restos musgosos de lo que en otro tiempo debió haber sido un inmenso muro de piedra. No muy lejos, una docena de gordos bilibrambos sentados sobre las ruinas contemplaban a los peregrinos con sus curiosos ojos engastados en oro. A Eddie le pareció un jurado con la idea de ahorcar.

La carretera se volvía cada vez más ancha y perceptible. Por dos veces pasaron ante el cascarón de edificios abandonados desde hacía mucho tiempo. El segundo, les explicó Rolando, habría podido ser un molino de viento. Susannah comentó que parecía encantado.

-No me extrañaría -respondió el pistolero. Su tono neutro y objetivo les puso la carne de gallina.

Cuando la oscuridad les obligó a detenerse, los árboles raleaban, y la brisa que había corrido todo el día a su alrededor empezaba a convertirse en un viento ligero y cálido. Más adelante, el terreno seguía ascendiendo.

-Llegaremos a lo alto de la cresta en uno o dos días -declaró Rolando-. Y luego veremos.

-¿Qué veremos? -inquirió Susannah, pero Rolando se limitó a encogerse de hombros.

Aquella noche Eddie empezó a tallar de nuevo, pero sin un auténtico sentimiento de inspiración. Le había abandonado la seguridad y la felicidad que había experimentado cuando la llave empezó a cobrar forma. Le parecía que sus dedos eran torpes y estúpidos. Por primera vez desde hacía meses pensó con añoranza en lo bueno que sería tener un poco de heroína. No mucha; estaba seguro de que una sola papelina y un billete de banco enrollado le ayudarían a terminar su trabajito de talla en un abrir y cerrar de ojos.

-¿Qué te hace sonreír, Eddie? -le preguntó Rolando. Estaba sentado al otro lado de la fogata; las llamas bajas, sacudidas por el viento, danzaban caprichosamente entre los dos.

-¿Sonreía?

-Sí.

-Sólo estaba pensando en los estúpidos que llegan a ser algunos. Aunque los pongas en una habitación con seis puertas, no dejan de darse cabezazos contra las paredes. Y luego tienen la desfachatez de quejarse.

-Si tienes miedo de lo que pueda haber al otro lado de las puertas, quizá resulte más prudente tropezar con las paredes -opinó Susannah.

Eddie hizo un gesto de asentimiento.

-Quizá sí.

Trabajaba sin premura, intentando ver las formas contenidas en la madera y, sobre todo, aquella pequeña curva en forma de s. Descubrió que se había vuelto muy borrosa.

«Por favor, Dios, ayúdame a no cagarla en esto», rogó, pero le aterrorizaba pensar que quizás eso era precisamente lo que estaba haciendo. Finalmente lo dejó estar. Devolvió al pistolero la llave (que apenas había modificado) y se acurrucó bajo una de las pieles. A los cinco minutos se había reanudado el sueño en que aparecían el muchacho y el viejo terreno de juego de la avenida Markey.

11

Jake salió del edificio hacia las siete menos cuarto, lo que le dejaba más de ocho horas por delante. Sopesó la posibilidad de tomar inmediatamente un metro que lo llevara a Brooklyn, pero llegó a la conclusión de que no era una buena idea. Un chico por la calle en horas de escuela llamaría más la atención en las afueras que en el corazón de la gran ciudad, y si a la hora de la verdad necesitaba explorar el barrio en busca del lugar y el muchacho con el que se suponía que debía encontrarse, ya estaba vendido de antemano.

«Es fácil -le había dicho el muchacho de la camiseta amarilla y el pañuelo verde-. Encontraste la llave y la rosa, ¿no? Me encontrarás de la misma manera.»

Salvo que Jake ya no recordaba con exactitud cómo había encontrado la llave y la rosa. Lo único que recordaba era la alegría y la sensación de certidumbre que le habían llenado el corazón y la cabeza. Sólo podía esperar que volviera a ocurrirle de nuevo. Mientras tanto, no pararía de moverse. Era la mejor manera de pasar desapercibido en Nueva York.

Anduvo casi hasta llegar a la Primera avenida y luego volvió sobre sus pasos, desplazándose poco a poco hacia el norte a medida que hallaba semáforos en verde (sabiendo quizás, en algún nivel profundo, que incluso ellos servían al Haz). A las diez aproximadamente se encontró en la Quinta avenida ante el Museo Metropolitano de Arte. Estaba sofocado, cansado y deprimido. Le apetecía un refresco, pero consideró que debía hacer durar todo lo posible el poco dinero que tenía. Había cogido hasta el último centavo de

la caja que guardaba en su cuarto, pero eso sólo ascendía a unos ocho dólares, poco más o menos.

Un grupo de colegiales se disponía a visitar el museo. De una escuela pública; Jake estaba casi seguro, porque vestían de un modo tan informal como él. Entre ellos no había chaquetas de Paul Stuart, ni corbatas, ni faldas sencillitas que costaban ciento veinticinco pavos en tiendas como Miss So Pretty o Tweenity. Aquéllos iban de grandes almacenes de la cabeza a los pies. Siguiendo un impulso, Jake se puso al final de la cola y entró con ellos en el museo.

La visita duró una hora v cuarto. A Jake le gustó. En el museo había silencio. Mejor aún, había aire acondicionado. Y los cuadros estaban bien. Le fascinaron especialmente un puñado de escenas del Viejo Oeste pintadas por Frederick Remington, y un cuadro grande de Thomas Hart Benton que representaba una locomotora de vapor cruzando las grandes planicies rumbo a Chicago mientras granjeros corpulentos con mono de peto y sombrero de paja se incorporaban en sus campos para verla pasar. Ninguna de las dos maestras que conducían el grupo se fijó en Jake hasta casi el último momento. Entonces, una agraciada mujer de raza negra que vestía un severo traje azul marino le dio un golpecito en el hombro y le preguntó quién era.

Jake no la había visto acercarse, y de pronto se le paralizó la mente. Sin pensar en lo que hacía, hundió la mano en el bolsillo v la cerró sobre la llave de plata. De inmediato se le despejó la cabeza y recobró la calma.

-Mi grupo está arriba -respondió con una sonrisita culpable-. Tenemos que ver un montón de cuadros modernos, pero los de aquí abajo me gustan mucho más porque tienen imágenes reales. De modo que he pensado... Ya me entiende...

-¿Que podías escaq$_u$earte? -sugirió la maestra. Las comisuras de los labios se le contrajeron en una sonrisa reprimida.

-Bueno, yo más bien diría que me he despedido a la francesa. -Estas palabras le salieron espontáneamente de la boca.

Los estudiantes que hacían corro en torno a Jake pusieron cara de perplejidad, pero esta vez la maestra se echó a reír abiertamente.

-No debes saber, o lo habrás olvidado -le explicó-, que en la Legión Extranjera francesa fusilaban a los desertores. Te aconsejo que vuelvas ahora mismo con tu clase, jovencito.

-Sí, señora. Gracias. De todos modos, va casi habrán terminado.

-¿De qué escuela eres?

-De la Academia Markey.

-Esto también le salió con naturalidad de la boca.

Subió las escaleras, escuchando el eco incorpóreo de pisadas y voces quedas en el gran espacio de la rotonda y tratando de imaginar por qué había dicho aquello. Nunca en toda su vida había oído hablar de ninguna Academia Markey.

12

Esperó un rato en el vestíbulo del primer piso hasta que vio que un guardia lo miraba con creciente curiosidad y decidió que no sería prudente permanecer allí por más tiempo; tendría que confiar en que la clase a la que se había unido brevemente se hubiera marchado ya del museo.

Consultó el reloj de pulsera, puso una expresión que esperaba pudiera interpretarse como «¡Ostras! ¡Qué tarde se ha hecho!» y bajó las escaleras al trote. La clase -y la guapa

Librodot

maestra que se había reído ante la idea de una despedida a la francesa- ya no estaba, y a Jake le pareció que haría bien en marcharse también. Caminaría un poco más -despacio, por respeto al calor- y luego cogería el metro.

En la esquina de Broadway con la Cuarenta y dos se detuvo ante un puesto de salchichas y cambió parte de su magra reserva de efectivo por un bocadillo de salchicha y un Nehi. A continuación se sentó en los peldaños de la fachada de un banco para comerse el almuerzo, y eso resultó una mala idea.

Por la acera se acercó un policía que iba haciendo girar la porra en una serie de complejas maniobras mientras andaba. Se hubiera dicho que toda su atención estaba concentrada en eso, pero cuando llegó a la altura de Jake se colgó de pronto la porra en el cinturón y lo interpeló.

-¿Qué, chaval? -preguntó-. ¿Hoy no hay clases?

Jake casi había devorado ya toda la salchicha, pero el último bocado se le atragantó. Aquello sí que era mala suerte..., si es que sólo era suerte. Estaban en Times Square, capital de la mangancia de Estados Unidos; había vendedores de droga, yonquis, putas y chaperos por todas partes..., pero aquel policía prefería dejarlos de lado para interesarse por él.

Jake tragó saliva con esfuerzo y contestó:

-En mi escuela estamos de exámenes. Hoy sólo tenía uno. Cuando he terminado, me he marchado. -Hizo una pausa. La mirada despierta e inquisitiva de aquel policía no le gustaba nada-. Tenía permiso -añadió con aprensión.

-Muy bien. ¿Puedes enseñarme algún documento de identidad?

A Jake se le cayó el alma a los pies. ¿Podía ser que sus padres hubieran avisado ya a la policía? Consideró que, tras la aventura del día anterior, era bastante probable. En circunstancias normales, no creía que el Departamento de Policía de Nueva York se preocupara mucho por un simple chico desaparecido, y menos si sólo hacía medio día que faltaba de casa, pero su padre era un pez gordo de la televisión y se enorgullecía del número de relaciones a que podía recurrir. Jake dudaba de que aquel policía tuviera su foto..., pero muy bien podía tener su nombre.

-Bueno -dijo Jake a desgana-, tengo la tarjeta de descuento estudiantil que me hicieron en la bolera, pero nada más.

-Muy bien. Con eso bastará. -El policía abrió la mano.

Un negro con tirabuzones que se desparramaban sobre las hombreras del traje amarillo canario les dirigió una mirada de soslayo.

-¡Dele duro, agente! -vociferó alegremente-. ¡Dele bien fuerte en ese culo blanquito que tiene! ¡Cumpla con su deber!

-Cierra el pico y piérdete, Eli -replicó el policía sin volverse. Eli se echó a reír, dejando al descubierto varios dientes de oro, y siguió su camino.

-¿Por qué no le pide la documentación a él? -quiso saber Jake. -Porque ahora mismo te la estoy pidiendo a ti. Vamos, sácala de una vez.

O bien el policía tenía su nombre o había visto en él algo sospechoso, lo que quizá no era tan extraño puesto que era el único chico blanco de la zona que no andaba a ver qué pescaba. De un modo u otro, la conclusión era la misma: sentarse a comer allí había sido una estupidez. Pero le dolían los pies y estaba hambriento. Hambriento.

«No vas a detenerme -pensó Jake-. No puedo consentir que me detengas ahora. Esta tarde tengo que ver a alguien en Brooklyn... y allí estaré.»

En vez de buscar la cartera, metió la mano en el bolsillo y sacó la llave. La levantó para enseñársela al policía, y el sol casi de mediodía rebotó sobre las mejillas y la frente del hombre en moneditas de luz reflejada. El policía abrió mucho los ojos.

-¡Oye! -exclamó-. ¿Qué tienes ahí, chico?

Hizo ademán de coger la llave, pero Jake la apartó un poco. Los círculos de luz reflejada danzaban hipnóticamente por el rostro del policía.

Librodot

-No hace falta que la coja -adujo Jake-. Puede leer mi nombre sin necesidad de cogerla, ¿verdad?

-Sí, claro.

La curiosidad se había borrado del rostro del policía. Sólo miraba la llave. Tenía los ojos muy abiertos y la mirada fija, pero no ausente. Jake vio asombro en su expresión, asombro y una felicidad inesperada. «Ese soy yo -se dijo Jake-. Repartiendo alegría y buena voluntad allí por donde ha pasado. La cuestión es: ¿qué hago ahora?»

Una joven (que probablemente no era una bibliotecaria, a juzgar por los ceñidos pantaloncitos de seda verde y la blusa transparente) se acercaba contoneándose sobre unos zapatos fóllame morados con tacones de aguja de diez centímetros. Miró primero al policía, y luego a Jake para ver qué estaba contemplando el policía. Al ver la llave se paró en seco y se quedó con la boca abierta. Una de sus manos se alzó como por sí sola y se le posó en la garganta. Un hombre que caminaba detrás de la joven tropezó con ella y le dijo que mirara por dónde coño iba. La joven que seguramente no era bibliotecaria ni siquiera se dio cuenta. Entonces Jake vio que ya se habían parado otras cuatro o cinco personas. Todas miraban la llave. Se congregaban como cuando la gente se detiene ante un trilero muy hábil que se aplica a su oficio en una esquina.

«Lo estás haciendo a la perfección, eso de pasar desapercibido -pensó-. Sí, no cabe duda.» Llevó la mirada más allá del policía y se fijó en un rótulo que colgaba al otro lado de la calle. Farmacia Denby, rezaba.

-Me llamo Tom Denby -le anunció al policía-. Aquí mismo lo dice, en la tarjeta de la bolera, ¿verdad?

-Sí, sí -suspiró el policía. Ya no sentía ningún interés por Jake; sólo le interesaba la llave. Las moneditas de luz reflejada giraban y rebotaban sobre su cara.

-Y usted no busca a nadie que se llame Tom Denby, ¿no?

-No -respondió el policía-. Nunca había oído ese nombre.

Alrededor del policía había por lo menos media docena de personas, todas mirando con silencioso arrobo la llave de plata que Jake sostenía en la mano.

-O sea que puedo irme, ¿verdad?

-¿Cómo? ¡Ah! Ah, sí, claro. ¡Vete, en el nombre de tu padre!

-Gracias -dijo Jake, pero por un instante no supo cómo se las arreglaría para poder irse. Un silencioso grupo de zombis le bloqueaba el paso, y no cesaban de llegar más. Sólo venían a ver qué pasaba, comprendió Jake, pero quienes veían la llave paraban en seco y se quedaban mirando.

Se puso en pie y retrocedió poco a poco, subiendo por la amplia escalinata del banco, sin dejar de sostener la llave ante él como un domador con una silla. Cuando llegó a la espaciosa explanada de cemento de la parte superior, se guardó la llave en el bolsillo, giró en redondo y echó a correr.

Sólo se detuvo una vez a mirar, en el otro lado de la explanada. El grupito de gente que lo había rodeado estaba regresando lentamente a la vida. Se miraban unos a otros con expresión de perplejidad y seguían su camino. El policía dirigió una mirada ausente a derecha e izquierda y acabó mirando al cielo, como sí intentara recordar cómo había llegado allí y qué se proponía hacer. Jake había visto lo suficiente. Era hora de buscar una estación de metro y plantarse en Brooklyn antes de que pudiera ocurrir nada extraño.

Librodot

13

A las dos menos cuarto de la tarde subió sin apresurarse los escalones de la estación de metro y se detuvo en la esquina de las avenidas Castle y Brooklyn, contemplando las torres de arenisca de Co-Op City. Esperaba que lo invadiera aquella sensación de seguridad y propósito, aquella sensación que era como ser capaz de recordar hacia delante en el tiempo. No ocurrió. No ocurrió nada. Únicamente era un niño parado en una calurosa esquina de Brooklyn, con su breve sombra tirada a sus pies como un animal de compañía cansado.

«Bueno, ya estoy aquí... Y ahora, ¿qué hago?»

Jake descubrió que no tenía la menor idea.

14

La pequeña banda de viajeros de Rolando llegó a la cresta de la larga y suave colina por la que venían ascendiendo y se detuvo de cara al sudeste. Durante un buen rato ninguno de ellos dijo nada. Susannah abrió dos veces la boca y volvió a cerrarla. Por primera vez en su vida de mujer, se quedó completamente sin habla.

Una llanura casi ilimitada dormitaba ante ellos bajo la larga luz dorada de una tarde de verano. La hierba era exuberante, de un verde esmeralda y muy alta. Grupitos de árboles de tronco largo y delgado, y copa ancha y extendida, salpicaban el llano. Susannah creía recordar que una vez habría visto árboles parecidos, en un documental sobre Australia.

La carretera que los había llevado hasta allí descendía en una amplia curva por la ladera opuesta de la colina, y luego corría hacia el sudeste recta como un cordel, una brillante avenida blanca que dividía la hierba. Al oeste, a unos kilómetros de distancia, Susannah divisó un rebaño de animales grandes que pacía tranquilamente. Parecían bisontes. Hacia el este, el lindero del bosque se internaba un tanto en la pradera formando una península curva. Esta incursión era una masa oscura y enmarañada que recordaba la figura de un antebrazo con el puño cerrado.

Recordó que ésa era la dirección en que corrían todos los arroyos y corrientes que habían encontrado por el camino. Eran afluentes del inmenso río que surgía de aquel brazo de bosque y discurría, plácido y soñador bajo el sol del verano, hacia el borde oriental del mundo. Era un río ancho, de unos cuatro kilómetros de orilla a orilla.

Y también se veía la ciudad.

Justo al frente se alzaba una brumosa colección de chapiteles y torres que se erguía sobre el lejano límite del horizonte. Aquellos airosos bastiones podían estar a cien kilómetros de distancia, o a doscientos, o a cuatrocientos. El aire de ese mundo, por lo visto, era completamente transparente, y eso convertía cualquier cálculo de distancia en una conjetura insensata. Lo único que Susannah sabía con certeza era que la visión de aquellos borrosos torreones la llenaba de muda admiración... y de una profunda y dolorosa añoranza de Nueva York. Pensó: «Creo que haría casi cualquier cosa por volver a ver el horizonte de Manhattan desde el puente de Triborough.»

Pero al instante tuvo que sonreír, porque no era verdad. La verdad era que no cambiaría el mundo de Rolando por nada. Su misterio silencioso y sus espacios abiertos eran embriagadores. Y su amante estaba ahí. En Nueva York -la Nueva York de su tiempo, al menos- habrían sido objeto de escarnios y violencias, blanco de las bromas groseras y crueles de todos los idiotas: una negra de veintiséis años con un amante blanquito que tenía tres años menos que ella y tendía a hablar así y asá cuando se excitaba. Un amante blanquito que

apenas ocho meses antes llevaba un mono muy pesado a la espalda. Aquí no había nadie que se burlara y se riera. Aquí nadie les apuntaba con el dedo. Aquí sólo estaban Rolando, Eddie y ella, los tres últimos pistoleros del mundo.

Cogió la mano de Eddie y notó que se cerraba sobre la suya, cálida y tranquilizadora.

Rolando señaló con el dedo.

-Aquello debe ser el río Send -les anunció en voz baja-. Jamás imaginé que llegara a verlo... Ni siquiera tenía la seguridad de que fuese real, como los Guardianes.

-Es maravilloso -musitó Susannah. Era incapaz de apartar la vista del vasto panorama que se desplegaba ante ella, soñando densamente en la cuna del estío. Sus ojos se demoraron siguiendo las sombras de los árboles, que parecían arrastrarse kilómetros enteros por el llano a medida que el sol se hundía hacia el horizonte-. Así tuvieron que ser nuestras grandes praderas antes de que las colonizaran, antes incluso de que llegaran los indios. -Alzó la mano libre y apuntó hacia el lugar donde la Gran Carretera se estrechaba hasta convertirse en un punto-. Esa es la ciudad de que hablabas, ¿verdad?

-Sí.

-Yo la veo bien -dijo Eddie-. ¿Es posible, Rolando? ¿Cómo puede ser que aún se conserve bastante intacta? ¿Sabían construir tan bien los antiguos?

-Todo es posible en estos tiempos -respondió Rolando, pero con acento de duda-. Pero no te hagas ilusiones, Eddie.

-No, claro que no.

Pero Eddie se las hacía. Aquella silueta que se difuminaba sobre el horizonte había despertado añoranza en el corazón de Susannah; en el de Eddie encendió una repentina llamarada de suposiciones. Si la ciudad aún se mantenía en pie -y era evidente que sí-, aún podía estar habitada, y quizá no únicamente por las cosas subhumanas que Rolando se había encontrado bajo las montañas. Los habitantes de la ciudad podían ser («norteamericanos», susurró el subconsciente de Eddie) inteligentes y amistosos; de hecho, podían marcar la diferencia entre el éxito y el fracaso de su búsqueda, o incluso entre la vida y la muerte. La mente de Eddie conjuró una vívida y resplandeciente imagen, derivada en parte de películas como *Starfighter, la aventura comienza y El cristal oscuro:* un concejo de resecos pero dignos Ancianos de la Ciudad que les servirían una opípara comida procedente de las reservas intactas de la ciudad (o tal vez de jardines especiales alojados en cúpulas atmosféricas) y que mientras ellos tres comían hasta reventar les explicarían con exactitud qué iban a encontrar en el camino y qué significaba todo. Su regalo de despedida a los viajeros sería una guía de carreteras aprobada por el Automóvil Club con la mejor ruta para llegar a la Torre Oscura señalada en tinta roja.

Eddie no conocía la frase *deus ex machina,* pero sabía -había crecido bastante para saberlo- que estas gentes sabias y bondadosas vivían principalmente en los cuentos v en las películas de serie B. La idea era atractiva, pese a todo: un enclave de civilización en aquel mundo peligroso y en su mayor parte vacío; sabios elfos ancianos que les explicarían con todo detalle en qué coño andaban metidos. Y las formas fabulosas de la ciudad que se percibía en el horizonte brumoso hacían que la idea pareciese al menos concebible. Aunque la ciudad estuviera completamente desierta -con sus habitantes exterminados en un pasado remoto por una peste o un episodio de guerra química-, todavía podía servirles como una especie de caja de herramientas gigante, un inmenso almacén de excedentes de la marina y el ejército en el que podrían equiparse para los tramos difíciles que, Eddie estaba seguro de ello, les esperaban más adelante. Además, era un chico de ciudad, nacido y criado en la ciudad, y la visión de aquellas altas torres le levantó automáticamente la moral.

-¡Perfecto! -exclamó, casi a punto de reír por puro entusiasmo-. ¡Vamos allá! ¡Que salgan esos puñeteros elfos sabios!

Susannah lo miró intrigada, pero sonriente.

-¿Qué estás delirando, blancucho?

-Nada. No tiene importancia. Sólo quiero ponerme en marcha. ¿Qué dices, Rolando? ¿Quieres...?

Pero algo que vio en el semblante de Rolando, o justo debajo -algo perdido y soñador-, hizo que dejara la frase sin terminar y pasara un brazo sobre los hombros de Susannah, como para protegerla.

15

Después de echar un breve y desinteresado vistazo al horizonte de la ciudad, la atención de Rolando quedó prendida en algo mucho más cercano a su posición actual, algo que le llenaba de un desasosiego ominoso. Había visto cosas así en anteriores ocasiones, y Jake iba con él

la última vez que se encontró con una de ellas. Recordó cómo habían dejado atrás el desierto siguiendo la pista del hombre de negro por las primeras estribaciones de la cordillera, hacia las montañas. La marcha era difícil, pero al menos volvía a haber agua. Y hierba.

Al despertar una noche Jake no estaba a su lado. Oyó gritos de desesperación sofocados que procedían de un bosquecillo de sauces al borde de un angosto arroyo. Cuando logró abrirse paso hasta el calvero que había en el centro del bosquecillo, los gritos del chico habían cesado. Rolando se lo encontró de pie en un lugar exactamente igual al que ahora veía justo al frente y más abajo. Un lugar de piedras, un lugar de sacrificio, un lugar en el que vivía un Oráculo... y hablaba cuando se le obligaba a hacerlo... y mataba siempre que podía.

-¿Qué es, Rolando? -preguntó Eddie-. ¿Qué anda mal?

-¿Ves eso? -Rolando apuntó-. Es un círculo parlante. Las formas que ves son largas piedras puestas en pie. -Se quedó mirando a Eddie, al que había visto por primera vez en un pavoroso pero fascinante carruaje aéreo de aquel otro mundo extraño donde los pistoleros vestían uniformes azules y había un suministro inagotable de azúcar, papel y remedios maravillosos como la astina. Una extraña expresión, una premonición, empezaba a reflejarse en el rostro de Eddie. La viva esperanza que le encendía los ojos mientras contemplaba la ciudad se extinguió de un soplo, y ahora su aspecto era gris y desolado. Era la expresión de quien está examinando la horca de la que no tardará en colgar.

«Primero Jake y ahora Eddie -pensó el pistolero-. La rueda que hace girar nuestras vidas no conoce el remordimiento; siempre vuelve a dar de nuevo en el mismo sitio.»

-Oh, mierda -dijo Eddie. Tenía la voz seca y asustada-. Creo que ése es el lugar por donde el chico intentará cruzar.

El pistolero asintió.

-Muy probable. Son lugares poco densos, y también atrayentes. Una vez ya lo seguí a un lugar semejante. El Oráculo que moraba allí estuvo a punto de matarlo.

-¿Cómo lo sabes? -le preguntó Susannah a Eddie-. ¿Lo has soñado?

Él sacudió la cabeza.

-No lo sé. Pero en cuanto Rolando ha señalado ese maldito lugar... -Dejó la frase inconclusa y se volvió hacia el pistolero-. Tenemos que llegar allí tan deprisa como podamos. -Su voz parecía frenética a la vez que temerosa,

-¿Va a ser hoy? -inquirió Rolando-. ¿Esta noche?

Eddie volvió a sacudir la cabeza y se humedeció los labios con la lengua.

-Tampoco lo sé. No estoy seguro. ¿Esta noche? No lo creo. El tiempo... no es igual aquí que allí donde está el chico. En su donde y su cuando va más despacio. Tal vez mañana. -Eddie había estado combatiendo el pánico, pero ahora le venció. Giró en redondo y cogió a

Rolando de la camisa con sus manos frías y sudorosas-. Pero antes debo terminar la llave y no la he terminado, y debo hacer otra cosa pero no tengo ni la menor idea de qué se trata. ¡Y si el chico muere será por culpa mía...!

El pistolero cerró sus manos sobre las de Eddie y las apartó de su camisa.

-Domínate.

-Es que no entiendes, Rolando...

-Entiendo que plañir y gimotear no te servirá de nada. Entiendo que has olvidado el rostro de tu padre.

-¡Corta ya ese rollo! ¡Me importa una mierda mi padre! -gritó Eddie histéricamente, y Rolando le dio una bofetada. Su mano produjo un ruido como el de una rama al romperse.

La cabeza de Eddie saltó hacia atrás; el sobresalto le hizo abrir los ojos de par en par. Miró con fijeza al pistolero y levantó muy despacio una mano para tocarse la señal cada vez más roja de la mejilla.

-¡Cabrón! -susurró. La mano cayó sobre la culata del revólver que aún llevaba sobre la cadera izquierda. Susannah trató de interponer sus manos, pero Eddie las rechazó.

«Y ahora debo enseñar una vez más -pensó Rolando-, sólo que esta vez va mi vida en ello, además de la suya.»

A lo lejos, una corneja lanzó su áspero grito en el silencio, y Rolando pensó por un instante en su halcón, David. Ahora Eddie era su halcón... y al igual que David no sentiría el menor escrúpulo en arrancarle un ojo si cedía un milímetro.

O el cuello.

-¿Dispararás contra mí? ¿Es éste el final que quieres, Eddie? -Estoy harto de escuchar tus malditos sermones -dijo Eddie. Tenía los ojos empañados de lágrimas y furor.

-No has terminado la llave, pero no porque te dé miedo terminarla. Te da miedo descubrir que no puedes terminarla. Te da miedo bajar al lugar de las piedras erguidas, pero no porque te dé miedo lo que pueda venir cuando entres en el círculo. Te da miedo lo que puede no venir. No te da miedo el mundo grande, Eddie, sino el pequeño que hay dentro de ti. Has olvidado el rostro de tu padre. Así que, adelante. Dispara si te atreves. Estoy cansado de oírte farfullar.

-¡Basta! -le chilló Susannah-. ¿No te das cuenta de que lo hará? ¿No ves que le estás obligando a hacerlo?

Rolando le dirigió una mirada relampagueante.

-Le obligo a decidir. -Volvió la vista hacia Eddie con una expresión severa en su rostro cubierto de surcos-. Has salido de la sombra de la heroína y de la sombra de tu hermano, amigo mío. Sal de la sombra de ti mismo, si te atreves. Sal ahora. Sal o dispara, y acabemos de una vez.

Por un instante creyó que era justamente eso lo que iba a hacer Eddie, y que todo terminaría allí mismo, en aquella elevada cresta, bajo un despejado cielo de verano y con los chapiteles de la ciudad tremolando sobre el horizonte como espectros azules. Entonces Eddie empezó a contraer espasmódicamente la mejilla. La línea firme de sus labios se fue ablandando y empezó a temblar. La mano resbaló de la culata de sándalo de la pistola de Rolando. El pecho se arqueó una, dos, tres veces. La boca se abrió, y todo el desespero y el terror de Eddie brotaron en un grito quejumbroso mientras se abalanzaba torpemente sobre el pistolero.

-¡Tengo miedo, hijo de perra! ¿No eres capaz de entenderlo? ¡Tengo miedo, Rolando!

Se le trabaron los pies. Cayó de bruces. Rolando lo sostuvo y lo atrajo hacia sí, oliendo el sudor y la tierra de su piel, oliendo sus lágrimas y su terror.

El pistolero lo abrazó unos instantes y luego le hizo volverse hacia Susannah. Eddie se hincó de rodillas junto a su silla, con la cabeza agachada en un gesto de fatiga. Susannah le puso una mano en la nuca, empujó la cabeza de Eddie contra su muslo y se dirigió a Rolando con resentimiento.

-A veces te odio, gran blanco.

Librodot

Rolando se llevó las manos a la frente y apretó con fuerza.

-A veces yo también me odio.

-Pero eso no te detiene, ¿verdad?

Rolando no replicó. Miró a Eddie, que tenía la mejilla apoyada sobre el muslo de Susannah y los párpados muy apretados. Su semblante era la imagen de la desdicha. Rolando rechazó la pesada fatiga que le inducía a dejar para otro día el resto de aquella encantadora conversación. Si Eddie estaba en lo cierto, no habría otro día. Jake estaba casi a punto de entrar en acción. Eddie había sido elegido para ejercer de comadrona en el paso del chico a este mundo. Si no estaba en condiciones de hacerlo, Jake moriría en el punto de entrada, como muere estrangulado un bebé que tiene la raíz madre enroscada al cuello cuando empiezan las contracciones.

-En pie, Eddie.

Por un instante creyó que Eddie iba a seguir acurrucado, ocultando el rostro en la pierna de la mujer. De ser así, todo estaba perdido... y eso también era *ka.* Entonces, poco a poco, Eddie se fue incorporando. Permaneció donde se hallaba, con todo colgando -manos, hombros, cabeza, cabello-; no bien, pero en pie, y eso ya era un comienzo.

-Mírame.

Susannah se removió con inquietud, pero esta vez no dijo nada. Poco a poco, Eddie alzó la cabeza y se echó el flequillo hacia atrás con mano temblorosa.

-Esto es para ti. No hubiera debido quedármelo, por profundo que fuera mi dolor. -Rolando cerró la mano en torno a la tira de cuero y la partió de un tirón. Le tendió la llave a Eddie. Eddie fue a cogerla como si estuviera en un sueño, pero Rolando no se la entregó de inmediato-. ¿Intentarás hacer lo que debe hacerse?

-Sí. -Su voz fue casi inaudible.

-¿Tienes que decirme algo?

-Siento mucho tener miedo. -Había algo terrible en la voz de Eddie, algo que a Rolando le hizo daño en el corazón, pero creía saber qué era: allí estaba el último resto de la infancia de Eddie, expirando dolorosamente entre ellos tres. No se lo podía ver, pero Rolando oía sus gritos cada vez más débiles. Intentó no oírlos.

«Otra cosa que he hecho en nombre de la Torre. Mi cuenta no cesa de crecer, y el día en que haya de saldarla, como la cuenta de un borracho en una cervecería, está cada vez más cerca. ¿Cómo podré pagarla nunca?»

-No quiero que te disculpes, y mucho menos por tener miedo -contestó-. ¿Qué seríamos sin el miedo? Perros rabiosos con espumarajos en el hocico y la mierda secándose en nuestras ancas.

-¿Qué quieres, pues? -gritó Eddie-. ¡Me lo has quitado todo, todo lo que tenía para dar! ¡No, ni siquiera eso, porque en fin de cuentas te lo di yo! ¿Qué más quieres de mí?

Rolando alzó en el puño la llave que era su mitad de la salvación de Jake Chambers y no dijo nada. Su mirada sostuvo la de Eddie, mientras el sol brillaba sobre la verde y extensa planicie y la superficie gris azulada del río Send, y a lo lejos el graznido de la corneja volvió a resonar por las leguas doradas de aquel atardecer de verano.

Al cabo de un rato, la comprensión empezó a alumbrar en los ojos de Eddie Dean.

Rolando asintió.

-He olvidado el rostro... -Eddie hundió la cabeza, tragó saliva y alzó de nuevo la vista hacia el pistolero. La cosa que estaba muriendo entre ellos se había movido adelante; Rolando lo sabía. Esa cosa se había marchado. Allí, en aquella cresta soleada y barrida por el viento y alejada de todo, se había marchado para siempre-. He olvidado el rostro de mi padre, pistolero..., e imploro tu perdón.

Rolando abrió la mano y devolvió la leve carga de la llave a quien el *ka* había decretado que debía llevarla.

-No hables así, pistolero -respondió en la Alta Lengua-. Tu padre te ve muy bien... te quiere muy bien... y yo también.

Eddie cogió la llave y se alejó con las lágrimas aún secándose sobre su cara.

-En marcha -dijo, y emprendieron el descenso por la larga ladera hacia la llanura que se extendía frente a ellos.

16

Jake caminaba a paso lento por la avenida Castle, pasando ante pizzerías, bares y colmados donde ancianas de expresión suspicaz revolvían las patatas y palpaban los tomates. Las correas de la mochila le habían irritado la piel de los brazos, y le dolían los pies. Pasó bajo un termómetro digital que marcaba treinta grados. A Jake más bien le parecían cuarenta.

Un poco más lejos, un coche de la policía entró en la avenida desde una calle lateral. Jake sintió de pronto un vivísimo interés por las herramientas de jardinería expuestas en el escaparate de una ferretería. Vio pasar el reflejo blanco y negro por el escaparate y no se movió hasta que hubo desaparecido.

«Oye, Jake, viejo amigo: ¿adónde te diriges, exactamente?»

No tenía la menor idea. Tenía la certeza de que el chico que buscaba -el chico del pañuelo verde y la camiseta amarilla que decía NUNCA HAY UN MOMENTO ABURRIDO EN EL MUNDO MEDIO- no estaba lejos de allí, pero ¿y qué? Para Jake, seguía siendo una aguja escondida en el pajar que era Brooklyn.

Pasó ante la boca de un callejón decorado con una maraña de pintadas de spray. Casi todo eran nombres -EL TIANTE 91, SPEEDY GONZALES, MOTORVAN MIKE-, pero aquí y allí se encontraban declaraciones y advertencias para quien supiera entenderlas, y los ojos de Jake se fijaron en dos de ellas.

UNA ROSA ES UNA ROSA ES UNA ROSA

aparecía escrito sobre los ladrillos con una pintura que la intemperie había decolorado hasta darle el mismo tono rosado polvoriento de la rosa que crecía en el solar desocupado donde antes había estado la Charcutería Artística de Tom y Gerry. Debajo, en un azul tan oscuro que casi era negro, alguien había escrito con spray esta curiosa frase:

IMPLORO TU PERDÓN

«¿A qué se referirá eso?», se preguntó Jake. No lo sabía -algo de la Biblia, quizá-, pero el mensaje atraía su atención como el ojo de una serpiente atrae la de un pájaro. Al fin siguió andando, lenta y pensativamente. Eran casi las dos y media, y su sombra empezaba a volverse más larga.

Justo enfrente vio a un anciano que avanzaba poco a poco por la acera, apoyándose en un bastón nudoso y procurando ir siempre por la sombra. Tras los gruesos cristales de sus gafas, los ojos pardos del hombre nadaban como huevos de un tamaño exagerado.

-Imploro su perdón, señor -lo abordó Jake sin pensar, y en realidad, sin oírse siquiera a sí mismo.

El anciano se volvió hacia él, parpadeando de sorpresa y miedo.

-Déjame en paz, chico -dijo. Alzó el bastón y lo blandió hacia Jake con torpeza.

-Señor, ¿sabe usted si hay por aquí un sitio que se llame Academia Markey? -Era una pregunta absolutamente desesperada, pero no se le ocurrió otra cosa que decir.

El anciano bajó el bastón lentamente -fue la palabra «señor» la que lo consiguió- y contempló a Jake con el interés un tanto lunático de la vejez casi senil.

-¿Cómo es que no estás en la escuela, muchacho?

Jake sonrió con cansancio. La cosa ya empezaba a ser muy vieja.

-Es semana de exámenes. Me he acercado hasta aquí para ver a un amigo que va a la Academia Markey. Disculpe si le he molestado.

Pasó junto al anciano (esperando que no decidiera darle un bastonazo en el culo, sólo por si acaso) y estaba casi en la esquina cuando el hombre le gritó:

-¡Chico! Chico!

Jake se volvió.

-Por aquí no hay ninguna Academia Markey -dijo el anciano-. Hace veintidós años que vivo aquí, así que lo sé muy bien. Avenida Markey, sí, pero no hay ninguna Academia Markey.

A Jake se le contrajo bruscamente el estómago de excitación. Dio un paso hacia el anciano, que al instante levantó de nuevo el bastón en ademán defensivo. Jake paró en seco, dejando entre los dos una zona de seguridad de unos siete metros.

-¿Dónde está la avenida Markey, señor? ¿Podría decírmelo?

-Pues claro -respondió el anciano-. ¿No acabo de decirte que hace veintidós años que vivo aquí? Dos calles más abajo. Cuando llegues al Cine Majestic, gira a la izquierda. Pero ya te digo ahora mismo que no hay ninguna Academia Markey.

-¡Gracias, señor! ¡Muchas gracias!

Jake se volvió y miró en la dirección que señalaba el anciano. Sí; a cosa de un par de calles más adelante se veía sobresalir por encima de la acera la figura inconfundible de la marquesina de un cine. Echó a correr hacia allí, pero pensó que eso podía llamar la atención y redujo la velocidad a un paso vivo.

El anciano lo miró alejarse.

-«¡"Señor"! -dijo para sí en un tono de ligero asombro-. ¡De manera que ¨señor¨!»

Soltó una oxidada risita entre dientes y reanudó la marcha.

17

El grupo de Rolando se detuvo al anochecer. El pistolero excavó un agujero poco hondo y encendió una hoguera. No la necesitaban para cocinar, pero aun así la necesitaban.

Eddie la necesitaba. Si había de terminar la llave, necesitaría luz para trabajar.

El pistolero miró en torno y vio a Susannah, una silueta oscura sobre el aguamarina cada vez más desvaído del cielo, pero no vio a Eddie. -¿Dónde está? -quiso saber.

-Se ha ido por la carretera. Déjalo en paz, Rolando; ya has hecho suficiente.

Rolando asintió, se agachó sobre el hueco de la hoguera y golpeó un trozo de pedernal con una gastada barra de acero. La yesca que había preparado no tardó en prender. Fue añadiendo ramitas pequeñas, una a una, y esperó a que Eddie regresara.

18

Casi un kilómetro más atrás, Eddie estaba sentado con las piernas cruzadas en mitad de la Gran Carretera que habían seguido y contemplaba el cielo con la llave aún sin terminar en la mano. Al dirigir la mirada hacia la carretera, divisó la chispa del fuego y supo exactamente qué estaba haciendo Rolando... y por qué. Alzó otra vez la vista hacia el cielo. Nunca se había sentido tan solo ni tan asustado.

El cielo era inmenso; Eddie no recordaba haber visto nunca tanto espacio ininterrumpido, tanto vacío puro. Eso le hizo sentirse muy pequeño, pero Eddie consideró que no había nada de malo en ello. En el plan general de las cosas, realmente era muy pequeño.

El chico ya estaba cerca. Eddie creía saber dónde estaba Jake y qué iba a hacer, y eso le llenaba de silenciosa admiración. Susannah había venido de 1963. Eddie había venido de 1987. Entre los dos... Jake. Intentando cruzar. Intentando nacer.

«Lo conocí -pensó Eddie-. Tuve que conocerlo, y creo que lo recuerdo..., más o menos. Fue justo antes de que Henry se alistara en el ejército, ¿no? Por entonces Henry seguía unas clases en el Instituto Vocacional de Brooklyn y le tiraba mucho el negro: tejanos negros, botas de motorista negras con puntera de acero, camisetas negras con las mangas enrolladas. La época James Dean de Henry. Elegancia de pacotilla. Es lo que yo pensaba, pero nunca lo dije en voz alta porque no quería que se enfadara conmigo.»

De pronto se dio cuenta de que lo que estaba esperando había ocurrido mientras él se hallaba sumido en sus pensamientos: había salido la Vieja Estrella. En quince minutos, tal vez menos, se le uniría toda una galaxia de joyería extraterrestre, pero de momento resplandecía sola en la incipiente oscuridad.

Eddie levantó lentamente la llave hasta que la Vieja Estrella brilló dentro de su ancha muesca central. Y entonces recitó la antigua fórmula de su mundo, la que le había enseñado su madre cuando se arrodillaba junto a él ante la ventana del dormitorio para contemplar el lucero de la tarde que precedía la oleada de oscuridad sobre los tejados y las escaleras de incendio de Brooklyn: «Estrella, estrellita, la primera que veo esta noche; concede mi deseo, concédelo te ruego.»

La Vieja Estrella refulgió en el hueco de la llave, un diamante engastado en fresno.

-Ayúdame a encontrar valor -dijo Eddie-. Éste es mi deseo. Ayúdame a encontrar el valor suficiente para atreverme a terminar esta maldita cosa.

Permaneció sentado unos instantes más hasta que al fin se puso en pie y regresó al campamento sin apresurarse. Se sentó tan cerca de la hoguera como le fue posible, cogió el cuchillo del pistolero sin dirigir ni una palabra a ninguno de los dos y empezó a tallar. Finísimas virutas de madera se desprendían de la «s» final de la llave. Eddie trabajaba deprisa, haciendo girar la llave hacia uno y otro lado, cerrando a veces los ojos para deslizar la yema del pulgar sobre las delicadas curvas. Procuraba no pensar en lo que podía ocurrir si estropeaba la llave; estaba seguro de que, si lo pensaba, se quedaría paralizado.

Rolando y Susannah estaban sentados detrás de él, contemplándolo en silencio. Finalmente, Eddie dejó el cuchillo a un lado. El sudor le corría por la cara.

-Ese chico tuyo -comenzó-. Ese Jake. Debe de ser un chaval con cojones, ¿eh?

-Fue valiente en las montañas -respondió Rolando-. Tenía miedo, pero no cedió ni un milímetro.

-Ojalá yo pudiera ser así.

Rolando se encogió de hombros.

-En la casa de Balazar luchaste bien aunque te habían quitado la ropa. Para un hombre es difícil combatir desnudo, pero lo hiciste.

Eddie trató de recordar el tiroteo del bar, pero sólo era un borrón en su mente: humo, ruido y luz que brillaba sobre una pared en confusos rayos entrecruzados. Creía que aquella

Librodot

pared había quedado derruida por los disparos de las armas automáticas, pero no se acordaba con certeza.

Alzó la llave de modo que sus muescas se recortaran nítidamente sobre las llamas. La sostuvo así mucho tiempo, examinando sobre todo la curva en «s». Parecía exactamente igual a lo que recordaba de su sueño y de la imagen momentánea que había visto en el fuego..., pero Eddie tenía la sensación de que no era exactamente como debía. Casi, pero no del todo.

«Eso es cosa de Henry, como siempre. De todos esos años en que nunca llegabas a ser lo bastante bueno. Lo has logrado, compañero; lo único que sucede es que el Henry que llevas dentro no quiere reconocerlo.»

Echó la llave sobre el rectángulo de piel y la envolvió doblando cuidadosamente los bordes.

-Ya está. No sé si habrá quedado bien o no, pero no creo que pueda hacerla mejor. -Se sentía extrañamente vacío al no tener ya que trabajar en la llave, sin propósito ni orientación.

-¿Quieres comer algo, Eddie? -le preguntó Susannah en voz queda. «Ahí está el propósito -se dijo-. Ahí está la orientación. Sentada aquí mismo con las manos cruzadas sobre el regazo. Todo el propósito y la orientación que jamás...»

Pero entonces le vino otra cosa a la cabeza. Le vino de repente; no era un sueño... ni una visión.

«No, nada de eso. Es un recuerdo. Está ocurriendo otra vez: recuerdas hacia delante en el tiempo.»

-Antes he de hacer otra cosa -respondió, y se puso en pie.

Al otro lado de la fogata Rolando había apilado unos cuantos pedazos de madera seca. Eddie hurgó entre ellos y encontró una estaca de unos sesenta centímetros de longitud y aproximadamente diez de diámetro. La cogió, regresó a su lugar junto al fuego y empuñó otra vez el cuchillo de Rolando. Esta vez trabajó más deprisa, porque sólo estaba aguzando la estaca, convirtiéndola en algo que parecía un poste de tienda corto.

-¿Podemos ponernos en marcha antes de que amanezca? -le preguntó al pistolero-. Creo que hemos de llegar a ese círculo lo antes posible.

-Sí. Y antes, si hace falta. No quiero moverme a oscuras; no es prudente entrar de noche en un círculo parlante, pero si hemos de hacerlo, hemos de hacerlo.

-Por la cara que pones, muchachote, dudo que sea muy prudente acercarse a esos círculos de piedra a ninguna hora del día -comentó Susannah.

Eddie volvió a soltar el cuchillo. La tierra del agujero que Rolando había hecho para la hoguera estaba amontonada junto a su pie derecho. Eddie utilizó el extremo aguzado de la estaca para dibujar un signo de interrogación en la tierra. El signo era claro y nítido.

-Muy bien -dijo al fin, mientras borraba el dibujo-. Todo listo.

-Come algo, entonces -le urgió Susannah.

Eddie lo intentó, pero no tenía mucho apetito. Cuando por fin se echó a dormir, acurrucado en el calor de Susannah, tuvo un reposo sin sueños pero muy ligero. Hasta que el pistolero lo despertó de una sacudida a las cuatro de la madrugada, Eddie estuvo oyendo el viento que se precipitaba incansable sobre la llanura, y tuvo la sensación de que se iba volando con él, hacia las alturas de la noche, alejándose de todas aquellas preocupaciones, mientras la Vieja Estrella y la Vieja Madre se desplazaban serenas sobre él, pintándole las mejillas de escarcha.

19

-Ya es hora -dijo Rolando.

Librodot

Eddie se incorporó. Susannah estaba a su lado, frotándose la cara con las manos. A medida que se le fue despejando la cabeza, Eddie se sintió invadido por una sensación de urgencia.

-Sí. Vamos allá, y deprisa.

-Está cerca, ¿verdad?

-Muy cerca. -Se puso en pie, cogió a Susannah por la cintura y la izó a la silla de ruedas.

Ella lo miraba con inquietud.

-¿Crees que aún podemos llegar a tiempo?

Eddie asintió.

-Por los pelos.

Tres minutos más tarde volvían a descender por la ladera siguiendo la Gran Carretera, que resplandecía tenuemente en la oscuridad como un fantasma. Y una hora después de eso, cuando la primera claridad del alba empezó a tocar el cielo por el este, empezó a oírse un sonido rítmico muy a lo lejos.

Redoble de tambores, pensó Rolando.

Maquinaria, pensó Eddie. Un enorme montón de maquinaria.

«Es un corazón -pensó Susannah-. Un corazón palpitante, enorme y enfermo... y está en esa ciudad a la que hemos de ir.»

Al cabo de dos horas el sonido paró tan de súbito como había comenzado. En el cielo no cesaban de acumularse nubes blancas y amorfas que fueron velando el sol de la mañana hasta ocultarlo por completo. El círculo de piedras erguidas se hallaba ya a menos de ocho kilómetros, resplandeciendo bajo aquella luz sin sombras como la dentadura de un monstruo caído.

20

¡SEMANA ESPAGUETI EN EL MAJESTIC!

proclamaba el rótulo de la decrépita y abatida marquesina que sobresalía en el cruce de las avenidas Brooklyn y Markey.

¡DOS CLÁSICOS DE SERGIO LEONE!
¡UN PUÑADO DE $$ MÁS EL BUENO, EL FEO Y EL MALO!
99 CÉNTIMOS TODOS LOS PASES

En la taquilla había una jovencita rubia con rulos en el pelo que mascaba chiclé mientras escuchaba a Led Zep en el transistor y leía una de aquellas revistas del corazón que tanto le gustaban a la señora Shaw. A su izquierda, en el tablón que quedaba libre, había un cartel en el que se veía a Clint Eastwood.

Jake sabía que no debía entretenerse -va eran casi las tres-, pero aun así se detuvo unos instantes para mirar el cartel que colgaba tras un cristal sucio y agrietado. Eastwood llevaba un sarape mexicano. Tenía un puro apretado entre los dientes. Se había echado parte del sarape sobre el hombro para dejar al descubierto la pistola. Sus ojos eran de un azul claro y descolorido. Ojos de bombardero.

«No es él -pensó Jake-, pero casi es él. Son los ojos, sobre todo... Los ojos son casi iguales.»

-Me dejaste caer -le dijo al hombre del viejo cartel, el hombre que no era Rolando-. Me dejaste morir. ¿Qué ocurrirá esta vez?

-Eh, chico -le llamó la taquillera rubia, haciendo que se sobresaltara-. ¿Piensas entrar o vas a quedarte ahí hablando solo?

-No, gracias -respondió Jake-. Ya las he visto las dos.

Echó a andar de nuevo y dobló a la izquierda por la avenida Markey.

Una vez más esperó que lo invadiera la sensación de recordar hacia delante, pero no sucedió. Estaba en una calle cualquiera, calurosa y soleada, bordeada de edificios de apartamentos color arenisca que a Jake se le antojaron las galerías de una cárcel. Pasaban unas cuantas jóvenes, empujando cochecitos de bebé por parejas y charlando sin mucho entusiasmo, pero aparte de ellas la calle estaba desierta. Hacía un calor demasiado intenso para el mes de mayo; demasiado calor para salir a pasear.

«¿Qué estoy buscando? ¿Qué?»

A sus espaldas sonó una ronca carcajada masculina, seguida de un indignado grito femenino:

-¡Devuélvemela!

Jake dio un respingo, creyendo que la dueña de la voz se dirigía a él. -¡Devuélvemela, Henry! ¡Hablo en serio!

Jake se volvió y vio a dos chicos, uno de los cuales debía de tener al menos dieciocho años. El otro era bastante más pequeño..., de doce o trece años. Al ver a este segundo muchacho, el corazón de Jake hizo algo que fue como si rizara el rizo dentro de su pecho. El chico llevaba pantalones de pana verde en lugar de pantalones cortos de cuadros, pero la camiseta amarilla era la misma y llevaba una vieja y gastada pelota de baloncesto debajo del brazo. Aunque estaba de espaldas a Jake, Jake tuvo la certeza de que había encontrado al chico de su último sueño.

21

La que había gritado era la taquillera rubita que mascaba chiclé. El mayor de los chicos -que casi parecía lo bastante mayor para llamarlo hombre- tenía en sus manos la revista de la joven. Ella intentó arrebatársela. El chico que se la había quitado -llevaba tejanos y una camiseta negra arremangada- levantó la revista en alto y sonrió.

-¡Salta si la quieres, Maryanne! ¡Salta, salta!

Ella lo miró con ojos furiosos y las mejillas enrojecidas.

-¡Dámela! -le exigió-. ¡Deja de hacer el idiota y devuélvemela! ¡Cabrón!

-¡O000h, Eddie, mira lo que ha dicho! -se burló el mayor-. ¡Eres una deslenguada! ¡Eso no se dice! -Siguió agitando la revista justo fuera del alcance de la rubia, sonriendo, y de pronto Jake lo entendió todo. Aquellos dos seguramente volvían de la escuela a casa -aunque seguramente no iban a la misma, si había acertado al calcularles la edad- y el mayor se había acercado a la taquilla fingiendo que tenía algo interesante que contarle a la chica. Y entonces había metido la mano por la abertura del cristal y le había quitado la revista.

El mayor de los chicos tenía una cara que Jake ya había visto antes: era la cara de un muchacho que consideraría el colmo de la diversión empaparle la cola a un gato con gasolina para usarla de encendedor o darle a un perro hambriento un pedazo de pan con un anzuelo escondido dentro. La clase de muchacho que se sentaba en la última fila del aula y molestaba a las chicas y luego decía «¿Quién, yo?» con boba expresión de sorpresa cuando una acababa por quejarse. No había muchos chicos así en Piper, pero había algunos. Jake supuso que en todas las escuelas habría algunos. En Piper vestían mejor, pero la cara era la misma. Se

Librodot

imaginó que en otros tiempos la gente habría dicho que era la cara de un chico nacido para la horca.

Maryanne saltó para hacerse con la revista, que el muchacho de los pantalones negros había enrollado en forma de tubo. El la apartó en el último momento y le pegó con ella en la cabeza, como se le podría pegar a un perro que se hubiese meado en la alfombra. La chica había empezado a llorar; más que nada por la humillación, juzgó Jake. Su cara estaba tan roja que casi resplandecía.

-¡Pues quédatela! -le chilló-. ¡Ya sé que eres analfabeto, pero al menos podrás mirar las fotos! -Y enseguida hizo ademán de volverse.

-¿Por qué no se la devuelves, eh? -dijo el más pequeño de los dos con voz suave.

El mayor le tendió la revista a la chica, que se la arrancó de las manos. Incluso desde donde estaba, diez metros calle abajo, Jake oyó cómo se rasgaba.

-¡Eres un mierda, Henry Dean! -le gritó ella-. ¡Una auténtica mierda!

-Oye, oye, ¿a qué viene eso? -Henry parecía dolido de veras-. Sólo ha sido una broma. Además, sólo se ha roto por un sitio; todavía puedes leerla, mujer. Enróllate un poco, ¿quieres?

Y eso también cuadraba, pensó Jake. Los tipos como ese Henry siempre llevaban la broma incluso menos divertida dos pasos demasiado lejos..., y luego se mostraban dolidos e incomprendidos cuando alguien les gritaba. Y siempre era «¿Qué pasa?» y era «¿No sabes aceptar una broma?» y era «¿Por qué no te enrollas un poco?»

«¿Qué haces con él, muchacho? -se preguntó Jake-. Si estás de mi lado, ¿qué haces con un gilipollas como ése?»

Pero cuando el más pequeño se volvió y echó a andar por la acera con el otro, Jake se dio cuenta. Las facciones del mayor eran más duras y tenía la tez cubierta de marcas de acné, pero aparte de eso el parecido era asombroso. Los chicos eran hermanos.

22

Jake les volvió la espalda y empezó a caminar con paso lento por delante de los dos muchachos. Se llevó una mano temblorosa al bolsillo de la pechera, sacó las gafas de sol de su padre y se las caló con un gesto torpe.

Más atrás, las voces eran cada vez más fuertes, como si alguien estuviera subiendo gradualmente el volumen de una radio.

-No hubieras tenido que hacerla rabiar tanto, Henry. No ha estado bien.

-A ella le encanta, Eddie. -La voz de Henry era complaciente y mundana-. Cuando seas un poco mayor lo entenderás. -Pero si estaba llorando...

-Seguramente debe de tener la mala semana -dijo Henry en tono filosófico.

Ya estaban muy cerca. Jake se encogió contra la pared del edificio. Tenía la cabeza gacha y las manos muy hundidas en los bolsillos de los tejanos. No sabía por qué le parecía de tan vital importancia que no se fijaran en él, pero así era. De un modo u otro, Henry no importaba, pero...

«Se supone que el más pequeño no debe acordarse de mí -pensó-. No sé exactamente por qué, pero es importante.»

Lo adelantaron sin dedicarle ni una mirada de soslayo. El que Henry había llamado Eddie caminaba por la parte de afuera, haciendo rebotar la pelota a lo largo del bordillo.

-Has de reconocer que estaba muy graciosa -decía Henry-. La marchosa de Maryanne saltando para coger la revista. ¡Guau, guau!

Eddie alzó la vista hacia su hermano con una expresión que quería ser de reproche..., hasta que se rindió y el reproche se disolvió en risa. Jake reconoció el amor incondicional en aquella cara y juzgó que Eddie le perdonaría muchas cosas a su hermano mayor antes de dejarlo como un caso perdido.

-Entonces, ¿qué? ¿Vamos? -preguntó Eddie-. Dijiste que iríamos. Al salir de la escuela.

-Dije que a lo mejor íbamos. No tengo muchas ganas de darme ese hartón de andar. Además, mamá ya debe de estar en casa. Será mejor que lo dejemos y subamos a ver la tele.

Iban ya unos tres metros por delante de Jake y seguían alejándose.

-¡Va, venga! ¡Lo dijiste!

Después del edificio ante el que entonces se hallaban los dos chicos había una cerca de malla metálica con una puerta para pasar. Al otro lado de la cerca, Jake pudo ver que estaba el terreno de juego con el que había soñado la noche anterior... o una versión del mismo, por lo menos. No estaba rodeado de árboles ni había ningún quiosco del metro con franjas negras y amarillas pintadas en diagonal en la parte delantera, pero el cemento agrietado era idéntico. Y también las descoloradas líneas amarillas que delimitaban el campo.

-Bueno..., no sé. A lo mejor. -Jake comprendió que Henry estaba otra vez tomándole el pelo a su hermano. Eddie, en cambio, no se daba cuenta; estaba demasiado interesado en el lugar al que quería ir, fuera el que fuese-. Hagamos unas canastas mientras me lo pienso.

Le robó la pelota a su hermano menor, la hizo botar torpemente hacia el terreno de juego y lanzó un tiro que fue a dar en lo alto del tablero y rebotó sin rozar siquiera el aro. A Henry se le daba bien robar revistas a las adolescentes, pensó Jake, pero en el campo de baloncesto era un completo desastre.

Eddie entró por la puerta, se desabrochó los pantalones de pana y los echó hacia abajo. Bajo ellos llevaba los pantalones de cuadros desteñidos que Jake había visto en el sueño.

-¡Ay, mira, lleva sus pantaloncitos cortos! -se rió Henry-. ¿Verdad que son lindos? -Esperó a que Eddie levantara un pie del suelo para acabar de quitarse los pantalones, y justo entonces le arrojó la pelota. Eddie consiguió desviarla con el brazo, ahorrándose un golpe que seguramente le hubiera hecho sangrar la nariz, pero perdió el equilibrio y cayó al suelo de cemento. No se cortó, pero muy bien habría podido ocurrir: a lo largo de la cerca vio un reguero de vidrios rotos que brillaba al sol.

-Venga, Henry, no te pases -protestó, pero sin auténtico reproche. Jake supuso que Henry llevaba tanto tiempo haciéndole esas jugarretas que Eddie ya sólo se daba cuenta cuando se las hacía a otra persona; a alguien como la taquillera rubita.

-¡Venga, Henry, no te pases! -repitió su hermano en tono de mofa.

Eddie se puso en pie y corrió hacia la pista. La pelota había chocado contra la malla metálica y había rebotado hacia Henry, que intentó hacerle un regate a su hermano pequeño. Eddie extendió la mano con la rapidez de un relámpago, pero con notable delicadeza, y le robó la pelota. Se coló con facilidad bajo el brazo extendido que Henry agitaba ante él y fue hacia la canasta. Henry corrió con expresión ceñuda en pos de él, pero lo mismo habría dado que se echara a dormir. Eddie saltó, con las rodillas recogidas y los pies limpiamente estirados, y encestó la pelota. Henry se apoderó de ella cuando caía y la llevó botando hasta la raya.

«No hubieras debido hacerlo, Eddie», pensó Jake. Se había parado justo en la esquina donde terminaba la cerca, y los estaba observando desde allí. Parecía un lugar bastante seguro, al menos de momento. Llevaba puestas las gafas de sol de su padre, y los chicos estaban tan absortos en el juego que ni siquiera se habrían dado cuenta aunque el presidente Carter se hubiera detenido a mirarlos. De todos modos, Jake dudaba de que Henry supiese quién era el presidente Carter.

Jake se imaginaba que Henry le haría una personal a su hermano, quizás incluso violenta, como castigo por la canasta, pero había subestimado la astucia de Eddie. Henry hizo una finta que no hubiera engañado ni a la madre de Jake, pero al parecer Eddie cayó en la trampa. Henry pasó junto a él y se dirigió hacia la canasta, corriendo casi todo el rato con la

pelota sujeta. Jake estaba seguro de que Eddie hubiera podido darle alcance y quitarle la pelota con facilidad, pero en cambio el chico se quedó rezagado. Henry lanzó un tiro -con desmaña-y la pelota rebotó en el aro. Eddie la cogió pero dejó que se le escapara de entre las manos. Henry se apoderó de ella, giró y la hizo pasar por el aro sin red.

-Uno a cero -dijo Henry, jadeante-. ¿Vamos a doce?

-Vale.

Jake había visto suficiente. El juego iba a ser reñido, pero al final ganaría Henry. Eddie se ocuparía de ello. Su derrota no sólo le ahorraría malos tratos sino que además pondría a Henry de buen humor y lo volvería más receptivo a lo que Eddie quisiera hacer.

«Bueno, chico, me parece que tu hermanito pequeño te ha estado manipulando como una marioneta desde hace mucho tiempo, y tú ni siquiera lo sospechas, ¿verdad?»

Retrocedió hasta que el edificio que se alzaba en el extremo norte del campo le ocultó a los hermanos Dean, y ellos a él. Se apoyó en la pared y escuchó el sonido de la pelota al rebotar contra el cemento.

Al poco Henry empezó a resoplar como Charlie el Chu-Chú en una empinada cuesta arriba. Debía de ser fumador, naturalmente; los tipos como Henry siempre eran fumadores.

El juego duró unos diez minutos, y para cuando Henry cantó victoria la calle se había llenado de chicos que volvían de la escuela. Algunos de ellos miraban a Jake con curiosidad al pasar ante él.

-Buen partido, Henry -dijo Eddie.

-No ha estado mal -jadeó Henry-. Pero aún te dejas engañar por mis fintas.

«Claro que sí -pensó Jake-. Y creo que seguirá dejándose engañar hasta que haya ganado unos cuarenta kilos de peso. Puede que entonces te lleves una sorpresa.»

-Sí, eso parece. Oye, Henry, ¿podemos ir a ver la casa, por favor?

-Sí, ¿por qué no? Vamos allá.

-¡Muy bien! -gritó Eddie a todo pulmón. Se oyó un chasquido de carne contra carne; seguramente Eddie le había dado la mano a Henry con una palmada-. ¡Campeón!

-Sube a casa y dile a mamá que volveremos a las cuatro y media, cinco menos cuarto. Pero no le digas nada de la Mansión. Le daría un ataque de nervios. Ella también cree que está encantada.

-¿Quieres que le diga que vamos a casa de Dewey?

Hubo un silencio mientras Henry se lo pensaba.

-No. A lo mejor se le ocurre llamar a la señora Bunkowski. Dile... dile que vamos a lo de Dahlie para comprar Hoodsie Rockets. Eso se lo creerá. Y pídele un par de dólares, de paso.

-No me los dará. Aún faltan dos días para cobrar.

-Chorradas. Tú puedes sacárselos. Anda, corre.

-Vale. -Pero Jake no oyó que Eddie se moviera-. ¿Henry...?

-¿Qué? -contestó con impaciencia.

-¿Es verdad que la Mansión está encantada? ¿Tú qué dices?

Jake se acercó un poco más al terreno de juego. No quería ser visto, pero tenía la intensa sensación de que necesitaba oír aquello.

-Qué va. Las casas encantadas no existen. Sólo en las películas.

-Ah. -En la voz de Eddie había una inconfundible nota de alivio.

-Pero si hubiese alguna -prosiguió Henry (quizá no quería que su hermano menor se sintiera demasiado aliviado, pensó Jake)-, sería la Mansión. Me han dicho que hace un par de años dos chicos de la calle Norwood entraron allí para hacer gansadas y la pasma los encontró con el cuello rajado y sin una gota de sangre en el cuerpo. Pero no había ni una mancha de sangre en ninguna parte. ¿Entiendes? Toda la sangre había desaparecido.

-¿Te ríes de mí? -preguntó Eddie en un susurro.

Librodot

-No. Pero no era eso lo peor.

-¿Qué era?

-El pelo se les había vuelto completamente blanco -explicó Henry. La voz que le llegó a Jake era solemne. Tuvo la impresión de que esta vez Henry no intentaba tomar el pelo a su hermano, que esta vez él mismo creía lo que estaba diciendo. (Además, dudaba de que Henry tuviera suficiente seso para inventarse semejante historia.)-. Los dos. Y tenían los ojos muy abiertos, como si hubieran visto la cosa más horrible del mundo.

-¡Anda ya! Eso es un cuento -dijo Eddie, pero en tono suave y fascinado.

-¿Todavía quieres ir?

-Claro. Siempre que..., ya sabes, que no tengamos que acercarnos demasiado.

-Pues ve a ver a mamá. Y procura sacarle un par de pavos. Necesito tabaco. Y llévate la pelota.

Jake se echó hacia atrás y se metió en el primer portal justo cuando Eddie cruzaba la cerca del campo.

Para su horror, el chico de la camiseta amarilla se encaminó hacia donde estaba Jake. «¡Oh, no! -pensó, desalentado-. ¿Y si vive en este edificio?»

Vivía allí. Jake tuvo el tiempo justo para volverse y fingir que leía los nombres escritos junto a la hilera de timbres antes de que Eddie Dean pasara a su lado casi rozándolo, tan cerca que Jake pudo oler el sudor que le había brotado en la pista de baloncesto. Medio vio y medio notó la ojeada curiosa que el chico echó en su dirección. Pero Eddie entró en el edificio sin detenerse y se dirigió a los ascensores con los pantalones de la escuela hechos un lío bajo un brazo y la gastada pelota bajo el otro.

A Jake le palpitaba con fuerza el corazón. Seguir a la gente sin que se diera cuenta resultaba mucho más difícil en la vida real que en las novelas de detectives que a veces leía. Cruzó la calle y se detuvo entre dos edificios de apartamentos, media manzana más arriba. Desde allí podía ver al mismo tiempo la entrada del edificio en que vivían los hermanos Dean y el terreno de juegos. El terreno estaba empezando a llenarse, sobre todo de niños pequeños. Henry estaba apoyado contra la cerca, fumándose un cigarrillo y tratando de ofrecer una imagen de dureza adolescente. De vez en cuando alargaba un pie, cuando alguno de los chiquillos pasaba corriendo ante él, y antes de que regresara Eddie ya había conseguido zancadillear a tres niños. El último de ellos cayó por tierra cuan largo era, dio de bruces contra el cemento y salió llorando calle arriba con la frente ensangrentada. Henry arrojó la colilla del cigarrillo hacia su espalda y se echó a reír con ganas.

«Un tipo de lo más divertido», pensó Jake.

Después de eso, los demás niños espabilaron y empezaron a guardar las distancias. Henry se marchó del terreno de juego y anduvo sin apresurarse hacia el edificio de apartamentos en el que había entrado Eddie cinco minutos antes. Justo cuando llegaba, se abrió la puerta y salió Eddie. Se había puesto unos tejanos y una camiseta limpia; también se había atado a la frente un pañuelo verde, el mismo que llevaba en el sueño de Jake. Agitaba dos billetes de un dólar con aire triunfal. Henry se los quitó de la mano y le preguntó algo. Eddie asintió con la cabeza y echaron a andar.

Jake los siguió a media manzana de distancia.

23

Se habían parado en la hierba alta que bordeaba la Gran Carretera y contemplaban el círculo parlante.

«Stonehenge -pensó Susannah, y se estremeció-. Eso es lo que parece. Stonehenge.»

Aunque la tupida hierba que cubría la llanura crecía también en torno a la base de los grandes monolitos grises, el círculo que delimitaban era de tierra desnuda, salpicada aquí y allá de cosas blancas.

-¿Qué es eso? -preguntó Susannah en voz baja-. ¿Esquirlas de piedra?

-Vuelve a mirar -le aconsejó Rolando.

Al hacerlo vio que eran huesos. Huesos de animales pequeños, quizás. Así lo esperaba.

Eddie pasó la estaca aguzada a la mano izquierda, se enjugó en la camisa la palma de la derecha y volvió a cambiarla de mano. Abrió la boca, pero su garganta reseca no emitió ningún sonido. Carraspeó y lo intentó de nuevo.

-Creo que debo entrar ahí y dibujar algo en la tierra. Rolando asintió.

-¿Ya?

-Pronto. -Miró a Rolando a la cara-. Aquí hay algo, ¿verdad? Algo que no vemos.

-Ahora no está -respondió Rolando-. O al menos creo que no está. Pero vendrá. Nuestro *khef,* nuestra fuerza vital, le hará venir. Y querrá defender su morada, por supuesto. Devuélveme la pistola, Eddie.

Eddie se desabrochó el cinto y se lo dio. Acto seguido se volvió hacia el círculo de piedras de siete metros de altura. Allí vivía algo, desde luego. Percibía su olor, un hedor que le hacía pensar en yeso húmedo, sofás mohosos y colchones viejos pudriéndose bajo capas de hongos en licuefacción. Ese olor le resultaba conocido.

«La Mansión; allí fue donde lo olí. El día que convencí a Henry para que me llevara a ver la Mansión de la calle Rhinehold, en Dutch Hill.»

Rolando se abrochó la hebilla del cinto y se inclinó para anudar la tira que sujetaba la pistolera al muslo. Mientras lo hacía, alzó la vista hacia Susannah.

-Puede que necesitemos a Detta Walker -le anunció-. ¿Anda por ahí?

-Esa perra siempre anda cerca. -Susannah frunció la nariz.

-Bien. Uno de los dos tendrá que proteger a Eddie mientras él hace lo que ha de hacer. El otro será un bulto inútil. Esta es la morada de un demonio. Aunque los demonios no son humanos, son macho o hembra. El sexo es al mismo tiempo su arma y su debilidad. Sea cual sea el sexo de este demonio, irá por Eddie. Para proteger su morada. Para impedir que un extraño utilice su morada. ¿Comprendes? -Susannah asintió en silencio. Eddie, por lo visto, no escuchaba. Se había metido bajo la camisa el envoltorio de piel que contenía la llave y miraba fijamente el círculo parlante como si estuviera hipnotizado-. No hay tiempo para decirlo de una manera agradable o refinada -prosiguió Rolando-. Uno de los dos tendrá...

-Uno de los dos tendrá que follárselo para que deje en paz a Eddie -le interrumpió Susannah-. Este demonio es la clase de cosa que nunca puede rechazar un polvo gratis. Ahí querías ir a parar, ¿no?

Rolando asintió.

A Susannah se le encendieron los ojos. Ahora eran los ojos de Detta Walker, sabios y fríos a un tiempo, resplandecientes de dura diversión, y la voz empezó a adoptar el fingido acento sureño que era la marca de fábrica de Detta Walker.

-Si el demonio es chica, te toca a ti. Pero si es chico, me lo quedo yo. ¿De acuerdo?

Rolando asintió.

-¿Y si hace a pelo y a pluma? ¿Qué pasa entonces, grandullón? Los labios de Rolando se contrajeron en una levísima insinuación de sonrisa.

-Entonces lo poseeremos juntos. Pero acuérdate...

A su lado, Eddie musitó con voz desmayada y remota:

-No todo es silencio en los salones de los muertos. Mirad, el que dormía está despertando. -Volvió los ojos enloquecidos y aterrorizados hacia Rolando-. Hay un monstruo.

-El demonio...

-No. Un monstruo. Algo que hay entre las puertas..., entre los mundos. Algo que espera. Y está abriendo los ojos.

Susannah miró atemorizada a Rolando.

Librodot

-Ánimo, Eddie, y en pie -dijo Rolando-. Sé certero. Eddie respiró hondo.

-Aguantaré en pie hasta que me derribe -prometió-. Ahora tengo que entrar. Ya está empezando.

-Entramos todos -dijo Susannah. Arqueó la espalda y descendió de la silla de ruedas-. Si algún demonio quiere follar conmigo, va a descubrir que está follando con la mejor. Le voy a echar un polvo que no olvidará nunca.

Mientras pasaban entre dos de las altas piedras para introducirse en el círculo, empezó a llover.

24

En cuanto Jake vio la casa comprendió dos cosas: primero, que ya la había visto antes, en sueños tan terribles que su mente consciente no le permitía recordarlos; segundo, que era un lugar de muerte, asesinato y locura. Se había detenido en la esquina de la calle Rhinehold con la avenida Brooklyn, a unos setenta metros de Henry y Eddie Dean, pero incluso desde allí percibía que la Mansión, sin hacer caso de los dos hermanos, extendía hacía él unas manos invisibles y anhelantes. Tuvo la sensación de que esas manos estaban provistas de espolones. Espolones muy agudos.

«Me quiere a mí, y no puedo huir. Entrar ahí es la muerte... pero no entrar es locura. Porque en algún rincón de esa casa hay una puerta cerrada. Yo tengo la llave que la abre, y la única esperanza de salvación que me queda está al otro lado.»

Con el corazón abatido, examinó detenidamente la Mansión, una casa que casi lanzaba alaridos de anormalidad. Se alzaba en el centro del jardín abandonado y lleno de maleza como un tumor maligno.

Los hermanos Dean habían recorrido nueve manzanas de Brooklyn, andando a paso lento bajo el caluroso sol de la tarde, hasta llegar a una zona que, a juzgar por los nombres de las tiendas y los comercios, tenía que ser Dutch Hill. Y al fin se habían detenido en mitad de aquella manzana, delante de la Mansión. La casa parecía llevar muchos años abandonada, pero a pesar de ello apenas había sufrido actos de vandalismo. Y en otro tiempo, pensó Jake, debía haber sido una verdadera mansión, el hogar, quizá, de un comerciante próspero y su familia numerosa. En aquellos días de antaño seguramente había sido blanca, pero ahora era de un sucio grisáceo. Todas las ventanas estaban rotas y la deteriorada valla de madera que la rodeaba estaba cubierta de pintadas, pero la casa en sí permanecía intacta.

Repantigado bajo la calurosa luz, un desvencijado espectro con tejado de pizarra que crecía en un patio herboso y sembrado de desperdicios, a Jake le sugirió la imagen de un perro peligroso que se fingía dormido. Su empinado tejado sobresalía sobre el porche delantero como una frente aplastada. Las tablas del porche estaban torcidas y astilladas. Contraventanas que quizás en otro tiempo habían sido verdes colgaban fuera de quicio junto a las ventanas sin cristales, algunas de las cuales aún estaban provistas de viejas cortinas que pendían como tiras de piel muerta. A la izquierda había una antigua espaldera a punto de desprenderse del edificio, sostenida ya no por clavos sino tan sólo por las enredaderas sin nombre y de algún modo inmundas que crecían profusamente sobre ella. Había un cartel en el jardín y otro en la puerta. Desde donde Jake estaba, no alcanzaba a leer ninguno de los dos.

La casa estaba viva. Jake lo sabía, podía percibir la conciencia que surgía de las tablas y el tejado pandeado, la sentía manar a ríos desde las cuencas negras de sus ventanas. La idea de acercarse a aquel lugar terrible lo llenaba de abatimiento; la idea de penetrar en su interior lo llenaba de un horror inarticulado. Pero tendría que hacerlo. Notó un zumbido grave y

adormecedor en los oídos, el sonido de una colmena en un caluroso día de verano, y por un instante temió desmayarse. Cerró los ojos... y la voz de *él* le llenó la cabeza.

«Debes venir, Jake. Es el camino del Haz, el camino de la Torre y el momento de tu Invocación. Sé certero; álzate; ven a mí.»

El miedo no pasó, pero sí aquella horrible sensación de pánico inminente. Abrió los ojos de nuevo y vio que no era el único que percibía el poder y el despertar de la conciencia de la casa. Eddie estaba intentando alejarse de la cerca. Se volvió hacia Jake, que pudo verle los ojos inquietos y muy abiertos bajo el pañuelo verde de la frente. Su hermano mayor lo sujetó y lo empujó hacia el portón oxidado, pero el gesto estuvo falto de convicción; por lerdo que fuese Henry, la Mansión no le gustaba más que a Eddie.

Se retiraron un poco y siguieron contemplando el lugar. Jake no pudo entender qué se decían, pero su tono de voz era grave e inseguro. De pronto, Jake recordó lo que Eddie le había dicho en el sueño: «Pero recuerda que hay peligro. Ten cuidado... y apresúrate.»

Súbitamente, el Eddie real, el que estaba al otro lado de la calle, alzó la voz lo bastante para que Jake pudiera distinguir las palabras.

-¿Podemos irnos ya, Henry? Por favor. No me gusta. -El tono era de súplica.

-¡Qué mariquita estás hecho! -replicó Henry, pero Jake creyó oír alivio en su voz además de condescendencia-. Vamos, pues.

Volvieron la espalda a la decrépita casa que se agazapaba tras la valla combada y echaron a andar hacia la calzada. Jake retrocedió y se puso a mirar el escaparate de una triste tienducha que lucía el rótulo de «Aparatos domésticos usados Dutch Hill». Observó cómo Henry y Eddie, dos reflejos borrosos y fantasmales superpuestos a una vieja aspiradora Hoover, cruzaban la calle Rhinehold.

-¿Seguro que no está encantada? -preguntó Eddie cuando llegaron a la acera del lado de Jake.

-No sé qué decirte -respondió Henry-. Ahora que he vuelto a verla, ya no estoy tan seguro.

Pasaron justo por detrás de Jake sin mirarlo.

-¿Tú entrarías? -prosiguió Eddie.

-Ni por un millón de dólares -contestó Henry sin dudarlo.

Doblaron la esquina. Jake se apartó del escaparate y alargó el cuello para verlos marchar. Regresaban por donde habían venido, los dos juntos sobre la acera, Henry arrastrando las pesadas botas de puntera metálica, los hombros encorvados como los de una persona mucho mayor, y Eddie caminando a su lado con gracia natural y espontánea. Sus sombras, que ya se alargaban sobre la calzada, se fundían amigablemente.

«Vuelven a casa -pensó Jake, y sintió una oleada de soledad tan intensa que creyó que iba a aplastarle-. Cenarán, harán los deberes, discutirán por el programa de televisión y se irán a la cama. Puede que Henry sea un matón despreciable, pero estos dos tienen una vida, una vida con sentido... y ahora vuelven a ella. No sé si se dan cuenta de lo afortunados que son. Tal vez Eddie, supongo.»

Jake se volvió, se ajustó las correas de la mochila y cruzó la calle Rhinehold.

25

Susannah percibió movimiento en la desierta llanura de hierba que se extendía tras el círculo de piedras erguidas: como un viento que suspiraba y susurraba.

-Viene algo -anunció con voz tensa-. Y deprisa.

Librodot

-Ten cuidado -le pidió Eddie-, pero sácamelo de encima. ¿Entiendes? Sácamelo de encima.

-Te he oído, Eddie. Tú limítate a hacer lo tuyo.

Eddie asintió. Arrodillado en el centro del círculo, alzó ante sus ojos la rama aguzada como si examinara la punta. Luego la bajó y trazó una oscura línea recta en la tierra.

-Cuida de ella, Rolando...

-Lo haré si puedo, Eddie.

-... pero sácamelo de encima. Jake está viniendo. Ese hijoputa chalado está viniendo.

Susannah vio que al norte del círculo parlante la hierba se abría en una larga línea oscura, creando un surco que avanzaba en derechura hacia el círculo de piedras.

-Prepárate -le advirtió Rolando-. Irá por Eddie. Uno de los dos tendrá que retenerlo.

Susannah se alzó sobre sus caderas como una serpiente en el cesto de un faquir de la India. Se llevó las manos a la cara, cerradas en duros puños oscuros. Le ardían los ojos.

-Estoy preparada -dijo, y acto seguido gritó-: ¡Ven, muchachote! ¡Ven ahora mismo! ¡Corre como si fuera tu cumpleaños!

La lluvia empezó a arreciar cuando el demonio que allí habitaba hizo su entrada en el círculo como un resonante vendaval. Susannah apenas tuvo tiempo de percibir una densa e implacable masculinidad -le llegó como un olor a alcohol y a enebro que le hizo llorar los ojos-antes de que se precipitara hacia el centro del círculo. Cerró los ojos y trató de atraparlo, no con los brazos ni con la mente sino con toda la energía femenina que vivía en lo hondo de su ser.

-¡Eh, muchachote! ¿Adónde vas? ¡El chocho es por aquí!

Giró como un remolino. Susannah notó su sorpresa... y luego su hambre cruda, tan plena y urgente como una arteria palpitante. La cosa saltó sobre ella como un violador oculto en la boca de un callejón.

Susannah aulló y se echó hacia atrás con tanta fuerza que le resaltaron todos los músculos y venas del cuello. El vestido que llevaba puesto se le aplastó contra los pechos y el vientre y casi al instante empezó a rasgarse por sí solo. Oía un jadear sin rumbo ni orientación, como si el propio aire hubiera decidido aparearse con ella.

-¡Suze! -chilló Eddie, e hizo ademán de levantarse.

-No! -le gritó ella-. ¡Hazlo! ¡Tengo a este hijoputa justo donde... justo donde lo quiero! ¡Sigue, Eddie! ¡Trae al chico! Trae... -Una frialdad embistió contra la carne delicada de entre las piernas. Susannah gruñó, cayó hacia atrás..., pero se sostuvo con una mano y se irguió desafiante-. ¡Tráelo aquí!

Eddie miró indeciso a Rolando, que asintió con la cabeza. Eddie echó otra mirada fugaz a Susannah con ojos llenos de oscuro dolor y de un miedo aun más oscuro, les volvió la espalda a los dos con aire resuelto y se hincó otra vez de rodillas. Extendió la rama aguzada que se había convertido en un lápiz improvisado, ajeno a la fría lluvia que le caía sobre los brazos y la nuca. El palo empezó a moverse trazando líneas y ángulos, creando una figura que Rolando reconoció al instante.

Era una puerta.

26

Jake alzó los brazos, posó las manos en la madera astillada y empujó. El portón giró lentamente sobre sus goznes oxidados y rechinantes. Ante él se abría un desigual sendero de ladrillos. Al fondo del sendero estaba el porche. Al fondo del porche, la puerta. Le habían clavado tablas de un lado a otro.

Se internó poco a poco hacia la casa, con el corazón telegrafiándole rápidos puntos y rayas en la garganta. Entre los ladrillos habían crecido malas hierbas, y Jake oía perfectamente cómo le rozaban los pantalones. Todos sus sentidos parecían haber subido un par de puntos de intensidad. «No tendrás realmente la intención de entrar ahí, ¿verdad?», le preguntaba dentro de la cabeza una voz dominada por el pánico.

Y la respuesta que se le ocurrió le pareció completamente chiflada y al mismo tiempo perfectamente razonable: «Todas las cosas sirven al Haz.»

El cartel del jardín rezaba:

ABSOLUTAMENTE PROHIBIDO EL PASO
BAJO LAS PENAS QUE MARCA LA LEY

El rectángulo de papel amarillento y manchado de óxido clavado sobre una de las tablas que cruzaban la puerta principal era más sucinto:

PROPIEDAD CONDENADA
POR ORDEN DE LA AUTORIDAD MUNICIPAL
DE NUEVA YORK

Jake se detuvo al pie de los escalones y alzó la mirada hacia la puerta. Había oído voces en el solar abandonado y ahora pudo oírlas de nuevo..., pero éste era un coro de condenados, una jerigonza de amenazas demenciales y promesas igualmente demenciales. Sin embargo tuvo la impresión de que todo era una sola voz. La voz de la casa; la voz de un guardián monstruoso arrancado de su largo y desasosegado sueño.

Pensó fugazmente en la Ruger de su padre e incluso se sintió tentado de sacarla de la mochila, pero ¿de qué iba a servirle? A sus espaldas, el tráfico se movía por la calle Rhinehold en ambas direcciones, y una mujer le gritaba a su hija que dejara de pelar la pava con aquel muchacho y entrara la ropa tendida, pero aquí había otro mundo, un mundo gobernado por algún ser siniestro sobre el que las armas no tenían ningún poder.

«Álzate, Jake. Sé certero.»

-Muy bien -dijo en voz baja y temblorosa-. Muy bien, lo intentaré. Pero más vale que no vuelvas a dejarme caer.

Poco a poco empezó a subir los peldaños del porche.

27

Las tablas que bloqueaban la puerta estaban viejas y podridas, y los clavos oxidados. Jake cogió las dos superiores por el punto donde se cruzaban y tiró con fuerza. Se desprendieron con un chirrido como el que había producido el portón. Las arrojó sobre la barandilla del porche a un viejo arriate en el que sólo crecía una maraña de hierbajos. Se agachó, aferró las tablas de abajo... y se quedó quieto unos instantes.

Un sonido hueco cruzaba la puerta; el sonido de un animal babeando de hambre en lo profundo de una tubería de hormigón. Jake sintió que una enfermiza película de sudor empezaba a cubrirle las mejillas y la frente. Estaba tan despavorido que ya no tenía la sensación de ser del todo real, como si se hubiera convertido en un personaje en la pesadilla de otro.

Librodot

El coro maligno, la presencia maligna, estaba tras aquella puerta. Su sonido rezumaba de allí como un jarabe.

Tiró de las tablas. Cedieron con facilidad.

«Naturalmente. Quiere que entre. Tiene hambre, y se supone que yo he de ser el plato principal.»

De pronto le vino a la memoria un poema que la señorita Avery les había leído en clase. Supuestamente trataba sobre el dilema del hombre moderno, que ha perdido el contacto con sus raíces y tradiciones, pero Jake tuvo la repentina sensación de que el autor del poema debía de haber visto esta casa: *Te mostraré algo distinto / de tu sombra de la mañana que avanza tras de ti / o de tu sombra del atardecer que se alza a tu encuentro; / yo te mostraré...*

-Te mostraré el miedo en un puñado de polvo -musitó Jake, y puso la mano en el tirador de la puerta. Al hacerlo, aquella clara sensación de alivio y certidumbre lo inundó de nuevo, la sensación de que esta vez sí, esta vez la puerta se abriría a ese otro mundo, vería un firmamento no contaminado por nieblas químicas y humos industriales, y, en el horizonte remoto, no las montañas sino los brumosos chapiteles azules de una fascinante ciudad desconocida.

Cerró los dedos en torno a la llave de plata que llevaba en el bolsillo, deseando que la puerta estuviese cerrada para poder utilizarla. No lo estaba. Los goznes rechinaron, y el lento movimiento de sus ejes a medida que se abría la puerta hizo caer al suelo escamas de orín. El olor a decadencia golpeó a Jake como un impacto físico: madera mojada, yeso esponjado, listones podridos, tapizados antiguos. Debajo de todos estos olores había otro: el olor del cubil de alguna bestia. Ante él se extendía un penumbroso salón húmedo y rancio. A la izquierda, una escalinata se torcía y se combaba como un puente demencial hacia las sombras del piso superior. Su barandilla caída yacía hecha astillas en el suelo del salón, pero Jake no fue tan necio para creer que lo que estaba viendo eran sólo astillas. Entre esos restos había también huesos, los huesos de pequeños animales. Algunos no parecían precisamente huesos de animal, y Jake evitó contemplarlos con demasiado detenimiento; sabía que, si lo hacía, le faltaría valor para seguir adelante. Se detuvo en el umbral e hizo acopio de coraje para dar el primer paso. Oyó un leve rumor apagado, muy seco y muy rápido, y se dio cuenta de que le castañeteaban los dientes.

«¿Por qué no me para nadie? -pensó frenéticamente-. ¿Por qué nadie me grita desde la acera: "¡Oye, tú! ¡Ahí no se puede entrar! ¿Es que no sabes leer?"»

Pero ya sabía por qué. Los peatones preferían circular por el otro lado de la calle, y los que se acercaban a la casa pasaban sin entretenerse.

«Aunque alguien mirase por casualidad, no me vería, porque en realidad ya no estoy aquí. Para bien o para mal, ya he dejado mi mundo atrás. He empezado a cruzar. El mundo de *él* está más adelante, en algún lugar. Esto...»

Esto era el infierno intermedio.

Jake entró en el vestíbulo, y aunque lanzó un grito cuando la puerta giró y se cerró detrás de el con el sonido de la puerta de un mausoleo que se cierra para siempre, el hecho no le sorprendió.

En lo más hondo, no le sorprendió en absoluto.

28

Érase una vez una joven llamada Detta Walker que solía frecuentar los bailes y las tabernas que bordeaban la carretera de Ridgeline en las afueras de Nutley y la Carretera 88, junto a las líneas de alta tensión, en las afueras de Amhigh. En aquellos tiempos tenía piernas y, como dice la canción, sabía utilizarlas. Solía ponerse algún vestido barato muy ceñido que

parecía de seda aunque no lo era y bailar con los chicos blancos mientras la orquesta tocaba las canciones de moda entre los blancuchos, como *Double Shot of My Baby's Love y The Hippy Hippy Shake.* Tarde o temprano separaba a alguno de la manada y dejaba que la llevara a su coche, en el aparcamiento. Allí se daban el lote (una de las grandes besadoras del mundo, esta Detta Walker, y nada torpe con las uñas, tampoco) hasta que lo ponía a cien... y entonces lo rechazaba. ¿Qué ocurría luego? Bueno, ésta era la cuestión, ¿no? Éste era el juego. Algunos lloraban y suplicaban: bien, pero no estupendo. Otros se enfurecían y rugían, lo cual estaba mucho mejor.

Y aunque había recibido bofetadas, puñetazos en el ojo, escupitajos y una vez una patada en el culo tan fuerte que la hizo caer despatarrada sobre la grava del aparcamiento del Molino Rojo, nunca la habían violado. Todos habían vuelto a casa con las pelotas hinchadas, hasta el último blancucho de mierda. Lo cual quería decir, según las reglas de Detta Walker, que ella era la campeona suprema, la reina imbatida, ¿De qué? De ellos. De todos aquellos repeinados, abotonados y estirados blancos hijeputas.

Hasta ahora.

No había manera de resistirse al demonio que moraba en el círculo parlante. Ni manijas que aferrar, ni coche del que escapar, ni edificio al que regresar corriendo, ni mejilla que abofetear, ni cara que arañar, ni pelotas que patear si el blanquito hijoputa tardaba en captar el mensaje.

El demonio le cayó encima... y se le metió dentro como un rayo.

Aunque no podía verlo, Susannah notó cómo la empujaba hacia atrás. No podía verle las manos, pero pudo percibir su obra cuando el vestido que llevaba se rasgó con violencia por varios lugares. Luego, de repente, dolor. Tuvo la sensación de que la desgarraban allí abajo, y en su agonía y su sorpresa lanzó un alarido. Eddie volvió la cabeza y entornó los párpados.

¡Estoy bien! -le gritó-. ¡No te detengas, Eddie, olvídate de mí! ¡Estoy bien!

Pero no era cierto. Por primera vez desde que Detta había entrado en el campo de batalla sexual a la edad de trece años, estaba perdiendo. Una horrenda frialdad hinchada se zambulló en ella; fue como si la jodiera un carámbano.

Advirtió oscuramente que Eddie le daba la espalda para seguir dibujando en la tierra, con su expresión de amorosa inquietud disuelta por la frialdad terrible y concentrada que Susannah a veces percibía en él y le veía en la cara. Bien, así tenía que ser, ¿no? Le había dicho que no se detuviera, que la olvidara, que hiciera lo que tenía que hacer para traer al chico a este lado. Esta era su parte en la invocación de Jake y no tenía derecho a odiar a ninguno de los dos hombres, que no la habían obligado por la fuerza -ni de ningún otro modo- a hacer lo que estaba haciendo, pero cuando la frialdad la congeló y Eddie le volvió la espada, los odió a los dos; a decir verdad, habría podido arrancarles de cuajo los cojones.

Y entonces Rolando acudió a su lado, le sujetó los hombros con sus fuertes manos y, aunque no habló, ella oyó lo que decía: «No luches. Si luchas no podrás vencer; sólo podrás morir. El sexo es su arma, Susannah, pero también es su debilidad.»

Sí. Siempre era su debilidad. La única diferencia era que esta vez tendría que dar un poco más..., pero quizás eso era bueno. Quizás al final podría conseguir que ese invisible demonio hijeputa pagara un poco más.

Se obligó a aflojar los muslos. Se le abrieron de inmediato, trazando una larga huella curva en la tierra. Echó la cabeza atrás, hacia la lluvia que ahora caía con fuerza, y notó la cara de la cosa que se bamboleaba justo encima de la suya, los ojos ávidos que absorbían cada una de sus muecas retorcidas.

Alzó una mano en ademán de abofetear... y en vez de hacerlo la posó sobre la nuca del demonio violador. Fue como palpar una columna de humo sólido. ¿Y no advirtió que el demonio se echaba atrás, sorprendido por la caricia? Balanceó la pelvis hacia delante, utilizando la nuca invisible como punto de apoyo. Al mismo tiempo separó aún más las

piernas, haciendo que lo que restaba de su vestido se rompiera por las costuras. ¡Dios, qué grande era!

-Venga -jadeó-. No vas a violarme. Ni lo pienses. ¿Querías joderme? Yo sí que te voy a joder. ¡Te voy a echar un polvo que ni te lo imaginas! ¡Un polvo de muerte!

Sintió que la hinchazón que tenía dentro temblaba; sintió que el demonio intentaba retirarse, al menos momentáneamente, para reunir sus fuerzas.

-No, no, cariñito -graznó Susannah, y apretó bien los muslos para retenerlo-. Ahora viene lo divertido. -Empezó a contraer rítmicamente el trasero, bombeando sobre la presencia invisible. Levantó la mano libre, entrelazó los diez dedos y se dejó caer hacia atrás con las caderas en tensión, los brazos extendidos en un abrazo que no parecía estrechar nada. Se apartó de los ojos el cabello empapado de sudor; sus labios se abrieron en una sonrisa de tiburón.

«¡Suéltame!», gritó una voz en su mente. Pero al mismo tiempo notó que el dueño de la voz respondía aun a su pesar.

-De ninguna manera, dulzura. Tú lo has querido..., y ahora vas a tenerlo. -Susannah empujó hacia arriba con la pelvis, reteniendo, concentrándose ferozmente en el helado frío que sentía dentro de ella-. Voy a derretirte el carámbano, dulzura, y cuando desaparezca..., ¿qué harás cuando desaparezca?

Sus caderas se alzaban y caían, se alzaban y caían. Apretó inexorablemente los muslos, cerró los ojos, clavó las uñas en el cuello que no veía y rezó para que Eddie terminara deprisa.

No sabía cuánto tiempo podría seguir así.

29

El problema, conjeturaba Jake, era sencillo: en algún lugar de aquella mansión terrible y decadente había una puerta cerrada. La puerta justa. Lo único que había que hacer era encontrarla. Pero eso era difícil, porque sentía que la presencia de la casa se estaba congregando. El rumor de todas aquellas voces disonantes empezaba a fundirse en un solo sonido: un susurro grave y rasposo.

Y se acercaba.

A la derecha había una puerta abierta. A su lado, clavado a la pared, un descolorido daguerrotipo mostraba a un ahorcado suspendido como fruta podrida de un árbol muerto. Más allá había un cuarto que en otros tiempos había sido una cocina. El fogón se había perdido, pero al otro lado del abombado y descolorido linóleo se alzaba una nevera antigua, una de aquellas cajas de hielo. Tenía la puerta abierta. En su interior había una masa negra y maloliente que había rezumado hasta formar en el suelo un charquito, seco desde hacía mucho tiempo. Los armarios de la cocina estaban abiertos. En uno de ellos vio la que probablemente era la más antigua lata de Snow's Clam FryEttes que se conservaba en el mundo. De otro asomaba la cabeza de una rata muerta. Los ojos eran blancos y daban la impresión de moverse, y al cabo de unos instantes Jake comprendió que las cuencas vacías estaban llenas de culebreantes gusanos.

Algo le cayó en el pelo con un golpe sordo. Jake dio un grito de susto, alzó la mano y cogió algo que al tacto parecía una pelota de goma blanda cubierta de cerdas. Se lo quitó de la cabeza y vio que era una araña, con el cuerpo hinchado del color de una magulladura reciente. Sus ojos lo contemplaron con estúpida malevolencia. Jake la arrojó contra la pared. Estalló y se quedó adherida, agitando débilmente las patas.

Otra le cayó en cuello. Jake sintió una picadura repentina y dolorosa justo en el lugar donde acababa el pelo. Retrocedió corriendo hacia el vestíbulo, tropezó con la barandilla

derrumbada, cayó pesadamente y notó cómo aplastaba la araña. Sus entrañas -húmedas, febriles y resbaladizas- se le deslizaron por entre los omóplatos como la yema caliente de un huevo. Entonces vio más arañas en el umbral de la cocina. Algunas colgaban de sedosos y casi invisibles hilos como plomadas obscenas; otras se dejaban caer sin más en una sucesión de ruiditos chapoteantes y se escabullían hacia él con entusiasmo para darle la bienvenida.

Jake se levantó de un salto, agitando los brazos en el aire y sin dejar de gritar. Sentía algo en la mente, algo que era como una soga raída que empezaba a ceder. Pensó que se trataba de su cordura y, al comprenderlo así, su considerable valentía se vino abajo por fin. No podía seguir soportando aquello, fuera lo que fuese lo que estuviera en juego. Salió de estampida con la intención de huir si aún era posible, y descubrió demasiado tarde que había cometido un error y que estaba internándose más en la Mansión en lugar de regresar al porche.

Fue a dar a un espacio demasiado amplio para ser un comedor o una sala de estar; al parecer era un salón de baile. Elfos de sonrisa maliciosa cabrioleaban en el empapelado de las paredes, escrutándolo desde la sombra de sus gorras verdes y puntiagudas. Junto a una de las paredes se veía un sofá cubierto de moho. La araña de luces se había desplomado al centro del combado suelo de madera, y la cadena corroída por el óxido yacía en un montón de bucles entre las desperdigadas lágrimas y polvorientas cuentas de cristal. Jake esquivó aquella ruina y echó una aterrorizada ojeada por encima del hombro. No vio ninguna araña; de no ser por la asquerosidad que le rezumaba por la espalda, hubiera podido creer que eran imaginación suya.

Volvió la vista al frente y frenó en seco con un patinazo. Ante él se alzaba una doble puerta de corredera, semiabierta sobre sus ranuras empotradas. Más allá se extendía otro pasillo. Al final de este corredor había una puerta cerrada con un tirador dorado. Escritas en la puerta -o acaso grabadas en ella- había dos palabras:

EL CHICO

Bajo el tirador había una placa de plata en filigrana y un agujero de cerradura.

«¡La encontré! -pensó Jake con vehemencia-. ¡Por fin la encontré! ¡Esa es! ¡Esa es la puerta!»

Por detrás de él empezó a crecer un gruñido ronco, como si la casa empezara a despedazarse. Jake se volvió y miró hacia el otro extremo del salón de baile. La pared del lado opuesto había comenzado a hincharse, empujando el viejo sofá hacia el centro. El empapelado tembló; los elfos empezaron a ondularse y a danzar. En algunos lugares, el papel se desprendía y se enroscaba en largos pliegues. El yeso se abombó en una curva preñada. Por debajo de él, Jake oyó los chasquidos secos del enlistonado que se rompía y se estructuraba en una forma nueva y todavía oculta. Y el ruido seguía en aumento. Sólo que ya no era precisamente un gruñido; ahora sonaba como un grito de odio.

Siguió mirando, hipnotizado, incapaz de apartar los ojos.

El yeso no se agrietó para caer al suelo en pedazos; era como si se hubiese vuelto maleable, y a medida que la pared continuaba hinchándose, formando una burbuja blanca irregular de la que aún colgaban tiras y restos del empapelado, la superficie empezó a moldearse en una serie de elevaciones, curvas y valles. Jake comprendió súbitamente que estaba contemplando un enorme rostro movedizo que surgía de la pared. Era como ver a alguien que empuja con la cara una sábana mojada.

Hubo un chasquido más fuerte, y un fragmento de listón roto se liberó de la ondulante pared para convertirse en la mellada pupila de un ojo. Más abajo, la pared se replegó hasta formar una boca contraída en una mueca de odio y llena de dientes quebrados. Jake vio trozos de empapelado adheridos a sus dientes y encías.

Una mano de yeso se desprendió de la pared y arrastró tras de sí un brazalete de cable eléctrico podrido. La mano aferró el sofá y lo echó a un lado, dejando fantasmagóricas huellas blancas en su oscura superficie. Al flexionarse los dedos de yeso se desprendieron más listo-

Librodot

nes, que crearon garras agudas y astillosas. La cara había salido por completo de la pared y contemplaba a Jake con su único ojo de madera. Más arriba, en el centro de la frente, un elfo de papel danzaba todavía. Parecía un tatuaje estrafalario. Sonó un ruido como de algo que se tuerce con violencia, y la cosa empezó a deslizarse hacia él. El marco de la puerta se desprendió, convirtiéndose en un hombro encorvado. La única mano de la cosa se arrastró a zarpazos, haciendo rodar las cuentas de cristal de la araña caída.

Jake recobró el movimiento. Giró en redondo, se lanzó hacia la puerta de corredera y cruzó el pasillo a la carrera con la mochila rebotándole sobre la espalda y la mano derecha hurgando en el bolsillo de la llave. Su corazón era una máquina escapada de la fábrica. Detrás de él, la cosa que estaba formándose con el maderamen de la Mansión emitió un rugido atroz, y aunque no hubo palabras, Jake entendió lo que le decía: le decía que se quedara quieto, le decía que era inútil correr, le decía que no había escapatoria. Ahora, toda la casa parecía viva; en el aire resonaban los chasquidos de la madera y los gemidos de las vigas.

El zumbido demente que era la voz del guardián estaba por todas partes.

Jake cerró la mano sobre la llave. Al sacarla, una de las muescas se enganchó en el bolsillo. Los dedos, húmedos de sudor, le resbalaron. La llave cayó al suelo, rebotó, se metió por una grieta entre dos tablones pandeados y desapareció.

30

-¡Tiene dificultades! -Susannah oyó gritar a Eddie, pero el sonido de su voz era lejano. También ella tenía sus propias dificultades... pero aun así le parecía que quizá no le iba tan mal.

«Voy a derretirte el carámbano, dulzura -le había dicho al demonio-. Voy a derretírtelo, y cuando desaparezca..., ¿qué harás cuando desaparezca?»

No lo había derretido exactamente, pero sí lo había cambiado. La cosa que tenía dentro no le proporcionaba ningún placer, desde luego, pero al menos el terrible dolor se había apaciguado y ya no estaba tan fría. Estaba atrapada, incapaz de soltarse. Y Susannah no la retenía con el cuerpo, exactamente. Rolando le había dicho que el sexo era su debilidad, además de su arma, y como de costumbre estaba en lo cierto. La cosa se había apoderado de ella, pero ella también se había apoderado de la cosa, y ahora era como si ambos tuvieran un dedo atrapado en uno de esos diabólicos tubos chinos que cuanto más tiras más te aprietan.

Susannah se aferraba a una idea para seguir con vida; tenía que hacerlo, porque cualquier otro pensamiento consciente se había desvanecido. Tenía que retener aquella cosa sollozante, asustada y perversa en la trampa de su propia lujuria incontrolada. La cosa empujaba, se debatía y retorcía dentro de ella, pidiendo a gritos que la soltara mientras no cesaba de usar su cuerpo con ansiosa e incontrolable intensidad, pero Susannah no la dejaba escapar.

«¿Y qué va a pasar cuando finalmente la suelte? -trataba de imaginar, desesperada-. ¿Qué hará para vengarse?» Susannah no lo sabía.

31

La lluvia caía a ráfagas, amenazando convertir el círculo delimitado por las piedras en un mar de lodo.

-¡Tapa la puerta con algo! -gritó Eddie-. ¡No podemos dejar que la borre la lluvia!

Rolando miró de soslayo a Susannah y vio que seguía forcejeando con el demonio. Tenía los ojos medio cerrados y la boca curvada en una mueca hostil. Rolando no podía ver ni oír al demonio, pero percibía sus convulsiones coléricas y asustadas.

Eddie volvió su rostro chorreante hacia él.

-¿No me has oído? -gritó-. ¡Tapa la maldita puerta con algo, y corriendo!

Rolando sacó una piel de la mochila y cogió una punta con cada mano. Seguidamente extendió los brazos y se inclinó sobre Eddie para formar una tienda improvisada. La punta de la estaca que Eddie utilizaba para dibujar estaba empastada de barro. Se la limpió en la manga, dejando una huella del color del chocolate amargo, e inmediatamente volvió a cerrar la mano sobre el bastón y se encorvó para reanudar la tarea. Su dibujo no era exactamente del mismo tamaño que la puerta del otro lado de la barrera, donde estaba Jake -la proporción era quizá de 0,75 a 1-, pero sería lo bastante grande para que el chico pudiera cruzarla... si las llaves iban bien.

«Si es que realmente tiene una llave, ¿no es eso lo que quieres decir? -se preguntó Eddie-. ¿Y si la ha perdido... o esa casa le ha hecho perderla?»

Dibujó una placa bajo el círculo que representaba el tirador, vaciló un instante, y seguidamente trazó en su interior la conocida silueta de un agujero de cerradura:



Volvió a dudar. Había otra cosa, pero ¿qué? Le resultaba difícil pensar en ello, porque le parecía tener un tornado rugiendo en la cabeza, un tornado en el que revoloteaban pensamientos aleatorios en lugar de cobertizos, excusados y gallineros arrancados por la fuerza del viento.

-¡Vamos, dulzura! -gritó Susannah detrás de él-. ¡Estás aflojando! ¿Qué pasa contigo? ¡Yo te creía un auténtico follador, un chico sin par!

Chico. Eso era.

Con ayuda de la estaca, escribió cuidadosamente EL CHICO en el panel superior de la puerta. En el instante en que terminó la «O», el dibujo se transformó. El círculo de tierra oscurecida por la lluvia se volvió de repente más oscuro... y brotó del suelo, convirtiéndose en un pomo oscuro y reluciente. Y en vez de tierra mojada y parda, vio dentro de la silueta del agujero de la cerradura una tenue luz.

A sus espaldas, Susannah chilló de nuevo al demonio, azuzándolo, pero a juzgar por su voz parecía que empezaba a cansarse. Aquello tenía que terminar, y pronto.

Eddie se inclinó desde la cintura como un musulmán saludando a Alá, y atisbó por el ojo de la cerradura que había dibujado. A través de él vio su propio mundo, aquella casa que Henry y él habían ido a ver un día de mayo de 1977, sin darse cuenta (excepto que a Eddie no le había pasado por alto; no, no del todo, ni siquiera entonces) de que eran seguidos por un chico de otra parte de la ciudad.

Vio un corredor. Jake estaba de rodillas, tirando frenéticamente de una tabla del suelo. Algo iba por él. Eddie podía verlo, pero al mismo tiempo no podía: era como si una parte de su cerebro rehusara verlo, como si la visión hubiera de conducir a la comprensión, y la comprensión a la locura.

«¡Deprisa, Jake! -gritó por el ojo de la cerradura-. ¡Muévete, por el amor de Dios!»

Por encima del círculo parlante, un trueno rasgó el cielo como una descarga de artillería y la lluvia se convirtió en granizo.

32

Cuando se le cayó la llave Jake permaneció un instante inmóvil donde se hallaba, contemplando la angosta hendidura entre dos tablones. De un modo increíble, le entraron ganas de dormir.

«Esto no habría tenido que pasar -se dijo-. Esto ya es demasiado. No puedo seguir con esto ni un minuto más, ni un sólo segundo. Me acurrucaré contra esa puerta de ahí; me echaré a dormir ahora mismo, enseguida, y cuando esa cosa me coja y me arrastre hacia su boca, ya no me despertaré.»

Entonces la cosa que surgía de la pared lanzó un gruñido, y cuando Jake alzó la mirada, sus deseos de rendirse se esfumaron en una oleada de terror. Ahora ya había salido por completo de la pared, una gigantesca cabeza de yeso con un ojo de madera rota y una mano de yeso que se tendía hacia él. Del cráneo le brotaban trozos de listones agrupados al azar, como el cabello de un dibujo infantil. Al ver a Jake abrió la boca, dejando al descubierto sus astillosos dientes de madera. Volvió a gruñir. De su boca salió polvo de yeso como una bocanada de humo de puro.

Jake se hincó de rodillas y examinó la hendidura. La llave era un leve y gallardo destello de trémula luz plateada en la oscuridad, pero la rendija era demasiado estrecha para que le cupiesen los dedos. Aferró una de las tablas y tiró con todas sus fuerzas. Los clavos que la sujetaban chirriaron, pero resistieron.

Sonó un ruido estrepitoso. Jake miró hacia el corredor y vio que la mano, que era más grande que él, cogía la araña de luces y la arrojaba a un lado. La cadena oxidada que en otro tiempo la mantenía suspendida se alzó como un látigo y cayó con un chasquido. Una lámpara muerta que colgaba de una cadena sobre la cabeza de Jake se puso a temblar con un repique de cristal sucio contra latón antiguo.

La cabeza del guardián, unida sólo al hombro encorvado y el brazo extendido, avanzó deslizándose por el suelo. Más atrás, los restos de la pared se vinieron abajo en una nube de polvo. Un instante después los fragmentos se reacomodaron y convirtieron en la espalda nudosa y retorcida de aquel ser.

El guardián captó la mirada de Jake y esbozó una apariencia de sonrisa. Al hacerlo, en sus arrugadas mejillas asomaron astillas de madera. La cosa avanzó a rastras por entre la bruma de polvo que llenaba el salón de baile, abriendo y cerrando la boca. La enorme mano, buscando a tientas un punto de apoyo entre los cascotes, arrancó de sus rieles un ala de la puerta corredera.

Jake gritó sin aliento y empezó a sacudir la tabla otra vez. No cedía. De pronto le llegó la voz del pistolero:

«¡La otra, Jake! ¡Prueba con la otra!»

Soltó la tabla de la que estaba tirando y cogió la del otro lado de la hendidura. Mientras lo hacía, le habló otra voz. Pero ésta no la oyó dentro de su cabeza sino con los oídos, y

comprendió que procedía del otro lado de la puerta; la puerta que había estado buscando sin descanso desde el día en que no lo atropellaron en la calle.

«¡Deprisa, Jake! ¡Muévete, por el amor de Dios!»

Cuando tiró de esta segunda tabla, se desprendió tan fácilmente que Jake estuvo a punto de caerse de espaldas.

33

En la entrada de la tienda de electrodomésticos de segunda mano situada enfrente de la Mansión había dos mujeres paradas. La mayor era la dueña; la más joven era la única cliente que había en la tienda cuando empezaron los ruidos de paredes que se hundían y vigas que se partían. Sin darse cuenta de que lo hacían, cada una le pasó el brazo por la cintura a la otra y se quedaron las dos así, temblando como niñas que han oído un ruido en la oscuridad.

Calle arriba, tres muchachos que se dirigían al campo de béisbol de Dutch Hill se pararon a contemplar la casa con la boca abierta; la carretilla Red Ball Flyer cargada de material para jugar al béisbol quedó olvidada a sus espaldas. Un repartidor acercó su camioneta a la acera y bajó a mirar. Los clientes del colmado de Henry y del pub Dutch Hill se precipitaban a la calle y miraban frenéticamente a todos lados.

Entonces la tierra empezó a temblar, y una fina red de grietas se fue extendiendo por la calle Rhinehold.

-¿Es un terremoto? -les gritó el conductor de la camioneta de reparto a las dos mujeres paradas ante la tienda de electrodomésticos, pero en lugar de esperar su respuesta trepó de un salto a la cabina de su vehículo y se alejó rápidamente, circulando por el lado izquierdo de la calle para mantenerse lo más lejos posible de la casa en ruinas que era el epicentro de aquella convulsión.

La casa entera parecía inclinarse hacia dentro. Las tablas se rompían, saltaban de la fachada y caían al jardín en una lluvia de astillas. Sucias cataratas negruzcas de placas de pizarra se derramaban por los aleros. Hubo una detonación atronadora y una larga grieta zigzagueante se abrió de arriba abajo en el centro de la Mansión. La puerta desapareció en ella, e inmediatamente toda la casa empezó a engullirse a sí misma de fuera adentro.

La más joven de las mujeres se desasió de repente.

-Yo me voy de aquí -anunció, y echó a correr calle arriba sin mirar atrás.

34

Un viento caluroso y extraño empezó a suspirar por el pasillo con tanta intensidad que echó hacia atrás la sudorosa cabellera de Jake mientras sus dedos se cerraban sobre la llave de plata. En aquel momento comprendió, de una manera instintiva, qué era aquel lugar y qué estaba ocurriendo. El guardián no sólo moraba en la casa sino que era la casa: cada tabla, cada teja, cada alféizar, cada alero. Y ahora estaba pugnando, convirtiéndose en una representación demencialmente distorsionada de su verdadera forma. Su intención era atrapar al chico antes de que pudiera usar la llave. Por detrás de la gigantesca cabeza blanca y de la masa torcida del hombro, Jake vio tablas, tejas, alambre y trozos de vidrio -incluso la puerta de la calle y la barandilla rota-que volaban por el vestíbulo principal y acudían al salón de baile para añadirse

a la masa que allí había tomado forma, contribuyendo a crear el deforme hombre de yeso que no cesaba de extender hacia él su mano monstruosa.

Jake retiró la mano del agujero entre las tablas y vio que la tenía cubierta de grandes escarabajos irritados. Dio una palmada contra la pared para sacudírselos y lanzó un grito cuando la pared se abrió e inmediatamente trató de volver a cerrarse en torno a su muñeca. Apartó la mano justo a tiempo, giró en redondo e introdujo la llave de plata en la cerradura.

El hombre de yeso volvió a rugir, pero su voz quedó momentáneamente sofocada por un grito armónico que Jake reconoció al instante: lo había oído en el solar vacío, pero entonces era más quedo, tal vez soñador. Ahora era un grito inequívoco de triunfo. Le invadió de nuevo aquella sensación de certidumbre -abrumadora, indiscutible-, y esta vez Jake sintió la certeza de que no habría ninguna decepción. En aquella voz podía oír toda la afirmación que necesitaba. Era la voz de la rosa.

La tenue luz del pasillo se oscureció cuando la mano de yeso arrancó la segunda puerta corredera y penetró con dificultad en el pasillo. La cara se pegó al hueco que quedaba sobre la mano para mirar a Jake. Los dedos de yeso se arrastraron hacia él como las patas de una araña inmensa.

Jake hizo girar la llave y sintió que le subía por el brazo un súbito chorro de energía. Oyó el chasquido sordo y grave del pestillo al descorrerse. Asió el pomo, lo giró y le dio un tirón a la puerta. La puerta se abrió por completo, y Jake lanzó un alarido de horror y asombro al ver lo que había al otro lado.

La puerta estaba tapiada con tierra, de arriba abajo y de un lado

a otro. Aquí y allá asomaban raíces como manojos de alambre. Algunas lombrices, al parecer tan confundidas como el propio Jake, deambulaban al azar sobre aquella masa de tierra en forma de puerta. Unas volvían a penetrar en ella; otras seguían pululando, como si trataran de imaginar dónde diablos se había metido la tierra que un momento antes tenían debajo. Una le cayó sobre la zapatilla.

El ojo de la cerradura duró un poco más, proyectando una mancha de luz blanca y nebulosa sobre la camisa de Jake. Más allá -tan cerca, tan inalcanzable-, oyó rumor de lluvia y el apagado retumbar de un trueno en un cielo abierto. Después, incluso el ojo de la cerradura desapareció, y unos dedos de yeso gigantes cogieron a Jake por la pierna.

35

Eddie no sintió la mordedura del granizo cuando Rolando arrojó la piel, se levantó y corrió hacia Susannah.

El pistolero la sujetó por las axilas y la arrastró -con todo el cuidado y delicadeza de que fue capaz- hacia el lugar donde Eddie permanecía agazapado.

-¡Suéltalo cuando yo te diga, Susannah! -le gritó Rolando-. ¿Has entendido? ¡Cuando yo te diga!

Eddie no vio ni oyó nada de esto. Sólo oía a Jake, que gritaba débilmente al otro lado de la puerta.

Había llegado el momento de utilizar la llave.

Se la sacó de la camisa y la introdujo en la cerradura que había dibujado. Intentó hacerla girar. La llave no se movió ni un milímetro. Eddie alzó la cara hacia la pedrea de granizo, ajeno a los granos de hielo que le golpeaban la frente, las mejillas y los labios, dejando ronchas y marcas rojizas.

-¡NO! -aulló-. ¡OH, DIOS, POR FAVOR! ¡NO!

Pero no hubo respuesta de Dios; sólo otro estampido de trueno y un relámpago que cruzó un cielo cargado de veloces nubarrones.

36

Jake dio un salto, aferró la cadena de la lámpara que colgaba sobre él y se desprendió de los dedos engarfiados del guardián. Después se balanceó hacia atrás, utilizó la tierra compacta del umbral para darse impulso y salió volando hacia delante como Tarzán en una liana. Al acercarse a los dedos, levantó las piernas y los pateó con fuerza. El yeso estalló en pedazos, dejando al descubierto un burdo esqueleto de listones. El hombre de yeso lanzó un rugido de hambre y furor entremezclados. Por debajo del rugido, Jake oyó desplomarse toda la casa, como la de aquella narración de Edgar Allan Poe.

El movimiento de péndulo lo llevó otra vez a la pared de tierra compacta que obstruía el umbral; Jake volvió a darse impulso y se lanzó de nuevo hacia delante. La mano se alzó hacia él, y Jake empezó a patearla desesperadamente. Los dedos de madera se agitaron y sintió un dolor agudo en el pie. Cuando la cadena regresó hacia atrás, le faltaba una zapatilla.

Jake buscó un asidero que le permitiera subir por la cadena; lo encontró y empezó a trepar hacia el techo centímetro a centímetro. En lo alto se produjo un ruido sordo y crujiente. Un fino polvillo de yeso empezó a caer sobre su rostro sudoroso, vuelto hacia arriba. El cielorraso estaba cediendo; la cadena de la lámpara iba surgiendo de él eslabón por eslabón. Al extremo del pasillo sonó un ruido de piedras aplastadas, y el hombre de yeso consiguió por fin introducir su hambrienta cara por la abertura.

Jake osciló inexorablemente hacia aquella cara sin dejar de gritar.

37

El terror y el pánico que Eddie estaba sintiendo desaparecieron de pronto. Lo envolvió el manto de frialdad, un manto que Rolando de Galaad había vestido muchas veces. Era la única armadura que poseía un auténtico pistolero... y la única que alguien así necesitaba. En el mismo instante, una voz le habló mentalmente. En los últimos tres meses le habían acosado otras voces semejantes: la voz de su madre, la de Rolando y, naturalmente, la de Henry. Pero ésta, advirtió con alivio, era la suya propia, y por fin era serena, racional y valerosa.

«Viste la forma de la llave en el fuego y volviste a verla en la madera, y las dos veces la viste perfectamente. Luego, te pusiste una venda de miedo sobre los ojos. Quítatela. Quítatela y mira otra vez. Puede que aún no sea demasiado tarde.»

Eddie era vagamente consciente de que el pistolero lo miraba con hosquedad; vagamente consciente de que Susannah le gritaba al demonio con voz más apagada, pero todavía desafiante; vagamente consciente de que, al otro lado de la puerta, Jake chillaba de terror... ¿O era ya de agonía?

Todo esto lo apartó de su mente. Retiró la llave de madera de la cerradura dibujada, de la puerta que se había vuelto real, y la contempló fijamente, intentando recobrar el deleite inocente que a veces había conocido cuando era un niño; el deleite de ver una forma coherente oculta bajo una apariencia de sinsentido. Y ahí estaba, el lugar donde había errado, tan claramente visible que Eddie no logró comprender cómo había podido pasarle por alto

hasta entonces. «Realmente debía de tener una venda en los ojos», pensó. Era la forma en «s» del extremo, por supuesto. La segunda curva era ligeramente gruesa. Muy ligeramente.

-Cuchillo -pidió, y extendió la palma como un cirujano en el quirófano. Rolando se lo puso en la mano sin decir palabra.

Eddie sujetó la parte alta de la hoja entre el pulgar y el índice de la mano derecha. Se inclinó sobre la llave, sin sentir el granizo que le caía con violencia sobre el cuello descubierto, y la forma encerrada en la madera resaltó con más precisión; resaltó con su admirable e innegable realidad propia.

Raspó.

Una vez.

Con suavidad.

Una sola viruta de fresno -tan delgada que era casi transparente- se enroscó sobre el vientre de la forma en «s» del extremo de la llave.

Al otro lado de la puerta, Jake Chambers volvió a chillar.

38

La cadena se desprendió con un matraqueo estrepitoso y Jake cayó pesadamente sobre las rodillas. El guardián lanzó un rugido de triunfo. La mano de yeso cogió a Jake por las caderas y empezó a arrastrarlo hacia el otro extremo del pasillo. Jake extendió las piernas por delante y plantó los pies, pero no le sirvió de nada. Astillas y clavos cubiertos de orín se le hundieron en la piel cuando la mano estrechó su presa y continuó arrastrándolo.

La cara parecía embutida justo al comienzo del corredor como un corcho en una botella. La presión que había ejercido para llegar hasta allí había comprimido sus facciones rudimentarias hasta darles una nueva forma, la de una especie de ogro deforme y monstruoso. La boca se abrió en toda su extensión para recibir a Jake. El chico empezó a buscar desesperadamente la llave para utilizarla como un talismán de último recurso, pero la había dejado en la puerta, por supuesto.

-¿Hijo de puta! -aulló, y se arrojó hacia atrás con todas sus fuerzas, arqueando la espalda como un saltador olímpico sin atender a los listones rotos que se le clavaban como un cinturón de clavos. Notó que los tejanos le resbalaban piernas abajo, y el apretón de la mano se aflojó momentáneamente.

Jake se lanzó de nuevo hacia la puerta. La mano se cerró con brutalidad, pero los tejanos se deslizaron hasta las rodillas y Jake acabó cayendo de espaldas, con la mochila para amortiguar el golpe. La mano aflojó, tal vez con la idea de buscar una presa más firme en el cuerpo del muchacho. Jake pudo encoger un poco las rodillas y, cuando la mano volvió a apretar, estiró por completo las piernas. La mano tiró hacia atrás al mismo tiempo y sucedió lo que Jake deseaba: los tejanos (y la zapatilla que le quedaba) le fueron arrancados del cuerpo y quedó libre de nuevo, al menos por el momento. Alcanzó a ver cómo la mano giraba sobre su muñeca de tablas y yeso en desintegración y hundía los pantalones en la boca, y de inmediato empezó a gatear hacia el umbral obstruido, ajeno a los trozos de vidrio de la lámpara caída, pensando únicamente en recobrar la llave.

Casi había llegado a la puerta cuando la mano se cerró sobre sus piernas desnudas y empezó a tirar nuevamente de él otra vez.

39

Había sacado la forma, por fin la había sacado del todo.

Eddie volvió a meter la llave en la cerradura y trató de accionarla. Notó una breve resistencia... e inmediatamente la llave giró bajo su mano. Oyó girar el mecanismo, oyó correr el pestillo, notó que la llave se partía en dos en cuanto hubo cumplido su función. Asió el bruñido tirador con ambas manos y tiró de él hacia arriba. Tuvo la sensación

de un gran peso que se desplazaba sobre un fulcro invisible, la sensación de que su brazo había sido dotado de una fuerza sin límites, y la evidencia de que dos mundos habían entrado súbitamente en contacto, y que se había abierto un paso entre los dos.

Experimentó un instante de vértigo y desorientación, y al mirar al otro lado del umbral comprendió el porqué: aunque miraba desde lo alto -verticalmente-, veía horizontalmente. Era como una extraña ilusión óptica creada con prismas y espejos. Y entonces vio a Jake, que era arrastrado hacia atrás por el corredor sembrado de fragmentos de yeso y cristal, hincando los codos en el suelo, las pantorrillas sujetas por una mano gigante. Y vio la boca monstruosa que lo esperaba, emitiendo vaharadas de una niebla blanca que tanto podía ser humo como polvo.

-¡Rolando! -gritó Eddie-. Rolando, lo ha atra...

Y entonces cayó derribado de un golpe.

40

Susannah se sintió alzada en vilo y agitada por el aire en un torbellino de giros. El mundo era borroso como si lo viera desde un tiovivo: las piedras en pie, el cielo gris, la tierra cubierta de granizo... y un agujero rectangular que parecía un escotillón abierto en el suelo. Un escotillón del que salían gritos. Dentro de Susannah, el demonio rabiaba y se debatía sin otro deseo que escapar, pero incapaz de conseguirlo mientras ella no lo permitiera.

-¡Ahora! -le gritó Rolando-. ¡Suéltalo ya, Susannah! ¡En el nombre de tu padre, suéltalo!

Y ella lo soltó.

Susannah (con ayuda de Detta) había construido en su mente una trampa para el demonio, algo así como una red de juncos entrelazados, y llegado el momento la cortó. Sintió que el demonio retrocedía inmediatamente y hubo un instante de terrible oquedad, de terrible vacío. Pero esta impresión fue vencida de inmediato por el alivio y por una sombría sensación de repugnancia y suciedad.

Cuando el peso invisible del demonio se retiró, Susannah alcanzó a vislumbrarlo: una forma inhumana semejante a una manta raya de enormes alas onduladas y algo que parecía un cruel garfio de descargador curvado hacia arriba por detrás. Vio/sintió relampaguear la cosa sobre el agujero abierto en el suelo. Vio a Eddie alzar la cara con los ojos muy abiertos. Vio a Rolando abrir los brazos para atrapar al demonio.

El pistolero dio un tambaleante paso atrás, casi derribado por el peso invisible del demonio, e inmediatamente cargó hacia delante con los brazos llenos de nada.

Aferrando firmemente esa nada, saltó por la puerta y desapareció.

41

Una repentina luz blanca iluminó el pasillo de la Mansión; una ráfaga de granizo azotó las paredes y rebotó sobre las tablas rotas del piso. Jake oyó gritos confusos, y súbitamente vio llegar al pistolero. Le dio la impresión de que caía, como si hubiera saltado desde una altura. Tenía los brazos extendidos ante él y las puntas de los dedos engarfiadas.

Jake sintió que le resbalaban los pies hacia la boca del guardián.

-¡Rolando! -gritó-. ¡Ayúdame, Rolando!

El pistolero abrió las manos y al instante se le separaron violentamente los brazos. Se tambaleó. Jake notó el roce de unos dientes aserrados, listos para desgarrar carne y triturar hueso, y enseguida algo inmenso pasó volando sobre su cabeza como un golpe de viento. Al cabo de un instante desaparecieron los dientes. La mano que le tenía sujetas las piernas se aflojó. Oyó que la garganta polvorienta del guardián empezaba a emitir un chillido ultraterreno de dolor y de sorpresa que de pronto se apagó y quedó bloqueado.

Rolando cogió a Jake y lo puso en pie.

-¡Has venido! -exclamó Jake-. ¡Has venido de veras!

-He venido, sí. He venido por la gracia de los dioses y el valor de mis amigos.

Cuando el guardián volvió a rugir, Jake estalló en lágrimas de alivio y de terror. Ahora el ruido de la casa era como el de un buque zozobrando en mar gruesa. No cesaban de caer trozos de yeso y de madera alrededor de los dos. Rolando cogió a Jake en brazos y echó a correr hacia la puerta. La mano de yeso, buscando a tientas, le golpeó una bota y lo lanzó hacia la pared, que de nuevo intentó morder. Rolando se apartó, dio la vuelta y sacó la pistola. Por dos veces disparó contra la mano que se agitaba al azar, y sus balas vaporizaron uno de los burdos dedos de yeso. Más allá, el rostro del guardián había dejado de ser blanco para adquirir un tono amoratado, como si se le hubiera atragantado algo; algo que iba tan deprisa que se metió en la boca del monstruo y se le incrustó en el gaznate antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Rolando se volvió otra vez y cruzó la puerta a la carrera. Aunque no había ningún obstáculo visible, algo lo paró en seco durante un instante, como si hubieran tendido una malla invisible en el umbral.

Entonces notó que las manos de Eddie lo cogían del cabello y tiraban de él, no hacia delante sino hacia arriba.

42

Salieron al aire húmedo y a la menguante granizada como bebés en el momento de nacer. Eddie era su comadrona, como el pistolero le había advertido que debería serlo. Estaba tendido boca abajo con las piernas abiertas y los brazos hundidos en la puerta, aferrando puñados del cabello de Rolando.

-¡Suze! ¡Ayúdame!

Ella serpenteó hacia el umbral, metió los brazos y, buscando a tientas, pasó una mano bajo la barbilla de Rolando. El pistolero subió hacia ella con la cabeza echada hacia atrás y los labios entreabiertos en una mueca de dolor y esfuerzo.

Eddie notó una sensación de algo que se rasgaba y se encontró en la mano con un grueso mechón de cabello veteado de gris. -¡Se me escapa!

-¡Este hijoputa... no se va... a ninguna parte! -exclamó Susannah entre dientes, y dio un tirón terrible, como si quisiera arrancarle el cuello a Rolando.

Dos manos más pequeñas salieron de la puerta que se había abierto en el centro del círculo parlante y se colgaron del borde. Libre del peso de Jake, Rolando pudo apoyar un codo fuera, y un instante después se izó al exterior. Mientras él salía, Eddie sujetó a Jake por las muñecas y lo sacó a la superficie.

Jake rodó sobre su espalda y permaneció allí tendido, jadeando.

Eddie se volvió hacia Susannah, la cogió entre sus brazos y empezó a cubrirle de besos la frente, las mejillas y el cuello. Reía y lloraba al mismo tiempo. Ella le abrazó con fuerza, respirando hondo... pero en sus labios había una leve sonrisa de contento y una mano se deslizó sobre los mojados cabellos de Eddie en lentas caricias satisfechas.

Desde abajo les llegó una calderada de sonidos negros: chillidos, bramidos, detonaciones y chasquidos.

Rolando se alejó a rastras del agujero con la cabeza gacha. El pelo se le encrespaba en una masa enmarañada. Hilillos de sangre le corrían por las mejillas.

-¡Ciérrala! -le ordenó a Eddie con voz jadeante-. ¡Ciérrala, en el nombre de tu padre!

Eddie tiró de la puerta y los vastos goznes invisibles hicieron el resto. La puerta cayó con un potente estampido átono, suprimiendo todo sonido del otro lado. Mientras Eddie miraba, las líneas que habían delimitado sus bordes se desdibujaron hasta convertirse de nuevo en marcas borrosas sobre la tierra. El tirador perdió el volumen y volvió a ser un simple círculo trazado con un palo. Donde antes estaba el ojo de la cerradura quedó sólo una tosca silueta de la que emergía un pedazo de madera, como la empuñadura de una espada incrustada en roca.

Susannah se acercó a Jake y le ayudó suavemente a sentarse. -¿Estás bien, cariño?

Él la miró con perplejidad.

-Sí, creo que sí. ¿Dónde está? El pistolero, quiero decir. Tengo que preguntarle una cosa.

-Estoy aquí, Jake -dijo Rolando. Se puso en pie, avanzó tambaleante y se agachó al lado de Jake. Tocó la suave mejilla del chico casi con incredulidad.

-¿No me dejarás caer esta vez?

-No -le prometió Rolando-. Ni esta vez ni nunca. -Pero en la oscuridad más profunda de su corazón, pensó en la Torre y dudó.

43

El granizo dio paso a un intenso chaparrón, pero Eddie ya veía resplandores de cielo azul tras los nubarrones que se apelotonaban hacia el norte. La tormenta no tardaría en terminar, pero entre tanto iban a quedar calados.

Se dio cuenta de que no le importaba. No podía recordar cuándo se había sentido tan sereno, tan en paz consigo mismo, tan absolutamente exhausto. Aquella loca aventura no había terminado aún -de hecho, Eddie sospechaba que apenas acababa de empezar-, pero aquel día habían hecho algo grande.

-¿Suze? -Le apartó los cabellos de la cara y contempló sus ojos oscuros-. ¿Cómo estás? ¿Te ha hecho daño?

-Un poco, pero estoy bien. Creo que esa zorra de Detta Walker sigue siendo la campeona invicta de los bares de carretera, con demonio o sin él.

-¿Qué significa eso?

Susannah sonrió maliciosamente.

-No mucho, ya no..., gracias a Dios. ¿Y tú, Eddie? ¿Estás bien?

Eddie prestó oído a la voz de Henry y no la oyó. Tenía la idea de que quizá la voz de Henry se había ido para siempre.

-Mejor aún -respondió, y volvió a estrecharla en sus brazos, entre risas. Por encima del hombro alcanzó a ver lo que restaba de la puerta: apenas unos trazos y ángulos confusos. Pronto la lluvia los borraría también.

44

-¿Cómo te llamas? -le preguntó Jake a la mujer de las piernas que terminaban justo encima de la rodilla. De repente se dio cuenta de que en sus esfuerzos por escapar del guardián había perdido los pantalones, y se estiró los faldones de la camisa para taparse la ropa interior. Claro que, puestos a fijarse en detalles, tampoco a ella le quedaba demasiado vestido.

-Susannah Dean -dijo ella-. Y ni ya sé cómo te llamas. -Susannah -repitió Jake, pensativo-. No creo que tu padre sea 'dueño de una compañía ferroviaria, ¿verdad?

Ella se quedó atónita, pero enseguida echó la cabeza atrás y se rió de buena gana.

-¡Dios mío, no! Era un dentista que inventó unas cuantas cosas y se hizo rico. ¿Cómo se te ha ocurrido preguntarme una cosa así, cariño?

Jake no respondió. Había puesto su atención en Eddie. El terror ya había abandonado su rostro, y sus ojos habían recobrado aquella mirada fría y calculadora que tan bien recordaba Rolando de la estación de paso.

-Hola, Jake -le saludó Eddie-. Me alegro de verte.

-Hola -dijo Jake-. Ya es la segunda vez que te veo hoy, pero antes eras mucho más joven.

-Hace diez minutos era mucho más joven. ¿Cómo estás?

-Bien -respondió Jake-. Algunos rasguños, nada más. -Miró en derredor-. Todavía no habéis encontrado el tren. -No lo dijo como una pregunta.

Eddie y Susannah cruzaron una mirada de perplejidad, pero Rolando se limitó a negar con un gesto.

-No hay tren.

-¿Se han ido tus voces?

Rolando asintió.

-Se han ido. ¿Y las tuyas?

-Se han ido. Vuelvo a estar entero. Los dos lo estamos.

Se miraron en el mismo instante, con el mismo impulso. Cuando Rolando lo alzó entre sus brazos, se rompió el antinatural autodominio del muchacho y empezó a sollozar; fue el llanto exhausto y aliviado de un chiquillo que ha estado mucho tiempo perdido, ha sufrido mucho y por fin vuelve a estar a salvo. Mientras los brazos de Rolando le rodeaban la cintura, los de Jake pasaron sobre el cuello del pistolero y se aferraron como ganchos de acero.

-Nunca volveré a abandonarte -dijo Rolando, y entonces fue a él a quien le brotaron las lágrimas-. Te lo juro por los nombres de todos mis padres: nunca volveré a abandonarte.

Pero su corazón, aquel silencioso v vigilante prisionero perpetuo del *ka,* recibió las palabras de esta promesa no sólo con duda sino con desconfianza.

Fin del Libro I